OBRAS COMPLETAS DE

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

V

ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA

LAS CIVILIZACIONES PRIMITIVAS Y EL

IMPERIO INCAICO



LIMA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

PLAN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE JOSE DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

I—*Estudios de la Literatura Peruana: Carácter de la Literatura del Perú Independiente.* Introducción General de Víctor Andrés Belaunde; prólogo de José Jiménez Borja; notas de César Pacheco Vélez y Enrique Carrión Ordoñez. Con un estudio crítico de don Miguel de Unamuno.

II—*Estudios de Literatura Peruana: Del Inca Garcilaso a Eguren.* Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas.

III—*Estudios de Literatura Universal.* Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa.

IV—*Estudios de Historia Peruana: La Historia en el Perú.* Prólogo de Jorge Basadre y notas de César Pedro Vélez.

V—*Estudios de Historia Peruana: Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico.* Introducción de Raúl Porras Barrenechea. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez.

VI—*Estudios de Historia Peruana: La Conquista y el Virreinato.* Prólogo de Guillermo Lohmann Villena.

JOSE DE LA RIVA-AGUERO / OBRAS COMPLETAS

V



1912

OBRAS COMPLETAS DE

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

V

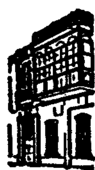
ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA

LAS CIVILIZACIONES PRIMITIVAS Y EL IMPERIO INCAICO

Introducción de Raúl Porras Barrenechea
Recopilación y notas de César Pacheco Vélez

LIMA, 1966

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO RIVA-AGÜERO

Nº 52

NOTA PRELIMINAR

ESTE quinto tomo de las *Obras Completas* de don José de la Riva-Agüero, segundo de sus *Estudios de Historia Peruana,* reune sus monografías, lecciones, prólogos, recensiones bibliográficas, ensayos y conferencias sobre la época prehispánica, las civilizaciones primitivas y de un modo especial el Tiahuanaco, el Imperio Incaico y las grandes creaciones históricas del pueblo quechua, tema de su predilección desde las aulas universitarias hasta los últimos días de su vida. Se trata de una recopilación de materiales dispersos para la cual se ha mantenido el criterio de los anteriores tomos: la ordenación se ha hecho por épocas y asuntos siguiendo la clásica periodificación de la historia peruana, y por las fechas iniciales de redacción de los diversos escritos. De ese modo se presenta con toda claridad la línea de evolución del pensamiento de Riva-Agüero sobre cuestiones históricas de investigación e interpretación, que se planteó en reiteradas ocasiones y sobre las cuales se pronunció con su vehemencia y rotundidad peculiarísimas, pero también con su insobornable honestidad intelectual. La posición de Riva-Agüe-

ro frente a la historia peruana prehispánica ha sido objeto de distorsiones mal intencionadas, por eso es indispensable hacer una precisión, con toda la amplitud que la importancia del asunto reclama, y a base de su propio e inconfutable testimonio.

José de la Riva-Agüero es el gran historiador moderno del Perú integral. Todos los legados históricos que nutren y forman nuestro ser nacional y que enriquecen nuestra conciencia de esa nacionalidad merecieron su atención inteligente y constante y fueron objeto de su sentimiento patriótico, de su encendida y profunda pasión peruana. Nada más anacrónico, anticientífico e injusto que hacer bandera de Riva-Agüero para una visión fragmentaria, unilateral o excluyente del Perú. Dentro de su concepción cristiana de la vida y de su sólida jerarquía de valores, todas las épocas de la historia peruana tienen para él un sentido creador propio en el proceso formativo de lo que llamamos la peruanidad.

En el célebre epílogo de *La Historia en el Perú* (1910), que significó el arranque de una vigorosa corriente de interpretación de nuestra historia y una nueva actitud ante su sentido trascendente, afirmó Riva-Agüero: "...la nacionalidad no estará definitivamente constituída mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos y mestizos y los indios. No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenas a nuestra idea de patria y cuyo olvido o menosprecio no enflaquezca y menoscabe el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú" [1]. "El patriotismo —dijo en 1944, poco antes de su muerte— se alimenta y vive de la Historia y de la tradición. La palabra patria

---

1 *Obras Completas*, T. IV, Lima, 1965, pp. 505 - 506.

viene de padre: sobre el altar de la patria y bajo su gallarda llama hecha de ruegos y de inmolaciones, de valor y de plegarias, deben existir siempre, como en la ritualidad litúrgica católica, los huesos de los predecesores y las reliquias de los mártires" [2]. Unos años antes había escrito: "El patriotismo verdadero es la aceptación y el amor de la herencia completa de nuestros antepasados..." [3]. Y en otra ocasión, para anatematizar todo intento de confundir el patrimonio fundamental y común de la tradición patriótica con una determinada, parcial y contingente expresión política de él, afirmó: "La patria, por definición y por esencia, no puede ser nueva porque representa el legado de los padres, la tradición, la herencia maternal y moral, ampliada y mejorada pero nunca negada y demolida" [4].

En consonancia con estas ideas básicas que siempre inspiraron su obra intelectual y su actividad pública, estudió al Perú desde sus más remotas raíces porque sabía que en ellas también estaba la clave de comprensión de la singularidad y de la esencia nacionales: "El Perú, dijo, es obra de los Incas tanto o más que de los conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio... El Perú moderno ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico... y la nobleza del segundo, [que] aun cuando subalterno en ideas, instituciones y lengua, es el primero en sangre, instintos y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de lo pasado, la clave secreta de orgullo rehabilitador para nuestra mayoría de mestizos e indios, y los precedentes más alentadores para

2 *Los estudios históricos y su valor formativo*, conferencia pronunciada en Lima el 29 de octubre de 1943 y publicada en la *Revista de la Universidad Católica*, T. XIII, No 1, abril de 1945, pp. 17 y 18.

3 *Paisajes Peruanos*, Lima, 1955.

4 Discurso pronunciado como Presidente de la agrupación política *Acción Patriótica*, publicado en *El Comercio*, Lima, 25 de agosto de 1936, p. 17.

el porvenir común" [5]. En sus magníficos *Paisajes Peruanos* hallamos a cada paso inequívocas pruebas de su hondo afecto por el caudal autóctono y del sentido realmente dramático que para él tiene su presencia en la vida nacional: "La suerte del Perú —afirma— es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse" [6]. Mas adelante, reitera: "La Sierra, asiento de la gran mayoría de los habitantes, cuna de la nacionalidad, necesaria columna vertebral de su vida, tronco del cual parten las dos cuencas de tierras cálidas, tiene que ser por toda especie de razones geográficas, la región principal del Perú" [7]. Y en la defensa de esta tesis tendría hoy Riva-Agüero la compañía de los estudiosos de la geopolítica peruana. En el capítulo primero de ese libro, al relatar su impresión del Cuzco, que constituye una de las más bellas páginas de nuestra literatura de todos los tiempos, dice en una formulación sintética pero certera de peruanismo: "El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú" [8]. En ese mismo libro de viajes, declara: "Nunca hemos desconocido la realidad y la hondura de los cimientos indios, de las pétreas bases que los Incas dejaron" [9]. En 1942, insiste: Jamás he negado la importancia de lo indio, y en especial de lo incaico en el acervo de nuestra patria. Buena parte de mi juventud y de mi edad madura las empleé en estudiar... los problemas de nuestro pasado prehispano. Deploro que mi insignificancia y la inatención habitual de nuestro público hayan impedido a la opinión enterarse de mis modestos pero leales esfuerzos. Para concertarnos con los indigenistas razonables, no hace falta de parte de ellos sino cierto empeño de hon-

5 *Paisajes Peruanos*... pp. 116 y 117.
6 Ibid., p. 187.
7 Ibid., p. 186.
8 Ibid., p. 10.
9 Ibid., p. 116.

rada información, cierta indispensable, siquiera mínima dosis de sindéresis, de imparcialidad y templanza"[10].

Como consecuencia lógica de este modo de ver nuestro proceso histórico Riva-Agüero tenía que afirmar la fusión de las dos grandes vertientes culturales que crean el Perú moderno. Y en efecto, fue un esforzado, docto y vibrante defensor de la vocación mestiza del Perú: "No conozco afirmación más injuriosa para el peruanismo —protesta— que aquella de ser inasimilables sus dos razas esenciales, la hispana y la india. Si tal fuera, el Perú resultaría un aborto. Y esperamos y constatamos que no lo es por los tipos humanos que ha producido, desde Garcilaso hasta nuestros días, mestizos insignes de sangre y alma"[11]. En otra oportunidad vuelve sobre estos conceptos: "Dos herencias a la par sagradas integran nuestro acervo espiritual; y si presentan sendos defectos, ofrecen también correspondientes virtudes y antídotos. Renegar de cualquiera de ellas sería torpe y menguado... El solar es doble, indo-español, y en calidad de tal lo acatamos y veneramos... Predicar odios y exclusivismos de raza en el Perú es tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. No puede significar entre nosotros sino un frenesí de inconscientes o un señuelo de logreros. La convivencia y entrecruzamiento de diferentes razas ha constituído dondequiera, y muy especialmente en nuestro país, el proceso esencial de la civilización"[12]. Para Riva-Agüero no era el mestizaje una realidad que bastaba comprobar y proclamar: su defensa

---

10 Discurso de introducción a las Conferencias del Marqués del Saltillo en Lima, publicado en *Mercurio Peruano*, Lima, abril de 1942, No 181, p. 220.

11 *IV Centenario del Cuzco español*, conferencia pronunciada en la Sociedad Entre Nous de Lima el 23 de marzo de 1934, publicado en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos)*, t. II, Lima, 1938, p. 95.

12 Prólogo al libro *El Imperio Incaico* de Horacio H. Urteaga, publicado en *Por la Verdad... (Opúsculos)*, t. I, pp. 233 y 234. Vid. *Infra.*, pp. 168 y 169.

entrañaba una verdadera actitud de comprensión amorosa de nuestro ser, y una ardua empresa para formar en todos los sectores del país la conciencia más lúcida de esa realidad y para lograr su perfeccionamiento y su eficacia plena en la vida peruana. En la extraordinaria meditación ante el campo de la batalla de Ayacucho, que forma parte de *Paisajes Peruanos*, dice Riva-Agüero: "Para que la definitiva nacionalidad ganada en Ayacucho se adecuara a sus destinos y obtuviera su completa verdad moral, no bastaba la mera conciliación de las personas, fácil siempre en nuestra tierra. Era y es aún necesaria una concordia de distinta y muy alta especie: la adunación y armonía de las dos herencias mentales, y la viva síntesis del sentimiento y la conciencia de las dos razas históricas, la española y la incaica", y termina, allá en el año 1912, haciéndose una pregunta que tiene hoy una grave vigencia: "Al cabo de 90 años —de 150, podríamos añadir nosotros— ¿hemos logrado acaso, en su plenitud indispensable, esa condición esencialísima de su personalidad adulta?" [13].

Cumplió su vocación magisterial sin desmayos ni renunciamientos ante la avalancha de ideas, prejuicios y corrientes contrarias de opinión, y no se conformó Riva-Agüero, sin embargo, con emplear su talento y su autoridad intelectual en la defensa principista de estas doctrinas. Sus mejores esfuerzos los puso al servicio de la Historia y al estudio de todas sus épocas con el ánimo de rescatar de ella sus valores más propios. En ese sentido el aporte de Riva-Agüero a la historiografía del Perú incaico y princaico resalta por lo sustantivo, veraz y hermoso y por la magnitud que alcanza en el conjunto de sus escritos. Uno de sus iniciales ejercicios universitarios en la Facultad de Letras de San Marcos, en 1902, que por primera vez se pu-

13 *Paisajes Peruanos*... p. 116.

blica ahora, tiene por tema las instituciones incaicas y su influencia en la sociedad peruana. Al Perú de los Incas y de las civilizaciones primitivas dedicó en 1910 casi la mitad de su libro más extenso y orgánico: *La Historia en el Perú*. A esos temas se refiere ampliamente en su polémica con D. Manuel González de la Rosa sobre los *Comentarios Reales* y en su célebre *Elogio del Inca Garcilaso*, en 1916. Su libro de viaje *Paisajes Peruanos* escrito en 1912, revisado en 1916 y 1917, y sólo publicado íntegramente en 1955, tiene páginas de extraordinario valor sobre el pasado prehispánico y su gravitación histórica en el Perú. En 1918 dictó en la Facultad le Letras de San Marcos cinco lecciones sobre historia incaica, que tuvieron excepcional resonancia. En 1921, viviendo a la sazón en España, publica en Santander uno de sus libros más originales, *El Perú Histórico y Artístico*, cuya parte primera, la más importante, es un encomio del alma quechua y en el cual se detiene, como él mismo lo dice, "a explicar las hermosuras de la mitología y el folklore de los aborígenes" y a señalar "el poderoso fermento indio que hay en el arreglo españolizado del drama quechua *Ollantay*, en las obras de Lunarejo y en casi todo nuestro churriguerismo en las Bellas Artes del Virreinato". En 1930 presentó al Congreso Histórico de Sevilla una extensa ponencia sobre *Lengua y Raza probables de la Civilización del Tiahuanaco* en la cual impugna las tesis de Uhle y presenta una sólida argumentación defendiendo el quechuísmo del Tiahuanaco. En el mismo año escribió un sustancioso prólogo al libro de D. Horacio H. Urteaga sobre *El Imperio Incaico*. En 1934 en su discurso en el IV Centenario del Cuzco Español, en 1935 en su discurso sobre algunos aspectos de *El Derecho del Perú*, y en todas las ocasiones oportunas, retornó sobre estos temas que, repetimos, fueron de su predilección. En 1937 dictó en nuestra Universidad un celebrado Curso de 14 Lecciones que tituló *Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispáni-*

ca, síntesis de su vasta erudición, de sus certeras intuiciones no de técnico pero sí de versado en asuntos etnológicos y lingüísticos, en la cual revisa puntos de vista que la moderna investigación recomendaba superar y confronta y coordina amplia y rigurosamente las versiones de los Cronistas con los datos arqueológicos de su tiempo. Algunas de sus tesis acaso se encuentran hoy rectificadas por la investigación posterior a su estudio; el aporte de su visión de conjunto del Incario, llena de vitalidad y colorido, tiene en cambio una vigencia general, sobre todo en la presentación de las analogías de las instituciones incaicas con las de las principales civilizaciones del Antiguo Oriente y de la América precolombina. En los primeros meses de 1938 dirigió las excavaciones en el antiguo Hospital de San Andrés, en busca de las momias de los Incas, traídas del Cuzco a Lima por Ondegardo, sin que el éxito del hallazgo rematara su fervorosa empresa. Durante su vuelta al mundo, finalmente, los años de 1938 a 1940, en Tokio y en Kioto pronunció varias conferencias sobre arqueología, historia y literatura peruanas, y en ellas vuelve a revisar sus tesis sobre nuestras civilizaciones arcaicas. Una de esas breves conferencias o charlas, hasta ahora inédita, se publica en el presente tomo.

Dedicó Riva-Agüero muchas horas al estudio del Perú Antiguo, pero, además, tuvo siempre al elemento autóctono como ingrediente fundamental de su orgullo peruanista. En su juventud realizó un largo viaje al Cuzco y a Bolivia para estudiar las civilizaciones primitivas de esa región cuyo territorio, unido, fue en el Tiahuanaco, durante el Imperio Incaico y en los siglos virreinales antes de la desmenbración borbónica, el gran Perú; y con sus relatos de ese viaje redescubrió la Sierra en momentos de extranjerismo intelectual y se convirtió en uno de los mejores cronistas de los tesoros del Cuzco incaico y español. No detuvo sus pesquizas genealógicas en las estirpes de

los conquistadores españoles, de cuya vinculación se jactaba sin falsos rubores, sino que avanzó hasta los primeros cruzamientos de los capitanes castellanos, extremeños y andaluces con los descendientes de la casta imperial incaica y de los caciques y señores naturales de otras regiones americanas. Más de una vez declaró que descendía de una princesa araucana, y así lo hemos recogido nosotros, de un modo genérico, en un estudio anterior. Pero aunque algunos han considerado esa declaración como un mero alarde, hoy tenemos la prueba precisa y manuscrita del propio Riva-Agüero. En el libro sobre *Los Incas. Sus Orígenes y sus Ayllus* (Santiago de Chile. 1928, p. 32) Ricardo E. Latcham habla de Bartolomé Flores, uno de los compañeros de Pedro de Valdivia, que se casó con la hija del cacique Talagante, la cual heredó de su madre todos los terrenos entre los ríos Mapocho y Mayno, desde la Cordillera hasta el mar. Frente a este párrafo del libro de Latcham y refiriéndose a Bartolomé Flores y a la hija del cacique Talagante, Riva-Agüero escribe de su puño y letra en el ejemplar de su propiedad que se conserva en la Biblioteca de este Instituto: "ojo: mis abuelos por Carrillo de Córdova y Garcés de Mansilla" [14]. Con lo cual tenemos el rastro para la reconstrucción de esta rama de su estirpe, por entre los más ilustres linajes españoles, hasta llegar al entronque con el cacique araucano. Y es este un nuevo dato que viene a comprobar que Riva-Agüero tenía sangre indígena americana; que era, aunque por remotos enlaces, un mestizo en el más estricto sentido de la palabra. Esta nueva noticia autobiográfica nos permite comprender su sentimiento ante los valores de las civilizaciones prehispánicas y ante el hecho indiscutible de la fusión de las savias de las dos grandes raíces que integran las nacionalidades hispanoamericanas, que él proclamó

---

14 Dato proporcionado por José Urrutia Ceruti.

siempre como el más alto timbre de gloria de la colonización española, si para ello no bastaran los elocuentes testimonios que hemos aducido, y que podrían multiplicarse espigando en su obra, sobre su posición de equilibrio, de integración y de síntesis.

Cuando en los últimos años de su vida un escritor extranjero mal informado escribió un artículo en una revista norteamericana, que luego se reprodujo en Buenos Aires, presentándolo como jefe de una escuela histórica europoísta, de un radical y excluyente hispanismo, Riva-Agüero reaccionó con explicable indignación y ecribió una vehemente y elocuentísima *Rectificación necesaria,* para informar al errado periodista de aquellos hechos que ignoraba y que lo habían llevado a juicio tan temerario: "Colaboré desde mi primera juventud, con asiduidad y celo, —recuerda— en la Sociedad Pro-Indígena... Gasté buena parte de mis bríos estudiosos juveniles en el examen y reivindicación de los *Comentarios Reales* de Garcilaso... Después, con una muy sincera admiración, quizá desbordante, compuse el elogio del mismo cronista mestizo... Recorrí a modo de fervoroso peregrino el Cuzco y sus épicas comarcas. Redacté mis *Paisajes Peruanos* que... significan la exaltación del nacionalismo hispano-indio...". Y resumiendo la reseña de sus trabajos que podríamos llamar "indigenistas", concluye: "Más de la mitad de mis escritos tratan de asuntos del Perú indio, comenzando por las remotas civilizaciones andinas preincaicas y viniendo a la actual condición de los ayllos o comunidades agrícolas" [15]. En la lección final de su citado curso sobre la civilización prehispánica afirma otra vez: "El Perú, como las construcciones del Cuzco, tiene rejas, adornos, artesonados y mobiliario españoles, pero los cimientos y los muros

15 *Rectificación necesaria,* publicada en *Mercurio Peruano,* Lima, mayo de 1944, No 202, pp. 320 - 322. Vid. *Infra,* pp. 414 - 420.

son incaicos..." [16]. Y como conclusión pedagógica de su estudio ratifica los conceptos de 1910: "El amor patrio... no se reduce sólo a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y al culto por todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar lo arcaico mediante aquella ansia piadosa de vida y continuidad que inspiró a los renovadores de las diversas historias nacionales en el pasado siglo" [17].

Como lo destaca Raúl Porras Barrenechea, Riva-Agüero es uno de los más brillantes, solventes y autorizados historiadores del Incario, "a la manera clásica". Su obra de investigación en las fuentes escritas —Crónicas y documentos de los siglos XVI y XVII— y su confrontación de ellas con los datos arqueológicos y lingüísticos, le sirvió para intentar con éxito, hasta donde era posible en su momento, una historia externa, relativamente cronológica, dedicada sobre todo a los procesos políticos y guerreros, a las instituciones jurídicas y sociales, a las expresiones de la vida económica, religiosa y cultural. Algunas hipótesis suyas —la atribución al Inca Viracocha de la victoria sobre los Chancas, por ejemplo— han sufrido revisión, por métodos eurísticos análogos a los suyos, como resultado de investigaciones posteriores. En cambio las modernas técnicas de la glotocronología confirman indirectamente su tesis sobre el quechuismo de Tiahuanaco. Pero sobre todo permanece en pie, con toda su belleza épica, el panorama general del Imperio Incaico que él trazó. La misma cronología de su aporte explica también el poco uso de los criterios etnológicos y antropológicos que ahora se emplean preferentemente en el estudio del Antiguo Perú, pero que no debe significar el abandono de la

---

16 *Civilización Tradicional Peruana. Época Prehistórica,* Lima, 1937, p. 175. Vid. *Infra.* pp. 388.

17 *Civilización Tradicional...,* p. 85. Vid. *Infra,* p. 276.

empresa de incorporar a la plena luz histórica esa etapa crucial de la protohistoria peruana. La obra de Riva-Agüero sobre el Tiahuanaco y el Imperio Incaico se reedita a casi cinco lustros de su muerte, a los treinta años de ser escrito el último de sus libros sobre estas materias, en momentos en que su vigencia y actualidad la convierten —como con toda autoridad lo ha reconocido Jorge Basadre para *La Historia en el Perú*— en una obra clásica de nuestra historiografía, que llega al gran público —por tratarse de materiales dispersos y de difícil acceso— con el aroma sugestivo de lo primigenio e inédito.

Creemos también oportuno levantar ahora el cargo de "racista" que todavía se insiste en achacar a Riva-Agüero, cristalizando injustamente su juicio en esta materia tan importante en los asertos sobre "inferioridades étnicas", "razas superiores e inferiores", etc., que estampó en sus tesis juveniles, imbuído aun del positivismo sanmarquino de comienzos de siglo. Riva-Agüero rechazó el racismo desde antes de su público retorno al catolicismo, en 1932, en diversas ocasiones. Así, en 1942 dijo categóricamente: "Por católico y por hispánico no puedo ser racista intolerante. No he esperado esta ocasión para declarar que no considero la raza como el único ni el más principal factor de la historia. En este local (Sociedad Entre Nous) lo dije hace años. Sobre lo material y biológico predomina lo espiritual y psíquico. La tradición es el alma, y la raza y la herencia son los elementos corpóreos de resistencia y establidad nacionales frente a las fuerzas no menos necesarias de variedad e ímpetu, que forman con las primeras el proceso de la historia. . ." [18]. Y sobre todo rechazó el racismo al exaltar como pocos, con entusiasmo y elocuencia magnífica el valor del mestizaje peruano expresado en el Inca Garcilaso, en Espinosa Me-

18 Discurso de introducción a las conferencia del Marqués del Saltillo, *Mercurio Peruano*, Lima, abril de 1942, No 181, pp. 219 - 220.

drano y "en numerosas personalidades de la época republicana" [19]. Sus ideas sobre la exagerada influencia del medio en el desarrollo cultural y sobre la antítesis Sierra-Costa, porclives al determinismo geográfico de moda en sus años juveniles, las superó ampliamente en su madurez y anatematizó contra la "literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévola" [20] que so capa de regionalismo propugnaba la desintegración nacional.

Es conveniente recordar siempre estos textos de Riva-Agüero para que ni el prejuicio ni la leyenda nos deformen su figura y su mensaje ejemplares. Es, en fin, pertinente establecer con toda claridad que los diez estudios que integran este tomo no constituyen, como hemos indicado, cuanto Riva-Agüero escribió sobre el Perú antiguo; y que, para la plena valoración de su aporte a la historiagrafía nuestra sobre esa época será imprescindible confrontar las 450 páginas de este volumen con las 200 primeras del t. IV y con muchas otras de los tt. I, II, VI, VII y IX, en los que también se han reunido y se reunirán referencias de Riva-Agüero al pasado incaico y preincaico y a la gravitación de esas civilizaciones y de sus descendientes en la realidad presente y en el destino del Perú.

A Franklin Pease García Yrigoyen agradecemos la colaboración prestada en los trabajos iniciales de esta recopilación; a Raúl Palacios Rodríguez y Humberto Leceta Gálvez, la suya en la corrección de pruebas.

En 1954, al conmemorarse el X aniversario de la muerte de Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea pronunció una magistral conferencia sobre el aporte del gran humanista limeño a la historia incaica. Se recogió esa conferen-

19 Ibidem. Todas las citas de Riva-Agüero que hemos aducido para probar su interés nunca desmentido por el Perú Antiguo y su peruanismo integral, no empece la distorsión de que ha sido objeto, las he reunido, ordenadas por temas, en la antología titulada *Afirmación del Perú*, T. II, *Fragmentos de un ideario*,, Lima 1960, pp. 5 y ss.

20 *Civilización Tradicional*... Vid. *Infra* p. 185.

cia en el pequeño libro de *Homenaje a Riva-Agüero* (Lima, 1955, pp. 99 - 129) editado por el Instituto que lleva su nombre y en el capítulo correspondiente del libro *Fuentes Históricas Peruanas* (Lima, 1954, pp. 172-190). Reproducimos esa conferencia y otras páginas complementarias del propio Raúl Porras B. (*Fuentes...*, pp. 554- 526), autorizado y brillante defensor del peruanismo integral de Riva-Agüero, como condigna *Introducción* a este tomo.

C. P. V.

Lima, diciembre de 1966.

INTRODUCCION

EL más solvente y autorizado historiador de los Incas, a la manera clásica, es don José de la Riva-Agüero (1885-1944), tanto por la extraordinaria riqueza de su cultura humanista, que le daba dominio pleno sobre todas las disciplinas conexas de la historia, cuanto por la vigorosa originalidad de su espíritu, que le llevó a plantear esenciales revisiones e interpretaciones de capital importancia no sólo para la historia incaica sino para todo el transcurso de la historia peruana. Fue lástima que los circunstancias políticas adversas del Perú de su época determinaran su largo apartamiento del país y de las actividades universitarias, a las que pertenecía de derecho, pero, a pesar de esta dispersión de sus actividades de la época viril —que le impidió escribir la gran obra de conjunto que de él se reclamaba—, dejó en los libros promisores de su juventud y en los ensayos colmados de erudición de su madurez truncada, la garra de su profunda concepción de la historia y su enjundiosa sagacidad crítica.

José de la Riva-Agüero y Osma nació en Lima, el 26 de Febrero de 1885. Descendía de viejas estirpes españolas y republicanas. Entre sus ascendientes más notables se hallaba don Nicolás de Ribera el Viejo —uno de los Trece compañeros de Pizarro en la Isla del Gallo y primer Alcalde de Lima— y su bisabuelo, don José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, fue el más descollante conspirador peruano contra el régimen español en los albores de la independencia y el primer Presidente del Perú, desposeído por Bolívar, en 1823. Estos antecedentes determinaron la vocación aristocrática de Riva-Agüero y su contextura esencial de élite. Educado en el Colegio de los padres franceses de la Recoleta, recibió en él una profunda formación cristiana a la vez que el hálito liberal de la historia y de la cultura de Francia, que condicionó la tolerancia de su ideario juvenil.

La Universidad de San Marcos de principios del siglo XX le impuso por un tiempo la impronta positivista de la época, que se refleja en sus primeros ensayos y opiniones. Dos Obras fundamentales, escritas en plena mocedad estudiantil, acusan la recia mentalidad de Riva-Agüero y son acaso los hitos más importante de su contribución histórica. Ellas fueron Carácter de la Literatura del Perú Independiente *(Lima, 1905) y* La Historia en el Perú *(1910)* [1] *La primera —escrita cuando sólo contaba 19 años y comentada entonces por Unamuno— inicia los estudios orgánicos de historia de nuestra cultura y traza, por primera vez, un cuadro completo de nuestra evolución literaria, coordinado y pletórico de información y de solidez crítica. Es, junto con el* Perú Contemporáneo *de Francisco García Calderón, el primer itinerario espiritual del Perú en su etapa republicana, en el que destacan, con los ensayos sustanciales sobre Palma y González Prada, los valores de nuestra lite-*

---

1 La primera se ha reeditado en el T. I de estas *Obras Completas* de Riva-Agüero (Lima, 1962); la segunda en el T. IV (Lima, 1965). [N. del E.].

ratura. La Historia en el Perú, *acaso su obra más sustantiva, fué presentada como tesis en 1910, cuando tenía 25 años. Con ella puso Riva-Agüero los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas. Toda la historia posterior que se ha hecho en el Perú, aun la de los que le contradicen y niegan, ha tenido por andaderas este libro de consulta fundamental. Riva-Agüero revisó con su potente y bien informado criterio las principales directivas de nuestra historia. A través del Inca Garcilaso revisó toda la historia incaica externa e interna; a través de los cronistas de convento, de Peralta y Mendiburu, la historia colonial; y siguiendo la estela erudita de Paz Soldán, las grandes transformaciones y rumbos de nuestra historia independiente. Toda la visión de nuestro pasado resultó transformada por su soplo creador y por su visión señera de los derroteros morales del Perú.*

En 1912 Riva-Agüero realizó con los deficientes medios de transporte de la época —por ferrocarril y a lomo de mula, como Raimondi o Squier— un viaje por el Sur del Perú y Bolivia, del que recogió impresiones de las ciudades y paisajes serranos y costeños que dieron vida a su libro, publicado fragmentariamente en Mercurio Peruano *de 1918 a 1929 —primero bajo el nombre de Paisajes Andinos y más tarde con el de* Paisajes Peruanos [2]. *En el se transparenta la compenetración de Riva-Agüero con el Perú profundo de la geografía y de la historia. En él campea, más limpia y fluída que en sus obras de historia científica, su prosa señorial en las descripciones de paisajes: valles yungas de luz mate y velada limpidez de acuarela, mar de estaño fundido en cuyas playas chispea la mica de rocas y tablazos, pureza diáfana del reful-*

2 La primera edición completa de los *Paisajes Peruanos* se hizo en Lima, en 1955, por la Testamentaría Riva-Agüero, con un amplio estudio preliminar del propio Raúl Porras B. Ese libro será el T. IX de estas *Obras Completas* [N. del E.].

gente cielo andino o desolada llanura de la puna "donde los charcos congelados brillan como láminas de plata". Riva-Agüero ha sentido como pocos el goce del paisaje peruano —el escenario del vivir histórico— y trasladado sus impresiones con los colores e imágenes más felices. Sus Paisajes Peruanos, con la emoción vernácula de pueblos y caseríos de la costa y de la sierra, la descripción luminosa y quieta del Cuzco desde lo alto de Carmenca, la visión colonial de Ayacucho o de los páramos, montañas y desiertos del Perú, quedarán como el libro más representativo del alma y del paisaje peruano, como el Os-Sertoes de Euclydes da Cunha para el Brasil y el Facundo de Sarmiento para la Argentina. Es el pórtico magnífico que la geografía presta a una gran historia. El periplo peruano lo completó Riva-Agüero con un viaje a Europa, de 1913 a 1914, donde estudió en algunos archivos españoles e intervino en algunos Congresos internacionales de historia. Al Congreso de Geografía y de Historia Hispano-Americanas de Sevilla, en 1914, presentó sus dos brillantes monografías y hallazgos históricos: la Descripción de Lima y el Perú del siglo XVII del judío portugués y el estudio sobre la Segunda Parte inédita del Parnaso Antártico de Diego Mexia de Fernan Gil.

Riva-Agüero intervino activamente en la política del Perú, de 1911 a 1919, defendiendo una política de respeto a las normas liberales y democráticas. Como leader juvenil y universitario fué encarcelado en 1911, en que la juventud universitaria solicitó y obtuvo tumultuariamente su excarcelación. Definió entonces una posición, si bien liberal y respaldada por la juventud, defensiva de las posiciones y los intereses tradicionales que removió el gobierno mesocrático de Leguía. Durante el segundo gobierno de Pardo, Riva-Agüero fundó un partido de intelectuales y profesionales jóvenes, el Partido Nacional Democrático, que careció a la vez del apoyo gubernativo y de adhesio-

nes populares. Al producirse el golpe revolucionario de 1919, que echó por tierra los principios constitucionales consagrados por la experiencia desde 1895, Riva-Agüero se expatrió voluntariamente y residió en Europa —principalmente en Italia y España— durante el oncenio dictatorial de Leguía. En Europa y durante esta etapa publicó un libro de rememoración de su estirpe familiar montañesa titulado El Perú histórico y artístico *(Santander, 1921), en el que estudió la influencia de los montañeses en la vida peruana y en el que analizó, de paso, algunas corrientes literarias y artísticas de nuestra historia.*

De vuelta al Perú, Riva-Agüero actuó como elemento directivo y defensor de un programa de orden y de autoridad en la vida política e intelectual. En discursos y conferencias, principalmente en su Discurso de la Recoleta en que proclamó su reconciliación con el catolicismo de su infancia y tradiciones familiares, definió su posición ideológica con su energía y rotundidad característica y fué blanco de la odiosidad demagógica, a la que provocara frecuentemente. A partir de 1934 fué, pasajeramente, Presidente del Consejo de Ministros, Alcalde de Lima, Decano del Colegio de Abogados, Director de la Academia de la Lengua. Alternó estas actividades con la redacción de ensayos nutridos de erudición y de poderosa dialéctica sobre cuestiones históricas y literarias, marcando siempre una segura y lúcida orientación. Reunió esos ensayos y otros anteriores en dos tomos que tituló Opúsculos. Por la verdad, la tradición y la patria *(Lima, 1937 y 1938). En ellos aparecen estudios capitales para nuestra historiografía: sobre la Atlántida, los precursores de Colón, la civilización de Tiahuanaco, en pugna abierta con Uhle, y sobre la obra de los misioneros de Ocopa (Tomo I). Hállanse en la misma colección el* Elogio del Inca Garcilaso *(1916), el estudio sobre el Cuzco español, los admirables ensayos de enjuiciamiento de la obra española en el Perú, titulados* Lima

Española y Algunas reflexiones sobre la época española en el Perú, *el estudio sobre* El derecho en el Perú, *los estudios sobre Humboldt y el Padre Hojeda y la célebre polémica con Gonzales de la Rosa sobre la originalidad y veracidad de Garcilaso (Tomo II). De esta misma época son sus estudios sobre el teatro de Lope de Vega, sobre Goethe, sobre San Alberto Magno y sobre los poetas franceses Ronsard y Malherbe, que acreditan su vocación humanista.*

Entre sus obras dispersas pueden citarse: Fundamentos de los interdictos posesorios *(Lima, 1911);* Concepto del Derecho, *ensayo de filosofía jurídica (Lima, 1912),* Un cantor de Santa Rosa, el Conde de la Granja *(Lima, 1919),* Discursos en las fiestas del aniversario patrio *de 1931, como Alcalde de Lima (Sarmiento y Unanue),* Añoranzas, *con recuerdos autobiográficos de la vieja Lima (1932),* El Primer Alcalde de Lima, Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad *(1935),* Discursos Académicos *(1935) sobre el centenario de la fundación de Lima,* La Galatea, Cervantes, Ricardo Palma, Enrique A. Carrillo, Gutiérrez de Quintanilla y Lope de Vega; Estudios sobre literatura francesa *(1944),* El Obispo Sarasola.

Riva-Agüero fue ocasionalmente profesor universitario de historia. En 1916 pronunció en el General de San Marcos el elogio del Inca Garcilaso, en el tercer Centenario de su muerte. En la Universidad petrificada anterior a 1919 no se le concedió oportunidad de llevar su saber a la cátedra. En 1918 la amplitud comprensiva de don Carlos Wiesse le cedió el puesto para dictar unas lecciones de la única cátedra de Historia con que contaba la Universidad en la Facultad de Letras. Riva-Agüero dictó entonces un curso sobre la civilización incaica, en el que puso de relieve su enjundia histórica al propio tiempo que sus magníficas condiciones de expositor claro, fluído y vigoroso. Sus lecciones atrajeron por primera vez a San Marcos a un público excepcional que rebasaba el salón de clases y ates-

taba las puertas y ventanas de éste y los corredores del claustro. De regreso al Perú, el Rector de San Marcos, Encinas, de filiación política opuesta, respetuoso de su jerarquía científica, le llamó a las altas tareas de los institutos de invstigación histórica, que Riva-Agüero aceptó, pero no pudo incorporarse a la tarea didáctica por el antagonismo ideológico que lo separaba de la nueva juventud. En 1937 es llamado a la Universidad Católica donde dicta nuevamente un curso sobre la Civilización Incaica, como el que dictara antes en San Marcos, cuyos apuntes taquigráficos fueron recogidos por aquel Instituto y revisados por él formaron su libro Civilización Peruana. Epoca Prehispánica. Curso dictado en la Universidad Católica del Perú *(Lima, 1937), que es una visión de la historia externa del incario contemplada desde una perspectiva universal y humana.*

Riva-Agüero abarcó con igual solvencia toda la historia del Perú desde las épocas de la prehistoria exhumadas por la arqueología, como la época española y el período republicano, con un sentido de peruanismo integral ajeno a todo caciquismo histórico. En todo momento trató de exaltar los legados anímicos de las diversas épocas y estratos etnográficos, ya fuera el alma quechua del Incario que caracterizara admirablemente o el mensaje cristiano de la civilización española. Concibió al Perú como un país de sincretismo y de síntesis, en que las regiones físicas se compenetran, en que hay un maridaje constante del mar y de los Andes y una tendencia histórica a la fusión y la armonía. El Perú era para él "un país predominantemente mestizo constituído no sólo por la coexistencia sino por la fusión de las dos razas esenciales". "Aun los puros blancos-dijo-sin alguna excepción tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje derivada del ambiente, de las tradiciones y de nuestra propia y reflexiva voluntad de asimilación". Pero dentro de esta concepción su mentalidad y su tradi-

ción de hombre de imperio le impulsaban a preferir los períodos en que se ponía de manifiesto el apogeo y la grandeza del Perú en el orden civilizador. Amó, por eso, profundamente la tradición incaica y el alma quechua que la inspiró, vivía como cosa familiar la historia del Virreinato y en la República no pudo ocultar su simpatía entusiasta hacia la Confederación Perú-boliviana, realización del sueño de un gran Perú.

De acuerdo con las tendencias historiográficas de su época, siguiendo a Fustel de Coulanges y a Ranke, el historiador peruano basó sus construcciones históricas en el estudio estrictamente científico de las fuentes. A estas coordenadas se sujeta su revisión constante de la historia incaica. Cuando Riva-Agüero inició su valoración del pasado incaico, predominaba el ambiente idílico sobre los Incas, creado por los historiadores de la Ilustración a base de la difundida versión garcilasista y la predisposición romántica de Prescott, a pesar de las objeciones liberales de aquél al sentido aniquilador de la voluntad y de la libertad humanas del régimen incaico. Riva-Agüero asume, en la primera hora, un criterio sereno y objetivo, equidistante de las exageraciones y de las negaciones antagónicas, aunque atraído por la seducción de las tesis poetizadora. Gradualmente, a medida que penetra en el estudio de las fuentes y en la crítica de éstas, reajusta su pensamiento hasta forjar una síntesis cabal del Imperio.

La posición crítica de Riva-Agüero respecto del Incario se va elaborando y corrigiendo a través de sus diversas obras con un sentido profundo de verdad. Se pueden señalar como hitos de su evolución su juicio sobre la Primera Parte de los Comentarios Reales *en* La Historia en el Perú *(1910), en que examina todos los problemas relativos al origen y sucesión de los Incas, sus instituciones y el aspecto general del Imperio; las lecciones sobre la civilización incaica sustentadas en San Marcos en 1918; las lec-*

ciones dictadas en la Universidad Católica en 1937 y reunidas en volumen el mismo año, los ensayos sobre el Imperio incaico publicados en sus Opúsculos (1937 y 1938), *particularmente el prólogo a la obra* El Imperio Incaico *del Dr. Urteaga, su réplica a Gonzales de la Rosa y algunas reflexiones sobre la época española en el Perú.*

La Historia en el Perú *rectificó, en su época, muchos errores sobre hechos e instituciones que hoy se hallan incorporados a la estimativa general del Incario. Sostuvo —con vigorosos argumentos étnicos, filológicos y arqueológicos— que la civilización y las instituciones incaicas, no fueron un brote espontáneo y original, o invención incaica, sino culminación de la antigua cultura de Tiahuanaco, la que a su vez recogió reflejos de culturas anteriores. Esa cultura fue obra de los quechuas, primitivos pobladores de la región, los que fueron desplazados por los aymaras y no por los atacameños, invasión destructora del Sur que partió en dos el antiguo dominio cultural y lingüístico de los quechuas, interponiendo una mancha aymara, que aún subsiste, entre los quechuas del Sur del Perú y del Sur de Bolivia y Norte argentino. Con apasionamiento dialéctico rebatió más tarde la apología aymarista de Middendorf, Markham, Uhle, von Buchwald y Latcham. Fue también Riva-Agüero el primero en caracterizar dos claros períodos en la historia incaica, calificados hasta entonces indistintamente como Imperio Incaico, distinguiendo una primera etapa de "confederación" o "liga quechua", capitaneada por los Incas de Hurin Cuzco, pero con cierta autonomía feudal de los asociados, y un segundo período, el del Imperio conquistador de los Hanan Cuzco, con carácter centralista y unificador. En lo relativo a la organización social, sostuvo que no eran privativas ni originales ciertas instituciones incaicas, como la comunidad de tierras —que existió en casi todas las partes del mundo— o los mitimaes, que fueron empleados por los asirios y babilonios. Aclaró, también, cómo el nú-*

cleo del Imperio y de la aristocracia gobernante estuvo constituído por el conjunto de tribus de la nación Inca y sus descendientes o parentela de sangre, hijos del dios Inti y libres de tributos y pechos. Ese cuerpo de patricios y magnates, descendientes de las primeras tribus pobladoras del Cuzco, fué por "tradición y confraternidad de origen y de sangre el más robusto sostén de la legitimidad" hasta la época de Atahualpa. Para Riva-Agüero la fuerza secreta e imponderable de la institución imperial incaica estuvo en la cohesión de esta aristocracia tradicional, étnica y hereditaria, a la que no cabe confundir con los Incas de privilegio, criados de la casa real elevados por sus méritos personales. Esa casta tradicional y no improvisada, constituída por los que vivían inmemorialmente en la parte del Cuzco y sus descendientes, fué "una aristocracia verdadera de sangre, gentilicia y fisiológica". Sobre la religión incaica Riva-Agüero trazó un magnífico cuadro, analizando la evolución y fusión de los conceptos religiosos y de los dioses locales tendiendo a la centralización y al monoteísmo, refutando a Garcilaso sobre la interpretación de Pachacamac como dios supremo, espiritual e invisible de los Incas, reconociendo en él un ídolo costeño e identificó a Viracocha como dios de la primitiva civilización quechua y al sol como la divinidad tutelar de los Incas. Con criterio objetivo, basándose en Cieza y en la mayoría de los cronistas, sostuvo la efectividad de los sacrificios humanos, aunque no en la proporción ni con el carácter de las sangrientas carnicerías de México.

En su primer libro Riva-Agüero trató de ser imparcial y sereno, pero influenciado subconscientemente por las tesis de la época de la Ilustración y el romanticismo, se inclinó del lado garcilasista y por el carácter idílico del Imperio. En realidad se trataba de un problema de interpretación de las fuentes primitivas de los cronistas. El propio Riva-Agüero lo expresa al decir: "Valera y Garcilaso

presentan el lado risueño y luminoso del gobierno de los Incas: las Informaciones de Toledo, el Padre Cobo y Pedro Pizarro el lado oscuro y disforme. Tan erróneo sería ver exclusivamente este último como lo fué atender al primero. Es menester unirlos hasta que se fundan en ese tono gris que es el de la verdad". Riva-Agüero negaba entonces científicamente el valor de las Informaciones *de Toledo, publicadas fragmentariamente por Jiménez de la Espada en 1882 y desconocía la* Historia Indica *de Sarmiento de Gamboa, descubierta por Pietschmann en 1906 y a la que suponía erróneamente un simple eco de las* Informaciones *cuando se trata de cosa distinta y autónoma. Para Riva-Agüero las* Informaciones *eran amañadas y falsas, obtenidas por intimidación y tendían a achacar a los Incas todo género de tiranías y desmanes. "Son —dijo— el arsenal mejor provisto de acusaciones y detracciones contra los incas", y, como más tarde Tschudi, "propenden por reacción contra Garcilaso a rebajar y denigrar las instituciones y costumbres del Tahuantinsuyo". De ellas sólo podían extraerse algunas noticias sobre el orden de los reinados, la historia externa de algunos hechos y conquistas principales. En el resto eran yerro y falsedad. Erraban al pintar la behetría primitiva, al afirmar el repentino engrandecimiento de los Incas y al juzgar sus instituciones políticas y sus costumbres. Recapitulando su acusación rotunda, como todas las suyas, decía: "El crédito de dichas informaciones decrece hasta el extremo que no vacilamos en declarar que todo historiador imparcial y sagaz debe tenerlo por escasísimo y casi nulo".*

De conformidad con esta valoración de las fuentes fué el juicio de Riva-Agüero sobre el Incario en 1910. Con criterio sagaz y ecléctico y apuntalando a Garcilaso con Cieza, Acosta y Santillán —y hasta con el testimonio balandrón de Mancio Sierra—, sostiene Riva-Agüero la índole mansa y benévola del Imperio, la conquista pacífica y

la sumisión voluntaria de las tribus, la "amicicia" de los incas que ganaban pueblos con dádivas y buenas palabras y, en general, el carácter incruento de las conquistas incaicas. Estas se realizaron, dice, "sin encontrar gran resistencia y sin dejar tras de sí inextinguibles odios". En este orden hubo en algunos casos resistencias latentes, estados sometidos con carácter semi-autónomo, mitimaes y provincias en situación de opresión y desigualdad. Pero, al mismo tiempo, acepta Riva-Agüero muchas de las notas desechadas por Garcilaso como impropias de la vida incaica, como las revoluciones y conjuras, los desórdenes, los vicios, las penas crueles, las matanzas, la dureza de los tributos y aun que en las guerras "los Incas se mostraron con frecuencia a fuer de déspotas, crueles y sanguinarios". Los Incas —dice Riva-Agüero— tuvieron las características de los primitivos estados despóticos y conquistadores, y su sistema "no estuvo exento de los depravadores defectos inseparables de todo despotismo, por más suave y benigno que sea". Su posición tiende a ser ecuánime, equidistante de ambos extremos.

Contemplando serenamente el panorama histórico Riva-Agüero reconoció, como Prescott, que el Imperio tuvo ventajas y defectos: "Fué un imperio despótico y comunista, pero tuvo las ventajas, las virtudes y los vicios propios de su constitución". Aseguró el orden, la disciplina y el bienestar de miles de hombres. Entre los imperios que recuerda la historia —los asiáticos, el imperio romano, las monarquías absolutas de la edad moderna— anhelosos de un "ideal de tranquilidad en la servidumbre", el de los Incas fue el que "más se acercó al ideal de orden, de disciplina y bienestar en la obediencia". El liberal que había en el Riva-Agüero juvenil de 1910 no podía aceptar, como Prescott, la negación de la libertad individual que implicó el régimen incaico. Con dignidad republicana escribe Riva-Agüero: "los que reputamos supremo valor moral y social el respeto a la personalidad y a la libertad del individuo, sostenemos

que aquél régimen deprimente hubo de ser de efectos desastrosos a la larga y que en mucha parte es responsable de los males que todavía afligen al moderno Perú". He aquí ya la interpretación particularista del historiaror peruano, que se expansiona también para considerar un aspecto justificativo del régimen incaico, visto con ojos propios, desde dentro. Riva-Agüero considera que acaso el despotismo incaico, tan denostado, no fuera una forma característica del alma peruana, fruto de instituciones seculares en que se afirmara una sumisión voluntaria. "La docilidad y la ternura —dice— son las características de los indios del Perú". "Los súbditos vivían por lo general satisfechos con sus leyes y costumbres, sin desear nada mejor y el gobierno de los Incas era para los indios peruanos el más apropiado que se podía concebir". El despotismo paternal de los Incas —si cabe tal maridaje — era, para Riva-Agüero, "una encarnación de las naturales aspiraciones de la dócil raza quechua".

En el elogio de Garcilaso (1916) palpita la misma emoción tensa de admiración hacia el Incario. Riva-Agüero vitupera a los historiadores fríos y mediocres, amontonadores de datos, y loa al Inca por haber escrito con alma de poeta, en una historia que puede errar en lo accesorio pero que, realzando las líneas capitales y dominantes de la cultura incaica, salva el espíritu y traduce con instinto adivinatorio el misterio esencial de su estirpe y de su raza. "Y es la entraña del sentimiento peruano, es el propio ritmo de la vida aborigen, ese aire de pastoral majestuosa que palpita en sus páginas y que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa resignada y melancólica que se diluye en las lágrimas".

En El Perú histórico y artístico *(1921), dedicado a su estirpe montañesa, hace Riva-Agüero una magnífica interpretación de la vida y de la cultura incaica y sobre todo del alma quechua. Insiste en el descrédito y ningún valor de las* Informaciones *toledanas y aún de Sarmiento de Gamboa, cuya crónica considera como "simple resumen de ellas". De las* Informaciones *dice que estuvieron encaminados a rebatir a Las Casas y a justificar el suplicio de Túpac Amaru, que están colmadas de equivocaciones y patrañas, que fueron falseadas por el intérprete Gonzalo Jiménez y que son "recusables en grado sumo para todo lo tocante a la apreciación del régimen incaico". De paso, ataca a todos los negadores de la índole idílica del Imperio: Tschudi, Bandelier, el "atrabiliario jesuita" Padre Cappa y Lummis, "indiscreto apologista de Pizarro". En lo propiamente histórico insiste en la existencia de una raza protoquechua creadora de la civilización de Tiahuanaco y generadora de la incaica, en el quechuismo original de los Incas, en la transformación de la confederación o liga feudal en imperio despótico y en los privilegios de las tribus incaicas. El juicio final sobre el Imperio es, sin embargo, equilibrado y recto, como era su espíritu clásico y armonizador, cuando no le enervaban ataques desleales e insidiosos. Fundándose en el jesuita Acosta y olvidado de sus reparos liberales, Riva-Agüero declara su admiración por el régimen incaico, al que considera "notable y próvido gobierno", no obstante su severidad en los castigos. El autoritario de espíritu que había en el fondo liberal de época que fue Riva-Agüero habla ya de la "necesidad política del rigor y del escarmiento", típico además del sistema colectivista incaico. "El socialismo —dice— y más aún el socialismo militar y conquistador como lo fue el de los Incas, exige la mayor energía autoritaria, el despotismo administrativo, minucioso e inexorable". Pero recobra su ritmo liberal para señalar los deletéreos efectos de ese régi-*

men negativo de la libertad. El socialismo tuvo, para él resultados enervantes sobre las naciones del Imperio. Acostumbró al pueblo con tranquila indiferencia a cualquier yugo extraño, desarraigó toda iniciativa, "hizo de una de las razas mejor dotadas de la América indígena una tímida grey de esclavos taciturnos" y llevó al Imperio a la "semilidad apática" de todas las sociedades de tipo análogo: chinos, egipcios, indostanos, persas, romanos, rusos. El aristócrata liberal salva, sin embargo, de esta decadencia a la casta noble incaica. Las virtudes viriles se refugiaron, según él, en la aristocracia política y guerrera y en la lucha final contra los españoles fue esa clase la única que resistió en el levantamiento de Manco Inca, en tanto que "los antiguos súbditos, sumidos en su automatismo y marasmo habituales, desoyeron las exhortaciones de rebeldía que salían de Vilcabamba".

En este mismo libro Riva-Agüero torna a caracterizar la índole de las instituciones sociales incaicas, de acuerdo en parte con los postulados de la sociología de su época. Afirma que los Incas no inventaron la comunidad de aldea, surgida de la agricultura, sino que fue una institución primordial y espontánea. En algunas provincias antes de los Incas se había llegado a formas de propiedad o de explotación agrícola particularizada. Los Incas impusieron, sin embargo, su inflexible colectivismo. Llevaron la socialización económica al más alto grado: absoluta proscripción de la propiedad individual, requisición para el trabajo rústico y militar, anual repartición de lotes, faenas comunes y turnos, graneros y almacenes públicos, asistencia a pobres y viudas, rigurosas leyes suntuarias, matrimonio obligatorio y omnipotencia del Estado. A este sistema rígidamente socialista —que tuvo sus buenas y malas cualidades— le sucedió "el desenfrenado y anárquico individualismo español".

En la síntesis sustanciosa y tersa de 1921 hay otro mérito cardinal y es su exaltación de los valores espirituales de la raza y la cultura quechua, el sugestivo análisis de la poesía y los mitos indios, su interpretación del Ollantay —que llevado de su entusiasmo retrae hasta el siglo XVII, y, a la postre, a una leyenda prehispánica— y su interpretación de la arquitectura incaica: "manifestación de un pueblo grave, probo y triste que no aspiraba a deslumbrar con apariencias engañosas como el estilo yunga, sino a imponerse con la extraordinaria robustez de la planta y los materiales y la primorosa paciencia de la ejecución". En estas admirables páginas de Riva-Agüero están acaso las más sutiles notas del historiador con alma de poeta que habían destellado en el elogio de Garcilaso cuando dice que en el arte indígena predominaron "la ternura sollozante y la ingenuidad pastoril" o cuando en el tono majestuoso y señoril que le era peculiar, dice con robusta elocuencia: "Esquiva y tradicional, esta raza, más que ningun otra, posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Guardiana misteriosa de tumbas, eterna plañidera entre sus recuerdos ciclópeos, su afición predilecta y su consuelo acerbo consisten en cantar las desventuras de su historia y las íntimas penas de su propio corazón. Todavía cerca de Jauja, en el baile popular de los Incas *las indias que representan el coro de princesas (ñustas) entonan, inclinándose con exquisita piedad sobre Huáscar, el monarca vencido: "Enjuguémosle las lágrimas y para aliviar su aflicción llevémosle al campo, a que aspire la fragancia de las flores".*

Hasta 1921, poco más o menos, Riva-Agüero es en la historiografía peruana el iniciador y sostenedor de la corriente garcilasista y de los tópicos recogidos más tarde por el indigenismo romántico: mansedumbre de las conquistas incaicas, antiespañolismo, rechazo de la obra toledana, quechuismo del Incario.

En 1934 se anuncia el cambio de orientación que había de acentuarse en las lecciones de 1937, a base de la renovación y revisión de las fuentes. El hecho fundamental es la aparición de la Historia Indica *de Sarmiento de Gamboa, cuya versión de la historia incaica, bárbara y grandiosa, tarda en ser aceptada en el Perú por Riva-Agüero, que es el árbitro de los estudios históricos. Al fin y al cabo se impone la visión heroica de los antiguos hayllis o cantos de triunfo recogidos por los cronistas toledanos. Las crónicas fundamentales de Sarmiento, de Cristóbal de Molina, de Cabello Balboa y de Cobo confirman la índole guerrera y viril del Imperio. La transformación del criterio de Riva-Agüero se esboza en un discurso con motivo de la conmemoración del IV centenario del Cuzco español, recogido en los Opúsculos (II)* [3]*. Riva-Agüero analiza, él mismo, las motivaciones de su entusiasmo garcilasista: "Cuando hacia 1906 —dice— comencé en la Universidad a interesarme por la investigación personal de los anales incarios, predominaban en nuestra pre-historia dos corrientes antogónicas. Era la una la aceptación rutinaria de las fábulas indígenas, el idilio de los Incas, que aún atestaba manuales y libros de texto y que aceptaba a ojos cerrados las aserciones del tardío recopilador Garcilaso, cuya utilidad y buena fe he defendido y defiendo, pero al que jamás he reputado el más fidedigno, seguro y completo analista del Tahuantinsuyo. En oposición a la manida y yerta posición tradicional, mantenida entonces por los herederos de Lorente, nos llegaba el eco rabioso del antigarcilasismo europeo, que extremaba el escepticismo y la hipercrítica contra las tradiciones incanas y que todo lo sacrificaba en aras del aymarismo. . ." y agrega: "Antes de 1906 no se conocía acá la* Historia Indica *de Sarmiento de*

---

3 El discurso forma parte del T. VI de estas *Obras Completas*, en preparación, dedicado a los estudios de Riva-Agüero sobre la Conquista y el Virreinato. [N. del E.].

Gamboa, publicada en Alemania el mismo año, ni la del Padre Morúa, (sic) editada con mucha posterioridad". Es notoria, sobre todo su variación de criterio sobre la encuesta toledana, sobre la que dice, ahora, cosa sustancialmente distinta de la de 1910: "Las capitales informaciones recogidas por el Virrey Toledo no habían aparecido en su integridad y sólo podían leerse en el breve extracto que publicó Jiménez de la Espada". *En realidad las Informaciones completas publicadas por Leviller dicen en el fondo lo mismo que el extracto de 1880. Es el criterio de Riva-Agüero el que ha variado, por la influencia decisiva de la poesía heróica guardada por las panacas principales. Riva-Agüero se va entregando pausada pero seguramente a la evidencia. Al referir los orígenes del Cuzco habla ya de las crueldades de Mama Ojllo contra las tribus vencidas, veladas por Garcilaso. Al describir el cuadro de las luchas primitivas dice: "Todos estos combates entre ayllus congéneres, cruentas invasiones de territorios e inmolaciones de víctimas humanas, nos alejan mucho de la* idílica leyenda *que deleitó a los peruanistas del siglo XVIII y predomina todavía en buena parte de los del XIX". Por el estilo son sus acotaciones en el prólogo al libro sobre el Imperio de Horacio H. Urteaga. En tono provocador de polémica presentista dice: "peca la tradición incaica por sus tendencias socialistas y despóticas cuyos deprimentes resultados analiza con tanta maestría el contemparáneo Baudin. Es la menos liberal y democrática de las dos, por más que duela a la mayoría de sus panegiristas: su ideal fue el orden, el método, la disciplina y la jerarquía".*

La visión madura y final del Imperio la alcanza Riva-Agüero en el libro Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispánica *(1937), en el que el contenido de la crónica de Sarmiento de Gamboa se absorbe íntegramente en el relato de los hechos externos y en el que predomina ya la versión*

de un Imperio rudo, belicoso y sangriento. El testimonio de Garcilaso ha ido perdiendo autoridad en su ánimo para lo que se refiere a la índole pacífica del colosal imperio andino. La realidad, dice ahora, aparece en Garcilaso "idealizada y edulcorada". Con mucho más sentido histórico que en su juventud, escribe ahora: "Hay que acudir a los analistas primitivos para hallar los rasgos de significativa barbarie y las tintas de color local y época auténticas. Los chancas llevaban como paladión en la campaña los cadáveres embalsamados de sus antiguos caudillos..." La reacción contra la tesis garcilasista es completa. Queda estereotipada en este pasaje, tan diverso del juicio de 1910 y del Elogio de 1916: "Muy dudosa e intercadente resulta en la historia efectiva esa clemencia y mansedumbre incaica, manido lugar común y engañoso artículo de fe en el cuadro convencional de nuestro pasado. El colorido, más todavía que los hechos concretos, es falso en los Comentarios Reales, que parecen, por su almibarada monotonía, no relatos de época bárbara, sino vidas legendarias y monásticas de santos. Garcilaso diluye en plata y azul lo que en las demás fuentes brilla con fulgor sombrío y rutilante de rojo y oro. Por su violenta crueldad, Pachacutec se hermana con los déspotas orientales, con los monarcas asirios. Exterminaba, desollaba a los enemigos rebeldes. Sus cárceles pobladas de fieras y víboras, el pueblo las llamaba la Sancahuasi y la Llaxahuasi, la caverna y la pavorosa".

Riva-Agüero acepta ya en este libro último y definitivo la índole sangrienta y dominadora del Imperio conquistador. La pintura de los tiempos primitivos del Incario es ruda y bárbara. Pero la violencia se continúa bajo los grandes Incas y capitanes de la expansión incaica. Inca Yupanqui en su reacción contra los Chancas "degolló a los principales, hizo clavar sus cabezas en las picas; a otros ahorcó o quemó, a otros empaló y desolló vivos; y reservó los cráneos para usarlos como vasos en sus banquetes..."

"Todo esto es, —dice— de una atrocidad oriental asiria". En el mismo tono habla de las represalias ejercidas en la conquista del valle del Huarco o en la "terrible sublevación de los Collas". De retorno de Chile, Pachacutec castiga a los rebeldes que son desollados y de sus pieles se hacen tambores. El reinado de Túpac Yupanqui deja "una herencia de agravios y rencores", en contradicción con su afirmación anterior de que no dejaron tras de sí inextinguibles odios. De Huayna Cápac dice que hizo degollar con espantosa crueldad más de veinte mil hombres en las orillas de Yahuarcocha. El jefe Pintuy (caña brava) fue desollado y "de su piel hicieron un tambor, enviado al Cuzco como trofeo". La crueldad continúa y se exacerba en la guerra civil de Huáscar y Atahualpa, quien ordenaba sacar los ojos a los enemigos, asolaba ciudades, pasó a cuchillo a 60,000 personas, mandó saquear el Cuzco, abrir los vientres a las mujeres, ajusticiar en estacas a los miembros de la nobleza adicta a Huáscar y a aquél horadar los hombros para pasarle unas sogas; y que levantó en su paso de conquistador "piramides horrendas como un conquistador asiático". Atahualpa fue, según Riva-Agüero, el culpable de que el Perú no se defendiera ante los conquistadores españoles, "infundiendo el respeto que es prenda de unión fecunda y gloriosa".

La égloga del Imperio se desvanece por completo, pero al mismo tiempo Riva-Agüero acepta que esta exacerbación de la crueldad y ruptura de la unidad incaica se debiera a un comienzo de decadencia moral. En 1934, en un ensayo publicado en la Revista de la Universidad Católica *titulado* La caída del Imperio incaico *insinué la explicación de que esa debilidad proviniera del debilitamiento de las virtudes de la nobleza incaica, la que por primera vez se abstuvo de combatir a los Cayambis y había perdido en parte sus costumbres ascéticas y viriles. Riva-Agüero aceptó esta tesis en sus clases, aunque la discuta en parte en su texto y*

sostenga que la depravación cortesana se inicia en la época de Pachacutec. "El receloso despotismo, dice, la poligamia, la vida de serrallo, producía sin cesar tragedias domésticas". Con su acostumbrada tendencia analógica compara el cuadro de los últimos Incas con el de los antiguos persas, a los que se parecen "en la teocracia solar y despótica, en el incesto dinástico obligatorio y los crímenes del serallo que producen la rápida decadencia de la monarquía".

En estas descripciones está presente el influjo de la historia de Sarmiento y de las antes repudiadas Informaciones, *cuya autoridad no cabe aceptar en alguna manera en su integridad, como instrumento político que fueron de la política imperial de Toledo. Las* Informaciones, *son, como los hayllis incaicos, la versión oficial del bando dominador en la que hay que descartar la deformación interesada y hallar los hechos reales indiscutidos.*

Riva-Agüero permanece sin embargo fiel a Garcilaso en algunos puntos ya insostenibles después de la aceptación de las guerras y revueltas intestinas de que hablan Cieza y Sarmiento. Su obstinación erudita se manifiesta principalmente en la insistencia en la tesis de que el Imperio se formó lentamente desde los primeros Incas, por expansión gradual y no por una rápida propagación, y también en el mantenimiento de la afirmación garcilasista de que el vencedor de los Chancas fue Viracocha, y no Pachacutec como lo sostiene ahora con firme documentación María Rostworowski de Diez Canseco. En veces restalla también su antigua enemiga contra Sarmiento, al que, no obstante haber incorporado sus épicos trozos a su historia, llama "acérrimo detractor del imperio incaico". Y contra las Informaciones *descarga aún su habitual expolio, diciendo que no cabe admitir "sin riguroso examen las tendenciosas declaraciones debidas a la pusilanimidad y el servilismo habitual en los indios". Si es fundada la desconfianza de*

Riva-Agüero para las Informaciones *toledanas desde el punto de vista político del Imperio, no resulta muy adecuada la confianza que deposita a menudo en lo que se refiere a la historia externa de los Incas en algunas fuentes dudosas y tardías: en las* Informaciones *llamadas de Vaca de Castro, a las que presta excepcional validez, cuando son eco inseguro de unas hipotéticas declaraciones que hasta ahora no han aparecido, y en tres cronistas que escribieron en el siglo XVII, casi después de un siglo de la caída del Incario —Gutiérrez de Santa Clara, Anello Oliva y Huaman Poma— que coinciden con frecuencia reveladora y son una sola fuente insegura e insuficiente para rebatir el testimonio tan sólido y directo de Cieza o de Sarmiento.*

Una última variación interesante se produce en el ánimo de Riva-Agüero con relación a las calidades anímicas de los habitantes de Costa y Sierra, que han agudizado algunos complejos provinciales. En 1910 Riva-Agüero comulgaba en el desdén de los Incas y de los cronistas españoles primitivos por los yungas ruines, sucios y despreciables. "El Imperio Incaico —dice— coincidió con el debilitamiento y degeneración de las razas del litoral". Los Incas, agrega, los mantuvieron en pie de dependencia y desigualdad. En 1921 coopera todavía con la leyenda de la endeblez intelectual y moral de los costeños, cuando dice que las civilizaciones primitivas Nazca, Ica y Trujillo que perfilan una cultura autónoma y brillante, eran "adelantadas y opulentas, pero muelles". Pero en su Civilización Tradicional Peruana *(1937), al estudiar la influencia del clima sobre el hombre y la reacción vencedora de éste sobre el medio físico, declara que la influencia deprimente que se atribuye al clima costeño sobre el hombre es "menos enervante de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévola". La costa, dice recuperando su ecuanimidad, desde los primeros tiempos tuvo "papel importantísimo de iniciativa e innovación".*

Refiriéndose a la Sierra anota su tristeza y desolación y comenta: "La altura andina predispone el ánimo a la frialdad, la lentitud y la melancólica resignación". El antiguo garcilasista, el pugnaz polemista contra González de la Rosa y Uhle, se ha compenetrado insensiblemente de algunas de las necesarias verdades de los adversarios.

Entre sus más altas cualidades para el desempeño de su función de historiador, tuvo Riva-Agüero la de su inmensa capacidad receptiva, su inagotable curiosidad y erudición, el humanismo ingénito de su inteligencia que se interesaba por todos los aspectos de la historia universal y no sólo la peruana, sobrepasando las recortadas visiones de campanario y que hicieron de él un verdadero maestro de historia comparada. Riva-Agüero es, en su época, el más documentado de nuestros historiadores sobre formas sociológicas y culturales y lo que enaltece y distingue su obra son las analogías y comparaciones que hace de las instituciones y evolución del pueblo incaico con las de otros pueblos primitivos, como los caldeos, los egipcios, los romanos, los chinos o los demás pueblos de América, con pleno dominio de las fuentes más saneadas y de los últimos hallazgos y comprobaciones. Con el Egipto halló la analogía del territorio que determina el tipo de una civilización de oasis, la preocupación de ultratumba, los procedimientos de momificación, el hieratismo en el arte y el recuerdo de las maldiciones populares por los padecimientos que significaron las grandes obras públicas. Compara también el Incario con los pueblos babilonio y asirio y con la confederación azteca. Considera el régimen Inca como un despotismo teocrático semejante al de China y Egipto, rodeado de una nobleza militar y feudal. El paralelo entre el Imperio del Sol Celeste y el del Sol Andino, iniciado por Prescott y ahondado por Riva-Agüero, es una obra maestra de historia comparada. Con él pone de relieve, aparte de los rasgos señalados por Prescott —abso-

luta obediencia, carácter terco y suave, respeto de usos y formas tradicionales, destreza y prolijidad, predominio de la paciencia sobre la imaginación, falta de audacia— otras notas anímicas y coincidencias históricas: primitivas escritura de nudos, Huang-ti y su mujer, pareja civilizadora como Manco Cápac y Mama Ocllo, máximas y discursos de los emperadores, pájaro mitológico fung-huang semejante al coraquenque, gran muralla y gran canal, ceremonias agrícolas presididas por el Emperador hijo del Cielo en la China y del Sol en el Perú. Coinciden sobre todo ambos pueblos en la tendencia hacia la reglamentación minuciosa y patriarcal y el manso despotismo, en que "la corrupción y la crueldad no borran el sello paternal y bondadoso de las leyes" (1910). El Incario fue, para Riva-Agüero, una China joven que la conquista española detuvo y destruyó en los primeros grados de evolución (1910). "Conocer —dijo alguna vez, resumiendo su técnica histórica— es en el fondo comparar".

Además de exaltar los valores poéticos de Garcilaso o de la poesía indígena y la tendencia sincrética de la historia peruana, Riva-Agüero rechazó también orgullosamente el determinismo y el materialismo históricos y, particularmente, la tendencia a deshumanizar o colectivizar la historia. Reinvindicó la existencia personal de Manco Cápac y declaró "que es mala filosofía histórica, arbitraria y perniciosa, la de suprimir por capricho o alarde de ingenio la intervención constante de los hombres en los acontecimientos mayores, la de imaginar que los pueblos se mueven sin caudillos y por sí solos, que las ciudades se fundan por instinto ciego de muchedumbre como los panales de las abejas o las cabañas de los castores... no hay que desterrar de la historia la individualidad, la voluntad y la reflexión, porque es apagar toda luz y rendirse a la ignorancia y al acaso".

En el fondo del espíritu de Riva-Agüero lucharon el liberal y el autoritario del siglo XIX. En su primera etapa predominó el liberal cuando condenaba el Imperio Incaico porque no había respetado el supremo valor moral de la libertad individual y le hacía responsable de los hábitos de servidumbre y de los males que actualmente afligen al Perú. Pero, en su última época, se sobrepuso el antiguo absolutista que latía en el fondo atávico de su estirpe española y reclamaba como mérito del antiguo Imperio indígena el haber hecho prevalecer desde sus más remotos orígenes, "la jerarquía, la subordinación forzosa y clarísima propensión a la autocracia". Fundió, así, íntimamente en su espíritu, el legado quechua y el español, aunque como excelso representativo que era de la cultura occidental no pudo dejar de afirmar —como lo dijo en su discurso de 1934, en el Centenario de la fundación del Cuzco, probablemente recordando a Bartolomé Herrera— que aquel acto "era la iniciación solemne del Perú cristiano y europeizado, que es el nuestro, el presente, el definitivo".

Pero el Imperio incaico realizó una obra civilizadora benéfica para el hombre y la cultura americana. "Fue un régimen de madurez, una gerontocracia en que predominaban la experiencia y el tino". Conducido por los orejones, que fueron la armadura y el nervio de la potencia incaica, terminó con las luchas intestinas, disminuyendo los sacrificios humanos, construyendo caminos, canales y edificios, difundiendo altos principios éticos y despertando en sus súbditos la orgullosa conciencia de integrar una sociedad ejemplar entre las hordas salvajes.

Como en el campo de la historia incaica e hispánica, fue también decisivo el influjo de José de la Riva-Agüero en la orientación de los estudios de historia republicana, no obstante de que no escribió una obra particular sobre este período. Riva-Agüero contribuyó fundamentalmente a la exégesis de la evolución republicana con su obra Carác-

ter de la Literatura del Perú Independiente, *primer balance de nuestra cultura original y autónoma, con su crítica a la obra de Paz Soldán en* La Historia en el Perú, *en la que trazó pautas definitivas al reivindicar a las figuras de la revolución peruana, reaccionar contra el procerismo extranjero imperante y reivindicar la trascendencia y visión del empeño de Santa Cruz al forjar la Confederación Perú-boliviana, restauración de un gran Perú; con sus ensayos sobre diplomacia y política republicanas publicados en la* Revista de América *o en el* Mercurio Peruano, *rebatiendo a Bulnes o a Alberto Gutiérrez sobre la guerra con Chile o en su reservado folleto* El problema diplomático del Sur. Relaciones con Chile y Bolivia *(Chorrillos, 1932) en el que aboga por la alianza diplomática con Chile o la unión de lo tres países por tratados de comercio, de statu-quo y garantía territorial y hasta una unión aduanera, política circunstancial dictada por la amenaza bélica de Bolivia en 1926, y en algunos de sus* Opúsculos, *principalmente en el dedicado a don Manuel Pardo.*

Hubo en Riva-Agüero, de acuerdo con las tendencias de su época de auge de la Sociología, una tendencia a derivar hacia el enfoque sociológico de la realidad peruana y al análisis de las leyes que han presidido el desararollo político y social del Perú, lo que se patentiza en sus tres obras sobre literatura, historia y paisaje del Perú republicano. En el Carácter de la Literatura del Perú Independiente *(1905), Riva-Agüero, como Prado y García Calderón, se mueve dentro de los conceptos familiares entonces de "razas", de "superioridades e inferioridades étnicas", de influencias e "imitaciones" extranjeras y de "peligros" imperialistas. García Calderón había señalado la necesidad de europeizar nuestra cultura bajo el preponderante influjo latino y había denunciado "el peligro japonés"* (Las democracias Latinas). *Riva-Agüero preconizaba en 1905, ante la falta de cohesión étnica, escaso desarrollo social y económico y*

falta de un ideal colectivo, la necesidad de la imitación. Diez años más tarde, insistiría sobre el tema en la Biblioteca Internacional de Obras Famosas *con su estudio* Influencias imitativas en la moderna literatura peruana *(1914?). El Perú necesitaba, según Riva-Agüero, romper con los ideales políticos, filosóficos y religiosos de la vieja España y europeizarse en todo menos en el idioma y el respeto a los clásicos literarios. "Ampliemos el círculo de nuestras imitaciones —escribía— y multipliquemos el número de nuestros modelos". Al analizar las posibilidades perdidas y las futuras de nuestra historia, esboza, dentro de la tónica de Prada, un análisis de los defectos nacionales. El carácter peruano se definía por su "versatilidad, frivolidad burlona, atolondramiento, irreflexión, vanidad", "por la costumbre de esperarlo todo del Estado, la plétora de las profesiones liberales, la empleomanía, la centralización asfixiante, el desprecio de la tradición, repudio del derecho histórico, inestabilidad en el gobierno". Desde entonces lucharon en Riva-Agüero el liberal y el hombre de casta y, a pesar de su radicalismo de escuela, su condenación del catolicismo como pasadismo y fanatismo, reclamaba, ya en un anhelo de equilibrio, el mantenimiento de un elemento tradicional, el que buscaba en el "carácter honrado y viril del pueblo español". La tradición española —decía— es la única tradición que nos queda", y, tras de denunciar sus defectos, hallaba en ella "reservas de energía y virilidad" contra el peligro de la absorción económica de otros pueblos. Su baluarte de nacionalismo era el mantenimiento de la lengua castellana.*

En La Historia en el Perú *(1910) Riva-Agüero, todavía dentro de su posición de época liberal y anticlerical, reacciona ya contra el cerrado antiespañolismo del siglo XIX y declara que "la nacionalidad tiene orígenes más profundos y remotos que la declaración de la independencia". Revisando el criterio con que se había juzgado la obra colonizadora*

española, asienta que es necesario "comprender y sentir en él cómo la sangre, las leyes y las instituciones de España, trajeron la civilización europea a este suelo y crearon y modelaron lo esencial del Perú moderno" (pág. 549).

En sus Paisajes Peruanos *(1912)*[4] *Riva-Agüero reanuda sus meditaciones sociológicas sobre el Perú. A través de la magnífica descripción del Perú que ese libro contiene Riva-Agüero expansiona su espíritu ante la tierra impregnada de historia y renueva su pensamiento sobre la evolución del Perú. La visión de la sierra, del hombre y del paisaje andino restablecen el equilibrio de su interpretación del Perú. Considera que hubo "excesiva hispanofilia" en sus reflexiones juveniles y se arrepiente de su "tendencia europeizante de criollo costero". Destacan en sus reflexiones históricas su juicio sobre la Independencia, en el campo de Ayacucho, sus notas sobre Gamarra y la Confederación, sus apreciaciones sobre los valores de Costa y Sierra y su espléndida caracterización del alma quechua. Es la hora radiante de la valorización certera y luminosa del Perú andino —que él es el primero en hacer en esta etapa de nuestra cultura—, variando el ángulo de las preocupaciones extranjerizantes e imitativas que habían sido la consigna recibida en su juventud y orientando la historia y la sociología nacional hacia el conocimiento de nosotros mismos. Riva-Agüero considera desde entonces al Perú como "un país de sincretismo y de síntesis" cuya expresión auténtica es el mestizaje. Fue un error —dice al volver de la sierra—, "el considerar el antiguo régimen español como la antítesis y la negación del Perú" y proscribir "los tres siglos" de la Colonia de nuestra formación espiritual. España consideró*

---

4 Riva-Agüero realizó su viaje a la Sierra del Perú y Bolivia en 1912, y de entonces debe ser la redacción inicial de *Paisajes Peruanos*, revisada los años 1916 y 1917, que sólo se fueron publicando, por capítulos, a partir de 1916. Raúl Porras escribió estas páginas al mismo tiempo que redactaba su extenso y valioso *Estudio Preliminar* a la primera edición completa de *Paisajes Peruanos* (Lima, 1955). [N. del E.].

al Perú dentro de una minoridad filial priviligiada y "mantuvo nuestra primacía hisórica en la América del Sur". Pero el Perú no es única y exclusivamente español, como afirmara el obispo Herrera. "El Perú —dice Riva-Agüero— es obra de los Incas tanto o más que de los conquistadores". "El Perú moderno vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico, el segundo aunque subalterno en ideas, instituciones y lengua es el primordial en sangre, instinto y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de nuestro pasado". Así se coordinan en el pensamiento de Riva-Agüero generalmente tildado de hispanista acérrimo, nuestras dos herencias esenciales y recobra por obra suya, su valor primordial el mensaje de la cultura y de la sangre del antiguo Perú —toda la corriente moderna del indigenismo peruano— que él fue el primero en proclamar y restaurar, reaccionando contra prejuicios etnicos y psicológicos, nacionales y extranjeros, largo tiempo estratificados.

RAUL PORRAS BARRENECHEA.

I

INFLUENCIA DE LAS INSTITUCIONES INCAICAS EN LA CIVILIZACION DEL PERU

Ejercicio universitario redactado por Riva-Agüero para el Curso de Historia Crítica del Perú, *que dictaba D. Carlos Wiese en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. El manuscrito, fechado el "Domingo 5 de octubre de 1902" y firmado por el autor, hasta ahora inédito, se conserva en el Archivo Central Domingo Angulo de la Universidad de San Marcos, S. I. Est. XIII, Sección de la Facultad de Letras, T. 22 de* Composiciones *(1901 - 1906), pp. (269) - 274. La copia y cotejo del manuscrito se ha realizado con la colaboración del Director de este Archivo, Dr. Carlos Daniel Valcárcel.*

Se trata del ejercicio de un alumno del segundo año de la Facultad de Letras, seguramente producto de lecturas iniciales (Prescott, Cieza), en exceso esquemático y categórico, muy distante de la notable madurez juvenil que revelará tres años más tarde en su primera tesis de 1905, pero que, sin embargo, contiene su primer juicio sobre el Incario y sobre el llamado "problema del indio" y es útil, por tanto, para el mejor conocimiento de todo el proceso de su pensamiento frente a estos temas.

AL estudiar la civilización de un país, al pretender apreciarla, lo que más importa conocer son sus instituciones. La razón es obvia: las instituciones expresan y crean la civilización. La expresan al producirse, al nacer, porque revelan las necesidades de la nación que las forma; la crean, porque, una vez establecidas, influyen poderosísimamente, no sólo en la sociedad, sino en los sentimientos íntimos, en las ideas y costumbres individuales, ya que es sabido que hay una acción y una reacción constante entre lo interior y lo exterior, entre el individuo y la sociedad. De tal manera que todo hecho social tiende a modelar a semajanza suya al individuo y que todo hecho individual tiende a traducirse en hecho social. Y las instituciones son los hechos sociales mas importantes y permanentes.

En el antiguo Perú, en el imperio incásico, el carácter de ellas consistía: *en la teocracia despótica, en el socialismo, en la inmovilidad y en la total sumisión e ignorancia del indio.*

El Inca era Dios. Ante él desaparecían todos los derechos, todas las libertades de los súbditos, porque el hombre desaparece ante la divinidad. Su persona y la de sus representantes eran sagradas; la transgresión de sus mandatos constituía un sacrificio. Ofrecía estas dos ventajas: En primer lugar dignificaba y engrandecía la obediencia. No es servil ni indigno obedecer a Dios. Daba, pues, lagitimidad al poder; y al ascendiente de la fuerza bruta, propio del salvajismo y la barbarie reemplazaba la sumisión fanática, pero no irracional ni cobarde. En segundo lugar, aseguraba hasta cierto punto la felicidad de los súbditos, porque no encontrando el Inca ninguna resistencia, viéndose adorado y contando por rebaño suyo la nación entera, tenía que dedicarse a labrar su prosperidad, del mismo modo que el dueño de un animal cariñoso y sumiso. Pero por otra parte ofrecía gravísimos inconvenientes. Destruyó la personalidad del indio; le acostumbró a obedecer ciegamente; fió su felicidad y sus intereses más queridos al capricho del Inca, al azar de la herencia dinástica; comprimió su inteligencia; aniquiló su voluntad; realizó — tanto más seguramente cuanto que le daba el prestigio de lo divino y permitía dominar hasta en lo más recóndito de la conciencia — el ideal de todo absolutismo: la substitución del individuo activo y libre por una máquina útil; con lo que se minaba la estabilidad del Imperio, porque el día en que faltaba el único principio cahesivo, el único impulso rector ¿qué podía esperarse sino la disolución y la inercia?

La Sociedad lo era todo. El individuo se sacrificaba en aras de ella. La propiedad era colectiva; el matrimonio impuesto por el Gobierno. En fin, el objeto del indio no consistía en su bienestar, sino en el social. No puede menos de admirarnos que en un estado de civilización tan incipiente y con tan pocos auxilios haya podido alzarse el hombre hasta la sublime idea de confraternidad y colo-

car la utilidad de cada uno en la de todos; pero la realización de semejante idea, fructuosa solo en una sociedad de ángeles o santos, hubo de encontrar en el Perú obstáculos morales que la hicieron en alto grado maléfica. En la inmensa mayoría de los hombres, el egoísmo es la causa de la actividad y del progreso. Suprimiéndolo, para que la actividad continúe hay que echar mano de la fuerza, hay que ser despótico— como sucedió en el Perú—; y la solidaridad espontánea que es el mas noble uso que se puede hacer de la libertad, se convierte cuando es forzosa en la más terrible servidumbre. Y en la servidumbre, aquellos mismos sentimientos sociales que se ha procurado robustecer, se van debilitando hasta casi extinguirse; y para conservar la sociedad no resta otro lazo que la imposición, la violencia. Eso precisamente sucedió en el Perú incásico. No podía haber afectos conyugales muy comunes donde la elección en el matrimonio era asunto del Estado, ni patriotismo é interés por los negocios públicos donde la nación no tenía ingerencia en la marcha del gobierno. La moralidad impuesta y no libremente practicada, podía ser excelente en su parte negativa y pasiva: en evitar el crimen y cumplir la ley por temor al castigo; pero tuvo que ser nula en su parte positiva, en realizar más de lo prescrito, en el heroísmo, en las grandes virtudes, en la generosa altivez, en el fecundo orgullo. El trabajo no fue diligente sino porque era obligatorio; y los inventos industriales y científicos no pudieron nacer donde faltaban el poderoso estímulo de la propiedad privada, y toda libertad del pensamiento.

Consecuencia rigurosa del despotismo teocrático y del socialismo, fue la inmovilidad, el estancamiento. La libertad es el principio activo: ahogado todo germen de variedad y vida estaba muerto. El Perú funcionó automáticamente, repitiendo siempre los mismos actos, sin introducir ninguna mejora, mientras que en Europa una civilización, quizá

menos armónica, pero progresiva, incesantemente adelantaba hasta que por plétora de fuerzas, rebasó de su Continente y envió a sus hijos hacia América, a someter la raza que no supo avanzar.

Otra consecuencia fatal del despotismo teocrático fue la servil sumisión del indio y su completa ignorancia. Los escasos conocimientos literarios, religiosos y políticos estaban reservados a la nobleza, y aun en ella, por falta de libertad de inteligencia, se hizo tan poco en Ciencias y Filosofía que si a esto nos atuviéramos, tendríamos que considerar a la civilización incásica como bárbara. Los adelantos solo fueron notables en las industrias; principalmente, en la agricultura, muy superior a la europea de entonces.

Fácil es explicarse la destrucción del Imperio cuando se conocen los efectos que sus instituciones produjeron. El despotismo, el socialismo, la inmovilidad y la ignorancia sistemática nos revelan por qué cayó tan repentinamente y por qué imprimió en sus súbditos ese sello de debilidad moral, de soñolienta pereza, que agravada por la esclavitud del Coloniaje, los hace hoy rémoras de todo progreso.

Pero, no porque se reconozcan y se palpen sus desastrosos efectos, hemos de condenar a carga cerrada la civilización Incásica; no porque no asintamos con la escuela absolutista y socialista que el ideal humano es el orden, hemos de admitir con la progresista que donde no hay libertad, no hay nada. Las conclusiones generales, terminantes, son muy peligrosas porque rara vez resultan verdaderas. Si Prescott nos presenta el lado malo del Perú incásico, en cambio Cieza de León, Carli y Mancio Sierra de Leguízamo, en su célebre testamento, nos muestra el bueno; y aunque mucho haya que rebajar de lo que el remordimiento le inspiró a un moribundo o de lo que la magia de las cosas pasadas o propósitos políticos le dictaron a los demás, siempre queda lo suficiente para que el juicio se coloque en un justo medio entre las calurosas detracciones de los unos

y los no menos calurosas apologías de los otros. Si el socialismo despótico de los Incas produjo males que todavía nos aquejan, produjo también ventajas, alguna de ellas perennes. Formó una población dulce, obedientísima, y si sus cualidades se malearon y su dulzura se hizo debilidad y su obediencia se trocó en abyección, no hay que achacar a los Incas la culpa directa; propagó el bienestar material hasta un punto verdaderamente increíble, no comparable con el de Europa en ese tiempo, y, en cuanto a generalidad y difusión ni en el presente; puso en la Sociedad orden y paz perfectas; que creó por esfuerzo propio, lejos del contacto de toda obra cultural que pudiera servirle de modelo, una civilización relativamente muy adelantada y que si se perdió, fue ¡cosa extraña en América! por exceso y refinamiento de organización social; realizó en el más alto grado el principio de solidaridad; y por último, —y de éstos aprovechamos— estableció la nacionalidad peruana, unificando a las diversas tribus.

En la Historia hay dos factores: uno individual que requiere a la libertad; otro social que solicita al orden. Ambos son respectivamente como el fondo y la forma de la civilización. Cuando ésta es perfecta— lo que es rarísimo— se equilibran; pero casi siempre uno prevalece sobre otro. En el Perú indígena dominó el *orden*; y aun cuando deploremos los daños que engendró y que hasta hoy subsisten, no podemos dejar de reconocer que es propio de lo humano que los bienes vayan mezclados con los defectos, y que los Incas, dados su condición y sus medios, hicieron bastante.

II

SOBRE EL MONUMENTO A MANCO CAPAC

Artículo publicado en la revista Variedades *de Lima, 1 de diciembre de 1917, Nº 509, pp. 1235 - 1238. Se reprodujo en* El Comercio *del Cuzco, el 14 de diciembre de 9117, p.* 1*, y en* La Verdad *de Sicuani, el 15 y el 22 de diciembre del mismo año, pp. 1 y 2.*

MI amigo Leoncio Alvarez, presidente de la Asociación Universitaria Cuzqueña, me pide que publique en Lima mi parecer sobre el sitio que ha de ocupar en el Cuzco la estatua de Manco Cápac. Aunque ya no son muy recientes mis recuerdos sobre la metrópoli incaica, y es fácil que por lo mismo no aprecie bien distancias y perspectivas, procuraré en este artículo fundar la opinión que emití en privado, y satisfacer así la lisonjera consulta de mis amigos cuzqueños.

Para colocar el monumento en la Plaza Mayor, hallo en primer término un inconveniente grave: la gran extensión de ésta. Una estatua de mediano tamaño quedaría muy desairada en espacio tan anchuroso y ante las moles de la Catedral y la Compañía; y como ha de ser indispensable estatua de bronce, único material adecuado para representar al soberano indio, dudo que los fondos disponibles sean bastantes para la altura y proporciones que la ubicación de la Plaza requeriría. Pero hay otro argumento esen-

cial en contra: esa plaza, lugar venerable entre todos los de la tierra peruana, está hoy desfiguradísima, desnaturalizada en extremo con el plebeyo jardín municipal y las obras de renovación hechas en los años últimos. Mi amor por las tradiciones y el ambiente histórico me obligaron ya a decirlo en el primer capítulo de mis sensaciones de viaje; y sería irracional que se resintieran mis amigos del Cuzco a causa de palabras que me dictan mi celo y devoción por lo que es patrimonio del Perú entero. Si en Lima la pobre Plaza de Armas ha perdido el carácter interesante de nuestro peculiar criollismo (¡y habría sido tan fácil conservárselo, manteniendo uniforme el tipo arquitectural de barandas arcaicas y balcones semiarábigos, y realzarlo en el centro con piletas y jarrones churriguerescos!); si la plaza mayor de nuestra capital costeña puede ahora confundirse con cualquiera cursi plazuela moderna hispanoamericana, desde Cuba a la Argentina; en el Cuzco se ha hecho algo peor, porque es profanación de un paraje más ilustre: en el corazón de la ciudad vetusta y trágica, que conmueve poderosamente a todo peruano culto; en el majestuoso escenario donde vagan todavía augustas memorias del Imperio y la Conquista, hay un parquecito vulgarísimo, digno de la provincia más anónima; y hay, si no me engaño, bancos de madera, piso de cemento y en el atrio de la Catedral modestos mosaicos del país. Es una incongruencia que clama al cielo. Entre estos adornos de tan burguesa edilidad, el legendario Manco Cápac quedaría muy mal instalado. ¿Habrá en la actualidad dinero suficiente para hacerle un marco digno, reparando tales desaguisados? Si lo hay, mis objeciones desaparecen; pero si no, evitémosle por piedad al héroe epónimo ese ruin acompañamiento; y que su instalación no sirva de nuevo motivo para que nos resignemos a aceptar aquel tan mezquino arreglo, que afea escandolsa y sacrílegamente el más noble recinto del Perú. Sólo por evidentes razones higiénicas no me atrevo a sostener que

mejor estaba con el mercado ó *Ccatu* antiguo; pero desde el mero punto de vista artístico, entre el atraso genuino y rudo, y la mejora prosaica, adocenada y ramplona, prefiero decididamente el atraso, que siquiera es pintoresco.

Si los tiempos siguen mejorando, como parece, habrá que invertir dentro de algunos años apreciables sumas en la indispensable restauración de nuestra única ciudad, verdaderamente histórica; y componer entonces ante todo la Plaza Mayor. Cuadrarían en ella como pavimento grandes losas de granito, propias de su severo pasado, é intercalados de grama o césped, sombreados por árboles de la región, como aquellos frondosos y gigantes *pisonayes*, de que ví tan bellos ejemplares en Calca; varias fuentes de bronce, de estilo barroco, que armonizaran con las fachadas de los templos y suavizaran la solemnidad del ámbito con la viva hermosura de las aguas; y en las gradas de la Catedral, una balaustrada, como las que existen en los semejantes edificios españoles del Santuario de Loyola, del monasterio del Escorial (lado del Estanque) y junto a las bóvedas del Sagrario de Méjico; obras todas de gusto análogo y época próxima a la iglesia episcopal cuzqueña. También sería menester reparar los portales conservando siempre la tan simpática fisonomía de su arcadas, de blancura morisca; y componer fielmente los curiosos balcones, reponiendo las típicas celosías de rejillas. Y cuando todo esto se haga y la Plaza Mayor recobre con ello la dignidad histórica que le compete, los espacios libres entre sus fuentes y árboles deberían en mi opinión reservarse para las estatuas de los dos Túpac Amaru, que en aquel propio sitio murieron; o para un grupo que representara las principales ciudades del Perú reunidas en torno de su madre, la ciudad del Cuzco; o en fin, para las imágines de los grandes emperadores auténticos: Inca Rocca, Huiracocha, Pachacútec y Huayna Cápac, cuyos palacios la tradición señala en el contorno de la misma plaza. Entre tanto no

haya posibilidad económica de realizar todas esas legítimas fantasías, necesario estímulo del patriotismo, prescindamos de la Plaza Mayor, hoy tan bastardeada; que no faltan sitios aun más apropiados para acomodar decorosamente la estatua de Manco.

El ideal sería la ceja del Sacsayhuaman que mira a la ciudad y en la que están las tres cruces. En teoría es sin duda lo más airoso y de mayor realce. El fundador dominaría su capital sobre la ladera en que se establecieron sus tribus, desde el cerro de la antiquísima fortaleza a cuyo amparo creció el Imperio. Pero aumenta la dificultad material que en primer término indiqué para la Plaza. En esa eminencia, la estatua, para que no fuera insignificante y risible, debería ser un coloso de bronce, de altura de más de quince varas, que creo que es la de la actual cruz de enmedio. De otro modo el efecto será paupérrimo, tan frustrado como el de la Vírgen del Morro en Chorrillos, o el de la Cruz votiva que se erigió hace años en la cima de nuestra cerro de San Cristóbal, el cual me parece que tiene aproximadamente sobre Lima la misma altura que el Sacsayhuamán sobre el Cuzco. Y como supongo que allá quieran hacer algo mejor, y que no les satisfará para consuelo el precedente del o ocurrido en Lima, volverán a tropezar con la deficiencia de dinero, perpetuo inconveniente en nuestro país. El obstáculo sube de punto si, en vez de una estatua, idean, como sería muy acertado, hacer fundir la pareja de Manco y Ocllo, inseparable en la leyenda, y cuyo grupo daría mucha mejor impresión artística que no la figura aislada de Manco.

Previendo la limitación forzosa de los recursos, que vedan proyectar en el Perú estatuas de dimensiones como la famosa de Arona en Italia, lo más práctico será emplazar el monumento en la plazuela de Collcampata. Mis amigos del Cuzco pueden con facilidad comprobar sobre el terreno si, según se me ocurre, sería suficientemente visible y

resaltante desde aquel andén del Collcampata o San Cristóbal, hacia la ciudad y en especial hasta la Plaza Mayor, la pareja incaica, de razonable tamaño, vaciada por supuesto en bronce, y con sobredorados en las armas e insignias. El lugar estaría muy conforme con la tradición más vulgarizada, que ha denominado siempre *Palacio de Manco Cápac* a aquel cuyas ruinas forman el fondo de dicha plaza, Cierto es que parece lo más versimil que el efectivo Sinchi Manco, en compañía de sus ayllus y clanes, se estableciera en *Inticancha* (el posterior templo de Coricancha y actual monasterio de San Domingo), y que su prosapia o descendencia peculiar, así como la de todos los primeros monarcas, fue de Hanancuzcos o sea habitantes del barrio inferior. Pero como también consta que el asiento de los ayllos imperiales se transtornó o renovó en el reinado de Pachacútec, y toda esta materia es tan confusa e inextricable, creo preferible atenerse, para la colocación del monumento, a la versión común, única apreciada por el vulgo, a cuya imaginación hay que dirigirse preferentemente, y a las sustanciales conveniencias estéticas, sin atender a nimiedades de topología, harto opinables y dudosas además en este caso. Por otra parte, la ladera de Collcampata, habitárala o no el primer *sinchi* incaico, es tan ilustre en la historia del Perú aborigen como las plazas de Santo Domingo y Rímacpampa, presunta morada de la primera dinastía; y es para el objeto propuesto incomparablemente más vistosa que toda la región baja. Poquísimos sitios en el Cuzco y en todo el Perú pueden competir con la explanada de Collampata en lo venerable y sugestivo. Henchida de recuerdos, está pidiendo a voces los ornamentos del Arte. Allí se hallaba, según algunos cronistas, el campo sagrado que en la festividad del gran Raymi araba el soberano con el arado de oro; allí se adoraban el manantial de la Coya Curi Ocllo y la pena divina que simbolizaba a Quizco Sinchi, uno de los cuatro aya-

res, compañeros míticos de Manco y caudillos de las tribus incas. En el suelo se ven aún desparramados los cepos labrados en piedra, instrumentos de castigo, recios testimonios de la dura y cruel disciplina, ineludible base de todo gran imperio. Los muros del fondo, que el pueblo designa como la *Casa de Manco Cápac*, fueron sin duda aposentos de varios antiguos reyes de la segunda dinastía. Las masas ciclópeas que rememoran tan extraordinariamente las primitivas construcciones pelásgicas de Grecia, Etruria y el Lacio, aparecen entre las tupidas arboledas y la lozana vegetación de una huerta que debería ser parque municipal. Su actual propietario, un acomodado extranjero, le ha impuesto su propio nombre; mas, para felicidad de este poético rincón, en vez de ser deslustrado por uno de aquellos obscuros y prosaicos apellidos de la casi totalidad de los inmigrantes, la quinta luce el exótico pero muy gentilicio título ligurio de Lomellini, legítimamente llevado por el dueño de ella, según mis noticias, linaje émulo de los de Doria, Spinola y Giustiniani, sonoro nombre que al instante evoca señoriales palacios y purpurados Duces genoveses, y no indigno por cierto de concurrir en tan histórico paraje. Cuando la Conquista, el último inca que habitó la mansión de Collcampata, fue, con sus hijos, el príncipe don Cristóbal Paullu, a quien los españoles, después de la sublevación de Manco II, reconocieron alguna sombra de poder imperial. En memoria de su bautismo y para su entierro, edificó en el ala izquierda de su residencia la iglesia de San Cristóbal, que cierra a occidente la plaza. De esa iglesia fue cura por varios años, en la centuria siguiente, el célebre *Lunarejo*, y en la añeja casa parroquial debemos de suponer que compuso buena parte de las poesías y los dramas quechuas. Situada Collcampata en un reborde, a media falda entre la llanura y la acrópolis del Sacsayhuaman, de ella como de un mirador se dominan y señorean el caserío de la ciudad, sus torres y

cúpulas principales, los rojos tejados, la campiña austera y callada y las onduladas líneas de los cerros circundantes. Sostengo por eso que allí quedarían muy en su ambiente las imágenes de Manco y de Ocllo, ocupando el lugar en que hoy se levanta la gran cruz de piedra.

Como fidelidad histórica (de la muy relativa a que en este asunto puede aspirarse) la cúspide del Huanacauri, aventajará seguramente a todos los sitios propuestos: pero hablar de tal emplazamiento es ocioso y absurdo, por su lejanía del Cuzco. Lo propio sucede con Matagua y Huanaypata de Collasuyo, primeros asientos del supremo clan incaico en el valle de Huatanay, según el itinerario de la fábula. La situación en la plaza de Santo Domingo o junto al beaterio de Ahuacpinta, lugares que también se conformarían con los más probables datos, sería deslucidísima. Habiendo, pues, que apartarse de la cabal adecuación arqueológica, inasequible casi, quedan para la opción (desechada la Plaza Mayor por su triste aspecto presente, de muy cara enmienda) la cima del Sacsayhuaman y el anden de Collcampata; y repito que en el Sacsayhuaman no sería admisible sino un coloso de muchos metros de altura. Respecto a la fortaleza propiamente dicha, a la vertiente que no ve el Cuzco, es excusado tratar de ella por esta razón. Lo único que allí sentaría bien, para el feliz tiempo en que pueda el Perú darse el lujo de multiplicar las estatuas (pero las estatuas buenas, que siempre cuestan bastante, y no baratas insignificancias o mamarrachos), sería un Cahuide de bulto.

Para preparar la instalación del monumento en Collcampata, juzgo, recordando mis sensaciones de viaje, que sólo habría que gastar en componer las subidas por las calles de San Cristóbal, El Purgatorio, Pumapurco y la Amargura; y al borde de la explanada, construir un simple parapeto de cantería, macizo, sin vanos ni adornos, que reñirían con la sobriedad del estilo incaico. Algunas ban-

cas de piedra, cuadradas y sin espaldar; piso igualmente de piedra, en anchas losas; un corto jardín con grama, árboles indígenas, álgavez y las flores del Inca o *cantu*, que dan nombre al andén vecino, bastarían para el arreglo de la misma plaza.

Ya he dicho que imagino el monumento de bronce y como un grupo: la pareja de Manco y Ocllo, en el instintivo simbolismo de la fábula, representa el doble carácter de fuerza guerrera y suavidad bienhechora, cuyo maridaje constituyó la civilización incaica. Suprimir esta dualidad y reducir el monumento a una sola figura, sería una vulgaridad que desconocería la significación profundamente poética de la leyenda y truncaría la espectación en todo público competente; y además un grupo es de mayor animación plástica. La actitud ha de ser grave y serena, de sencillez majestuosa y religiosa, según corresponde a los míticos fundadores de una patria, sin nada de gestos, contorsiones ni aspavientos, que en este tema serían insufribles. La mirada de las estatuas ha de dirigirse hacia Huanacauri, el camino del antiguo Arco de Charcas y Santo Domingo, que es la vía por donde aparecieron las tribus y en donde se localizan las leyendas de la fundación. Deberían ir las figuras semidesnudas, pues aunque el desnudo total es lo más artístico y lo más apropiado a la escultura heroica, no se puede presindir para el Inca, además de la faja cruzada o *huara*, de la corta *yacolla*, manto regio, con cuyos paños, en caídas rectas, pueden obtenerse hermosos efectos de severidad hierática. Para la *Coya*, una breve saya o túnica muy ceñida, que baje de los pechos a los muslos y copie en sus labraduras la plumería de que tejían los vestidos femeniles de gala. Las sandalias *(ussuta)* y las insignias de los esposos imperiales, tendrán que ir doradas, no con mucha viveza, para que no contrasten violentamente con el bronce. Manco ha de llevar en una mano la barreta de oro, y en la otra el cetro incaico; en el hombro, el halcón o

aguilucho augural que fue su personal divisa; en las orejas, los grandes zarcillos embutidos; y en la cabeza, el *llautu* regio, con varias labores para imitar las mútiples listas de colores que tenía, y la *mascaypacha*, que toma toda la frente y en su parte superior estará trenzada en hilos de oro delgados y separados, y en la inferior suelta, puede dejar ver, como si fuera un cerquillo, los arcos superciliares. Ocllo debe tener en una mano la rueca y en la otra el *ayhuintu*, arma con que venció a los Huallas. Entre ambos semidioses indígenas, la lanza del Súntur Páucar, toda dorada y labrada, reproduciendo en las cinceladuras el encaje de las plumas que la revestían, y tridentada en puntas grandes, al terminar arriba. A los lados del Súntur Páucar las dos picas con los *champis*, y en el mismo plano, a los pies de las figuras, los atributos de Manco que son el napa, llama sagrado, con gualdrapa, orejera y collares y adornos en el pecho, animal simbólico que debería ir arrodillado en señal de domesticación y sumisión y para la mayor armonía de las líneas; los vasos de oro sacerdotales; y el globo del mundo representado con la bola de plumajes redondos que se llamaban *purupuru* (véanse Cobo, libro XII, caps. IV y XXXVI; y Sarmiento de Gamboa (Segunda Parte, cap. 12). Debajo del grupo, y adosados a los ángulos del pedestal, cuatro cóndores *azorantes*, o sea con las alas abiertas, en actitud de emprender el vuelo, que signifiquen el impulso del imperio naciente, hacia los cuatro confines del Tahuantinsuyo. El pedestal, en sillares incaicos de granito, decorado en relieve con tipos ornamentales de estilo indígena, grecas y *amarus*, y en los costados, cuatro grandes bajorrelieves broncineos en la tradicional forma incaica de trapecio. Uno de los bajobajorrelieves, el que mire al sur, hacia el Coricancha, debería representar la transformación mítica, ubicada allá, del héroe Ayar Auca en divinidad alada, que tanto se presta para un bellísimo trabajo plástico; otro, la fábula de la aparición de Manco y

Ocllo en el lago Titicaca; otro, el hudimiento de la áurea vara milagrosa; y, finalmente, el último, el blasón de los Incas que conforme a los más seguros autores (Véase, por ejemplo, Cobo tomo III, pág. 287), se componía de la mascapaycha extendida, dos sierpes paralelas a ella, el arco iris, y el cóndor y el puma, que algunos monarcas incaicos le añadieron, y una orla de plumas largas colocadas de trecho en trecho. La inscripción, muy concisa, en castellano y quechua, podría recordar la más hermosa de las etimologías del Cuzco, que, según las Informaciones del Virrey Toledo (Sarmiento de Gamboa, cap. 13), quería decir no en el quechua vulgar, sino en el extinguido dialecto cortesano, "sitio fecundo y melancólico", nombre tan adecuado a su paisaje y su historia. Cuatro pumas bien estilizados, sobre un zócalo, compondrían la base del monumento; y a conveniente distancia, cuatro postes o pequeñas estelas de granito, en forma de intihuatanas reducidas.

Todas estas indicaciones deberían ampliarse y pormenorizarse por los técnicos, sujetándose al doble criterio estético y arquelógico, a fin de que el escultor encargado de la obra se empapara perfectamente en su significado y los sentimientos inspiradores, y nos diera así un monumento expresivo y por lo mismo original, y no una insipidez más, de las rutinarias, extranjerizadas y postizas que suelen poblar nuestras desdichadas plazas. La inauguración podría fijarse para 1921 ó 1924, dando tiempo a acrecentar las recursos pecuniarios y trabajar con esmero las figuras y relieves; y coincidiendo además con las fechas finales de la Independencia, lo que sería de hondo simbolismo. Nuestra nacionalidad tiene sus más innegables y gloriosas raíces en el Imperio incaico; y todos los blancos capaces de pensar y sentir con altura, hemos de convencernos de que nuestra República ha de ser en lo esencial su continuación y perfeccionamiento, si es que aspiramos a

que le Perú sea una patria de veras, con fundamentos, vocación y destino históricos, personalidad sustantiva, categoría y porvenir propios, y no una mera republiqueta improvisada y estéril, colgada del vacío y agitándose en ridículos e incolores plagios; nación de tablas pintadas, bambalinas y sainete. El monumento a Manco Cápac debería ser emblemático de la reacción educativa indispensable.

En el aspecto arquitectural, como en otros varios, el Cuzco es el foco de la tradición artística del Perú y no sólo india, sino también española. Nuestra Lima, por sus antiguos terremotos, la endeblez de sus materiales de construcción y la frecuencia consiguiente de sus reedificaciones sucesivas, no pudo aspirar en ningún tiempo a tal jerarquía. Hay que respetar en esto la primacía de la vieja metrópoli. Por eso es deber de todos contribuir a que el proyectado monumento corresponda a su pasado nobilísimo; por eso en mi limitada esfera lo procuro, absolviendo largamente la consulta con que me han honrado mis amigos de allá; por eso, en fin, trueno contra el caricaturesco atavío contemporáneo de su Plaza Mayor. El Cuzco, ciudad legendaria y sublime, que es la Toledo peruana, debe escrupulosamente conservar y acendrar su sello personalísimo. Si lo perdiera, ¿qué le quedaría? Por piedad patriótica, no es posible consentir en que siga el ejemplo de depravado gusto que le ofrece nuestra capital limeña, la cual con la destrucción de sus añejos caserones, los horrendos reparos en sus iglesias y los modernos edificios, de trivialidad tan canallesca o tan grosera presunción advenediza, ve degenerar día a día su señoril fisonomía de la Colonia, y para aflicción de cuantos conservamos alguna delicadeza arcaica, amenaza acabar de convertirse en un revuelto bazar cosmopolita.

III

CABEZAS HUMANAS MOMIFICADAS EN EL ANTIGUO ARTE PERUANO

Reseña bibliográfica del folleto de Julio C. Tello, publicada con las iniciales J. de la R. A. *en el* Mercurio Peruano, *Lima, Setiembre de 1918, Año I, Vol. I' Nº 3, pp. (164) - 166.*

ESTA esmerada monografía[1] que se inspira en muy buenas fuentes, y en un minucioso examen de abundantes piezas craneanas y cerámicas, estudia una costumbre común a muchos grupos aborígenes de la América Meridional, desde los salvajes amazónicos hasta las más adelantadas culturas prehispánicas del Perú, a saber: los trofeos y fetiches de cabezas humanas, cuya reproducción constituye tan principal ornamento en las antiguas artes plásticas y textiles peruanas.

Entre las citas que el autor ofrece, nos ha parecido muy curiosa el fragmento de un cantar guerrero (pág. 4, nota 8) consignado por Felipe Huamán Poma de Ayala, pues en él se advierte con toda claridad el sistema de series monorrimos, consonantes sólo en la última sílaba, que fue la forma preferida de la genuina poesía quechua.

De igual manera es de notar circunstancialmente la favorable opinión del Dr. Tello sobre el debatido aimarismo

---

1 Julio C. Tello, *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*, Lima, Casa Editora de Ernesto R. Villarán, 1918, 58 pp.

de la civilización de Tiahuanaco, y su conjetura acerca de la civilización de Nazca (Págs. 19 y 22). También se inclina a mirar el imperio incaico como una mera confederación de tribus, hasta en su último período (Pág. 20), aplicando sin duda al Perú las extremas tesis derivadas de las analogías "Piel Rojas" que Morgan y Bandelier llevaron con tanta insistencia al estudio del Anáhuac y que aún para éste comienzan a tacharse de exageradas, con haber sido los aztecas en su organización política harto inferiores a los Incas e infinitamente menos centralizadores que ellos. Por eso nos permitimos en este punto una salvedad y un reparo. Reducir por completo las fuerzas adultas de una civilización a sus dudosos e informes orígenes y equiparar grupos sociales relativamente avanzados con sus colaterales que se estancaron o retrocedieron, es método peligroso, propenso a graves errores. Es una "idealización" al revés, por simplificación extrema. Lo significativo en las diversas culturas, no es el punto de partida, homogéneo en casi todas sino el estado final tan heterogéneo, que permite apreciar la especial aptitud de las razas y su desigual empuje.

De una misma barbarie prehistórica, neolítica, emergieron en el Mundo antiguo los civilizaciones egipcia, caldea, china y aria, mientras que las demás ramas humanas se retrasaban. De un mismo salvajismo originario se elevaron en América las civilizaciones nahua, maya, chibcha o peruana, en tanto que los restantes pueblos no asertaron a desarrollar sus análogos gérmenes de sociabilidad. ¿Qué dirían en Europa del historiador que pretendiera resolver todos los problemas de la civilización helénica por el estudio de los bárbaros Ilirios y Tracios, Frigios, Filisteos y Armenios, indudables hermanos de sus progenitores? Pues empeño semejante es en el americanista la asimilación de los Mejicanos y de los Tahuantinsuyos a los Pielrojas y salvajes amazónicos.

Mas son estos apuntes incidentales. La importancia del folleto monográfico que examinamos, no está por cierto allí, aún cuando la reconocida competencia de su autor en toda materia de arqueología peruana comunique peso y significación nada vulgares hasta a sus menores asertos, que en consecuencia reclaman comentarios, siquiera sean de ocasión. Lo esencial es la prueba de la comunidad del fetiche de las cabezas momificadas (costumbre a la vez religiosa y bélica) entre los Jíbaros, Aguarunas y Mundurucúes de la Montaña, los Tiahuanacos del Collao, y los Chimus y Nazcas de la Costa; nuevo e importtante argumento a favor de la antigua influencia y compenetración recíproca de los indios habitadores en las tres grandes regiones de nuestro País, que es la doctrina claramente planteada por Max Uhle.

Las figuras esculpidas en la portada monolítica de Tiahuanaco, los vasos serranos de estilo tiahuanaquense y los tejidos nazqueños de las mismas épocas, muestran personajes que llevan colgando en las manos cabezas humanas a modo de trofeos y reliquias, como hoy lo practican los salvajes en la Selva de nuestro Oriente y en las del Brasil (Pág. 23 y 24). Igual cosa se observa en la rica cerámica Chimú (Pág 25 y sigtes.). La abundancia y prolijidad que en ésta adquirieron los vasos realísticamente representativos de rostros humanos, debieron de ser la sustitución civilizada de los cráneos momias, que tenían valor religioso y servían para usos mágicos.

Siendo la religión en el Perú indígena (como en todas las civilizaciones primitivas) inspiradora casi única del arte, este culto de las cabezas momificadas o de su representación plástica, culto íntimamente relacionado con las creencias de la vida de ultratumba y con la práctica de los sacrificios humanos, explica buena parte de la ornamentación de los huacos y telas del estilo Nazca. El autor comprueba su tesis, y a nuestro entender lo hace cumplidamente,

examinando numerosos ejemplares de dicho estilo que clasifica ya dentro de los procedimientos de momificación de los indios Mundurucúes, ya de los Jíbaros.

Un tejido perteneciente al mismo Dr. Tello y descubierto por él en el valle de Pisco, representa a una divinidad de forma humana, con una cabeza colgante en la mano derecha, y el cetro o varilla ceremonial en la izquierda; y parece reproducción del propio dios Huiracocha de la portada de Tiahuanaco o de un sacerdote suyo.

Pero más frecuentemente que en esta reperesentación antropomórfica, la divinidad aparece en objetos sacados de los mencionados parajes de Nazca y Pisco, bajo la figura totémica del jaguar, ceñido el cuello con las consabidas cabezas humanas; lo que es otro indicio de parentesco próximo con las figuras derivadas del arte del Tiahuanaco y estudiadas por Uhle. Dicha representación del dios jaguar identificado con Huiracocha, le sirve al Dr. Tello para interpretar el célebre disco de oro que perteneció al Presidente Echenique, y que Markham y otros tantos ha supuesto un calendario incaico semejante al azteca. Las figuras menores que lo circundan son para el Dr. Tello no signos astronómicos, sino pequeñas cabezas estilizadas. Observemos de paso que el adorno simbólico de cabezas de muertos se repite mucho también en el arte de la otra gran civilización americana, en México y Centroamérica como es de ver en los vasos de Cholula, estudiados por E. Seler; en los emblemas del dios infernal, Mictlantecuhtli; y en los bajorelieves de Santa Lucía de Cozumalhuapa, descritos por el Dr. Habel, Bastian y Stoll, situados en la región nahua de los Pipeles de Guatemala. Igual ocurre con las cabezas de jaguar.

Este uso de las cabezas colgantes, que tantas señales dejó en el arte aborígen peruano, ¿provino de las tribus de la Montaña, en que hoy subsisten o se difundió hasta ellas, desde las regiones de la Costa donde como hemos visto,

constituía ceremonial y símbolo religioso? ¿Es casual coincidencia, analogía sin derivación, como la de otros usos, la que presentan las "sachazas" o cabezas reducidas de los Jíbaros, con los restos y dibujos que descubren los cementerios de Nazca? El Dr. Tello con muy buen criterio, rechaza en el presente caso la cómoda hipótesis de un paralelismo fortuito y espontáneo; pues la preparación de las cabezas en la Montaña y la Costa, los pormenores de las perforaciones y ornamentos, y otras circunstancias, vedan apelar a la casualidad y obligan a suponer un vínculo de filiación e imitación deliberada.

El origen de esta bárbara costumbre ha de estar en el período primordial de salvajismo, en el que las tribus de la Costa, la Sierra y la Montaña se hallaban a igual nivel de usos y creencias, muy anterior al desenvolvimiento de las civilizaciones locales y a las inmigraciones semihistóricas. Hubo en ese primera período salvaje identidad casi absoluta de costumbres entre los indios amozónicos; y aun pueden admitirse entonces invasiones procedentes de la Montaña, según lo ha insinuado Max Uhle con argumentos no desdeñables (*Esfera de influencia del País de los Incas.* Tomo IV de la *Revista Histórica*).

El uso de las cabezas colgantes es uno de los que esa primitiva barbarie, de probable origen trasandino, llevó a las posteriores civilizaciones del Tahuantinsuyo, que lo conservaron y lo reprodujeron en su plástica y en su pintura textil y cerámica, por razones de ritos y tradición religiosa. El Dr. Tello, al concluir este estudio, promete explicar en un próximo con toda amplitud, la íntima conexión del uso referido con los sacrificios humanos y con los mitos y atributos de las diversas divinidades indígenas del Perú. Muy de desear es que aparezca en breve la continuación anunciada que ha de aclarar puntos tan importantes de la arqueología peruana.

IV

EL PERU HISTORICO Y ARTISTICO

Primera Parte:

ENCOMIO DEL PUEBLO QUECHUA

Este ensayo constituye la primera parte del libro El Perú Histórico y Artístico. Influencia y Descendencia de los Montañeses en él, *Santander, Sociedad de Menéndez y Pelayo, 1921, 202 pp. La segunda parte, dedicada a los linajes montañeses y su influencia en la historia peruana, se publicará en el T. VIII de estas* Obras Completas, *dedicado a los estudios genealógicos.*

El Perú Histórico y Artístico *lo escribe Riva-Agüero en España al iniciar su largo autodestierro, casi de memoria, lejos de sus libros y apuntes, según lo revela la imprecisión de muchas de sus referencias bibliográficas. Aunque muy poco difundido, casi rareza bibliográfica, Basadre y Porras coinciden al señalar los valores de originalidad, espontaneidad y sugestión del libro.*

De Raúl Porras B., que llama a este ensayo "síntesis sustanciosa y tersa" de la visión del Tahuantinsuyo de Riva-Agüero, hemos tomado la idea para el título que hemos puesto a la primera parte del libro.

Ventura García Calderón trascribe párrafos sobre la poesía incaica, en su Nota preliminar en la Biblioteca de la Cultura Peruana, *T. I.* Literatura Inca, *Selección de Jorge Basadre, París, 1918, pp. 26 y 27.*

Con el mismo título de ahora hemos publicado varios parágrafos de este ensayo en: José de la Riva-Agüero Afirmación del Perú, *T. I,* El Perú en su Historia, *Selección de César Pacheco Vélez, Lima, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero , 1960, pp. (85) - 104.*

SUMARIO

I—Extensión y regiones del Perú. II—Lenguas y razas americanas. III—Peruanistas modernos. IV—Primitivas civilizaciones costeñas. V—Quechuas y Aymaras. VI—El Imperio del Tiahuanaco. VII—Origen de los Incas. VIII—Nuevas civilizaciones costeñas: Chimus y Chinchas. IX—Las dos dinastías de los Incas; grandes conquistas de los últimos Hanancuzcos. X—Pinturas históricas y cantares épicos. XI—Música y Lírica indígena. XII—Folklore y mitología. XIII—Dramática: *El Ollantay*. XIV—Arquitectura incaica. XV—Organización social. XVI—Comunismo agrario. XVII—Consecuencias de sus instituciones. XVIII—La conquista castellana.

NO creo que el amor patrio me ciege al afirmar que es el Perú, entre las naciones de la América Española, una de las mas interesantes y curiosas, por las muchas peculiaridades de su psicología e historia, el sello *humano* (en el amplio sentido de la palabra) de todas sus manifestaciones, el arraigado y castizo tradicionalismo, y las tendencias de la literatura criolla y del antiguo arte indio.

El Imperio de los Incas, o sea el Perú prehispano, incluía el alto Perú (que es la actual Bolivia) y los territorios que hoy forman la República del Ecuador, y además el norte y centro de Chile, una buena parte del noreste de la Argentina y la comarca de Pasto en el sur de Colombia. El Virreinato peruano en los siglos XVI y XVII comprendía los distritos de las tres audiencias de Lima, Quito y Charcas, y la supervigilancia de las gobernaciones de Chile, Panamá y Tucumán. Estas gobernaciones fueron después segregados de la autoridad virreinal del Perú; la provincia de Quito se unió al Virreinato de Nueva Granada

o Santa fé en la primera mitad de la centuria XVIII; y en la segunda mitad de ella, el alto Perú o Charcas pasó a formar parte del Virreynato del Río de la Plata. Las postreras demarcaciones administrativas del régimen español sirvieron de marco en la América del Sur para el establecimiento de las nacionalidades independientes; y así el Perú moderno se constituyó sobre la base del Virreinato Limeño, reducido y desmembrado por la dinastía de Borbón. De tales desmenbraciones, la del Reino de Quito, en el norte, que compone el contemporáneo Ecuador, era natural y lógica: obedece a efectivas causas geográficas e históricas, que señalan y justifican distintos rumbos, no obstante la comunidad linguística de los indios quiteños y peruanos. Pero en lo que respecta al sur, la disgregación del Bajo Perú y del Alto Perú (Bolivia) fue de todo punto arbitraria y funesta; y ambos países, indispensables recíprocamente uno a otro por necesidades territoriales y económicas, habitados por las mismas sub-razas, cuyos indígenas hablan los mismos idiomas, y cuya identidad de carácter e intereses es innegable, han procurado dos veces restaurar su unidad durante el último siglo; y las dos veces lo ha impedido Chile con las armas.

Después de tantas disminuciones y de otras en la región de las selvas amazónicas, de la pérdida de Tarapacá, —Departamento cedido a Chile, tras porfiada guerra, por el tratado de Ancón en 1883—; y de las provincias de Tacna y Arica—, también ocupadas por Chile—, el Perú propiamente dicho es aun muy extenso, abarca los más principales centros incaicos y lo más típico del viejo Virreinato español; y su población, de escasísima densidad, excede ahora de cuatro millones y medio. Se divide físicamente en tres zonas paralelas, que corren de norte a sur; Costa, Sierra y Montaña.

La Costa (llamada por los conquistadores *Los Llanos)*, es una estrecha faja, de trescientas cincuenta leguas

de largo, entre el Pacífico y la cadena Occidental de los Andes. La absoluta falta de lluvias de esta zona la hace un inmenso y desierto arenal, con médanos y espejismos, entrecortado por los fértiles valles y los torrentosos ríos nacidos en la cordillera. La contraposición de las pampas arenosas, de esterilidad agobiadora, con los oasis o vegas de vegetación tropical, cubiertas de algodanales y cañas de azúcar, y sombreadas por sauces, algarrobos, palmeras y plátanos; el clima caluroso; la ausencia de tempestades y aguaceros; las ruinas de templos y sepulturas indígenas, que abundan extraordinariamente; y la edificación de adobes y terrados en aldeas y ciudades, dan a la Costa peruana cierto aspecto arábigo o egipcio; aunque el toldo de nieblas que cubre el cielo la mitad del año, y la fresca tibieza de algunos valles, como el de Lima, imprimen fisonomía particularísima a sus paisajes.

La Sierra, que se extiende desde la cordillera occidental de los Andes, región incríblemente elevada, áspera y fragosa, llena de picos nevados, de horribles precipicios, de lagunas solitarias, de frías dehesas y de idílicos rincones, evoca con sus cuadros las mayores perspectivas pirenaicas y alpestres, pero mucho más grandiosas, solemnes y varias. Al pie de los ventisqueros y los pastos de los páramos, entre claros arroyos despeñados y las rojas flores de la *achancara,* se suceden, en pintorescas graderías, los cereales y los árboles de las tierras templadas; ondulan las cebadas y los trigos; crecen los duraznos, los eucaliptos y los molles; mas en el fondo de las heladas breñas, la quebrada, ardorosa y angosta, advierte con sus magueyes, higueras y naranjos, la proximidad de la línea ecuatoriana. Arriba, en los peñascos altísimos, entre las irisaciones de la nieve anidan los cóndores y las águilas; abajo en profundidades de abismos sobre el río espumoso y rugiente, oscilan los tembladores puentes de *cabuya* (tejidos de sogas) en curvas elegantes. Por las descampadas laderas y las verdes pu-

nas avanzan, como manchas movibles, los rebaños de ovejas y los esbeltos llamas; y en el aire seco y puro de intenso azul, gime la música del indio, nostálgica, flébil, como lo es siempre la de los pueblos pastores.

La tercera zona geográfica del Perú, que pertenece a la dilatadísima red fluvial del Amazonas, y va desde la vertiente oriental de la cordillera hasta el corazón de la América del Sur, lleva el nombre de la Montaña, porque los cerros y collados de sus confines, arrimados a la Sierra, y que con ella contrastan por lo espeso de lo arbolado, hicieron recordar a los españoles las más frondosas y escabrosas comarcas de la península. Esta región primera se denomina exactamente la Ceja de la Montaña; y ha recibido desde muy antiguo la influencia y dominación de los misioneros y colonizadores cristianos, y antes de los Incas, quienes construyeron allí las fortalezas y palacios de Choque-Quirau, Vitcos, Machu-Picchu y Moyobamba. Pero fuera de dichos términos, donde acaban las estribaciones de los Andes, sigue la infinita selva sin historia, la virgen e inextricable Floresta Real de los geógrafos castellanos, que situaron en sus arcabucos y misteriosas tenebrosidades los ilusorios reinos del Dorado y del gran Paititi, de Rupa-Runa y Ambaya. Tierra húmeda, cenegosa y ardiente; de cielo bajo y obscuro, y contínuas lluvias; de fieras, insectos y reptiles; de orquídeas caprichosas, pájaros multicolores y luciérnagas innumerables; de lianas gigantescas, de árboles que nacen sobre árboles y en los que se enroscan serpientes y boas; de ingentes ríos que, después de represarse en tremendos *pongos* y pricipitarse en *cachuelas* mortales, se dilatan en pantanos e inundaciones inmensas. Tierra de perfumes y venenos; desmesurada, confusa e instable como el símbolo de lo Futuro; espléndida y aciaga, enemiga y pródiga, ingrata y desierta a fuerza de ubérrima. Sobre la eterna y salvaje magnificencia de los bosques. ilimitados y rumorosos como el mar, y entre las cálidas brumas, apa-

rece el sol, rojizo y turbio, a manera de un dios irritado. En aquella tórrida penumbra, la Naturaleza trabaja con igual hervor de monstruosa fecundidad que en las remotas edades geológicas.

La Montaña peruana es en todo un mundo aparte, un Perú nuevo e indefinido, y las tribus de aborígenes que en ella vagan y que han permanecido siempre en la más completa barbarie, son etnográficamente muy distintas de las razas que en la Costa y en la Sierra produjeron las civilizaciones prehispánicas. Los hechos que el eminente arqueólogo Max Uhle y el Dr. Julio C. Tello han aducido para probar las relaciones de cultura entre los indios amazónicos y los restantes del Perú, son pocos y de muy débil significación. Solamente los Uros del Collao, entre el Perú y Bolivia, —vestigios de autóctonos o de vetustísimas inmigraciones—, y las extinguidos Puquinas, presentan por sus idiomas, en las mesetas de los Andes, señales de cercana afinidad con las familias lingüísticas de los Caribes y Arahuancos y de los Tupis y Guaraníes, a que corresponden los salvajes de las montañas peruana y boliviana. A familia muy diversa pertenecen el *quechua* y el *aymara*, las dos grandes lenguas de la Sierra; y a otra diferente la de los Yungas de la Costa.

El limeño Dr. Pedro Patrón emitió hace veinte años la hipótesis de que el *quechua* y el *aymara*, las demás lenguas peruanas y aun todas las americanas se derivaban de la *súmera* en Caldea. A pesar del gran aparato erudito de las ingeniosas consideraciones con que expuso Patrón sus doctrinas, están muy desacreditadas en el mismo Perú, quizá con exceso. Después de su muerte, se le equipara, con injusticia, al argentino D. Vicente Fidel López, el sostenedor de la filiación aria de los idiomas an-

dinos, refutada por Maspero. La teoría de Patrón no es absurda como la de López. Puede, si, calificarse de audaz en extremo, y de tentativa, cuando menos, sobrado prematura; pues antes de deducir las lenguas americanas de las de otro continente y empeñarse en las tan a menudo engañosas semejanzas asiáticas, habría que estudiar y explicar unas por otras las propias lenguas de América, y esta cabal e inmediata explicación no se ha logrado todavía.

Constituyen por sí las americanas el tipo denominado de las *incorporantes* y *polisintéticas*, muy afín en verdad al vastísimo grupo de las *aglutinantes mongólicas o uralo altaicas*, las cuales tienen numerosa representación en Europa, con el *lapón*, el *careliano*, los dialectos de Estonia, el *húngaro* o *magiar*, y el *turco*, y a las que hay que sumar vesosímilmente el *súmero-acadio* de la primitiva civilización mesopotánica, predecesora de la Asiria. Y no sólo se parecen mucho los idiomas americanos, por su morfología y sintáxis a los *uralo-altaicos*, como el *mongol* y el *manchú*, sino también al *japonés*, al *coreano*, y más aun al enigmático *vascuense*, en el que se inicia ya el polisintetismo elíptico peculiar de la América indígena. Pero dichas semejanzas atañen a la estructura gramatical, por los procedimientos de la aglutinación; no al léxico, a las raíces. Por eso, ni con mediana apariencia puede afirmarse hoy que desciendan aquellos idiomas unos de otros; y han sido baldías las indagaciones del tronco común o lengua madre, no ya de los dos máximos grupos aglutinantes, el uralo-altaico y el polisintético o americano; sino de las veinticuatro o veinticinco familias en que el americano se subdivide.

Antropológicamente, sobre la consaguinidad de las razas asiáticas y americanas, hay menor indecisión. Los indios de América son con evidencia mongoloides; y las recientes investigaciones de Hrdlicka han demostrado el íntimo parentesco de los naturales de Alaska y los Pieles Rojas con los habitantes del Asia Oriental.— Cada día

parece más seguro contra las aserciones de Ameghino, que el hombre no es originario de América; que el Nuevo Continente merece su apelativo en todas las acepciones; y que la mayor porción de los pobladores debió de inmigrar por el lado noroeste.

Más esa novedad del Continente Americano es muy relativa, por cierto; pues la ignorancia del hierro, de la rueda y del torno, y la imperfección o incipiencia de la pictografía o escritura ideográfica, hasta en sus más avanzadas culturas, prueba cumplidamente que al tiempo que los protomongoles, u hordas colaterales de ellos, invadieron América, todavía no alboreaban las primordiales civilizaciones del Asia. Aquella lejanísima inmigración, cuyos rastros étnicos se descubren ahora, —y que ya hubo de hallar en el suelo americano otras tribus establecidas anteriormente y procedentes de distintas razas (como el caso de la llamada *Lagoa Santa)*, con las cuales se mezclaron los invasores, — debió de ocurrir en las primeras edades de la Pre-historia, cuando estaban los dos hemisferios unidos por tierras después sumergidas. De la América del Norte, los mongoloides hubieron de pasar a la del Sur por el gran istmo de entonces, de anchura mucho mayor que el actual de Panamá, quizá en el mismo período en que penetraron a la América meridional los animales de la fauna exótica, como los antecesores del género *auchenia* (llama y vicuña) y el caballo salvaje fósil.

De lo apuntado puede colegirse la prodigiosa antigüedad del hombre en América, poco menor que la del europeo. Después de la remotísima invasión mongólica, de época plenamente histórica, no hay huellas ciertas de ninguna otra comunicación con el Asia; y está rebatida en definitiva la tesis de Eichtal, Hipólito de Parevey y De Guignes, que identificaban a América con el Fu- Sang de los geógrafos chinos. Los notables semejanzas que se observan entre los grandes imperios asiáticos y los dos o tres americanos

no son copias, sino coincidencias, dimanadas de igual carácter étnico y análogas condiciones sociales.

Precisamente, la importancia de los estudios americanistas estriba en el aislamiento de las civilizaciones de América, que fue absoluto respecto a las del Continente Antiguo en toda la época precolombina. Apartamiento incomparablemente más estricto que el de la China y el Egipto faraónico; y que ha sido en la historia la experiencia mayor y más instructiva sobre la capacidad de determinadas razas para salir por sí solas del salvajismo y producir instituciones y culturas propias, de originalidad insospechable, sin ninguno de los recíprocos influjos que tanto facilitan y aceleran la evolución.

Tres focos de verdadera, aunque incompleta civilización autóctona hubo en el Nuevo Mundo: uno en Méjico y América Central, donde las razas *nahuas y mayas* se yuxtaponen sin confundirse; otro en el Perú, donde se suceden los imperios andinos, alternando con las culturas costeñas; y el tercero, el menor, de los *chibchas* o *muyscas*, en la actual República de Colombia. La crítica moderna ha renovado, en los últimos cincuenta años, el conocimiento de tales civilizaciones. Aquí nos tenemos que limitar a la exposición de lo tocante al Perú, materia del presente artículo.

Sin desconocer la significación y méritos de los viajeros y peruanistas anglo-sajones, como el simpático y estimabilísimo Markham, Squier, Hutchinson y el contemporáneo explorador norteamericano Bingham, hay que declarar que la reconstrucción científica del Perú prehispano se debe a la fecunda competencia de los sabios alemanes y franceses, auxiliados por algunos peruanos, discípulos de ambas escuelas. Entre los alemanes, el insigne Alejandro de

Humboldt, aunque escribió poco sobre el Perú propiamente dicho, fue el que puso los primeros hitos, con las intuiciones geniales que solía derramar en todas sus páginas. En pos de él vinieron Tschudi, Bastian, Brühl, Middendorf, Eduardo Seler, Baesler, Cünow, Reiss, Stübel y Max Uhle, el mas sagaz y profundo de ellos. Entre los franceses fueron los precursores D'Orbigny, Angrand y Castelnau, continuados y superados por el Marqués de Nadaillac, los Drs. Louis Capitan y Paul Rivet, y el Marqués de Créqui-Montfort.

De los descubrimientos de los mencionados, y en especial de los de Uhle, Rivet y el Marqués de Créqui, se infiere que en épocas muy anteriores sin duda a la Era Cristiana, la Costa y la Sierra del Perú estaban pobladas por salvajes de las familias hoy todavía existentes en apartadas regiones de la América Meridional. Así Uhle ha exhumado cerca de Lima esqueletos de pescadores antropófagos, hermanos de los Patagones y Fueginos; y el Marqués de Créqui-Montfort y el Dr. Rivet, han comprobado en los Uros, indios que subsisten aislados a las orillas del Desaguadero y del Lago de Paria, en Bolivia, la misma lengua, fisonomía y costumbres que en las numerosas tribus de los Arhuacos extendidas desde las Montañas hasta el Mar Caribe y las Antillas. Cabría en rigor suponer que tanto los pescadores altos antropófagos de la Costa como los Uros y Puquinas de la Sierra fueran restos de pobladores menos antiguos, de incursiones salvajes como las que con frecuencia aparecen en las tradiciones indígenas devastando y trastornando las comarcas semicivilizadas; pero no hay que ocultar que todo género de verosimilitudes concurre a confirmar la teoría que ve en los pescadores costeños, semejantes a los Changos y Patagones, y en los Uros y Puquinas serranos, los descendientes de los habitadores primitivos (como en Méjico parecen haberlo sido los Oto-

mis y Mazahuas), los efectivos aborígenes, el más hondo substrato humano reconocible en el Perú.

De pronto, sin transición ni preparación alguna, se presenta en los valles de la Costa una civilización de muy hermosa cerámica, cuyos productos han sido perfectamente estudiados por Uhle, y cuyos principios deben de situarse, cuando menos, juzgando por las capas en que se halla, a mil seisientos o dos mil años de distancia de la Conquista española. Esta primera civilización, tan adelantada y experta en alfarería, parece no haber conocido aun el uso del cobre y los metales preciosos, ni el arte de los tejidos. Tuvo dos núcleos: el del Sur en Acarí, Nazca y Palpa, de vasos multicolores, con pinturas de representaciones humanas y animales, —en particular de reptiles estilizados y antropomorfos—, ofrece al difundirse, variantes ornamentales de importancia en los valles de Ica, Chancay y Supe; el del Norte, de Samanco y Chimbote, Trujillo y Pacasmayo, con cerámica de colorido menos rico, blanco y rojo, reproduce de preferencia, en moldeado, figuras de hombres y animales, tratadas realista y caricaturescamente. La adulta perfección que todos estos vasos manifiestan y la falta de períodos preparatorios en su técnica, dice muy a las claras que fue obra de una cultura importada, de razas inmigrantes. Si, como es probable, tenía parentesco próximo con los Mochicas y Chimús que las sucedieron, habrá que buscar su origen en el grupo Chibcha, esparcido desde la América Central por Colombia y Ecuador.[1] Pudieron venir por mar, pues los indios del litoral peruano eran atrevidos pescadores y navegantes, y conocían desde mucho antes de la Conquista la vela y las grandes balsas. De Centro América procedían las conchas blancas de sus ofrendas religiosas. [2] No hay razón valedera para tener

1 Max Uhle, *La esfera de Influencias del país de los Incas.* (*Revista Histórica*, órgano del Instituto Histórico del Perú, Tomo IV, Trimestre I y II)

2 No es convincente la suposición del Dr. Julio Tello de haber sido la *puquina* la lengua de la civilización *nazqueña.*

por íntegramente mitológicos los relatos que los naturales de la Costa conservaban sobre su arribo marítimo a las playas del Perú. Bandelier procedió en esto con su extremosidad y suspicacia acostumbradas.[3] Las condiciones del Océano Pacífico en aquellas latitudes hacían mucho más fáciles las expediciones navales costaneras que no el camino de los desiertos o el descenso de los Andes, cuyas faldas ocupaban tan distintas naciones. Infinitas circunstancias inducen a creer actualmente que los primitivos civilizadores de la Costa, proceden del Norte, y no del interior o sea de la Sierra, por mas que a ella extendieran en lo sucesivo su influjo, y pueda así atribuírseles el bajorrelieve de Chavín de Huántar, junto a Huánuco, que se guarda en el Museo Nacional de Lima.

Comenzaban entretanto en la Sierra las civilizaciones propiamente *andinas*, las llamadas hoy por nosotros Aymara y Quechua, basadas en el cultivo de la *papa* y la domesticación del *llama*. Las razas quechua y aymara son hermanas gemelas, braquicéfalas ambas, y tan semejantes en todo que D'Orbigny las reputó el mismo tipo étnico. Observadores modernos mas minuciosas, Chervin y Rouma, han advertido después algunas diferencias, pero tan leves que resultan insignificantes. Los respectivos idiomas tienen igual fonética y morfología; y la divergencia de sus vocabularios, aunque efectiva, se ha exagerado muchísimo. El examen del *cauqui*, dialecto que unos pocos indios hablan aun en las serranías de Yauyos (departamento de Lima), permite adivinar un *paleoquechua*, una perdida lengua común, de la que el quechua y el aymara deben de proceder. Los unen los mismos nexos que en otras familias

3 Vid en *American Anthropologist*. T. VII.

lingüísticas vinculan, por ejemplo, el arameo con el árabe, el antiguo persa con el sanscrito, y al griego con el latín. En mitología, el dios supremo que ambas razas adoraban (a lo menos en los últimos tiempos), Huiracocha, recuerda prodigiosamente al Quetzalcohualt mejicano y al Cuculcán de los Mayas. Quizá no iba descarriado Angrand al presumir que con la civilización de los Toltecas se emparentaba al Tiahuanaco.

Las ruinas ciclópeas del Tiahuanaco en Bolivia, cerca de la orilla meridianal del Lago Titijaja[4], y no lejos de la ciudad de La Paz y de la frontera peruano, son las mas principales y características del primer imperio de la Sierra. Les atribuye Uhle quince o veinte siglos de antigüedad mínima; en la gran portada rota de la Acopana ha descubierto la imagen del dios creador Huiracocha; y ha hecho notoria la difusión del estilo ornamental tiahuanaquense hasta Cuenca del Ecuador en el Norte, y hasta Catamarca y Tucumán de la Argentina, el valle central de Chile por el sur.[5] Por el Occidente, las huellas del Imperio del Tiahuanaco, superpuestas a las de la primera civilización costeña, son visibles junto a Trujillo; y en las inmediaciones de Lima, el vetusto santuario del dios Patchácamaj las presenta de igual manera sobre las del período de Nazca, y a la vez que las probables de un antiquísimo incendio, que verosímilmente ha de atribuirse a los invasores serranos.

Argúyese de todo esto la importancia de la civilización del Tiahuanaco, que en extensión material coincidió casi

4. Así debe escribirse para la recta pronunciación castellana; pues la cc doble o áspera de los idiomas andinos puede reproducirse aproximadamente con nuestra j, pero jamás con nuestra c.

5 Max Uhle. Art. cit. en la *Rev. Hist.* de Lima T. IV; y otro artículo del mismo en la *Rev. Chilena de Hist. y Geog.*, T. VIII, MCMXIII.

con el área de la posterior de los Incas, y la aventajó en invención y empuje, según su orfebrería, su cerámica y sus costrucciones megalíticas lo atestiguan. El problema que sobre ella se plantea, consiste en averiguar si fue de la raza *quechua*, o de la que inexactamente se conoce por *aymara* y con propiedad debería denominarse *colla*. Por el aymarismo se deciden Middendorf, Max Uhle, los doctores Rivet y Lorena,[6] y el Marqués de Créqui-Monfort. No obstante el crédito y peso de tales autoridades, nunca han podido convencerme en este punto por las muchas imposibilidades que su sistema implica. Si defiendo el origen quechua, o mejor protoquechua, de la cultura de Tiahuanaco, no es ciertamente por apego a una hipótesis propia, pues no soy yo el primer propugnador de ella, sino el Dr. Patrón, quien la formuló particularmente en su discurso del 29 de julio de 1906 ante el Instituto Histórico de Lima.

Un primer argumento de los aymaristas se resuelve en que Huiracocha, creador de Tiahuanaco y del mundo según la mitología indígena, y cuya figura aparece en el monolito de la Acapana, fue divinidad aymara. Pero el supuesto es dudosísimo, en alto grado improbable. El nombre y culto de Huiracocha son esencialmente quechuas, y en su leyenda se le ve siempre maltratado en las regiones aymaras o mixtas y bien acogido y adorado en las quechuas genuinas. Los Collas al cabo conocieron y aceptaron la denominación de Huiracocha para el dios creador, por la propagación y compenetración de religiones y culturas en el proceso histórico; pero su dios gentílico o advocación nacional era *Tahuacapa*, llamado también *Arnahuan*, a quien los quechuas declaran hijo o criado infiel de Huiracocha, y enemigo de sus adoradores. Cuando los Incas guerreaban con los Chancas —nación que parece aymara,

6 Dr. Antonio Lorena, en el *Boletín del Centro Científico Cuzqueño*.

o a lo menos con fuerte influencia colla,[7] proclamaron en esta contienda de razas, como protector supremo del monarca del Cuzco y de la gran confederación incaica, en que tanto predominaban los quechuas, al dios Huiracocha, que vino a ser así como un símbolo étnico, ya se ve por esto cuán escaso fundamento tiene el origen colla de la divinidad del Tiahuanaco.

Pero el capital argumento de los aymaristas es que siendo collas los indios que hoy habitan el Tiahuanaco y su comarca, a ellos deben atribuirse los templos, palacios y estatuas allí existentes. El razonamiento me parece deplorable. Para inferir de la situación actual de los Collas la filiación del Imperio del Tiahuanaco, sería menester dar por sentado que los Collas son autóctonos, con el alcance de dicha palabra dentro de la relatividad histórica, o sea que habitaron las provincias en que ahora viven, desde la más lejana antigüedad, o a lo menos desde los inmemoriales siglos en que hay que colocar la construcción del Tiahuanaco. Y esto es precisamente lo que contradicen y refutan, con vehementes indicios, todos los datos de la primitiva historia peruana.

Los aymaras no eran aborígenes del Collao, meseta en que se hallan las ruinas del Tiahuanaco. Los cronistas españoles más abonados, como Cieza de León, certifican que las dinastías de sus curacas o reyezuelos procedían del norte de Chile; y que al llegar los jefes collas con sus guerreros a las orillas del Titicaca, destruyeron o ahuyentaron a pobladores mas civilizados. La condición de invasores explica en los aymaras la extraña situación de su lengua, que es la de una verdadera isla, rodeada por todas partes de dialectos quechuas, y cuya toponimía sólo reaparece en muy apartadas regiones, de preferencia por el sur, hacia Atacama y Chile. La invasión explica también la

7 La onomástica de sus curacas y su territorio así lo indica.

pobreza de las tradiciones collas sobre los edificios del Tiahuanaco, que contrasta con la abundancia y riqueza de las leyendas quechuas sobre aquel lugar sagrado y toda la altiplanicie del Titicaca. Es mas: las edificaciones del pueblo de Tiahuanaco y sus cercanías se clasifican en tres estilos, bien distintos y caracterizados. El postrero, a que pertenece el palacio en que nació el Inca Manco II (el soberano contemporáneo de la Conquista español), es indudablemente incaico, última transformación de la arquitectura indígena. El primer estilo de aparejo ciclópeo, es el propio y legítimo tiahuanaquense, a cuya propagación por el occidente de Sud-América me he referido arriba. El intermedio, diferente de ambos, es el que el mismo Uhle reconoce como obra de los Caris, curacas aymaras, cuya procedencia atacameña y establecimiento en el Collao relata el cronista Cieza. Luego si las construcciones mas antiguas de Tiahuanaco se distinguen de las de la época conocidamente aymara, habrá que explicar esta diferencia, como en las demás ruinas del Perú, por la sucesión de diversas razas. La conclusión puede extenderse a todas las tumbas del Collao; porque nada tienen de común los dólmenes de la comarca con las *chulpas* aymaras. A mayor abundamiento, los monumentos primitivos de Tiahuanaco ofrecen, en sentir de muchos viajeros, pruebas de remota destrucción o de haber quedado interrumpidos e inconclusos. ¿Se concibe que los Collas destruyeran su propia ciudad santa; o que suspendieran de pronto las obras por muerte de los gobernantes o arquitectos, como con verdadera candidez lo supone Tschudi?[8] Mucho más racional parece admitir la invasión, cuya memoria queda en los textos de Cieza y del indio collahua Juan Pachacuti Salcamayhua[9].

---

8 *En sus Contribuciones al estudio del Perú antiguo* (Viena, 1892).

9 *Señorío de los Incas*, cap. IV; *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Publicadas ambas obras por Marcos Jiménez de la Espada.

Para acertar con la raza del Tiahuanaco, hay que buscar la lengua cuya extensión coincida con las huellas de aquel imperio. Solamente la quechua llena este requisito: sus dialectos se extienden desde el norte del Ecuador hasta le centro de la Argentina, y envuelven por todos lados a la aymara, recluída en el Collao y la parte septentrional de Potosí. Bien se que los aymaristas explican la difusión de la quechua por la acción exclusiva de los misioneros españoles y de la conquista incaica. Pero si los doctrinantes españoles la adoptaron para sus enseñanzas, haciéndola avanzar en algunos puntos y conservándole en los demás la calidad de lengua general, dicha conducta se debe a la maravillosa divulgación en que la hallaron y que la hacía el mas apropiado vehículo para la cristianización de los indios; y esa divulgación, tan grande y antigua que había dado origen desde antes de la Conquista a muchos dialectos, no podía datar del Imperio de los Incas, por mayor duración y eficacia que se le concedan, porque está comprobado que la dominación incaica duró en Tucumán menos de un siglo y en el Norte del Perú y en el Ecuador apenas una generación. Es una monstruosidad, una herejía linguística, pretender que en tan corto período engendrara el quechua dialectos tan definidos como el *quiteño* y el *chinchaysuyo* o *chinchaysimi* (en el que consta que los intérpretes de Pizarro le hablaron a Atahualpa) y por mas allá de Catamarca y el Tucumán, en medio del Chaco argentino, la lengua *huílela*, un verdadero idioma híbrido, tan impregnado del quechua como el inglés lo está en Europa de galicismos y latinismos, y el muerto *huzvarecho* y el persa moderno en el Asia, de arameo y árabe respectivamente. La mayor parte de las lenguas que en la Sierra del Perú se usaban bajo el gobierno de los Incas, a más de la quechua oficial o cuzqueña, y que recibían la denominación de lenguas forasteras, particulares o *ahuasimi*, eran meros dialectos de la misma quechua, y "tan apegados a ella (es-

criben los redactores de las Informaciones de Vaca de Castro [10]) *como la portuguesa o gallega a la castellana*" Estupenda muestra de criterio filológico daría quien admitiera la probabilidad de tales efectos durante el breve período de la dominación incaica en las regiones extremas del *Tahuantinsuyo.* [11]

Contra la opinión de Middendorf y de Uhle, el rumbo de la lengua y la raza aymaras parece haber sido de sur a norte. En la sugestiva manografía del chileno D. Joaquín Santa Cruz sobre los indios septentrionales de Chile [12] se expone el íntimo parentesco de los Atacameños y los Collas; y con los estudios geográficos de los franceses Reclus y Courty se comprueba cómo la progresiva desecación de Coquimbo, Atacama y Cobija tuvo que impulsar a sus moradores a imigrar hacia las mesetas próximas [13]. La Conquista de Tiahuanaco y todo el Collao por los aymaras, se expresa —además de las tradiciones recogidas por Cieza de León (de labios del curaca de Chucuito, principal centro aymara)—, en aquella de que se hace eco la muy fidedigna crónica del P. Cobo al decir que los collas poseían *injustamente* los santuarios del Lago [14]; y en la versión del curaca Patchacuti Salcamayhua —indio collahua, y por consiguiente aymara— sobre los primeros pobladores del Collao, que en época remota (*Porum Patcha*) aparecieron por Potosí. Cieza de León se refiere también especialmente a la encarnizada guerra de los Canas semiquechuas contra las gentes del curaca colla Zapana, que eran *Jállaj Ppacha* o "pueblos de vestidos angostos" a diferencia de

10 Publicadas también por Jiménez de la Espada. *Una antigualla peruana* (Madrid, 1892).

11 Nombre indígena del Imperio de los Incas.

12 *Rev. Chilena de His. y Geogr.* T. VIII, 1913.

13 Eliseo Reclus, *Nouvelle Geographie Universalle,* T. XVIII, *Les regions andines* (París, 1893), págs. 39, 709, 745 746 756.

—G. *Courty, Explorations geologiques dans l'Amerique du Sud* (París, 1907); págs. 17 a 21.

14 Cobo, *Historia del Nuevo Mundo,* lib. XIII, cap. XVIII.

los Huiracochas o Tiahuanaquenses, de ropas largas como su dios); los cuales Jállaj Ppacha vinieron del sur, "de arriba de Potosí" y en la zona intermedia entre las conquistas aymaras y la definitiva resistencia quechua, trabaron lucha con ciertas leyendarias amazonas, en quienes la imaginación popular de los Collas simbolizó a los fugitivos adoradores de la civilización del Titijaja y continuadores de su culto y civilización. El aymarismo de los Chancas, rodeando al noroeste el territorio de la Confederación de los Incas y Quechuas(cuyos mas terribles enemigos eran junto con los Collas), representa en mi opinión el avance de la invasión aymara después de la ruina de Tiahuanaco. La toponimia aymara del valle de Lima, no es imposible que provenga de los mismos tiempos; pero es mucho mas probable que se deba a *mitimaes* o sea colonos militares llevados a la Costa por los Incas. La toponimia al parecer también aymara de Chachapoyas y otras pocas localidades en el noreste peruano, tiene cabal explicación en una emigración chanca de época semihistórica.— la del curaca Uscuhuillca, por el siglo XIV, en pleno imperio incaico, después del célebre ataque del Cuzco, bajo el reinado del Inca Huiracocha o de Pachacútej.

Con la destrucción de Tiahuanaco (aproximadamente por los siglos IX a XI de la Era Cristiana) debe relacionarse la peregrinación de las tribus Incas, desde la altiplanicie del Collao a la cuenca del Huilcamayo y la comarca de Pacaritambo [15]. El origen de los Incas en las riberas del Lago Titicaca, está consignado en las leyendas que traen casi todos los cronistas de importancia (los dos Molina, Pedro Pizarro, Agustín de Zárate, Garcilaso, Cabello Bal-

15 *Pajarej-Tampu* en quechua: lugar del aparecimiento o del amanecer.

boa, el P. Cobo, etc). Según Betanzos, el mismo dios Huiracocha de Tiahuanaco creó en el Cuzco a los *orejones* o Incas, y especialmente a Allcahuiza, que es el Ayar Uchu epónimo de uno de los clanes incaicos. Según Sarmiento de Gamboa, Huiracocha creó a los Incas en Pacaritambo, y tenía una de sus *huacas* o adoratorios mas famosos en el pueblo de Urcos, seis leguas al sur del Cuzco, en tierras de lengua completamente quechua. Según Cobo, en Coata, isla del Lago, se alzaba la estatua de la diosa *Titijaja, madre de los Incas*, porque esa era su *pacarina* o solar originario [16].

Middendorf, Markham y Uhle han pretendido que la tribu de los Incas era aymara; y Jiménez de la Espada se inclinó a igual suposición [17]. La confusión en que se funda dicha hipótesis ha provenido de cerrar los ojos a las señales de una civilización protoquechua en Tiahuanaco, generadora de la incaica. Quizo Markham probar la oriundez aymara de los Incas con el examen de los vocablos que de su dialecto peculiar o lenguaje cortesano nos ha conservado Garcilaso, pero la tentativa no logró éxito satisfactorio; y en vista de sus resultados lo único plausible al parecer es reconocer (como el príncipe D. Alfonso Túpaj Atau se lo aseveró a principios del siglo XVII al P. Cobo), que el idioma privativo de los Incas era el dialecto propio del lugar de Pacaritambo, el cual era quechua, conforme lo acreditan la etnografía y un texto del siglo XVI, de la *Relación* del oidor Santillán, muy experto en antigüedades indígenas.

Sólo el quechuísmo de los Incas explica que impusieran como idioma oficial de su imperio el dialecto cuzqueño, que asumieran la dirección de la Liga Quechua,

16 Cobo ob. cit. lib. XIII, cap. XVIII.

17 Véase una de sus notas al P. Cobo, al final del cap. XIX, libro XIV. No obstante, allí mismo acepta Jiménez de la Espada la probabilidad de "otra raza, madre de *aymaras* y *quechuas*, cuyos idiomas son evidentemente hermanos".

(por voluntaria elección de los confederados; por ejemplo Andahuaylas en tiempos de Inca Roja, para defenderse de los ataques chancas) y que a la cabeza de ella empeñaran tan implacable guerra contra los Collas, representantes de la raza aymara, y contra los Chancas aymarizados.

La expansión colla, apretando a los Quechuas hacia el noroeste, convirtió en regiones de lengua aymara a todas las confinantes del Collao, como las serranías de Moquegua y Arequipa, Collahua (o sea la moderna Cailloma), y parte de las provincias de Canas y Canchis, las cuales fueron probablemente zonas de transición lingüística, quizá bilingües. Pero mas al norte había otros tribus quechuas, como los Cachinas, Quispicanchis y Acomayos, que, del propio modo que los Incas, recordaban el gran lago originario, y creían que a su perdida patria retornaban las almas de su difuntos [18].

Para que se guardaran con tal persistencia y viveza estos recuerdos, es necesario admitir que no transcurrió largo tiempo desde la dispersión de los Quechuas en los llanos del Collao hasta el establecimiento de los Incas en el Cuzco, dos o tres siglos a lo sumo. El itinerario de las gentilidades o clanes Incas, desde Pacaritambo al Cuzco, rememorados en fábulas y cantares,[19] se asemeja muchísimo al de los Nahuatlacas, y después especialmente al de los Aztecas, en el Anáhuac. El caudillo incaico, Manco Jápaj, no parece un héroe mítico, un antepasado epónimo, sino un personaje de existencia histórica (como los Tenuchtzin y Acamapitzin), divinizado luego por la leyenda. Su culto no era el de un dios, sino el mismo gentilicio y reducido que el de los monarcas sucesores suyos. No tiene aspecto de epónimo su nombre, pues no se explica por denomina-

18 Cieza, *Primera Parte de la Crónica del Perú*.

19 El resumen castellano de ellos compone los caps. 11, 12, 13, y 14 de la *Segunda Parte de la Historia General Indica* de Pedro Sarmiento de Gamboa (Publicada por R. Pietschmann, Berlín, 1906).

ciones geográficas ni cronlógicas; puede significar, al contrario, un nombre totémico, como eran en el Perú todos los propios; corresponde al *malco* del quechua común, denominación del palomino o pollo de la paloma silvestre. El linaje *(ayllu)* de sus descendientes, *Chima Panaca*, no difería en organización y prerrogativas de las demás cofradías consanguíneas originadas por los restantes soberanos incas. Atendiendo a todo esto, es difícil negarle efectiva existencia, ya que de algún modo tuvo que llamarse el reyezuelo o *sinchi* que dirigió la emigración de las parcialidades incaicas; y no es de creer que, de entre la serie de sus curacas, olvidaran únicamente al que ejecutó la fundación de la ciudad, acto de gran importancia religiosa para ellos, semejante a la *inauguratio* latina [20].

Los clanes o ayllos de los Allcahuizas, Copalimaytas y Culunchimas, que precedieron a los de Manco en el valle del Cuzco, y domeñaron a los aborígenes Sahuasiras y Huallas, eran también incaicos, con iguales insignias de turbantes *(llautos)* y orejeras, y de la misma sangre y dialecto.

Uhle, en su afán aymarista, afirma [21] que los autóctonos Huallas fueron de raza Colla; pero parece afirmación gratuita. *Hualla* es una raíz quechua, muy frecuente en la onomástica general del Perú. Por lo demás, toda la argumentación de Uhle sobre estos puntos, peca de contradictoria; porque de un lado sostiene que la civilización tiahuanaquense es profundamente distinta de la incaica, y de otro lado que los Incas, Huallas, Canas, Canchis y Chancas eran aymaras. De tales premisas debería deducir, contra su tesis, y a favor de la mía, que no fue aymara el Imperio de Tiahuanaco.

20 Sobre el pájaro sagrado de Manco y sus presagios, los vasos de oro, las piedras divinas, el asta misterioso de la *Súntur Páucar*, las semillas mágicas y los sacrificios humanos necesarios para el establecimiento del Cuzco, véase la crónica citada de Sarmiento de Gamboa..

21 Art. cit. en la *Rev. Hist. del Perú* (Tomo IV, bimestres I y II).

Mientras los sucesores de Manco Jápaj, o sean los Incas Hurincuzcos, los de la primera dinastía cuzqueña, restauraban el poderío de la raza quechua y preparaban el renacimiento de la cultura de Tiahuanaco, las razas costeñas, llamadas de ordinario Yungas[22] reanudaban su cultura autónoma. Libres de la influencia tiahuanaquense, que las supeditó a fines del período anterior, ofrecen en éste una nueva cerámica, variadísima, obscura y brillante, con modelados muy diversos y bajorrelieves, además tejidos delicados, pinturas al fresco en los palacios (en Chanchán, por ejemplo), y una refinada orfebrería.

No podemos todavía comprobar si estas civilizaciones de la Costa, posteriores al Imperio de Tiahuanaco, representan la mera continuación de las primitivas de Nazca, Ica y Trujillo, o si hubo aportes de otros inmigrantes, como ciertas tradiciones parecen indicarlo.

El reino o curacazgo mas extenso de la segunda época costeña, fue el del Gran Chimú, cuya capital era la populosa ciudad de Chachán (ruinas inmediatas a Trujillo) y cuyos dominios dicen haberse dilatado alguna vez desde Piura hasta Nazca. Sin embargo, los valles de Huacho y Chancay, al sur de la fortaleza chimú de Parmunca; los de Lima y Patchacámaj, célebres en todo el Perú, por sus antiguos oráculos; y los de Chincha e Ica, focos de añejas culturas, debieron de conservar siempre o recuperar pronto su independencia, respecto del Chimú; y no faltan noticias de que el mismo Gran Chimú era ya, antes de la conquista incaica, tributario de los curacas de Cajamarca en la Sierra[23].

Las lenguas mas conocidas de la Costa fueron la *mochica*, la *sec* y la *quingnan*, afines de la familia *Chibcha* en Colombia, Panamá y Costa Rica (Uhle, Rivet y Beuchat).

---

22 *yunga* en quechua significa "valle o tierra caliente".
23 Sarmiento de Gamboa, Ob. cit. cap. 38.

Tal vez por la hermandad de los Chimús y Mochicas del Perú con los indios del litoral del Ecuador, aseguraban muchos, al tiempo de la conquista española, que el señorío del Gran Chimú alcanzó hasta las regiones de Manta, Manabí y Puerto Viejo[24].

Las razas de la Costa Peruana, adelantadas y opulentas, pero muelles, se vieron nuevamente sometidas a la Sierra, por la segunda dinastía incaica.

La primera dinastía de los Incas, la de los cinco reyes *Hurincuzcos* , limitada a las serranías que ahora corresponden a los departamentos del Cuzco y Apurímaj y sus confines, no obtuvo sino una incierta hegemonía dentro de la Liga Quechua. Capitaneándola, combatieron los Incas sin cesar contra los Collas y sus congéneres. El último de los Hurincuzcos *Jápaj Yupanqui* (nombre que significa "El Poderoso Memorable"), murió asesinado en el palacio del barrio de *Inticancha* (después templo del Sol), por la sublevación de sus feudatarios y grandes vasallos.

La dinastía de los *Hanancuzcos*, que principió con *Inca Roja* (El Príncipe Prudente), fue de carácter más centralista y conquistador. La confederación se convirtió paulatinamente en un imperio despótico, en una inmensa agrupación de comunidades agrícolas, bajo la autoridad absoluta de *Sapallan Inca* (Solo Señor), aunque las tribus incaicas retuvieron en diferentes grados sus privilegios de exención de tributos, monopolio de los gobiernos y sacerdocio superiores, y exclusiva composición de la guardia o milicia denominada por los españoles, a causa de sus zarcillo distintivos, de los *Orejones*. Después de quebrantada, con auxilio de los quechuas confederados, la ofensiva de los Chancas contra el Cuzco (a mediados del siglo XIV,

24 Véase las *Informaciones de Vaca de Castro* publicadas por Jiménez de la Espada.

según los cálculos mas probables), emprendiéronse las remotas expediciones bélicas, bajo el reinado de *Yupanqui Patchacútej*, "El Memorable Reformador del Mundo". Quedó definitivamente sujeto el Collao; fueron conquistadas las provincias del centro de Bolivia y del Perú; y se redujeron a tributo los curacazgos costeños arriba mencionados, y el vasto Reino de Tujma (Tucumán, que comprendía todo el noroeste de la Argentina), el cual parece haber tenido ya una anterior cultura quechua, y por cuyos desfiladeros occidentales los ejércitos incaicos penetraron en Chile, trasponiendo la Cordillera, y sometieron a vasallaje las dos terceras partes de la región chilena. Los últimos Incas, Túpaj Yupanqui, "El Memorable Glorioso Resplandeciente" y Huayna Jápaj, "El Mozo Poderoso", agregaron a sus estados el norte del Perú y el reino de Quito, con Pasto y sus aledaños. Entonces contó el Imperio más de mil doscientos leguas de largo.

No puede haber completa certeza sobre la adjudicación de las conquistas incaicas a cada uno de los soberanos dichos, pues difieren los cronistas, según las versiones orales que recogieron. Hay, no obstante, una base real de fundadas conjeturas, porque existieron fuentes históricas indígenas. No carecieron, en efecto, los Incas de pictografías, aunque harto inferiores a las mejicanas. Cristóbal de Molina, el mestizo, y el P. Cobo nos hablan de las *tablas pintadas* que hubo en el templo de *Poquencancha* (inmediato al Cuzco y encima del barrio de Cayaucanchi), las cuales tablas daban razón de la vida y hechos de cada uno de los reyes. El P. Acosta menciona (Libro VI, cap. VII y VIII) los tapices historiados de los indios peruanos; y cuatro de estos grandes paños trabajados al uso del país,

con imágenes de los Incas y sus fábulas en las cenefas, remitió el Virrey Toledo a D. Felipe II, al propio tiempo que las informaciones jurídicas sobre el gobierno incaico y el resumen historial de ellas por Sarmiento de Gamboa.

Mas los circunstanciados anales del Imperio constaban en los cantares épicos que los *haráhuej*, poetas oficiales, ayudados por el sistema mnemónico de los *quipus* (cordoncillos de diversos nudos y colores) recitaban en las muy principales solemnidades, como eran las mayores fiestas de su religión y los aniversarios de sus reyes muertos. Cieza de León dice que se cantaba a *voces*, mirando al monarca presente, y que comenzaban con la siguiente fórmula: "¡Oh Inca grande y poderoso! el Sol, la Luna, la Tierra, los Montes y Arboles, las Piedras y tus Padres te guardan de infortunio; —y te hagan próspero y bienaventurado sobre cuantos nacieron—. Sábete que las cosas que sucedieron a tu antecesor, fueron estas..." Las crónicas de Cieza y de Sarmiento, y más en particular la de Betanzos, son el compendio, y la última a trechos la traducción, de aquellos cantares.

Un cantar de diverso género, no ya épico sino elegíaco, se atribuía al más famoso de los soberanos, al Inca Pachacútej, el gran legislador. Es su canción de agonía. Sarmiento de Gamboa reproduce la primera estrofa: "Nací como *amancay*[25] en un jardín; —vino mi edad, ya florecí, me marchité y me muero" (ob cit.; cap. 47). Fúnebre inspiración, muy distinta del himno triunfal que el mismo Sarmiento nos trasmite, con el que se rememoraba la emigración incaica de Pacaritambo: "Pues somos nacidos fuertes y sabios, seremos poderosos.— Salgamos de este asiento; vamos a buscar tierras fértiles. —Donde las hallaremos, sujetaremos a las gentes.— Hagamos guerra a cuantos no nos recibieren por señores". La oración al Sol que copia

25 Especie de azucena peruana.

el P. Cobo [26], es como sigue: "¡Oh Sol Padre mío, que dijiste: *¡haya Cuzco!* y por tu voluntad fue fundado y se conserva en tanta grandeza—, sean tus hijos los Incas vencedores de todas las gentes, pues para esto los creaste".

Varios cantos guerreros —por lo general monorrimos, consonantes en la última sílaba solamente—, trae el curaca D. Felipe Huamán Poma de Ayala, acompañados de pinturas explicativas, en su *Crónica y Buen Gobierno*, descubierta hace pocos años por Pietschmann en la Biblioteca Real de Copenhague.

Mas sobre las resonancias bélicas, naturales en un pueblo tan conquistador, predominaron en el arte indígena la ternura sollozamente y la ingenuidad pastoril. Es la quechua una raza dulce, soñadora y quejumbrosa, fina aun en medio de su presente degradación. En los apartados distritos de la Sierra, se escuchan hoy mismo las genuinas melodías autóctonas, las cuales, por su limitada gama, se distinguen perfectamente de la música posterior o mestiza. Los peruanos prehispánicos no conocieron sino cinco notas, pero vislumbraron la polifonía [27]. Un indio contemporáneo (nuestro entusiasta y benemérito folklorista musical, Daniel Alomía Robles), ha recopilado innumerable cantidad de temas líricos: si en su colección hubiera más estrictez crítica y conocimienos técnicos, podría revalizar en originalidad y riqueza con las rusas de Rimsky Korsakow y Melgonow, a cuyos aires populares se asemejan a veces los incaicos, y preparar así la nacionalización de la música peruana. Hay cantos religiosos, como la llamada *Plegaria al Sol*, (ejecutada con frecuencia, en estos últimos tiempos,

---

26 *Hist. del Nuevo Mundo*, Libro XII, Cap. XXIII.

27 Véase el artículo de Guillermo Salinas Cossío, *Consideraciones sobre la lírica indígena*, en la revista *Mercurio Peruano*, volumen I (Lima, 1918).

por la Sociedad Filarmónica de Lima), de imponente y augusta majestad sacerdotal. Hay *harauis* amatorios de inefable tristeza. Y como contraste propio de esta raza, que auna la alegría con el llanto, y cuyos regocijos están siempre bañados en lágrimas, las extrañas danzas bulliciosas de las *jashuas* y los repiqueteados *huaynos*.

La letra de dichas canciones es también muy curiosa [28]. Algunas muestran ya bastante influencia castellana, pero todas descubren la índole quechua. Cantinelas frescas y melancólicas, como un paisaje de madrugada andino. Poesía blanca, casta y dolorida, de candoroso hechizo y bucólica suavidad, ensombrecida de pronto por arranques de la más trágica desesperación. Esquiva y tradicional, esta raza, más que ninguna otra, posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Guardiana de tumbas misteriosas, eterna plañidera entre sus ruinas ciclópeas, su afición predilecta y su consuelo acerbo consiste en cantar las desventuras de su historia y las íntimas penas de su propia corazón. Todavía, cerca de Jauja, en el baile popular *de los Incas*, las indias que representan el coro de princesas (*ñustas*), entonan inclinándose con exquisita piedad sobre Huáscar, el monarca vencido: "Enjuguémosle las lágrimas; —y para aliviar su aflicción, llevémoslo al campo—, a que aspire la fragancia de las flores":

Huaytaninta musquichipahuay...

De los más antiguos y hermosos yaravíes (*haraui* en quechua), es el que comienza:

Purum pampapi
Piscucunata...

28 Para la región del Centro, son útiles (aunque carecen de todo rigor y método científico), las recopilaciones de cantarcillos y apólogos intituladas *Tarmap-Pacha--Hucray* y *Tarmapap-pacha-Huaraynin*, (impresas en Tarma, 1905 y 1906), por Adolfo Vienrich.

"A la llanura Solitaria —íbamos los dos— a oir al trinar de los pájaros". El *Ayataqui*, lamentación de la huérfana, y el *Huancasca* cuzqueño, son acabados tipos de lúgubre y desolada inspiración. Otras coplas invocan al poderoso río Apurímaj, que gira y ondula entre aldeas y caseríos:

Llajtan, llajtan múlluy
Apu huarpa mayu...

o comparan el talle de las doncellas al cimbrearse de los maizales. En estos rústicos versos, la égloga se bosqueja con plástica y luminosa simplicidad. Más en el fondo apuntan signos sombríos, malos agüeros, conformes a la patética fantasía india. La pastora adolescente apacienta el rebaño en una verde loma, sobre la cual revuelan, acechando, en el aire sereno, halcones y cóndores; y los zagales broncíneos se apoyan en las pétreas *canchas* de los apriscos, por cuyas rendijas musgosas asoman husmeando los zorros rapaces (Cantos de Chupaca). En el horizonte despejado, soplan vientos precursores de tempestad y granizo Los arbustos de las quebradas cobijan a la pareja de amantes; y la estrella del amanecer luce trémula y pía sobre los ayes melódicos del desdeñado (Cantos de Huancayo y Ayacucho).

La misma suavidad lírica, la misma incomparable mansedumbre, mezclada a ratos con intenciones satíricas y burlas, caracterizan las fábulas y consejas en prosa. En ellas, no sólo hablan los animales, sino los árboles, las cuevas y los cerros; toda la Naturaleza se anima y personaliza. En su intuitiva inocencia, el quechua concibió la fraternidad del Universo. Las aguas sagradas de los manantiales (*puquios*) infunden el cariño o el olvido. Las rocas y las pampas se conduelen de los desgraciados; y las clementes y misteriosas palabras con que dialogan, sólo pueden oírse

en sueños. El venado, que huye anhelante por los riscos, fue un rico cruel, transformado en animal medroso y siempre perseguido, porque despreciaba a su hermano pobre. En las nubes multiformes que encubren las cimas, ven los genios benéficos de los Andes; y en las aisladas peñas que se elevan sobre pajonales, pastores petrificados en castigo de sus faltas. En las noches de luna nueva, por las lejanías lucientes o bajo las recortadas sombras del arbolado escaso, dicen que recorre los campos, en compañía de un buitre y un puma, una joven hermosísima y atribulada, hija de un cacique, a la que raptó el Diablo. En las grutas tenebrosas, creen que duermen tranquilos con sus tesoros los curacas de la Conquista, que no quisieron sobrevivir a sus legítimos soberanos.

Abundaron en la mitología peruana las invenciones solemnes o graciosas. Huiracocha, el dios creador y civilizador, desaparece andando sobre su manto en las olas del mar, y profetiza que por el mar vendrán los misteriosos hombres pálidos a poner término al poderío indígena. El dios Con, a quien de ordinario se confunde con Huiracocha o Patchacámaj, sopló a manera de un viento fuerte, al principio del Mundo, y erigió las cordilleras y allanó los valles. La lluvia se debe al cántaro de una doncella celeste, quebrado por su travieso hermano. El oro y la plata son las lágrimas del Sol y la Luna. El planeta Venus es el paje favorito del Sol, de trenzada cabellera. Un zorro se enamoró de la diosa Luna, y las huellas de aquellos abrazos son las manchas de su blanco vestido. La Vía Láctea es un río de luz, origen de los mares y las fuentes; y la constetelación de la Cruz del Sur, el puente o la escalera de los cielos. Los grandes nevados se llaman "ancianos" (*Machu*) o "dorados y santos" (*Corohuillca*), y los volcanes, "auroleados" (*Chimpu*). En los reflejos de las nieves perpetuas e invioladas del Coropuna, figuraron fantásticos palacios.

Las tradiciones de Huarochirí hablan de los amores de los cerros, que se miran a través de los nublados invernales, y por encima de los hondos barrancos y el dentellado hacinamiento de las cadenas menores. Cierto semicírculo de peñolerías que hay en esa región, es para las abusiones de los indígenas la asamblea de los *huaris* o dioses tutelares. Cuentan que ante ellos se presentó una antigua deidad, acompañada de su hija, disfrazadas ambas de mendigas. Los *huaris* las desconocieron y arrojaron ignominiosamente. La ultrajada deidad cargó a su hija y se dirigió hacia la Costa. Entonces los genios sus parientes, arrepentidos, quisieron detenerlas; pero no pudieron ya alcanzarlas, ni impedir con sus clamores que se precipitaran en el océano, donde se convirtieron en los islotes blanqueados por la espuma frente a los templos de Patchacámaj. En la misma provincia refieren que el nevado de Pariajaja, pródigo en lluvias, se enamoró de otra altura, la cual es seca y estéril, pero encierra en sus piedras partículas de oro. Soberbia con su riqueza, la montaña desechó el cántaro de agua que, con don amoroso, le enviaba el Pariajaja, y se quedó árida y triste. El cántaro rechazado con violencia, fue rodando abajo, entre los demás cerros calvos; y rompiéndose en el lozano prado que ahora se llama de Buenavista, produjo el vertedero que fertiliza la parte inferior del valle. Como estas amables leyendas, recogidas de labios de naturales de aquellas comarcas, traen muchísimas otras el libro del cura Avila y el del jesuíta Arriaga, ambos del siglo XVII. Habría que compararlas (para apreciar cabalmente las diferencias entre las razas sud-americanas), con los adustos cuentos araucanos de monstruos y aparecidos, sus héroes cuchilleros o *langemtuves*, sus crueles *anchimallen* o duendes, sus *huytranalhues* cuyo aspecto es mortal y se alimentan de sangre humana, las vaticinadoras de terremotos, los viajes a la lóbrega mansión de los difuntos, y el alado caballo de fuego (*cherruve*) que cruza tronando

las aires para anunciar la muerte de los caciques; rasgo este último de magnífica y sombría belleza, que no disonaría en una saga germánica [29].

En cambio, la oración incaica a Huiracocha, recordada por los Padres Molina y Cobo, tiene la vibrante sublimidad de un salmo hebreo: "¡Oh Hacedor incomparable!, que estás en los términos del Mundo y creaste a los hombres; —¿dónde te ocultas? —¿Por ventura en lo alto del Cielo, o en el abismo de la tierra, o en los nublados de las tempestades"? La invocación a la *Pachamama* es de un delicioso panteísmo: "Madre Tierra, larga y anchurosa, que traes a los hombres en tus brazos..." A las cavernas, que eran los sepulcros de la Sierra, les decían: "He de dormir en tus senos; dame sueños apacibles".

La autenticidad de tales mitos, tradiciones y plegarias, es indiscutible. No ocurre lo propio con el célebre drama *Ollantay*. Los incas conocieron, sin duda alguna, las representaciones trágicas y cómicas. Tenían que nacer forzosamente de aquellas sus danzas religiosas, con máscaras de personajes y animales sagrados; de aquellos bailes en que los cantares se turnaban "refiriendo hazañas y loores del Inca y cosas pasadas" y respondía el coro (Cobo, Libro XVII.— Acosta, Libro VI, Cap. XVIIII). De estos esbozos dramáticos, sabemos de cierto que resultaron verdaderas fábulas escénicas. A más de los testimonios del Inca Garlaso y del Jesuíta Anónimo, sospechosos para bastantes americanistas, tenemos los irrefragables del P. Acosta, de Polo de Ondegardo [30] y de Sarmiento de Gamboa que narra: "(Inca Patchacútej) mandó hacer grandes fiestas y

29 Vid. *Psicología del pueblo araucano* por Tomás Guevara (Santiago de Chile, 1908); págs. 325, 326, 336, 344, 346, y siguientes.

30 *Tratado de los errores y supersticiones de los indios*, VIII, 7.

representaciones de la vida de cada Inca. Duraron estas fiestas, que llamaron *purucaya,* más de cuatro meses. E hizo grandes y suntuosos sacrificios a cada cuerpo de Inca, al cabo de la *representación de sus hechos y vida*" [31] Cieza de León confirma la noticia: "Cada bulto (estatua de Inca difunto), tenía sus truhanes o decidores, que estaban con palabras alegres contemplando al pueblo" [32]. Y Patchacuti Salcamayhua cuenta que el Inca Yáhuar Huájaj inventó los bailes y diálogos de farsantes, con motivo del nacimiento de su hijo el príncipe Huiracocha; y que las diversas danzas dramáticas, se llamaban, entre los peruanos antiguos, *añaysauca, hayachuco, llamallama,* y *hañamssi.* Pero si es indudable que los Incas poseyeron un teatro, siquiera fuera rudimentario, también lo es que el *Ollantay,* como hoy lo leemos, es de redacción posterior a la Conquista: un arreglo españolizado, al parecer de principios del siglo XVII, sobre la base de un drama incaico anterior. Yo exageré mucho la inspiración castellana de la actual versión, en una nota de mi ensayo sobre el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente.* D. Marcelino, con la benevolencia que me profesó, me hizo el honor de transcribirla en su *Historia de la poesía hispano-americana.* Sobrado honor le dispensó el Maestro igualmente al General argentino D. Bartolomé Mitre, citando su desdichada monografía sobre *Ollantay* (Buenos Aires, 1881), para corroborar nuestras comunes suposiciones. Mitre, que nunca había hecho investigaciones formales sobre el Perú prehispano, fue mucho más allá que Menéndez y Pelayo y yo; trabucó o desconoció las citas de los cronistas ya publicados; y estampó en sus folletos despropósitos estupendos. Actualmente, con los estudios emprendidos, no puede hacerse caudal alguno de cuanto Mitre escribió sobre este tema. En vista de aquellos estudios, hay que afirmar que el *Ollantay,* tal como lo disfrutamos, es

31 Sarmiento de Gamboa, Segunda Parte, cap. 31.
32 *Señorío de los Incas,* cap. XI.

obra de un refundidor de la época española, porque el metro octosilábico en que se halla coincide muy sospechosamente con el teatro de Castilla; porque los conceptos sobre los grandes dioses Inti y Patchacámaj (Escena X, verso 1,087), y sobre la institución de las *Ajllas* o Vírgenes del Sol (Escena VIII), aparecen desnaturalizados; y porque menciona animales como la gallina (*huallpa*, en la Escena IX), desconocidos en el Perú antes de la invasión de los Castellanos. Pero por otra parte hay que admitir que el plan, los procedimientos poéticos, todos los cantares y muchos trozos son de tradición incaica, apenas levemente alterados por el redactor. Así lo prueban el sabor primitivo y bárbaro de las expresiones y metáforas; el desembarazado empleo del coro y de los intermedios líricos; la falta de entreactos y de regularidad en la división por escenas; la concordia de su relato sobre la sucesión ilegítima y anormal de Patchacútej por Túpaj Yupanqui, con el de los mas fidedignos analistas, últimamente descubiertos, y su disentimiento de la clásica y oficial doctrina de Garcilaso, que era la predominante en los siglos XVII y XVIII; y, en fin, la gran cantidad de sistemáticas singularidades métricas. El *Ollantay* ignora las sinalefas y sinéresis, y observa la rima o desinencia no atendiendo al acento sino sólo a la última sílaba, como los más auténticos cantares aborígenes. En varios pasajes, indistintamente alternan consonantes y asonantes, según también se ve en las rítmicas plegarias idólatras, recogidas por cronistas y misioneros. Y aun presenta otros vestigios de remota antigüedad, de un texto arcaico, perdido en los titubeos de la transmisión oral o modernizado por el recopilador. De repente, dentro de la regular, y sin duda ficticia, redacción actual, irrumpen versos aislados en metros distintos, y series de asonancias pareadas o monorrimas, análogas a las de los europeos *cantares de gesta* medieval, que ningún español ni españolizante podría imitar en el siglo XVI. Y lo que es más —y definitivamente

demuestra la pureza y casticidad del quechua en que el *Ollantay* está escrito—, en él se guardan las reglas de la *armonía vocálica*, del propio modo que en los idiomas uralo-altaicos, lo mismo que en el turco, lo mismo que en el magiar. Por todo esto y muchas otras circunstancias, es imposible que el *Ollantay* provenga de fines del siglo XVIII, como algunos lo han pretendido. El manuscrito de La Paz, consultado por Tschudi, tenía ya como fecha de copia o representación la del año 1735; mas, por lo que hemos dicho, parece evidente que la refundición castellana o mestiza, a la que debemos el actual texto, ha de ser cuando menos un siglo más antigua. De los cantos incaicos que en ella se intercalan, el *haraui* de la Escena IV es la obra maestra de la lírica quechua. D. Bartolomé Mitre, nadie sabe por qué, vió en él una imitación del *Cantar de los Cantares*. Si no temiera yo insistir demasiado en las analogías peruanas con el Asia, que suelen ser casuales similitudes, explicaría cómo hace recordar especialmente los cantos populares de las razas mongólicas, hasta en las alabanzas a la palidez o relativa blancura de algunas mujeres, cuya existencia en el linaje incaico y en las comarcas de Moyobamba comprueban Garcilaso, Pedro Pizarro y Cieza de León [33].

Los caracteres en el *Ollantay* nada tienen de europeos. El protagonista no obedece al pundonor caballeresco, móvil de todo genuino drama español, sino a la ira y sed de venganza propias de un primitivo. Cusi Cóyllur no es hermana de las fuertes heroinas de Lope y Calderón; es una india de verdad, pasiva y resignada, que no sabe sino amar y sufrir, quena melodiosa pero monótona, sólo henchida de querrellas gemebundas. La madre, la emperatriz o Coya Anahuarqui, contrariando los usos del teatro castellano, sale

33 Véase de preferencia sobre este particular Garcilaso *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, Cap. XXVIII— y Cieza de León, *Crónica del Perú*, Primera Parte Cap. LXXVII.

a escena para compadecer y jusitificar la amorosa flaqueza de su hija. El lenguaje es a menudo muy extraño, originalísimo, atestado de imágenes a la vez tiernas y violentas, confusas, lacrimosas y grandiosas, espléndidas y vehementes [34]:

Estrella, pupila del Sol, el llanto, lluvia del alma, ahoga (mi corazón...
Las lágrimas del rocío, agua viva purificadora, suavizan (el dolor...

Los astros se revuelcan en la ceniza fría de las nubes, antes de fuego y ahora opacas.— Los luceros descrinados arrastran sus caudas revueltas, y para mis ojos enrojecidos el firmamento vierte sangre.

Hay versos convencionales, emblemáticos: "Lo roja flor del *ñujchu* se esparce dondequiera", significa que se derrama sangre. Algunas comparaciones sentimentales, de complicada y ambigua elegancia, traen irresistiblemente a la memoria la poesía clásica japonesa. Otras se dirían persas o indostanas. Así el Inca Patchacútej, hablando con su hija predilecta, le dice: "Esencia de mi alma, red de mis entrañas, flor de mi progenie, *desenvuélvete ante mis ojos, velo de oro*".

Las palabras de *Huillaj Uma* (Sumo Sacerdote), son de idolátrica solemnidad:

En el semblante de la Luna, todo es signo para mi.
Ayer la humareda de los sacrificios — se elevaba hasta la faz del Sol,
y el Dios jubiloso se levanta — difundiendo sobre todos la felicidad.

En la escena de coronación de *Ollantay*, el coro exclama:

34 Me guío por la excelente edición y traducción literal del quechua al francés, que hizo el erudito cuzqueño D. Gabino Pacheco Zegarra (París, 1878).

Sé nuestro Inca por siempre,—
enarbola el estandarte rojo,—
y ciñe la borla de gloria.
El Inca de Tampu amanece (Asciende como el Sol)

Y el príncipe Hancuhayllu prosigue:

El Huillcanuta (Agua Sagrada), está muy lejano,—
pero si convocas a sus gentes,—
acudirán al instante.

Presenta a un dignatorio con énfasis que un europeo calificaría de oriental:

He aquí al valiente entre los valientes,—
armado de pies a cabeza,—
erizado de dardos,—
porque así ha de ser el valiente entre los valientes...
Volarán los flechas,—y los enemigos perecerán al punto

La imprecación contra el Cuzco es de belleza salvaje:

¡Ay de ti, hermosa ciudad!—
Desde hoy seré tu implacable enemigo.—
Te arrancaré el corazón,— y se lo arrojaré a los cón- (dores,—
Llevaré mis Antis por millares al Sajsayhuamán,—
y de allí te amenazarán como nube de maldiciones,—
Cuando el incendio enrojezca el cielo,— y yazgas sobre (tu lecho ensangrentado,—
tu rey perecerá contigo — y verá si son pocos mis (yungas

Pero entre los ímpetus feroces, resalta siempre la ingénita misericordia. El objeto del drama, si bien se mira, es glorificar la clemencia de Túpaj Yupanqui para con la privilegiada tribu de los Tampus o Antis, y su caudillo hereditario. Aún el severo Patchacútej, en la Escena III, antes de ordenar la guerra contra los Collas y Chayantas, previene que se procure reducirlos por vía de paz y persuaciones. Antes de reconocerse Cusi Coyllur e Ima Súmaj se llaman, como metáforas de pompa y de dulzura:

¡Oh mi princesa, encantadora hermana;
pájaro del pecho de oro, semilla de piedad, flor (esmaltada del panti!

Es un himno de infinito acatamiento, de fanática adoración, inconfundible en su acento indígena y sus arcaicos paralelismos, el que *Ollantay* le pronuncia al Inca. No enumera sus propias hazañas sino para tenderlas, como una humilde alfombra, ante el emperador omnipotente y divino:

Sabes, ilustre Rey, que desde mi niñez te he servido,—
y que siempre te he mirado como mi amo.
Siguiendo tus huellas se han acrecentado mis fuerzas;
—y continuamente he vertido mi sudor en tu servicio.
¿Dónde no he hecho correr la sangre de tus contrarios?—
Sólo mi nombre los ahoga, como una cuerda al cuello.
He puesto a tus pies todas las tierras altas y sus gentes;— y he convirtido a todos los Yungas en esclavos de tu casa.
He desviado y quemado a los Chancas;— y les he arrancado las alas.—
He abatido al poderoso Huanca Huilla.—
¿Cuándo no me he levantado el primero en la vanguardia?—

Por mí todas las naciones han sido traídas a tus plantas.—
Y tú, padre mío, me has dado el champi *de oro y el* chuco *de oro.—*
¿Por qué me has ensalzado sobre los de mi linaje?.
Tuya es ésta macana *de oro; y tuyo todo lo que soy.—*
Toda mi valentía y todo mi vigor, —en tí están, y en tí hay que buscarlos.—
Soy tu siervo; — dígnate mirarme.
Contemplando tu rostro, moriré cantando.

Cuando el perdón final, prorrumpe:

Riego con mis lágrimas ardientes la maza que me das.
Soy cien veces tu esclavo.—
¿Quién puede llamarse tu igual?—
Acepta los nervios de mi corazón como correas de tus sandalias.

Para hallar semejantes fórmulas de posternación, tal entusiasmo en la servidumbre, tal frenesí en la expresión de la obediencia del monarca, hay que remontarse muy lejos de la civilización de Europa, de todas las culturas occidentales y modernas.

Muy posteriores al arreglo del *Ollantay,* * deben de ser las demás comedias quechuas conocidas, como verbigracia la *Usca Páucar,* harto mas castellanizadas, en las que los curas y catequistas ingirieron personajes cristianos dentro de las fábulas indígenas, según también lo hicieron en Méjico.

* Cfr. *Carácter de la Literatura del Perú Independiente,* versión definitiva, en *Obras Completas,* T. I, Lima, 1962. En las pp. 166-168 está la extensa nota sobre *Ollantay* pero con interesantes añadidos y precisiones seguramente de redacción posterior al año 1921 en que se escribe el presente ensayo. [N. del E.].

En arquitectura, los Incas adoptaron simultáneamente el estilo megalítico, imitación del de Tiahuanaco, como son los castillos de Sajsayhuaman y Ollantaytambo; el de manpostería (*pirca*), en innumerables edificios; y el de adobones, ordinario y tradicional en la Costa, como lo prueban las ruinas de Tambo Colorado en la quebrada de Pisco, el templo del Sol que domina al de Patchacámaj, cerca de Lima, y el de Huiracocha, junto a Sicuani en la Sierra. Pero el estilo incaico peculiar, fue el de aparejo mediano de piedras de cantería, admirablemente labradas en sus junturas o en todas las caras de los sillares. Son imponente muestra de construcciones incaicas los templos y palacios del Cuzco, Pisaj, Huillca-Huaman, Huaytará y Huánuco el Viejo. Estaban ya a punto de acertar con la bóveda (que se inicia en las chulpas aymaras del Collao), porque supieron redondear los muros y las torres, según lo acreditan el gran cubo de la Sunturhuasi y parte de la fachada del Coricancha, todavía existente en el Cuzco; y porque el primer cronista español, Jerez, certifica que en el palacete campestre de Atahualpa en Cajamarca había aposentos con techos de cúpulas en forma de campanas, moldeadas en tierra y guijarros, y encaladas con estuco blanco y brillante. Las puertas eran casi siempre trapezoidales, con el dintel mas angosto que el umbral, semejantes a las egipcias. En general, la arquitectura del Perú indígena, salvo las columnas (que le fueron desconocidas), se parecen mucho a las del antiguo Egipto. Los adornos más frecuentes fueron las características alhacenas cuadrangulares (*tojos*), los relieves de serpientes y pumas, y algunas figuras humanas, toscamente esculpidas, y los revestimientos de metales preciosos, en láminas cinceladas y repujadas, de varios dibujos. Las techumbres habituales eran de vigas de madera y paja de *ichu*, pero en los últimos tiempos parece que tendían a las cubiertas de piedra con azoteas, almenas, torreoncillos y cornisas pintadas de almagre. Toda la arquitectura incaica

es severa, pesada, sombría, de majestad recia y ceñida, y de sorprendente solidez y escrupulosidad. Manifestación adecuada de un pueblo grave, probo y triste, no aspiraba a deslumbrar con apariencias engañosas, como los estilos yungas, sino a imponerse con la extraordinaria robustez de la planta y los materiales, y la primorosa paciencia de la ejecución. Cieza de León comparaba los muros del Coricancha con la Calahorra de Córdoba y el Hospital de Afuera en Toledo. Por lo que toca a la industria metalúrgica, los peruanos, para sus alhajas y utensilios, habían rebasado la edad de la piedra pulida; y se hallaban plenamente en la del cobre y la del bronce.

Mucho se ha discutido en los últimos cuarenta años sobre la civilización de los Incas. Por explicable reacción contra los panegíricos del siglo XVIII, han propendido a rebajarla Tschudi y Bandelier en sus postreras obras. Los que más se han excedido en la tendencia hostil, han sido el atrabiliario jesuíta P. Cappa [35], llevado por la pasión anti americana; y el vulgarizador norteamericano Lummis, indiscreto apologista de Pizarro.

En España ha tenido que agradar —máxime hecho por un yanqui— el encarecido elogio de nuestros grandes conquistadores (por más que resulte desatinada manera de ensalzarlos, desconocer la importancia de los imperios que dominaron). Se comprende, por eso, la favorable acogida que le dispensaron autorizadas plumas; pero hay que poner en guardia al público español contra los crasos errores de Lummis, mero y superficialísimo aficionado, cuyas buenas intenciones no bastan a comunicar a sus juicios sobre

35 P. Ricardo Cappa, *Estudios críticos acerca de la dominación española en América* (Tomo II, Madrid, 1899).

la época prehispana el menor valor ante la crítica histórica. Para probar cumplidamente la efectividad y prosperidad de la civilización incaica, no es menester más que considerar las ruinas que llenan todo el Perú y leer los textos de los cronistas castellanos [36].

Depósito de objeciones contra la benignidad y buen gobierno de los Incas, han sido las célebres *Informaciones* debidas al Virrey D. Francisco de Toledo. Encaminadas a rebatir al P. Las Casas y los indianistas, y justificar el suplicio de Túpaj Amaru; recusables, en grado sumo para todo lo tocante al régimen incaico; colmadas de equivocaciones y patrañas, la débil autoridad que les ha quedado ha salido quebrantadísima con el testimonio de uno de los más interesantes documentos publicados por el diligente investigador argentino D. Roberto Levillier [37]. Aparece probado, por carta que el Presidente de la Audiencia de Charcas, D. Lope de Armendariz, escribió al Rey el año 1576, que el intérprete oficial del Virrey Toledo, el mestizo Gonzalo Jiménez, en odio de los Incas, falsificaba las declaraciones de manera escandalosa. La consiguiente desautoridad moral de las *Informaciones* de Toledo, debe extenderse a la *Historia* de Sarmiento de Gamboa, simple resumen de ellas.

---

36 Historiógrafo de calidad muy superior a Lummis es el francés Beuchat, quien, en su recomendable *Manual de Arqueología Americana* (algo deficiente a la verdad en lo relativo al Perú, y muy confuso en lo que corresponde a la constitución, subdivisiones y jerarquía de los *ayllus* nobles u *orejones)* supone que el Imperio Incaico encerraba en su seno tribus salvajes, lo cual es una manifiesta inexactitud, si se exceptúan los Uros, pues los demás indios que merecían el calificativo de salvajes se hallaban, no en el interior, sino en los confines o fronteras del Tahuantinsuyo.

37 *La Audiencia de Charcas* (Madrid, 1918) T. I. de la Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino.

El comunismo agrícola (*ayllu*), base de toda la organización social incaica, fue mucho mas completo y generalizado que el *mir* en Rusia, y sirvió de modelo para la reducciones jesuíticas del Paraguay.

Hasta hoy, el mejor libro sobre el colectivismo peruano, es el de Cünow, *Die Sozaile Verfassung des Inkareiches* (Brunswick, 1898). Merece igualmente recordarse el artículo de Max Uhle sobre los *ayllus* (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 1911). Después, a larga distancia de ambas monografías, pueden citarse los ensayos del Dr. Erich Zurkalowski (*Mercurio Peruano*, Lima, 1919), del boliviano Bautista Saavedra (*El Ayllu*, París, 1913) y de los peruanos Francisco Tudela y Varela, Luis E. Valcárcel y César A. Ugarte. Los antiguos estudios de Martens y Desjardins, muy poco tienen de aprovechable; y en cuanto a Wiener y Emile Carrey, allá se van con el buen Lummis.

Cuando la Conquista, el régimen social del Perú entusiasmó a los observadores tan escrupulosos como Cieza de León, y a los hombre tan doctos como el Licenciado Polo de Ondegardo, el Oidor Santillán, el jesuíta autor de la *Relación Anónima* y el P. José de Acosta [38] y ¿quién sabe si en las veleidades socializantes y de reglamentación agraria del ilustre Mariana [39] y de Pedro de Valencia (el discípulo de Arias Montano), no influiría, a más de la tradición platónica, el dato contemporáneo de la organización incaica, que tanto impresionó a cuantos la estudiaron?

---

38 "Si la República de los Incas se refiriera en tiempos de Romanos o Griegos, fueran sus leyes y gobierno estimado" *Historia Natural y moral de las indias.*, Libro I V, cap. I.

39 Mariana, *De Rege et Regis Institutione*, caps. VIII y XIII.

El P. Acosta escribe: "Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y próvido gobierno" (*Historia*, Libro VI cap. XV); pero advierte, sin embargo, la extrema severidad de los castigos (idem cap. XVIII). Fácil es comprender lo indispensable del rigor y el escarmiento en aquel sistema comunista. El socialismo, y más aun el socialismo militar y conquistador, como fue el de los Incas, exige la mayor energía autoritaria, el despotismo administrativo, minucioso e inexorable.

La experiencia del Perú Incaico ha sido concluyente. La tutela del Estado, como en ninguna parte vigilante y nimia, enriqueció y enervó a las naciones que componían el Imperio del Sol. Llegó éste rápidamente a la misma senilidad apática por la que con tánta facilidad han sucumbido todas las sociedades de tipo análogo, como los imperios indostanos y egipcios, el chino, el persa aqueménide, el romano y el ruso. Mucho más que ellos, el del Tahuantinsuyu, para obtener el sosiego y el bienestar material, ignoró toda libertad, desarraigó toda iniciativa, comprimió toda espontaneidad y todo arranque; e hizo así, de una de las razas mejor dotadas de la América indígena, una tímida grey de esclavos taciturnos. Ante la usurpación de Atahualpa y luego ante la invasión castellana, la pasividad e inercia de la población fue sorprendente. Acostumbrada al yugo, acogía con tranquila indiferencia a los nuevos amos, cualesquiera que fuesen. Como siempre sucede, las virtudes viriles se refugiaron en la aristocracia política y guerrera; y fue la casta o confederación de los Incas la única que resistió de veras a los conquistadores. Dividida y diezmada ya en la terrible contienda de Atahualpa y Huáscar, sobrecogida con la emboscada de Cajamarca (contra la cual no hubo apercibimiento ni defensa posible), se rehizo de su estupor; y a las órdenes de Manco II, emprendió la formidable insurección de 1536, con la matanza de los españoles dispersos, y los apretados asedios del Cuzco y de la recién funda-

da Lima. Esa fue la lucha efectiva en la Conquista, la reacción de la clase dominante, comparable a la de Cuilauzin y Guatomozin en Méjico. Pero el país no respondió con generalidad y tenacidad al llamamiento desesperado de sus Incas. Muy al contrario, los Cañaris y los Huancas se convirtieron desde el principio en los más fieles y eficaces aliados de los conquistadores, como los Tlascaltecas en Méjico; y los contingentes de muchas provincias abandonaron la suprema campaña, por fatiga o por atender sus cosechas. Pizarro a imitación de Cortés, hizo, en el peor trance, alejar los buques del puerto del Callao, para demostrar su inconmovible decisión de permanecer en la tierra peruana. Lima se vió descercada muy pronto; y en la retirada murió el jefe asaltante, el príncipe Titu Yupanqui. Sólo en el Cuzco, tras el heroico suicidio de Cahuide (el indio gobernador del castillo de Sajsayhuaman), la intrépida milicia noble, la de los Orejones o Hijos del Sol, persistió por diez meses en sus furiosos ataques. Deshecha al fin por el empuje de los caballos retrocedió combatiendo sucesivamente hacia las asperezas de Calca, Ollantaytambo, Vitcos y Vilcabamba, escoltando al soberano y llevándose los más principales objetos sagrados. Fue algo como el asilo de las reliquias de los Godos en las Asturias.

Pero muy diverso destino esperaba a esta última defensa de los Incas. Durante algunos años consiguieron rechazar o burlar las repetidas expediciones inviadas en persecución suya. Tal fue el caso de las de Hernando y Gonzalo Pizarro, Almagro, Rodrigo Orgónez, Illén Suárez de Carvajal y Francisco de Cárdenas. Los *orejones* de Manco amagaban continuamente el valle de Yucay y el camino de Lima al Cuzco, desde Jauja en el río Mantaro hasta Mollepata en el Apurímaj, con rebatos y presas. Mas en el resto del Perú, los antiguos súbditos, sumidos en su automatismo y marasmo habituales, desoyeron las exhortaciones de rebelión que salían de Vilcabamba; y dejaron

apagarse en el aislamiento el último foco de la reivindicación nacional. El mismo príncipe Paullu, hermano del soberano indio, se hizo auxiliar y servidor sumiso de los conquistadores. Cuando Manco, tentando una vez más la suerte, y aprovechando la guerra civil entre el Virrey Núñez de Vela y Gonzalo Pizarro, avanzó de nuevo sobre el Cuzco, fue asesinado por unos soldados españoles, almagristas prófugos, a quienes había concedido hospitalidad. Su hijo y heredero, Sayri Túpaj, se dejó convencer por las proposiciones del Virrey Marqués de Cañete. Salió del asilo de sus montañas (en las que se quedaron, con unos pocos curacas y capitanes, sus dos hermanos menores, Titu Cusi y Túpaj Amaru); y consintió en recibir el bautismo y jurar obediencia al Rey de Castilla, a cambio de un repartimiento y otras varias mercedes. Murió en breve (1560), y el mismo Titu Cusi Yupanqui se resignó a bautizarse en Vilcabamba. Por fin, el Virrey Toledo, hizo sacar de las selvas al posterior sucesor, Túpaj Amaru, y a su errante y exigua corte. El infeliz mozo Túpaj Amaru fue ajusticiado en la Plaza Mayor del Cuzco; ahorcados o desterrados sus deudos y compañeros; y así acabaron la estirpe masculina de los reyes Incas y la última sombra de su monarquía (Agosto de 1573).

Es claro que a nadie puede ocurrírsele al presente considerar a los Incas como inventores del Comunismo peruano. La *comunidad de aldea* con sus agregados y compuestos (respectivamente, el *ayllu*, la *llajta* y la *marca*) es una institución primordial y espontánea, que aparece en los comienzos de la evolución de casi todas las sociedades. En el Perú, su origen debe de confundirse con el de la misma agricultura. Pero en muy veraces relaciones [40], quedan indi-

40 Por ejemplo, en la de Santillán (párrafo 54).

cios de que ciertas provincias habían alcanzado formas de propiedad o explotación agrícola mucho más particularizadas, destruídas por la conquista incaica, que en todas partes impuso su inflexible colectivismo. Puede rotundamente afirmarse, que los Incas llevaron la socialización económica al más alto grado de desarrollo y madurez asequible en un imperio belicoso y semibárbaro: con la absoluta proscripción de la propiedad individual perpetua, la universal requisición para el trabajo rústico y el servicio militar, la anual adjudicación de lotes y remensura de los campos, las faenas comunes y los turnos en ellas *(mitas)*; los graneros y almacenes públicos; la distribución de víveres, ganados y útiles de labor; la asistencia de los ancianos, inválidos, huérfanos y viudas; la especial atención del Gobierno a las clases menesterosas, —uno de los más preciados apelativos del Inca era el *Huajcha Cúyaj* (Amante de los pobres);— la multiplicación y engranaje de visitadores, inspectores y empleados; las rigurosas leyes suntuarias; la obligatoriedad del matrimonio en edad determinada; el estricto deber de la delación judicial, y la imponderable omnipotencia del Estado. Por eso es tan útil y sugestivo su estudio en los días presentes.

Al mecanismo socialista, que en el Perú de los Incas extremó sus buenas y malas cualidades, sucedió de golpe con la invasión española, el principio antagónico; el individualismo, desenfrenado y anárquico sobre todo lo imaginable, en los veinticinco primeros años de la Conquista, cuando menos.

V

RAZA Y LENGUA PROBABLES DE LA CIVILIZACION DE TIAHUANACO

Estudio preparado para el III Congreso de Geografía e Historia Hispanoamericana, realizado en Sevilla, en abril de 1930, al cual asistió Riva-Agüero como delegado oficial del Perú, representando a la Sociedad Geográfica de Lima.

La ponencia la terminó de redactar en Roma y la fechó el 2 de abril de 1930. Se publicó primero en la Revista Universitaria, *de Lima, segunda época, año XX. primer semestre, julio de 1931, pp. (43) - 78.; en* Mercurio Peruano, *Lima, Vol. XV, Nº 144 - 145, enero-agosto de 1931, pp. (351)-380, y en* Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), *T. I, Lima, 1937, pp. (169)-202.*

ES ya una verdad definitivamente adquirida en la arqueología sudamericana, que el Imperio de Tiahuanaco, así llamado por las célebres ruinas próximas nueve leguas a La Paz, llevó su influencia y estilo, muchos siglos antes que el de los Incas, hasta las sierras del Ecuador y las del Noroeste de la Argentina. La cultura tiahuanaquense, respecto de la incaica, se halla en la misma relación de precedencia y origen que la caldea respecto de la ninivita, o el *antiguo imperio* hasta la XI dinastía respecto de la ulterior historia egipcia.

Desprovistos de fuentes escritas, sin más elementos que las excavaciones arqueológicas actuales, y los mitos y tradiciones que muy tardíamente recopilaron cronistas españoles e indios, se nos plantea el problema de cuál de las razas peruanas fue la creadora de aquella primitiva civilización. Tres coexisten en las alturas andinas: Uros, Aymaras y Quechuas. Desde luego, hay que descartar a los Uros. Nadie ha de adoptar hoy la teoría de González de la

Rosa, que los supuso constructores de Tiahuanaco [1]. Esos indios casi salvajes, afines de las tribus amazónicas y de las estirpes brasileñas de Lagoa Santa, establecidos desde muy antiguo en las riberas de los lagos Titijaja, Aullagas y Copaisa, y en las del Pacífico hasta Pisagua y Cobija, exclusivamente cazadores y pescadores, han ignorado siempre la agricultura y el uso de los metales, al paso que los del imperio de Tiahuanaco han sido, a no dudar, pueblos pastoriles y agrícolas, y sabían trabajar muy bien el cobre [2]. Quedan, pues, en alternativa Aymaras y Quechuas, eternos émulos, cuyos idiomas se entremezclan inextricablemente en los Andes peruanos y bolivianos, produciendo dialectos mixtos y toponimias paralelas.

En vista de muchos textos de los primitivos historiadores y de algunas consideraciones filológicas, me decidí por la raza quechua, al estudiar los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso [3]. Con nuevas razones y autoridades presenté otra vez la hipótesis en mis lecciones de la Universidad de Lima de Mayo de 1918, y en el primer capítulo de mi folleto *El Perú histórico y artístico* [4]. En mi país, me han seguido el distinguido arqueólogo y catedrático cuzqueño,

---

1 Manuel González de la Rosa, *Les deux Tiahuanaco, leurs problémes et leur solution* (En el XVI Congreso Internacional de Americanista, Viena, 1909).— Examiné su opinión en una larga nota de *La Historia en el Perú* (Lima, 1910), págs. 96 a 99.

Cfr. *Obras Completas* de Riva-Agüero, t. IV, pp. 90 - 92 (N.del E.).

2 En los edificios de Tiahuanaco hay argollas de cobre puro. Vid. Nordenskiold. *Exploration scientifique au Perou et en Bolivie* (Bolletín de la Societé de Geographie, 1905).— Sobre los Uros, consúltese de preferencia *La langue Uru ou Pukina* par G. de Créqui - Monfort et Paul Rivet (Tomo XVII del *Journal de la Societé des Américanistes de Paris*, año 1925), págs. 211 y sgts.

3 Se publicó mi estudio por primera vez en la *Revista Histórica* de Lima, trimestre IV de 1906; envié un extracto de él al Congreso Científico de Santiago de Chile; y apareció completo en mi citada tesis doctoral *La Historia en el Perú* (1910).

4 *El Perú histórico, y artístico. Influencia y descendencia de los montañeses en él* (Editado por la Sociedad de Menéndez y Pelayo, Santander, 1921), págs. 17 a 25. Vid. supra, pp. 78-90 (N. de E.).

Dr. Luis E. Valcárcel [5]; y el muy conocido catedrático de Lima, Dr. Horacio Urteaga, extremando mis conclusiones el último. Casi todos los demás, tanto en el Perú y Bolivia como en el extranjero, se han aferrado al aymarismo. Contribuyen a ello la *moda*, por explicable reacción contra las antiguas apologías y ditirambos en loor de los quechuas incaicos; el *afán nacionalista boliviano*, por hallarse la contemporánea capital de La Paz en región aymara, aun cuando más de dos tercios del territorio civilizado de Bolivia sean de lengua quechua; y muy principalmente el *prestigio* del famoso arqueólogo alemán Max Uhle, a quien tanto debe la prehistoria sudamericana, pero cuyas deducciones carecen a menudo de la coherencia y lógica que serían de desear.

En esta breve memoria me propongo someter al Congreso un resumen de los argumentos aducibles contra la tesis que atribuye, exclusiva o predominantemente, a los Aymaras la cultura de Tiahuanaco. Me esforzaré por averiguar muy en especial los fundamentos de las dogmáticas afirmaciones de Uhle, y hacerme cargo de las no escasas contradicciones en que incurre [6].

---

5 Véase especialmente su artículo *Tiahuanaco, Ollantaytambo, Cuzco, centros megalíticos* en la *Revista Universitaria del Cuzco* de Agosto de 1921.

6 Para conocer las doctrinas de Uhle en este punto consúltese su conferencia *Posición histórica de los Aymaras en el antiguo Perú* (*Boletín de la Oficina Nacional de Estadística*, La Paz, vol. VI págs. 352 y sgts.); sus artículos en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. vol. X, pág. 93 y XXXV, pág. 289, años 1901 y 1910, y sus monografías *Relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina* y *Orígenes de los Incas* en el Congreso de Americanistas de 1910; —*Esfera de influencias del país de los Incas* (*Revista Histórica*, tomo IV, Lima, 1909)—; *Fundamentos étnicos le la región de Arica y Tacna* (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos americanos*, vol. III, No 4, Enero y y Febrero de 1919).— *Arqueología de Arica y Tacna* (ibidem, Nos. 7 y 8, Julio y Octubre de 1919);—*Los principios de la civilización en la sierrra peruana* (*Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, tomo I, 1920);—*Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas* (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos americanos*, tomo IV. Quito, 1920)—; En su estudio citado arriba, *Orígenes de los Incas* Congreso de Buenos Aires, 1910 páginas 302 y siguientes), menciona mi teoría, y cree refutarla desnaturalizándola, sin duda involuntariamente, pues me achaca la tesis de que los mismos Incas fundaron Tiahuanaco. Nunca

I

AUTORIDADES HISTORICAS DE LAS QUE SE INFIERE QUE LOS FUNDAMENTOS DE TIAHUANACO NO FUERON AYMARAS

Los indios que habitan hoy el altiplano de La Paz, y en consecuencia el pueblo de Tiahuanaco, se denominan, con manifiesta equivocación, *aymaras*, confundiéndose así con los de las provincias quechuas de Aymaras y Antobamba en el Perú, porque los jesuítas misioneros, como los grandes lingüistas Bertonio y Holguín, por primera vez estudiaron, después de 1550, la lengua de aquéllos en una colonia de estos segundos establecidos en Juli, que eran *mitimaes*, tranportados de las más genuinas tierras quechuas del Apurímac [7]. Para mayor comodidad, seguiremos

he dicho tal, sino que el imperio de Tiahuanaco debió de ser fundado por quechuas o proto-quechuas; y que a una rama de la raza quechua corresponde el imperio *posterior* de los Incas. Me he limitado a expresar el lazo de filiación entre ambas culturas cada día más comprobado por las modernas investigaciones, y que el mismo Uhle contribuye a poner en muchas ocasiones de manifiesto. En el Cuzco, en la hoya del Huatanay, se ha descubierto alfarería con ornamentación de Tiahuanaco. Por los numerosos desmentidos que a sí propio se da, Uhle (*Posición histórica de los Aymaras*) ha reconocido que los Incas fueron quechuas; y que la cultura incaica es *la última transformación* de la de Tiahuanaco, después de la que llama *colla-chulpa* (que es la que yo creo aymara). Paladinamente ha suscrito que en el valle de Vilcanota se halla cerámica tiahuanaquense, con la *que se inicia el estilo incaico* (pág. 36 de la referida disertación *Orígenes de los Incas*). *Confitentem habemus.*

7 Uhle ha apuntado que estos mismos aymaras del Apurímac eran de raza e idioma collas (*Orígenes de los Incas*); pero conviene dejarle la responsabilidad de sus arriesgadísimas etimologías, que con sobrada frecuencia lo engañan. Las terminaciones *ya, aya, na, ni,* y *hua,* en que insiste demasiado pueden ser perfectamente quechuas. Su manía de aymarizarlo todo, lo lleva a aniquilar el quechua, a barrerlo y negarlo dondequiera, o a recluirlo en cantones tan estrechos que sería un prodigio estupendo que lengua hablada en insignificantes y muy reducidos distritos, y extraña a los dominadores Incas (aunque ya vimos que en esto vacila y se desdice), llegara de pronto a imponerse en un vastísimo imperio, haciendo retroceder precipitadamente en pocas generaciones a la universal aymara, y produciendo dialectos con inaudita rapidez. Extremos tales son contraproducentes y significan la negación del espíritu crítico. No comprendemos cómo ha podido Uhle alegar a Garcilaso para sostener que en los principios del imperio

la inveterada denominación; pero con propiedad deberían los primeros llamarse solamente *collas*, que es el nombre incaico de los habitantes de la meseta del Titijaja. Se subdividen en *lupacas, pacajes, carumas, oruros y carangas*; y les eran análogos y parientes, en la periferia de su expresado territorio, los *atacameños, collahuas, chancas y canas*.

Nadie duda que los Collas acupaban, siglos antes de la conquista incaica, las orillas del gran lago y por consiguiente la región de Tiahuanaco. Ha podido parecer así natural y cómodo adjudicarles la construcción total de la ciudad santa, sin echarse a escudriñar más. Pero con el fácil sistema de dar por sentado que los edificios deben reputarse obra de los pobladores de la comarca y sus antepasados indígenas, se iría a parar en derechura a los redondos disparates de tener los templos dóricos de Sicilia como producto espontáneo de Sicanos y Sículos, y el anfiteatro de Itálica y la mezquita de Córdoba como originales brotes de los hispanos autóctonos. El sentido común clama que en todas partes hay que atender a la comparación y difusión de estilos, con tanta frecuencia forasteros, y a los recuerdos de invasiones y emigraciones, que constituyen la trama de la historia. En América, del propio modo que en el Antiguo Mundo, las naciones se desplazaban sin cesar, al empuje de guerras, epidemias o sequías; y mucho más en región tan llana como el Collao. Cieza de León escribe: "No hablan otra cosa los indios del Perú sino

---

incaico. "la extensión del quechua fue de suma estrechez" (*Posición histórica de los aymaras*, Conferencia en La Paz). Además del quechuismo de los Incas y Tampus, expresado en los mismos *Comentarios* por la comunidad de distintivos e insignias, lo que leemos en Garcilaso es, cuando menos, que "todas las comarcas de ambos lados del río Amancay (que aquí es el Apurímac) y que son muchas se contienen debajo de este apellido quechua" (*Comentarios*, Primera Parte, Libro II, cap. 12); que la nación quechua comprendía, entre otras, las regiones de Cotabambas, Cotanera y Huamampallpa (*ibidem.*); que los Chancas les habían arrebatado Andahuaylas y otras muchas tierras (Libro IV, caps. 15 y 23); y que todavía conservaban, como quechuas propiamente dichas, "cinco provincias grandes" (ibidem.). Libérrima la interpretación de estos pasajes para argüir de ellos la *suma estrechez* del núcleo *quechua* por antonomasia.

decir que unos vinieron de una parte y los otros de otra; y con guerras y contiendas los unos se hacían señores de las tierras de los otros".[8] Este mismo Cieza de León, el más abonado y fidedigno de nuestros primeros cronistas, atestigua, en dos pasajes, que el curaca Chirihuana, del gran centro colla de Chucuito, le refirió cómo uno de sus antepasados, el caudillo Cari, vino desde Coquimbo en Chile, a fundar aquellos pueblos aymaras, y exterminó en las islas del lago a ciertas *gentes blancas y barbadas* [9].

Tenemos aquí una tradición de extraordinaria importancia. Consta, pues, que los Collas recordaban la oriundez de sus remotos abuelos, venidos precisamente de las regiones de Atacama y el norte de Chile, donde se han hallado tan indiscutibles vestigios de la raza colla y tan clara toponimia aymara, y donde la desecación progresiva, que continúa a nuestros ojos, ha tenido que impeler a los habitantes a emigrar hacia el interior [10]

---

8 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. CXVI.

9 Idem, cap. C. "El uno de ellos entró en la laguna de Titijaja, y halló en la isla mayor de aquel palude gentes blancas y que tenían barbas, con las cuales peleó de tal manera que los pudo matar a todos" —Segunda Parte, *Señorío de los Incas*, cap. IV, reproducido por Herrera en sus *Décadas*

10 J. B. Ambrosetti, *Apuntes sobre la arqueología de la puna de Atacama* (*Rev. del Magisterio de La Plata*, tomo XII, año 1906).— Otto von Buchwald (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana*, tomo I año 1918).—G. de Crequi-Monfort, *Exploratión en Bolivie* (*Bull. de la Societé de Géographie*, 1902).— D'Orbigny. *L'homme Americain*, t. IV pág. 151.— Oyarzún, *Influencias peruanas sobre los aborígenes de Chile* (*Bol Museo Nac. de Chile*, tomo II, pág. 3) y *Actas del Congreso de Americanistas de Buenos Aires* de 1910 págs. 354 y sgts.— Joaquín Santa Cruz, *Indios septentrionales de Chile* (*Rev. Chilena de Hist. y Geo.*, 1913, tomo VII), escribe: "Al hablar de los atacameños, no podemos reconocer en ellos una raza especial, y totalmente distinta de sus vecinos Aymaras de Bolivia y de otros pueblos de Lípiz. La influencia de los aymaras es evidente entre los atacameños: *tanto en su conformación física como en sus costumbres y en su mismo idioma, hay grandes anclogías*. A causa de mezcla de pueblos o por parentesco de naciones, los atacameños tenían estrecha relación con los aymaras".— Señala numerosos nombres de lugar con la raíz *pay*, que en aymara significa *desierto*: Paypote, Paytanasa, Paypaz, Paynegue. Otros, como Chillimaco, Alcota, Churumata, Mallco en Limarí, Llaullao, Tunca, Chala, sólo se interpretan con vocabulario aymara. Uhle ha acertado en la etimología aymara del volcán chileno Aconcagua. Yo por mi parte agregaré que junto a Santiago de Chile existe la localidad de Lampa homónima de la provincia puneña, y que Talagante se llamó llave.

Al rechazar Uhle el origen atacameño de los Aymaras y su emigración del S. O. al N. E.,[11] a más de ponerse en flagrante contradicción con sus asertos de la influencia e invasiones de Atacama en el Collao y todo el Perú, desconoce a sabiendas dos palmarias verdades: la autoridad inatacable de los textos de Cieza, y el hecho comprobado y evidente de que *esos desiertos* bolivianos y chilenos fueron antiguamente fértiles, arbolados y pobladísimos.

La segunda parte del relato de Cieza es aún más significativa. Los *hombres blancos y barbados, extirpados* por las hordas de Cari en las islas del Titijaja, no pueden ser sino los compañeros y adoradores del dios creador y civilizador Huiracocha, también blanco, y de luengas barbas y vestidos talares, ataviado con grandes báculos, jaguares y serpientes, según nos lo decriben los cronistas; el dios cuyo mito está indisolublemente unido al lago y en cuyo honor se erigieron las grandes construcciones de Tiahuanaco. La portada monolítica de la Acapana nos lo muestra con sus atributos tradicionales, recibiendo los homenajes de sus auxiliares antropomorfos y zoomorfos. Los expertos americanistas Celia Nutall y Julio Tello lo han identificado como el dios de la lluvia, cuya primitiva representación fue el jaguar, y cuyos principales símbolos son un pez y un pájaro [12].

Los vínculos, cada vez más probables, de los orígenes peruanos con las civilizaciones de Centro América y Méjico, aproximan extraordinariamente el ciclo mítico de Huiracocha a los de Quetzalcohuatl y Tláloc, divinidades aztecas del viento y la lluvia, y al de Cuculcán, el benéfico

11 Max Uhle, *Esfera de influencias del país de los Incas*, pág. 14 de la *Rev. Hist. del Perú*, 1909, tomo IV.

12 Celia Nutall (*Congreso de Americanistas de Roma*, año 1926, vol. I, págs. 132 y sgts.)—Doctor Julio Tello, *Wira-Cocha*, Vol. I, Lima, 1923; y *Antiguo Perú, Primera época*, Lima, 1929.—Las misteriosas *barbas* deben de ser recuerdo de la aureola o complicado collar de la imagen central en la gran portada, quizá gotas de lluvia estilizadas.

héroe barbado de los Maya-quichés, fabuloso fundador de Mayapán y Chichen Itza. Este Huiracocha, supremo numen del Titijaja, creador de los hombres y de las estatuas de Tiahuanaco, tiene nombre quechua y no aymara. Las dos raíces, *huira* y *cocha*, son evidentemente quechuas Su más segura etimología es la metafórica dada por el sabio indígena Dr. Sebastián Barranca, *lago originario* o *germinador*.[2] En aymara mar o *lago* no se dice *cocha*, como en quechua, sino *cota*; y así no se ha llamado jamás la antigua deidad. Sus títulos rituales, netamente quechuas, son *Huiracocha Pachayacháchij* o *Illa Tijci Huiracocha*. El nombre colla equivalente es Taupaca, Tahuacapa o Arnahuan, que corresponde, según las leyendas más autorizadas, a su hijo rebelde, a su criado infiel y enemigo, al encarnizado perseguidor de sus obras y secuaces, cuyo camino hay que buscar hacia al sur, por el largo Aullagas, y las costas de Arica y Chile [14].

Cuando Uhle afirma categóricamente, y contradiciendo anteriores conjeturas suyas, que el dios de la portada de Tiahuanaco no es el Huiracocha de los Quechuas [15],

---

13 Barranca, *Etimologías* (*Bol. de la Soc. Geog. de Lima*, año de 1920).

14 A más de los textos de Cieza Véanse los de Las Casas, *Antiguas gentes del Perú*, 55 - 56; Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia General Indica*, Segunda parte, cap. 7; y Calancha *Corónica moralizada*, Primera parte, pág. 337; Segunda parte, *Historia de Copacabana*, cap. XVII.—En las *Relaciones Geográficas de Indias* (tomo II), se da el nombre de Tahuacalpa a uno de los ríos que se unen con el de La Paz, y cuyo rápido descenso a los Yungas debió de suministrar elementos a la fábula del hijo desobediente de Huiracocha, precipitado al abismo por su padre.

15 Uhle, *Origen de los Incas* (*Cong. Americanistas* de Buenos Aires 1910, pág. 307).—Compárese con el discurso de su recepción oficial en el Instituto Histórico del Perú (*Rev. His.*, Lima, 1906 pág.420).—En cambio, el pasaje de Cieza que Uhle invoca (*Posición histórica de los Aymaras*) relativo al nacimiento del Sol en el fondo del lago, y que debe de ser el del capítulo CIII de la *Primera Parte* o el V del *Señorío*, no tiene el alcance y significado que pretende atribuirle.— El Inca Garcilaso nos transcribe la relación de su condiscípulo el cura mestizo Diego de Alcobaza, quien recogió de labios de los indios comarcanos la tradicional creencia de haber estado los monumentos de Tiahuanaco dedicados al Hacedor del Universo (Huiracocha); y de que los habitantes antiguos, por

desearíamos siquiera un principio de prueba, capaz de contrarrestar la poderosa unanimidad de los relatos consignados por los más seguros cronistas. Y en cuanto a la consideración de que los tipos de los relieves, en la misma portada, reproducen los rasgos físicos de la raza aymara, sonreirán ante tan aparatoso argumento los que saben hasta qué punto quechuas y aymaras se asemejan, qué difícil es para escrupulosos especialistas [16] diferenciarlos, y qué temeraria pretensión envuelven estos pruritos de observación etimológica en arte tan estilizado y convencional como el de las esculturas tiahuanaquenses.

En culto de Huiracocha, que tiene tan ciertos e infrangibles nexos con Tiahuanaco, que se contrapone al del dios colla Tahuacapa, y cuyos servidores sabemos de fijo que fueron perseguidos por los collas de Chucuito, presentan hacia el Norte una difusión que coincide exactamente con la del imperio megalítico y sus monumentos. Por otra parte, Huiracocha parece refugiarse sucesivamente en el seno de poblaciones quechuas o quechuizadas, desde Urcos y el Cuzco hasta el centro del Ecuador. Procuremos seguir sus huellas.

En Pucará, provincia de Lampa, el Dr. Luis Valcárcel ha hallado construcciones análogas a las de Tiahuanaco, piedras esculpidas con ornamentación de serpientes y jaguares, y una estatua varonil con larga túnica, manto y mitra, que lleva la imagen del sagrado felino; señas indudables de la primitiva y proscrita religión del Collao[17]. Cieza de León nos suministra después otro luminoso indicio.

---

sus grandes pecados y haber apedreado a un hombre (el mismo Huiracocha), fueron convertidos en aquellas estatuas (*Comentarios*, Primera Parte, Libro III, cap. 1).

16 D'Orbigny, *L' homme americain*, tomo 4, 1ª parte;—Chervin, *Aymaras and Quechuas (XVIII Cong. de Americanistas*. Londres, 1912);—G. Rouma, *Quitchouas et Aymaras* (1913, Bruxelles et Leipzig).

17 Luis E. Valcárcel, *Rev. Universitaria del Cuzco*, 1925 y 1928.— Compárese con el texto acerca de la creación de los edificios de Pucara por el dios Huiracocha en Sarmiento de Gamboa, cap. VI.

Cuenta que el dinasta colla rival de Cari, el curaca Zapana de Hatuncolla, guerreó contra las amazonas de Canas, que contra él erigieron las fortalezas de Chuncara, y fueron al cabo sojuzgadas o ahuyentadas. Ahora bien; los Huiracochas usaban *vestimentas largas*, como las estatuas de Tiahuanaco [18], al revés de los invasores Collas (designados en las tradiciones con el título de Jállaj Ppacha o de *vestidos ceñidos o angostos*); y por eso la imaginación popular transformó a aquéllos en mujeres belicosas. El curaca collahua Juan Santa Cruz Pachacuti Salcamayhua, hermano de raza de los Collas, y en consecuencia eco de los recuerdos aymaras, lo confirma [19] Esos ejércitos de los *Jállaj Ppacha* o "de ropas estrechas", de que nos habla, que en la época de la Purun Ppacha suben del Sur, "de hacia arriba de Potosí", a poblar la tierra, son los inmigrantes aymaras, que reemplazan a los *huiracochas* de anchos ropajes. Refiere además San Cruz Pachacuti que, en tiempos muy remotos, riñeron en el Collao los demonios *Jappiñus* y *Achojallas*, procedentes de *Potosí*, y mutuamente se destruyeron. Confunde, como buen aymara, a Tarapaca con Huiracocha, barbado, y de cabellos y vestidos largos, que convirtió en piedras a los habitantes de Tiahuanaco; y sin guardar orden riguroso de épocas, afirma que este dios transfirió su mágica barra a Manco Cápac, el primer Inca. Pueden las fábulas de Pachacuti estar entreveradas, adulteradas y mal expuestas cuanto se quiera; pero las reminiscencias de invasiones, asolamientos y choques de naciones, que aquí indican, bastan a certificar lo esencial de nuestro sistema.

En su avance victorioso, los pastores aymaras rebasaron la meseta del Collao, no sólo hacia el N. O. por las regiones de Caylloma o Collahua, y de Cholococha y Chu-

---

18 Cieza de León, *Crónica del Perú*, Primera parte, cap. IV;—Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro III, cap. I; Libro V, caps. XXI y XXII.

19 *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicadas por D. Marcos Jiménez de la Espada (Madrid, 1879).— Pachacuti Salcamayhua, en el reinado de Cápac Yupanqui, narración de los curacas de Asillo y Oruro el Chico al Inca.

quibamba, sino al Norte, hacia la cuenca del Huilcamayo. Las provincias de Canas y Canchis fueron conquistadas; y la contraposición de las dos razas se advierte en ella, no sólo en la lengua (toponimia aymara de Oruro el menor y Ancocahua), y en las sepulturas a manera de torres o *Chulpas* collas, sino en la dureza y tiranía de los curacas, de origen extranjero [20]. En Cacha, indecisa frontera, semiquechua, semiaymara, existía un famoso templo de Huiracocha, con tradición de que los habitantes atacaron y pretendieron matar al dios. Más allá, en Muyna de Urcos, en pleno país quechua, se elevaba otro renombrado templo del Tijci Huiracocha, de quien narraban que fue bien acogido y reverenciado por los habitantes del lugar, cuando llegó del Collao (Sarmiento de Gamboa, cap. VII). Los indios Cahuinas, al sur de Quiquijana, *orejones* y antiquísimos confederados de los Incas, creían "que sus primeros padres habían salido de una laguna"; y que las almas de todos los de la tribu, "después de la muerte iban al gran lago, donde había sido su principio"[21]. La emigración de los clanes incaicos desde Pacaritambo y la fundación del Cuzco por Manco Cápac, están íntimamente unidas con la religión de Huiracocha [22] Uno de los mayores soberanos incas se apellidó Huiracocha. Sabidísimo es que en los templos imperiales, en la gran fiesta del Raymi y en las oraciones solemnes del Tahuantinsuyo, la fugitiva divinidad de Tiahuanaco obtenía la primacia sobre el Sol. En la contienda decisiva

20 Cieza, *Crónica*, cap. XCVII.

21 Cieza, *Crónica*, cap. XCVII; y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro I, cap. XX.

22 Pasma que Uhle se haya atrevido a negarlo (*Origen de los Incas, Actas del XVII Congreso de Americanistas*, Buenos Aires, 1910, pág 307), asentado que el culto de los Incas a Huiracocha no se remonta sino al reinado de Pachacútec, sin alegar razón alguna; salvo Garcilaso, todos los cronistas aseveran y repiten hasta el cansancio que eran adoradores y discípulos de aquella divinidad los legendarios abuelos del imperio cuzqueño. Véanse, entre otros, Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. VIII; Betanzos, caps. I y II; los dos Molinas; Juan Santa Cruz Pachacuti, sobre Tonapa Huiracocha y Aputampu, el padre de los Ayar; Pedro Pizarro; y por fin, el P. Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. III, y Sarmiento

contra los Chancas, parientes de los Collas, los de la Liga Quechua, *nación muy antigua* [23], acaudillados por los Incas, se pusieron bajo el patricinio del dios Huiracocha y a su milagrosa intervención atribuyeron la victoria.

Entre los Rucanas Antamarcas (zona lingüística quechua-aymara, pero cuyo aymarismo puede explicarse por infiltración de los vecinos Chancas y Collahuas, y cuya toponimia se esclarece casi totalmente con ayuda del quechua), en el pueblo de la Veracruz de Cahuana, las *Relaciones Geográficas* mencionan monumentos preincaicos debidos a los Huiracochas, como caminos y casas de piedra, y sepulturas dólmenes enlucidas de blanco por dentro [24]. En Huiñaque, cerca de Huamanga, territorio de los Pocras, subsistían edificios vetustísimos, muy anteriores a los Incas, y atribuídos a los mismos hombres blancos del Titijaja. Huamanga y sus colindantes Huantas y Huancas tienen, sin vacilación alguna, etimologías quechuas, al lado de las aymaras (Barranca, *Bol. Soc. Geog. de Lima*, 1920). En la provincia de Huari, el santuario de Chavín de Huántar (toponimia de completo quechuismo), explorado por Tello y consagrado sin duda a Huiracocha, el dios jaguar y cóndor de la lluvia [25], ofrece grandes similitudes, en sus escaleras, pasadizos, diversos pisos y galerías, hornacinas y animales simbólicos, con el otro santuario de Cacha, descrito por Gar-

---

de Gamboa (resumen de las informaciones del Virrey Toledo), caps. XI, XVI y XXIV. En Cobo, Libro XIII, cap. XV, puede comprobarse cómo los adoratorios de Huiracocha señalaban el itinerario de las tribus incaicas en las cercanías del Cuzco. Este Libro de Cobo es de suma importancia, por ser mero traslado de las indagaciones de Polo de Ondegardo con los indios mejor enterados de sus antiguallas religiosas. El P. José de Acosta, que igualmente aprovechó las informaciones oficiales y las investigaciones de Ondegardo, expresa de manera muy terminante que el culto de Huiracocha entre los Incas era inmemorial, aunque sólo después de la victoria sobre los Chancas fue realzado y puesto por encima de los de Inti, Illapa y la Pachamama (*Historia Natural y Moral de las Indias*, Libro VI, cap. 21).

23 Así la llama textualmente Cieza, *Crónica del Perú*, Primera Parte, cap. XC.

24 *Relaciones Geográficas de Indias*, t, I, pág. 210.

25 Julio C. Tello *Wira-Cocba* vol I, Lima, 1923; y *Antiguo Perú, Primera época* (Lima, 1929), págs. 46 a 75.

cilaso (*Comentarios.* Primera Parte , Libro V, cap. XXII). Las ruinas de Pomabamba, Huaylas, Huaraz, Huamachuco y Hualgáyoc, tierras tan quechuizadas, pertenecen al estilo megalítico o primitivo de Tiahuanaco.

En Gonzamana (Ecuador), veneraban una roca con las huellas de Huiracocha [26] En la comarca del Cañar, se advertían señales de su culto. Mucho más arriba, entre los Llaytacunas, en Ambato y en Callo, había otras dos piedras segradas, con pies impresos del *dios blanco* [27] Y todo esto se acompaña y corrobora con armas, cerámicas y construcciones tiahuanaquenses (Capilla en Loja, Patete en el Azuay, Chillacocha en el Cañar, hachas neolíticas y de oreja, discos de piedra perforados y estrellados, decoraciones con el signo escalonado, alfileres y patenas características); y una onomástica tan arrraigada y profundamente quechua, que parece en extremo forzado y violento atribuirla sólo a la efímera conquista incaica [28].

Mientras los quechuas y los orejones del Cuzco atendían tanto a las fábulas de Tiahuanaco y Huiracocha, los Collas, que se preciaban de tan antiguos y conservaban largos cantares históricos, no supieron contarle a Cieza, fuera de las ya mencionadas tradiciones de Cari, Zapana y los hombres barbados, sino que "mucho antes, que los Incas reinasen, estaban hechos aquellos edificios; mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo, mas que oyeron que en una noche remaneció hecho lo que allí se

---

26 Calancha *Corónica Moralizada,* Primera parte, pág. 329.

27 Rivet et Verneau, *Etnographie ancienne de l'Equateur,* (París, 1912).

28 El P. Blas Valera transcrito por Garcilaso (Primera Parte, Libro VII, cap. III), al hablar de las lenguas extrañas a la quechua, constata que después de la Conquista predominaban absolutamente entre los Collas, Puquinas y los indios de los términos de Trujillo; pero su afirmación es mucho menos amplia y terminante en lo que se refiere al reino de Quito. Acerca de éste, no dice sino que olvidaron o descuidaron la lengua oficial cuzqueña "muchas de las provincias de su jurisdicción". No afirma que todas; y lo limitado y estricto de la proposición no deja de estimular los barruntos de quien recuerde las rotundas opiniones del P. Velasco y de las muy respetables y añejas *Informaciones* de Vaca de Castro.

veía".[29] ¿Se quiere, en lenguaje metafórico y bárbaro, confesión más paladina de la extranjería e invasión de los Collas?

Pues todavía hay otro texto, del puntualismo P. Cobo, en que, a vueltas de los errores y vaguedades de la leyenda, se dice explícitamente que "los indios Collas injustamente poseían los santuarios del Titijaja".[30] Y en las ya citadas *Relaciones Geográficas de Indias* del siglo XVI, de tanto peso y exactitud, leemos que los Collas Pacajes, habitantes de Tiahuanaco y todas sus cercanías, "dijeron los indios antiguos haber tenido su origen, unos de una parte de la laguna de Chucuito, y *otros de hacia la parte de los Carangas*, de donde salieron y poblaron en esta provincia".[31] No puede abrigarse duda de que los venidos de Carangas o lo que es igual, de las alturas del sur, sean, como hasta el nombre lo indica, los de Cari, pobladores de Chucuito, procedentes de Atacama y Coquimbo.[32] Los otros, derivados de las propias riberas de Chucuito, ¿eran acaso los mismos, y la leyenda confundió el punto de partida con el paradero; o refluyeron más tarde al S. E. desde su definitivo y más importante establecimiento? O bien, ¿han de entenderse por estos segundos los Uros, súbditos de los nuevos señores, y que siempre han morado entre ellos y en las orillas del lago? O por último, ¿hubo una diferente columna de inmigrantes, que penetró por la sierra de Moquegua y Candarave? Todo puede ser; y resultaría ridículamente vano el empeño de escudriñar y apurar pormenores

---

29 Cieza, *Crónica*, Primera Parte, caps. C, CI y CV (Cito por la edición de Amberes, Nucio Martín, 1554).—Con iguales términos respondieron, pocos decenios después, los indios ancianos de Tiahuanaco en la Relación de la provincia de Pacajes (*Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1881-1897, tomo II, pág. 56).

30 Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. XVIII.

31 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 57.

32 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 88. Allí se expresa que el verdadero nombre de las comarcas al norte y occidente de Potosí, era Caracara (duplicación de la raíz *cari*).

en tan borrosos orígenes. Hasta cabe suponer sin inverosimilitud que, como en casi todas las conquistas, un residuo de los primitivos tiahuanacos, digamos la plebe de los huiracochas, quedara sujeta a los aymaras o se mezclara con ellos, comunicándoles algunas creencias y términos religiosos. Lo que en líneas generales resalta es que, de la mayor parte de los antiguos pobladores civilizados, unos sucumbieron , y otros se vieron obligados a emigrar al Norte, abandonando la metrópoli sagrada. Es ésta la única hipótesis que explica satisfactoriamente los textos que dejo rememorados, y la extraña y repentina interrupción de los edificios principales de Tiahuanaco.

II

PRUEBAS ARQUEOLOGICAS DE LO MISMO

Que los grandes monumentos de Tiahuanaco quedaron inconclusos, es un hecho comprobado por todos los observadores, desde Cieza de León hasta los últimos arqueólogos. Se ven piedras preparadas que no han llegado a aprovecharse. Para explicar esta interrupción y súbito abandono, se ha echado mano de las suposiciones más estrafalarias: de una peste que aniquiló al elemento director, el cual se llevó a la tumba sus arrestos constructores y secretos técnicos (Tschudi); de un terremoto o repliegue geológico, que dispersó a los habitantes, dejando en pie templos, pilares portadas y estatuas; y de un desborde y consiguiente descenso de las aguas, que impidió traer en balsas los enormes bloques (Posnansky y Durand). Harto bien se comprende que todo ello es inadmisible. Los indios pertinaces y pacientísimos, que en otras partes del Perú han sabido acarrear materiales desde inmensas distancias, repuestos en breve de la catástrofe natural, tan

problemática (cuyos vestigios no se descubren), habrían acudido a reanudar las obras. Si no lo hicieron, parece lo racional suponer una acción violenta, bélica, la substitución de una raza por otra, el naufragio de una civilización por efecto de una invasión bárbara. Los edificios de Tiahuanaco y los demás de su género del Perú, presentan, es cierto, determinada gradación de estilos y maneras; pero todos pueden explicarse lógicamente como derivados unos de otros, hasta que de golpe se corta la evolución, y se abre un improviso abismo de decadencia y barbarie. Pues bien; ese momento, que es el de la ruina y cataclismo de Tiahuanaco, está representado precisamente por el advenimiento de la conocida y genuina arquitectura aymara de las *chulpas* funerarias y por la pobrísima alfarería que la acompaña. Uhle ha tenido que admitirlo [33]. La constatación ha sido trágica para el orgulloso aymarismo; y es muy improbable que convalezca de tan mortal herida. Puesto en este trance por sus propias excavaciones en el Altiplano y en la región de Arica, el campeón de los Aymaraes ha reconocido honrada y plenamente aquella indeleble invasión de Cari y sus atacameños, que primero Bandelier y después yo habíamos propugnado con tanta convicción. Ha robustecido Uhle nuestra tesis con valiosas observaciones; pero reputa la intrusión de los Caris como mero factor e ingrediente en la cultura de Tiahuanaco, por más que sean patentes sus destructores resultados, y proclama siempre a los Aymaras como primitivos y castizos tiahuanaquenses. Imputa a los Caris el mérito de la invención y difusión del famoso signo escalonado. Están a punto los Atacameños de sustituir, en su apasionado ánimo, a los antes tan ensalzados Aymaraes. Ya, como otrora a éstos, mediante impertérritas etimologías,

33 *Bol. de la Soc. Geog. de Lima.* vols. 10 y 25; *Posición Histórica de los Aymaraes* (*Bol. Soc. Nac. de Estadística,* La Paz, 1910, 2o trimestre); *Arqueología de Arica y Tacna* (*Soc. Ecuatoriana* vol. III), etc.

los va explayando y derramando por todos los ámbitos del antiguo Perú. Pero nosotros, que tenemos fundada confianza en Uhle cuando excava, no le tenemos ninguna cuando se dedica a la filología, con el sobrado fácil y resbaladizo procedimiento etimológico. Pues ¿no ha tenido la peregrina ocurrencia de explicar por la lengua atacameña, la flamante favorita, hasta los españolísimos nombres de Matute y Oquendo, impuestos a aquellas limeñas haciendas por los apellidos coloniales de sus dueños? [34]. Después de tan inapreciable hallazgo, esperamos que cualquier día falle sin apelación la procedencia atacameña o aymara de los nombres Cañete, Miraflores. La Magdalena, Castrovirreyna, Trujillo y Jaén [35].

Puesto en vena Uhle de aceptar invasiones en el Collao, ha declarado también que los Aymaras no son aborígenes, sino que han debido conquistar la meseta en tiempos remotos y que deben de prevenir del Norte, multiplicando con esto último, sin necesidad, los supuestos de emigraciones, contra los indicios históricos [36]. Porque la expansión del aymarismo por Jauja, Huánuco y Chachapoyas ha de adjudicarse, en crítica prudente, a la bien conocida evasión de Uscuhuillca y sus Chancas; y el de ciertos distritos de Yauyos, a los *mitimaes* incaicos venidos de los Chocorbos, como lo deponen las *Relaciones Geográficas* [37].

---

34 *Tacna y Arica* (*Bol. de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Hist. Amer.*, Enero de 1919).

35 Otra de las inexplicables distracciones de Uhle ha sido tomar por indígena el dictado de Lima Vieja, en Sangallán de Pisco, y fantasear su etimología atacameña, cuando se debe sencillamente al efímero pueblo fundado por el Conquistador Nicolás de Ribera y Laredo, antecedente y fundamento de la capital de Pizarro en el valle del Rímac, al cual se transladaron muy pronto sus vecinos. Lima y Limatambo provienen de la pronunciación castellana de las voces quechuas Rímaj y Rimajtampu, como con evidencia lo prueban idénticas derivaciones en plena ciudad del Cuzco y en su comarca. Los gazapos a este respecto, dejan muy mal parado el crédito filológico de nuestro arqueólogo aymarista.

36 *Posición histórica de los Aymaraes.*

37 *Rel. Geo. de Indias*, t. *T.* págs. 61 y sgts.

Nosotros sostenemos que los verdaderos collas, los Aymaraes constructores de las chulpas, no son sino los Atacameños de Cari, llegados al altiplano en su mayor porción siguiendo la vía de Potosí y Carangas, indicada por varios cronistas y muchos restos arqueológicos; y creemos que no tenían sino un parentesco lejano con sus víctimas los *huiracochas* de Tiahuanaco. Estilo, ritos, lengua, costumbres; todo era divergente en las dos naciones antagonistas. A más de la oposición de arquitectura, cerámica y vestidos, que arriba hemos apuntado, se comprueba que era diversa la manera de enterramientos. Los cadáveres de los antiguos tiahuanacos se hallan extendidos horizontalmente, y no en cuclillas, como es el uso colla y el atacameño [38]. No sólo Cieza reparó en que los gigantes de Tiahuanaco visten de muy distinta manera que los naturales de la comarca. No sólo D'Orbigny ha advertido que en las estatuas megalíticas no aparece definida la deformación craneana circunferencial *(sayta uma)*, conservada por los Aymaras hasta después de la conquista castellana [39]. A duras penas, alguien ha creído reconocer en uno de los bustos que se yerguen junto a la iglesia, el *chuco* de todo el Collao [40]. Pero más que por este bonete, de forma bastante común, y cuya persistencia puede explicar el clima, se ven cubiertas las cabezas de las figuras por aureolas, coronas, turbantes y tiaras. Esgrimen como arma la arcaica *estólica*, nó el arco aymara y atacameño [41].

No se discute que los Collas o Atacameños han ejecutado algunas obras, de calidad muy inferior, en Tiahuanaco, y que allí se han sepultado muchos de ellos, pues al cabo han habitado el lugar por centenares de años; pero,

---

38 Marquis G. de Crequi-Monfort, *Fouilles de la missión scientifique francaise a Tiahuanaco (XIV Cong. Amer.* Stuttgart, 1904).

39 Alcides D'Orbigny, *L'homme américain, t. IV.*

40 Conrad de Meyendorff, *L'empire du soleil* (París, 1909) pág. 110.

41 Lo confiesa el mismo Uhle, *Aborígenes de Arica (Rev. Hist. del Perú,* 1918).

fuera de la efectiva dificultad de discernir entre cabezas quechuas y aymaras, en su mayoría braquicéfalas, cuando las segundas no están deformadas, ¿qué explicación tienen esos cráneos que Hrdlicka ha proclamado netamente quechuas, pegados a las ruinas, en la necrópolis del norte, y que ascienden a la proporción total de más del siete por ciento de los descubiertos [42].

III

LOS INCAS PROVIENEN DEL LAGO TITIJAJA

Con admirable unanimidad, los historiadores primitivos lo testifican. Uno de los más explícitos es el conciso y circunspecto Agustín de Zárate: "De la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titijaja, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente belicosa, que que llamaron Ingas, los cuales andan trasquilados y las orejas horadadas, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo, con que los van ensanchando. Y al principal de ellos llamaron Zapalla Inga, que es *Solo Señor,* aunque algunos quieren decir que le llamaron Inga Huiracocha" [43]. Molina, el de la *Destrucción,* expone que el primer Inca, llamado Huiracocha, principal *orejón,* vino del Collao. El otro Molina, el cuzqueño, que el dios Huiracocha creó a Manco y sus hermanos en Tiahuanaco, y que allí se sumieron por tierra, para reaparecer en Pajarejtampu. Don Pedro de la Gasca, en su relación inédita, que se conserva en Viena, unifica a Huiracocha, aparecido en el gran lago del Collao, con Manco Cápac, el primer Inca. Pedro Pizarro conviene en análogos términos: "El primer Inca salió del Titijaja; otros dicen que salió de Tampu

42 *Actas del Cong. Amer. de Buenos Aires,* año de 1910.
43 Agustín de Zárate, *Historia del Perú,* Libro Primero, cap. X.

(Pajarejtampu); llamábase Huiracocha y pobló el Cuzco". Cabello Balboa lo repite: "Muchos indios pretendían que los cuatro hermanos salidos de Pajarejtampu, eran originarios del Titijaja" [44]. Cieza, después de haber consignado en la Primera Parte de su *Crónica* que los Incas hicieron sus palacios del Cuzco a imitación de los de Tiahuanaco, y que los primeros Incas pretendieron asentar en Tiahuanaco su corte, refiere en la Segunda Parte que Manco fundó el Cuzco en nombre del Tijci Huiracocha, la divinidad tradicional del Collao [45]. Juan de Betanzos inculca que Con Tijci Huiracocha dió ser al mundo y las gentes en Tiahuanaco, y luego en el Cuzco produjo a Allcahuiza (el epónimo de la tribu incaica de Ayar Uchu) y le ordenó que engendrara a los *orejones* [46]. Lo mismo viene a significar en substancia Sarmiento de Gamboa, pues puntualiza que del Tijci Huiracocha de Tiahuanaco salieron y fueron producidas las parejas incaicas de Pajarejtampu, y que estos primeros incas propalaban de sí que el Huiracocha los había creado para ser señores [47]. El P. José de Acosta, aunque tan sucinto acerca del Perú, no deja de apuntar la relación entre la religión de Huiracocha y el origen de los Incas [48]. El P. Cobo resume cuatro versiones, todas concordantes: que los Incas, capitaneados por Manco Cápac, hijo del Sol, vinieron desde el Titijaja a Pacaritambo, y de allí pasaron al Cuzco; que Manco y sus hermanos los Ayar salieron de Pacaritambo, pero que decían otros que antes habían llegado del Titijaja; que Tijci

---

44 Miguel Cabello Balboa *Miscelánea Antártica. Origen de los indios y de los Incas del Perú* cap. XI.

45 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. CV; *Señorío de los Incas Yupanquis*, cap. VIII.

46 Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, caps. I y II.—No hay más que leer las informaciones del Virrey Toledo (Madrid, 1882), para convencerse plenamente de que Ayar Uchu es el mítico abuelo de los Allcahuizas, a pesar de la denegación de Uhle, tan arbitraria como todas las suyas en este asunto.

47 Sarmiento de Gamboa, *Hist. Gen. Indica*, Segunda Parte, caps. VII, X y XI.

48 *His. Nat. y Moral de las Indias*, Lib. VI, cap. XIX.

Huiracocha, el dios del lago, envió a los Incas a Pacaritambo;y que el Titijaja era la *pacarina* u originario solar de Manco Cápac y Mama Ocllo [49]. Concreta que en Coata, isla del lago, pretendían que un ídolo femenil representaba a la diosa Titijaja, madre de los Incas [50].

Se mantenía tan viva la memoria del origen de los Incas en el Titijaja, que el cronista Gutiérrez de San Clara, asegurando inspirarse en un cantar histórico, nos transmite la leyenda de haber salido Manco y sus guerreros de la isla mayor del lago a fundar el pueblo de Hatuncolla, donde permanecieron sus descendientes, hasta que Túpac Yupanqui trasladó la capital al Cuzco [51]. Este abultamiento extremo de la tradición, nos está probando su extraordinaria difusión y arraigo. Los auténticos representantes de la raza indígena, no son los menos categóricos en el coro de concordes testimonios. Garcilaso trae el clásico relato de su tío el Príncipe Cusi Huallpa, según el cual Manco Cápac y Mama Ocllo fueron creados por el Sol en el Titijaja y enviados de allí a civilizar el Cuzco, donde se hundió la mágica barra. Refiere textualmente: "Puso nuestro padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titijaja. Ellos (Manco y Ocllo) salieron del Titijaja y caminaron al Septentrión... Así entraron en una venta, que está siete u ocho leguas al Mediodía del Cuzco, y que hoy llaman Pajarejtampu". Y en otro paso cuenta que "el hombre poderoso de Tiahuanaco" (Huiracocha indudablemente) repartió en aquella metrópoli el mundo a cuatro hermanos epónimos, y que uno de éstos fue Manco, el cual se encaminó hacia el Norte, y de él descienden los Incas [52]. Juan Santa Cruz Pachacuti especifica que el dios Tunapa Huiracocha, hostilizado en el Collao y en la provincia de

---

49 P. Bernabé Cobo, *Hist. del Nuevo Mundo*, Lib. XII, cap. III.

50 P. Bernabé Cobo, ob cit., Lib. XIII cap. XVIII.

51 Pedro Gutiérrez de Santa Clara, *Hist. de las Guerras Civiles del Perú*, Libro III, caps. XLIX y L.

52 Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primear Parte, Libro I caps. XV y XVII.

Collahuas, fue maestro de Aputampu, el curaca de Pacaritambo, a quien dejó al partir el sagrado báculo (*tauna*) con letras misteriosas, y los vasos de oro; y que Manco Cápac y sus hermanos los Ayar fueron descendientes y herederos de Aputampu.

Ante este cúmulo de autoridades, admira que el Dr. Uhle tenga por puramente míticos los orígenes de los Incas en el Titijaja, e inconciliables con las tradiciones de Pajarejtampu, en la región de Paruro [53]. Claro que toda la historia incaica, como de trasmisión oral, es leyendaria; pero interpretada por la crítica, la leyenda descubre un fondo de incontrovertible verdad. La conformidad de las fuentes arguye en este caso con una evidencia moral, única asequible en tales materias. Lejos de ser inconciliables, las tradiciones incaicas de Paruro y del Titijaja, se ajustan y armonizan muy cabalmente ante el buen sentido. Nada nos obliga a tener por artículo de fe que los Incas, antes de moverse al Cuzco, vivieran de toda eternidad estables en Pajarejtampu, y no pudieran en manera alguna haber venido del Collao, máxime cuando está plenamente demostardo que el Collao fue el más activo foco de la primordial cultura andina, y cuando en la comarca del Cuzco y entre los mismos Incas se han hallado objetos que patentizan la irradiación e imitación de aquella cultura de Tiahuanaco. En el Museo de la Universidad del Cuzco, se guardan un depósito cuadrangular de piedra obscura muy gastada, con imágenes semejantes a las de la portada de la Acapana, y un aríbalo incaico con ornamentación tiahuanaquense [54]. La arquitectura ciclópea, de aparejo de poliedros irregulares, en Hatunrumíoj, Sajsayhuaman, Quenco y Ollantaytambo, para todo juicio sereno, pertenece, con muy leves diferencias, a la de Tiahuanaco, cuyas notas

53 Max Uhle, *Origen de los Incas.*

54 Luis E. Valcárcel *Tiahuanacu, Ollantaitambo*, Cuzco, centros megalíticos (*Rev. Univ. del Cuzco*, Agosto de 1921).

reproduce (monolitos, llave metálica de contención, signo escalonado, etc.). El segundo sistema arquitectural incaico, el de sillares labrados y medianos, parece la lógica evolución de continuidad. En general, el estilo de los Incas es tan manifiestamente la continuación normal y el desenvolvimiento del de Tiahuanaco, que hasta Uhle ha debido reconocerlo así, mal que le pese, en uno de sus incoherentes párrafos, por más que en otros lo niegue con redoblado capricho [55]. Si el mismo Uhle constata que en la quebrada del Vilcanota hay alfarería tiahuanaquense, con la que se inicia la *incaica*, ¿porqué obstinarse, contra la evidencia, en sostener la absoluta y radical imposibilidad de que, junto con su cerámica, cuatro tribus pequeñas, o a lo más diez ayllos o linajes, viajaran del Collao a las próximas sierras de Paruro, y al cabo de largas estaciones prosiguieran su marcha la Cuzco?

La objeción de que las memorias primitivas, según Gennep ha probado, no persiste más de cuatrocientos años, y que así no han podido los Incas retener el recuerdo de esta emigración, es singularmente ociosa y contradictoria en el presente caso, porque la cronología de las civilizaciones peruanas que Uhle reitera con tan gran ahinco, supone la decadencia final y ruina de Tiahuanaco, con el término de la pura influencia atacameña, hacia el siglo XII de nuestra era [56]; y de seguro que por entonces, o muy poco después, ocurría el establecimiento de las tribus incas en el valle del Cuzco.

No atinamos a comprender tampoco el afán de impugnar que los primeros Incas se intitularan tales, contra la autoridad expresa de los analistas, que así los denominan. No es menos antojadizo el completo salvajismo con que se complace en acriminar a Manco y sus compañeros,

---

55 Uhle, *Origen de los Incas*, pág. 326.,

56 Uhle, *Arequeología de Arica y Tacna*, (*Bol. de la Soc. Ecuatoriana*, tomo III, 1919).

Por las particularidades de sus fábulas, se ve que tenían animales domésticos *(el napa)*, vasos de oro *(tupacusi)*, semillas sagradas, vestidos preciosos, armas arrojadizas e insignias religiosas *(súntur - páucar* y *túpac - yauri)*; que miraban en agüeros y estrellas, y que practicaban un conjunto de ritos complicados [67], como conviene a sucesores de una barbarie teocrática, según hubo de ser la de Tiahuanaco.

Topamos en Uhle razonamientos por demás inconexos. Asevera que los Incas, por adorar momias e infinidad de santuarios o huacas, y ejecutar sacrificios humanos, no pueden ser continuadores de los antiguos tiahuanaquenses. ¿Tan seguro está Uhle de que la materna civilización del lago no era politeísta, ni veneraba a los difuntos, ni ofrecía sangre humana a ninguna de su deidades? Hay muchas otras razones de igual fuerza y pertinencia. Bien estará que las dejamos, por ser superfluo y poco caritativo encarnizarse en tan extremas debilidades. Oponerlas a la evidentísima filiación de los Incas, ejecutoriada con pruebas de tanto valor, parece género de ceguedad incurable o gana de perder al tiempo.

La cuna de la estirpe incaica en el Titijaja es uno de los pocos puntos esclarecidos, con toda especie de congruencias y verisimilitudes, en la crepuscular protohistoria del Perú. Los Incas no son por cierto los constructores de Tiahuanaco, y nadie ha proferido este dislate, porque hay que distinguir larga sucesión de tiempos y generación de estilos; pero no hay inconveniente alguno para afirmar que son los Incas vástagos, herederos y restauradores legítimos de la cultura megalítica, que floreció en el Collao y en Tiahuanco culminó.

---

57 Consúltese principalmente los citados Betanzos, Cobo y Sarmiento de Gamboa.

IV

LOS INCAS FUERON DE RAZA Y LENGUA QUECHUAS

No usaban los Incas la deformación de la cabeza peculiar a los Aymaraes, ni el *chuco* o bonete colla. En cambio, los distintivos incaicos del *llauto* y los zarcillos en las orejas les eran comunes con los Cahuinas y Acomayos, Urcos, Tampus, Yucayes, Muynas, Ayarmacas, Quispicanchis, Cotabambas, Cotaneras y Huamampallpas, todos de raza quechua. Ocupaban el primer puesto en la confederación de las naciones quechuas, de que tan claros indicios quedan en los anales de los primeros soberanos cuzqueños. La llamada Quechua por antonomasia, solicitó la protección de los Incas, cuando los Chancas, congéneres de los Collas, atacaron la provincia de Andahuaylas. En fin, los Aymaraes del Titijaja fueron siempre los más crudos e irreconciliables enemigos del poderío incaico [58]..

Para haber escogido e impuesto el quechua como idioma oficial del Imperio, no hay más explicación plausible sino que lo reputaban propio y nacional. Verdad es que los Incas tenían una lengua peculiar y cortesana, con la que se comunicaban entre sí, y que "no era lícito a los otros indios aprender " [59]. Sobre esta lengua particular de los Incas se ha fantaseado muchísimo; y algunos la han declarado sin más aymara. El estudio de sus pocos vocablos conocidos, empredido por Markham, no confirmó lo que éste se proponía. En cambio, poseemos el parecer

58 Pude comprobarse todo esto en Cieza de León, Sarmiento de Gamboa, Cobo y el almagrista Cristóbal de Molina.— Reléanse los capítulos XV y XXIII del Libro Cuarto de los *Comentarios Reales* de Garcilaso (Primera Parte). Los ayllos de las provincias, quechuas por excelencia, de Cotabambas y Cotanera, eran, como los Cahuinas y todos los inmediatos al Cuzco, *orejones* netos: poseían las insignias incaicas del llauto y los zarcillos, y se trasquilaban la cabeza (*Comentarios*, ibidem., cap. XXIII).

59 Garcilaso, idem. Libro VII cap. I.—*Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II. págs. 7 y sgts.

del Inca D. Alonso Túpac Atau, que debe ser decisivo, y que atestiguó ser el *dialecto cortesano* el mismo propio del distrito de Pacaritambo, de donde eran originarios los *Incas* [60]. Y hay otro texto importantísimo, en la *Relación* del Oidor D. Fernando de Santillán, por el que se expresa que el idioma *particular y natural* de Pacaritambo fue el quechua [61]. De donde en buena lógica se infiere que el lenguaje privativo de los Incas, fue la variedad dialectal quechua hablada en su región solariega de Pajarejtampu. Muy lejos está de invalidar la conclusión, el debido examen de los apelativos de los Ayar. Nadie, a no estar irremisiblemente ofuscado, negará que Ayar se ha de deducir de la raíz quechua *aya* (muerte, difunto, antepasado); y que *auca* (guerrero), *uchu* (ají) y *cachi* (sal) son las palabras más castizamente quechuas que pueden imaginares [62].

En cuanto a la etimología aymara de *Manco* (curaca o capitán), exhibida en son de triunfo con inaudita algazara, ha de observarse que, sin ser ella improbable, la afinidad fonética extrema entre el aymara y el quechua, por la que infinidad de raíces, iguales en ambos idiomas, adquieren significados diversos, nos obliga a buscar antes las homofonías quechuas. Y hallamos dos correspondientes al aymara *mallco*. Puede en quechua indicar un pájaro, el pollo de la paloma torcaz; y no sería de aplicación desatinada a un nombre propio, pues eran totémicos o derivados de animales, y consta que Manco llevaba un pájaro augural, que Sarmiento califica de *inti*. O puede significar también una hierba, de las que solían los peruanos incaicos adoptar como apellidos;y es una especie de altamisa, que hasta ha determinado la denominación de un pueblo

60 Cobo, Libro XII.

61 *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*, publicadas por D. Marcos Jimenez de la Espada (Madrid, 1879).

62 No se olvide que se llamaban *ayarmancas* los indios incas, de lenguaje quechua, que vivían inmediatos al Cuzco, por el lado meridional, cerca del pueblo de las Salinas (Garcilaso, Primera Parte, Libro Primero, cap. XX).

en la provincia de Lucanas. Si Ayar Cachi y Ayar Uchu se llamaron indudablemente así por los nombres quechuas de alimentos y condimentos, ¿qué repugnancia hay para que Manco provenga de la voz quechua de un totem, ave sagrada o planta, análogo a Sairy, Cuca, Oca, Llama, Puma o Huaman? [63]. Pero sea de ello lo que quiera. Dejemos las extremosidades a la tesis aymarista; y demos de barato que Manco tenga por insubstituíble etimología el *mallco* aymara. No bastaría esta circunstancia para prevaler contra los argumentos que convencen del quechuísmo de los Incas. Los Aymaras, en la época de su hegemonía y grandes invasiones, han tenido que imponer palabras en los diferentes dialectos quechuas, como lo hicieron los Etruscos en el Lacio y la Campania, los Sarracenos en España y los Germanos en el Occidente romano. Pretender que los Incas hablaron lengua aymara, porque pudieron recibir de ella la contaminación de algunos nombres, equivale a sostener que los Latinos e Itálicos adoptaron el etrusco, los Castellanos Viejos y Asturianos el árabe, y los Galo-romanos el franco y el burgundio.

Si queda demostrado que los Incas hubieron de ser continuadores de Tiahuanaco, y de estirpe e idioma quechuas, el silogismo se completa fácilmente.

V

NO PUEDE PROBARSE QUE LOS AYMARAS, POR CULTURA Y LENGUA, SEAN MAS ANTIGUOS QUE LOS QUECHUAS.

Desde el punto de vista antropológico, aunque los Quechuas se parezcan a los Collas, son bastante menos groseros y rudos que éstos. Tienen las extremidades menos cortas, a menudo superior índice cefálico, las faccio-

63 Véanse los nombres de los ayllus incaicos en Sarmiento de Gamboa, cap. XI.

nes más regulares, la cara no tan redonda y chata, sino casi ovalada. Su mayor perímetro toráxico, habida cuenta de que son por lo general de estatura menor que los Aymaras [64], descubre que han debido adaptarse por más largo tiempo a vivir en alturas, no obstante que su nombre quiere decir *hibitantes de tierra templada* y que los Collas ocupan ahora el altiplano.

La pretendida superioridad en música, bailes y tejidos, con que Uhle y Emilio Romero han galardonado a los Aymaras [65], proviene de haberlos comparado exclusivamente con los quechuas de Puno, que no son sino aymaras degenerados y quechuizados. Cuando se llega al Sur de Bolivia, o al Centro y Norte del Perú, los resultados son muy diferentes, y del todo favorables a los Quechuas.

Los panegiristas de la primacía aymara hacen sobre todo hincapié en la riqueza y abundancia de la lengua. Riqueza superflua y bárbara; abundancia de sinónimos, de formas verbales, de nombres de parentela [66]. Exuberancias semejantes poseen en América muchos idiomas salvajes, como los de los Pieles Rojas, el tupi, el guaraní, los numerosos dialectos caribes y el mapuche. Precisamente se deben a defecto de abstracción, a la carencia de ideas generales. Si por la variedad de sinónimos hubiera que graduar el habla de las naciones, habría que reputar el árabe clásico como producto de una civilización muy superior a la del griego antiguo y a la del francés moderno. Y en efecto, por esta vía no tiene Uhle rebozo en insinuar la excelencia del aymara sobre el castellano [67]. Criterio tan ingenuo tiene que conducir a los más crasos errores. Tal

64 G. Rouma, *Quitchouas et Aymaras* (1913). Hay que adicionarlo con las medidas de D'Oryigny, Chervin y David Forbes.

65 Uhle, *Posición histórica de los Aymaras* (La Paz, 1910).—Emilio Romero, *Monografía del Departamento de Puno* (Lima, 1928), págs. 172, 213 y 217.

66 El aymara mira, más que el quechua, al parentesco femenino y filiación materna, y a particularizar los nexos; muestras de un estado social más bajo, próximo al matriarcado primitivo o promiscuidad.

67 Uhle, *Origen de los Incas.*

género de filólogos no atina a darse cuenta de que el carácter del idioma aymara, mucho más concreto y arcaico que el quechua, lo que prueba es la primitividad y barbarismo de los Collas, su rudimentaria cultura, lo moderno y reciente de su dominación. El arcaísmo suele ser propiedad lingüística de un pueblo joven. El árabe, con su género dual, representa una civilización muy posterior a la hebrea, la asiria y la etiópica, que descuidaron pronto aquella complicación gramatical, tan usada en las sociedades incipientes. Porque el lituano se aproxime al sánscrito y al ario primordial, no vamos a estimar la antigüedad de Kavno mayor que la de Atenas, Olimpia o Roma. Porque el latín, a diferencia del griego, conserve la s y k iniciales del ario (*septem, quinque*) y el ablativo singular, no se sigue de aquí que los Escipiones y César fueran precursores de Pericles y Alejandro. Porque los idiomas eslavos y germánicos sean mucho menos analíticos que los romances, no hemos de admitir que la civilización medioeval alboreara en las riberas del Niemen y del Elba antes que en las del Sena, del Tíber o del Duero. Porque el italiano, el español y el portugués recuerden más que el francés la materna lengua latina, no hemos de negar la supremacía francesa en armas, artes y letras, durante lo más de la Edad Media. Los ejemplos en este punto serían innumerables. Como en mi hipótesis los Aymaras vivieron relegados, cuando el esplendor de Tiahuanaco, en los lejanos confines de Carangas, Lípez y Atacama, es muy explicable que en su aislamiento fronterizo retuvieran formas anticuadas. Al revés, el pulimiento relativo del quechua supone largos siglos de organización y actividad social.

Como casi siempre en Uhle, su sistema filológico encierra una grave implicación. Procura demostrar la anterioridad de los Aymaras por acercarse más su lengua que la quechua a la presunta madre común. Mas por otra parte niega la comunidad radical de la aymara y la quechua,

que considera del todo independientes en su origen y fonética, tan sólo *paralelas*, con una *analogía general* y un mero *préstamo* de voces superficial y externo. Es ocasión de exclamar: *concertadme esas razones*. Una tesis devora por fuerza a la otra. Si los dos idiomas son en lo fundamental y originario extraños entre sí, no puede hablarse de etapas comparativas en su evolución, ni de precedencia del uno respecto del otro, pues falta la común medida, y es absurdo computar la distancia a que se hallan de un tronco que en el supuesto no existe.

Las observaciones y elementos en que estriba este contradictorio aparato, no pueden ser más frágiles. Una de las pruebas de la famosa independencia absoluta de las dos grandes lenguas andinas, consiste en que el pronombre *quien* se dice en quechua *pi* y en aymara *ji*. A esta cuenta, ningún parentesco reconocerá entre el griego y el latín, porque en primero es *tis* lo que *quis* en el segundo. Otra aserción doctoral es que los miembros del cuerpo humano llevan en quechua y aymara nombres irreductibles. Nos parece que los ojos y las rodillas forman parte del cuerpo. ¿Será para la lingüística tan imposible rastrear el vínculo entre la designación quechua *ñahui* y las aymaras *nayra* y *mami*, o el de *jóncor y joncuru* respectivamente? No insistimos en más obvias colaterales, como verbigracia *cocha*, que es *laguna* o *mar* en quechua, y *cota* que lo es en aymara y en cauqui; *chaupi*, mitad o en medio en quechua, y *taypi* en aymara, *huambra* y *mambra* (muchacho), *huqui* y *muqui* (húmedo), *milma* y *millhua* (lana), *rupa* y *lupi* (calor), *páucar* y *paucara* o *pancara* (ameno), etc., etc. Obsérvese que, aunque la forma quechua sea por regla general la breve, y la aymara la larga, esto por sí no decide lo tocante a la paternidad u originalidad de las de mayor vocalismo, pues hasta pueden ser derivadas por prolongación, como hoy se acepta para las indoeuropeos (Federico Müller). También en nuestro ro-

mance castellano, las formas breves medioevales se han alargado en la lengua clásica.

No el veinte por ciento del vocabulario, como lo tasa Uhle, sino hasta más de treinta, en sentir de D. Juan Durand, que conocía bien ambas lenguas, es perfectamente igual en ellas [68]. Para lo restante, las semejanzas fonéticas y las derivaciones lógicas son numerosísimas. Su interdependencia, en lo general indudable, puede recibir mucha luz del estudio de los varios dialectos en que, recíprocamente quechua y aymara, uno con el otro, se matizan y combinan. El *chinchaysuyo o chinchaysimi*, por ejemplo, participa, en diversos grados, del quechua cuzqueño, del aymara y del puquina; y aun quizá del costeño mochica (Villar). Se halla para con el quechua, en la relación que el portugués con el castellano. Uhle ha resuelto por sí que el *cauqui* o ajaro de *Tupi* es puro aymara. Tello, voto de calidad, por ser natural de Huarochirí, opina que representa aproximadamente una supervivencia más alta y remota, el tronco de los demás idiomas serranos, la lengua madre de toda la región andina [69]. Descúbrase o no esta lengua madre, dondequiera que sea, se hace cada vez más improbable e ilógico que se confunda con la aymara actual, porque las arcaicas tienden a morir pronto, se recluyen en áreas muy estrechas, y no coexisten, en la notable amplitud que la aymara ofrece, con las propias lenguas y dialectos nacidos de su inmediata descomposición Fácil sería alegar ejemplos de tal ley, en todas las partes de mundo, y no vemos porqué había de ser el Perú la única excepción.

El aspecto de las variedades dialectales en la sierra central del Perú, oscilantes del quechua al aymara [70], au-

68 Juan E. Durand, *Etimologías peruanas* (La Paz, 1921), págs. 55 y sgts.

69 Tello, *Antiguo Perú*, Vol. I, pág. 98.

70 Véase, entre otros, el estudio sobre el chinchaysimi, Ms. existente en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos y publicado por Vara Cadillo en la *Rev. Hist. del Perú*, años 1918 y 1919.

toriza a suponer una antigua lengua común, intermedia entre la quechua cuzqueña y la moderna aymara, y que no hemos vacilado en calificar de *paleoquechua*. Esa prodigiosa diversidad de hablas provinciales (*hahuasimi*), que deseperaba a los misioneros españoles, "porque casi cada cacique tenía la suya", "y en muchas partes cada pueblo" [71], se reducía, como en los casos de la *chumbivilca*, la *huanca* y la *cahuana*, a profundas pero meras divergencias dialectales. Eran de la misma estirpe, con el mismo organismo gramatical y fonético, y vocabularios no muy desemejantes, según puede comprobarse en las no pocas que subsisten, y en los vestigios de otras por la onomástica. Un texto, al que no se ha atendido debidamente, lo establece, sin dejar resquicio a dudas, poco tiempo después de la Conquista. Dice el resumen de las *Informaciones* de Vaca de Castro que las más de las lenguas del Cuzco a Quito "*Son allegadas a la quechua*, como la portuguesa o la gallega a la castellana" [72]. Otra autoridad de extraordinario peso es el P. Blas Valera, que escribe: "El general lenguaje del Cuzco no se diferencia mucho de los más lenguajes de aquel imperio" [73]. Observa que en varias provincias, esta lengua general se halla "tan corrupta, que casi parece otra diferente". La transformación ha podido ser en bastantes casos anterior a la conquista incaica; y tal vez no andaba muy lejos de la verdad Valera cuando comparaba la posición del quechua en el Perú a la del latín en Europa [74].

Todo ocurre en suma, para la Sierra peruana, como si una onda lingüística homogénea la hubiera recorrido muchas centurias antes que los Incas; y la heterogeneidad o

71 *Relaciones Geográficas*, tomo II, y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro V., cap. XIV.

72 *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas*, publicado por Jiménez de la Espada bajo el título de *Una antigualla peruana* (Madrid, 1892).

73 Apud. Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VII, cap. II.

74 Ibidem.

segmentación hubiera ido luego acentuándose paulatinamente por la elaboración aislada de cada grupo, invasiones preincaicas, más o menos conocidas, y el artificial trasporte de *mitimaes* en el postrer imperio. Porque datar la propagación del quechua en manera exclusiva desde este régimen incaico, sean cuales hayan sido su absolutismo y eficacia, es ya muy difícil para la toponimia de regiones como Quito y el Tucumán, que los Cuzqueños dominaron por tan breve plazo, y del todo imposible y aun absurdo para la constitución de dialectos formales o híbridos, existentes y adultos en las mismas cuando la conquista castellana, y en un medio de tan lenta evolución lingüística como lo acredita su casi perfecta inmovilidad desde entonces hasta el día [75].

Cierto que el procedimiento del trasiego de poblaciones o *mitimaes*, empleado en tan larga escala por los Incas, enmaraña la cuestión. Pero los aymaristas han explotado la circunstancia con duplicidad sobrado ostensible. Cuando hallan núcleos quechuas espaciados hacia las fronteras, los atribuyen sin vacilar a colonias de los Incas; y aciertan a menudo. Pero cuando los hallan aymaras, no temen entonces ascender hasta la época de Tiahuanaco, aun cuando conste que hubo numerosos *mitimaes* collas y quechuas, establecidos por Huayna Cápac y su padre, desde la provincia de Palta, moderna Loja, hasta la de Quito. ¿Porqué estos dos criterios? *Cur tam varie?*

---

75 En esto de la implantación de los idiomas y producción de dialectos, Uhle procede con una cronología tan estrecha e inverosímilmente angustiosa como para la aparición y sucesión de los metales, que le ha objetado con gran tino Rivet en el Congreso Americanista de Goteborg, 1924 (*Elementos constitutivos de las civilizaciones del Noroeste y Oeste Sudamericano*).— El huilela puede considerarse como una lengua híbrida del quechua en los confines del Tucumán. En el Ecuador, los Colorados y Cayapas del Guayas, hablaban idiomas emparentados antiquísimamente con el quechua, hasta en opinión de aymaristas acérrimos como Otto von Buchwald, quien aduce, en favor de su aserto, raíces ya desusadas en el habla cuzqueña (*Bol. Soc. Ecuat.* tomo I).

No le concedemos importancia mayor a la asendereada *Historia de Quito* del P. Velasco; pero es cuando menos curioso que reconozca el quechuísmo preincaico (vol. II, pág. 54, ed. de 1841) de un país en que hay tantas huellas del estilo tiahuanaquense y de las tradiciones del dios Huiracocha, y en que la mitad de los nombres de lugares se explican por el quechua [76]. ¿Qué pudo moverlo a tan especiosa mentira? Erró sin duda al atribuir idioma de familia quechua a los Caras, pero pudo confundirlos con los Quitos o sus predecesores [77]. La asimilación con los peruanos incaicos, fue en aquellas comarcas admirable por rapidísima. Nombres, usos, armas modernas y antiguas, supersticiones; todo fue uniforme con el Cuzco. La terminación característica *cay*, en las localidades del Cañar, no puede ser mías quechua.

Lo propio sucede en el Tucumán. Mientras que en el Norte de Chile prodminan los términos aymaras [78], a me-

---

76 Algunas de las observaciones en contrario del Arzobispo González Suárez (Aborígenes de Imbabura y Carchi, Quito, 1916), son dignas de rivalizar con las de Uhle. Niega que Imbabura sea nombre quechua, por no existir en esta lengua la b, olvidando la ley de dulcificación del quiteño y demás dialectos septentrionales. Ignora etimologías peruanas tan claras como Hatuntaqui, Tupu, Cotacachi, Pacha Cuicocha y Caranquis. Cree caribe la partícula *pi* en Cayambi. Milagro que no abone el origen antillano o chibcha de las quechuísmas toponimias Chimborazo Cumbe, Huaytara, Huayllabamba, Cachillajta, Quero, Tunguragua (de *Juncur-huay*, sitio de la garganta), Urcuqui y Quito. No lo aventaja en tino filológico el buen Otto von Buchwald (*Bol. de la Soc. Ecuat.* tomo I, año 1918, pág. 248).

77 Los mismos que rechazan totalmente a Velasco (Uhle, González Suárez), suelen hacer caudal de Montesinos. Bueno será recordar que este escritor, aunque tan inseguro como el jesuita de Ríobamba, tiene por tesis principal la existencia de un antiquísimo imperio quechua predecesor del de los Incas. Uhle utiliza en demasía a Montesinos para dudosas particularidades, sin hacerse cargo de su esencial afirmación.

78 No es cierto que, como ahora pretende Uhle, los nombres geográficos del Norte de Chile, Oeste de Bolivia y Sur del Perú sean en su totalidad atacamños (*Jacna y Arica, Bol. de la Soc. Ecuat.*, Enero de 1919). Son casi todos aymaras, según él mismo ha contribuído a probarlo en otras ocasiones; o mejor, son a la vez aymaras y atacameños, como lo explicamos arriba. La terminación *uma* del cerro Tuluma en Lípez, Viluma, Locumba, Cobija, vienen de raíces collas conocidísimas (*rucumpa* para los dedos; *cupi-sa*, de la derecha). También son aymaras Lípez y Potosí (Potochi); y Tacora (algarrobal). Iquique

dida que nos apartamos de la Cordillera al Oriente, y pasamos de Jujuy a la región calchaquí, advertimos una toponimia quechua tan honda y recia, que ha requerido para establecerse, el transcurso, no de escasas generaciones, sino de varios siglos [79]. Narra Garcilaso [80] que el reino de Tujma se sometió espontáneamente al Inca; y que los embajadores de los nuevos y voluntarios súbditos recordaron "la fama y hazañas de los progenitores" del monarca cuzqueño, y le rogaron que emprendiera la conquista de Chile, país "de que tenían relación por sus padres y abuelos". Diríase que se repite el caso de los quechuas de Abancay y Andahuaylas en un reinado anterior [81]; y que como ellos, solicitaban los Tucumanos alianza contra enemigos occidentales, que todo induce a suponer aymarizados. Es, pues, muy probable que se trate aquí también de centros quechuas, que se incorporan de grado, invocando tradiciones comunes. ¿No es acaso sugestiva la leyenda, si se toma en cuenta que las excavaciones hacen patente la duradera influencia de la civilización tiahuanaquense en el Tucumán?

Mucho más que tales coincidencias y conjeturas, contribuye a arruinar la tesis de la prioridad aymara el positivo conocimiento del tardío avance colla en las sierras de Bolivia y el Perú. En vano afirma Uhle que los Incas arrojaron a los Aymaras de Cochabamba. Lo averiguado

es duplicación aymara de "dormir". Las desinencias en *chuqui*, *chaqui* y *choque* son palmariamente quechuas o aymaras.

79 En obsequio a la brevedad nos limitamos a citar, entre mil, Chanmanta, Huicuñorcco, Lorohuasi, Condorhuasi, Alpasinchi, Chañaryaco, Suriyaco, Catamarca Huaycama, Humaya, Pucará, Piscoyaco, Tulcamayo, varios Incahuasi y Cachi, Huachipas (huajchepa) Huacate; y junto a Mendoza, Huanacachi, Hichuna y Tupancatu. Definitivamente desacreditadas están las teorías de Ambrosetti sobre la originalidad y aislamiento de la cultura calchaqui. En las *Relaciones Geográficas de Indias*, (tomo II, pág. 148) se comprueba que los *Calchaquíes*, a más de la lengua diaguita hablaban la de los Chinchas del Alto Perú, que eran sus parientes próximos.

80 *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, cap. XXV.

81 Idem. Libro II, cap. XVII.

es muy al contrario. Por las *Relaciones Geográficas de Indias* [82] se ve que fueron los Incas los que llevaron collas al valle de Cochabamba, concediéndoles tierras para el cultivo del maíz y remedio de la esterilidad del altiplano. En cuanto a la provincia de Caylloma, fue invadida en el período preincaico, por el lado de Velille y el nevado de Collahuata; y estos collas "vencieron a los que eran naturales, y los echaron por fuerza, y se quedaron ellos" [83]. Resulta, pues, que penetraron por el Noreste, y de allí se extendieron a Soras, Lucanas y los Chocorbos. Así el origen septentrional de los Aymaras, insinuado por Middendorf y Uhle [84], que los hacen venir del Noroeste por el Apurímac y Ayacucho, se resuelve en una ilusión, ya que, según atrás apuntamos, las infiltraciones aymaras en Yauyos, Junín y Chachapoyas se deben a reconocidas emigraciones del Sur[85]. Estas pueden explicar, después de la caída de Tiahuanaco, las guerras y contactos de poblaciones collas con los Chinchas costeños, los cuales se jactaban de haberlas rechazado mediante hazañosas expediciones, rememoradas por Cieza, y calificadas harto severamente de mendaces por Garcilaso [86]. No hay necesidad de admitir con Uhle la penetración directa de los Chinchas, en alianza con los Aymaras, hasta muy adentro de la Sierra y hasta el mismo Collao. Basta al contrario, y en consonancia con los tradiciones del valle de Chincha, que, aun sin pasar de Huaytara, se hallaran en relación de hostilidad con efectivas naciones collas, pues la aymarización de Chancas, Pocras, Morochucos, Lu-

---

82 Tomo II, pág. 58. Confirmado por Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VII cap. I.

83 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 40.

84 Uhle, *Posición histórica de los Aymaras*.

85 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo I, pág. 61 y sgts. Descripción de Yauyos por el corregidor D. Diego Dávila y Briceño.—Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro V, cap. XXVI.

86 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. LXXIV; Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VI cap. XIX.

canas, Soras, Chocorbos y Huancas, y de las punas de Choclococha y Paucaray, es un hecho indiscutible. La leyendaria conservación de tales contiendas las aproxima a la edad de los primeros Incas, y veda situar la emigración aymara de Ayacucho y Huancavelica en los tiempos del apogeo del primitivo Tiahuanaco.

Si los Aymaras hubieran sido los constructores de Tiahuanaco, la ruina y abandono de su capital sagrada habría coincidido con la decadencia de su poderío y el abatimiento de su raza. "El mundo peruano, como escribe Uhle, se habría rehecho de las influencias excesivas de la raza aymara" [87]. Y bien al revés absorvamos que cuando Tiahuanaco yacía inconcluso y desolado, y huían perseguidos los Huiracochas, alcanzaba la nación de los Collas su mayor expansión y pujanza. Entonces el Chuchi Cápac o Colla Cápac ensanchaba sus dominios, según Sarmiento, desde veinte leguas del Cuzco hasta los Chinchas o Charcas, y desde Arequipa y Atacama hasta los Mojos; y, según Cieza, Zapana, el Príncipe de los poderosos Hatuncollas, se diponía a subyugar el Cuzco [88]. Entonces los de la vanguardia aymara, o sean los Chancas, conquistaban Chuquibamba, y despojaban del valle de Andahuaylas y otras provincias a los Quechuas, cuya gran antigüedad garantiza el propio Cieza [89]. No eran los Aymaras a la sazón los decaídos, sino los dominadores, que avanzaban formidables dondequiera, apenas contenidos, al Este y Oeste, por Incas y Chinchas.

En virtud de estas circunstancias y todas las demás que en la presente disertación compendiamos, parece lo verisímil que fueran los Aymaras los destructores de Tia-

---

87 *Origen de los Incas* pág. 329.

88 Sarmiento de Gamboa, cap. 37;—Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. XXXVI.

89 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. XV.— Véanse también Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, cap. VI; y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro IV, caps. XV y XXIII.

huanaco; y que los acosados Incas y Quechuas fueran los herederos, más o menos directos, de aquella antigua y eclipsada civilización, por los mismos al cabo restaurada.

VI

EL IMPERIO INCAICO

Ensayo fechado en diciembre de 1930 y escrito por Riva-Agüero como prólogo al libro El Imperio Incaico, *de Horacio H. Urteaga, Lima, 1931, pp. XI - XX; apreció luego en* El Comercio, *de Lima, el 4 de enero de 1931, p. 4, y en* Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), *Lima, 1937, T. I, pp. (221) - 234.*

EN este sugestivo y substancioso libro, mi amigo el reputado historiógrafo Dr. D. Horacio H. Urteaga me dispensa el honor de prohijar algunas de mis teorías. Es la primera y para mi más importante, entre las varias que formulé hace bastantes años, la del quechuísmo del primitivo imperio del Tiahuanaco, que apellidaré imperio *Paleo-quechua*, por evitar la confusión lamentable en que incurrió Uhle al atribuirme (*Orígenes de los Incas*, Congreso de Americanista de Buenos Aires, 1910) la pueril creencia de ser *incaica* la civilización tiahuanaquense. Ni el Dr. Urteaga ni yo sostenemos tan extravagante doctrina. Lo que en este punto opinamos —y es muy diferente de la antojadiza suposición de Uhle a nuestro respecto— se resume en que la civilización de Tiahuanaco, a lo menos en su época clásica, de expansión y apogeo, *no pudo ser aymara* o colla; que es muy probable que la engendraran y desarrollaran pueblos íntimamente emparentados por lengua y sangre con la familia actual quechua, aunque es claro que en un estado filológico anterior al del idioma general difundido por los incas (*paleo-quechuísmo*), y que el im-

perio incaico o *neoquechua* vino a representar, al cabo de una larga evolución, y de invasiones y vicisitudes indicadas por la arquelogía y las tradiciones de los cronistas, *el renacimiento y último fruto de la cultura de Tiahuanaco.*

Expuse por primera vez los fundamentos de estas opiniones mías en los estudios sobre Garcilaso, publicados por la *Revista Histórica* desde 1906 (tomo I, trimestre IV). Los reproduje en mi libro *La Historia en el Perú* (Lima, 1910). Envié, por esos mismos tiempos, una abreviada y particular formulación de la hipótesis, al Congreso Científico de Santiago de Chile. Amplié y reforcé los argumentos principales en mis lecciones universitarias de Mayo de 1918. Insistí, agregando algunas consideraciones, en las páginas 17 a 30 de la Introducción de mi folleto acerca de las relaciones entre la comarca santanderina y el Perú (Santander, 1921). Compuse sobre la materia una memoria especial, que he presentado al Congreso Histórico de Sevilla este año y que se ha de imprimir muy pronto. En consecuencia, debo limitarme aquí a indicaciones sumarísimas, comenzando por las razones menos contundentes, yendo en progresivo orden probatorio, y condensando los resultados de mis citadas exposiciones y los trabajos de diversos etnólogos concurrentes al mismo fin.

I.—Los collas o pseudo-aymaras, como sus congéneres los atacameños (y aun es cierto que los mismos quechuas modernos; ya apuntaré después porqué), se enterraban en cuclillas; y los genuinos enterramientos del Imperio de Tiahuanaco presentan con frecuencia los cadáveres en sentido horizontal.

II.—Muchas momias en Tiahuanaco no son aymaras, sino ostensiblemente quechuas, sobre todo en la necrópolis llamada del Norte, según lo ha patentizado Hrdlicka.

III.—La época reconocidamente colla produjo grosera alfarería y construcciones funerarias denominadas *chulpas*, mientras que la floreciente de Tiahuanaco se caracterizó

por una peculiar y lujosa cerámica, y estupendos edificios muy desemejantes de aquel estilo posterior de las chulpas collas o aymaras.

IV.—Las figuras tiahuanaquenses no ofrecen con evidencia la deformación craneana aymara (D'Orbigny), y empuñan como arma la estólica, mientras que los collas y atacameños empleaban el arco.

V.—La divinidad del gran lago, creadora y protectora de Tiahuanaco, no lleva nombre aymara sino quechua, pues se llama Huiracocha y jamás Huiracota; y consta que el dios colla equivalente, Arnahuan o Tahuacapa, fue moderno, adventicio y enemigo del primero.

VI.—Los collas no se tenían por aborígenes de Tiahuanaco, sino que recordaban su venida del Sur y del Este, como expresamente se consigna en las *Relaciones Geográficas*.

VII.—La ciudad de Tiahuanaco fue violentamente destruida, aun antes de acabados sus templos; y su destrucción coincide con la expansión aymara hasta cerca del Cuzco y de Chincha, que penetró de un lado en tierras quechuas y de otro en colindantes con yungas costeñas, por una edad no muy alejada de los orígenes incaicos. Y no parece verosímil suponer que los collas arruinaran su propio santuario, precisamente en la época de su mayor poderío y pujanza.

Todo arguye, pues, que los destructores del antiguo Tiahuanaco fueron los invasores meridionales o *caris* mencionados con suma claridad por Cieza, los indudables forasteros collas, que se identifican, por mil particularidades e inferencias, con los atacameños de Uhle.

Al grande pero arbitrario arqueólogo Max Uhle, le ha ocurrido, con esta inmigración atacameña, que él ha puesto en tanta trasparencia y resalto, percance semejante al que según la Biblia le ocurrió al profeta Balaam. Determinado a maldecir a los hebreos, Dios hizo que trocara sus denuestos

y escarnios en bendiciones. No de otro modo, los descubrimientos y las conjeturas de Uhle, en su mayoría acertadas, sobre la acometida de los *caris*, venidos desde Atacama contra Tiahuanaco, han desvirtuado y desvanecido enteramente sus apologías de la inmemorial cultura aymara en el Collao y los desdenes contra la raza quechua, que son de ver en sus conferencias y artículos de 1910. Porque si queda probado que los bárbaros de Carangas, Potosí y Atacama se establecieron en Tiahuanaco, devastándolo y que nada diferencia a estos *caris* de los presentes aymaras o collas, habrá por fuerza que acudir, para explicar la primitiva y homogénea civilización andina, a la gran estirpe quechua, cuyas tradiciones, cuyos mitos y cuyo idioma dan razón de esa arcaica homogeneidad y de su tardía recomposición bajo los incas. Puede afirmarse que dondequiera que se hallen las huellas de la religión de Huiracocha, perseguida y acosada por los invasores del Collao, allí también se advierten restos arqueológicos del estilo de Tiahuanaco, y toponimias quechuas o muy afines, hasta en el centro del Ecuador.

La lengua de este primer imperio de la Sierra no fue ciertamente el mismo quechua que ahora se habla y que usaron los incas, porque el largo transcurso de tiempo y la existencia de numerosos dialectos suponen una considerable transformación idiomática; pero hubo de ser el precedente inmediato y el tronco del quechua incaico, hoy subsistente. Sólo así se hace inteligible el singular panorama lingüístico del Tahuantinsuyo a raíz de la conquista castellana: la indudable existencia de dialectos e híbridos quechuas, no ya en el centro sino en las fronteras del imperio, lenguajes quechuizantes en los extremos del Tucumán y entre los colorados, cayapas y quillacingas de Quito, que no pudieron originarse con la efímera dominación de los incas en tan remotas fronteras.

Idioma colateral, hermano pero no progenitor del quechua, es el colla o aymara de Bertonio. Me parecen desatinados los esfuerzos de Uhle para probar la filiación directa entre los dos, que para colmo de abismática contradicción, niega en el propio estudio [1]. Si el aymara fuera la lengua madre, la hablada por los constructores de Tiahuanaco, no se habría mantenido con tanta extensión y arraigo en su mismo foco, y coetánea al lado de las derivadas, a pesar de tantas transmigraciones y catástrofes, paladinamente demostradas por la arqueología y las crónicas. Su arcaísmo y primitividad indiscutibles no significan troncalidad y primacía en el tiempo, sino inferior desarrollo, mayor barbarie social, como ocurre con el latín en lo tocante al griego, el sardo respecto al toscano, y el lituano para con todos los procedentes del ario. Las formas largas de las raíces aymaras no prueban por sí solas, como creyó Juan Durand, su anterioridad a las pseudo-apócopes quechuas, pues la teoría de la ineludible abreviación radical se halla hoy muy desacreditada con la observación de las indo-europeas y en especial las romances.

Para mí el aymara no es un protoquechua, sino un consanguíneo suyo, retrasado e invasor, como en habla y costumbre lo fueron los germanos en las tierras latinas durante la primera Edad Media de Europa. Su procedencia del Sudoeste, y en época relativamente próxima, se demuestra con los textos de los historiadores y en especial con los de las *Relaciones Geográficas*. Por éstas vemos que los collas de Cochabamba, de Yauyos y de Quito fueron modernas colonias, *mitimaes* de los incas; y que los collaguas en Caylloma representan la última etapa de la conquista colla en Canchis y Canas, natural camino para quienes se habían apoderado del Collao. Y por Garcilaso,

1 *Posición Histórica de los Aymaras en el Antiguo Perú.*— Conf. en la Soc. Geo. de la Paz, XVIII Congr. de Am. 1910. (Bol. de la Of. de Est. II., Nos. 58-60).

Cieza y otros se induce que la semiaymarización chanca del valle de Andahuaylas no remonta sino a los tiempos de la segunda dinastía incaica, pues fue contemporánea de Inca Roja, y traía camino del poniente, partiendo de las punas de Choclococha y de Chuquibamba de Condesuyos, confinantes con las ya sojuzgadas comarcas de Lucanas, Cabana y Caylloma; y que los aymarismos de huancas, huánucos y chachapoyas provienen del éxodo de los chancas bajo el Inca Huiracocha.

El arrinconamiento de los quechuas, estrechados al Sur por los collas y al Oeste por los chancas —parientes de los collas, y que fueron como el ala izquierda movediza y más rápida de su tremenda invasión— se descubre palmaria aunque inconscientemente en los relatos de Garcilaso. Por eso admito, de acuerdo con el Dr. Urteaga y como de la mayor verosimilitud, que es infiltraran gentes, clanes, usos y nombres aymaras, en tan revueltos tiempos, hasta las márgenes del Apurímac y del Huilcamayo, perturbando o desalojando parcialmente la civilización de la "muy antigua nación quechua", según la llama Cieza. Esta colonización o contaminación aymara ha debido de producir cierta variación en los ritos fúnebres, como lo insinué arriba, por más que el enterrar en cuclillas estuvo muy difundido en todas las regiones y épocas del Perú autóctono, hasta en las primitivas culturas costeñas. También la invasión puede invocarse para las semejanzas de algunas ruinas del Urubamba, como Písaj, con el estilo de las chulpas; y para cierta onomástica de tribus y localidades cuzqueñas. Mas en todo esto, y muy particularmente en las etimologías, hay que ir con gran parsimonia y prudencia, a fin de no caer en las clamorosas exageraciones de los aymaristas. Yo no creo ni siquiera que los canchis y canas fueran por entero de raza colla, sino quechua-aymaras, o sea poblaciones mixtas, influídas y domeñadas por los conquistadores del Collao. Su toponimia, sus tra-

diciones relativas a la huída de los *huiracochas* de vestidos anchos, y la arrogancia y dureza advenidizas de sus curacas, notadas por Cieza (*Crónica del Perú*, Caps. XCVII y XCVIII), así parecen confirmarlo.

En cuanto a los *laris*, *pojes* y *huallas*, precursores de los ayllos incaicos en el asiento del Cuzco, no tengo por tan indudable que sus denominaciones sean aymaras; y me corrobora en la conjetura de que pudieran ser de lengua quechua, la opinión de Luis Valcárcel[2], que es, con Urteaga y conmigo, dicidido y razonado partidario de la tesis del paleo-quechuísmo tiahuanaquense o megalítico, apenas columbrada y bosquejada por Angrand.

Para la explicación del nombre Manco no hay porqué acudir cerradamente al aymara, cuando la raíz *mallcu*, que el mismo Middendorf reconoce en calidad de primordial, existe en quechua con levísima e insignificante diferencia, y a mayor abundamiento con acepción duplicada, pues significa, ya polluelo de ave, ya una hierba, como el totemismo lo exige, siendo sabido que hay totemes animales y vegetales. Además, *malju* significa, por metáfora, adolescente, mozo, en sinonimia con *huayna*. Consta que el ídolo particular de Manco era un pájaro apellidado *inti*, y que el famoso adoratorio de Huanacauri se cifraba en una piedra representativa de uno de los hermanos Ayares y en íntima relación con el culto antropomorfo de Huiracocha del Collao. Precisamente junto al cerro de Huanacauri se reverenciaba el lugar de Huiracocha-cancha.

Estoy de perfecto acuerdo con el Profesor Urteaga en la efectiva existencia e histórica personalidad de Manco. No hay que hacer caso alguno de las denegaciones de González de la Rosa, infundadas y caprichosas como su-

---

2 Valcárcel me asegura que en genuino quechua *lari-lari* significa gente sin gobierno; *poke* o *poje*, primerizos o poco desarrollados, y en esto tiene como sinónimo la raíz *kolla* que quiere decir lo mismo; y *hualla*, fundador u originario; etimologías luminosas para el quechuismo del Cuzco primitivo.

yas. Con las Informaciones del Virrey Toledo quedó archiprobado que el relato de los cuatro Ayares no es un *mito*, sino una *leyenda*, con sólido y copioso fundamento real. Manco no es una figura imaginaria, no es *epónimo* en el sentido de ficticio, porque hubo un caudillo vencedor en la emigración y rivalidad de los cuatro clanes (hacia mediados del siglo XI de la Era Cristiana); y su nombre se preceptuó como individual, con vástagos agrupados en cofradía o *panaca* genealógica, igual a las de los monarcas posteriores, y con culto privado, semejante al de éstos, limitado a su ayllu peculiar, acomodado a un héroe o progenitor anténtico, y no el público o general, como habría correspondido a una advocación solar o a un númen naturalista.

No entraré en sutilizar sobre los ayllos incaicos, como lo hacen con innegable competencia los eruditos Latcham, Valcárcel y Urteaga. Sólo diré que dichos ayllos me parecen del todo agnaticios, o sea atentos meramente a la descendencia varonil y para nada a la uterina. Lo mismo ocurre con todos los linajes quechuas; y los vestigios del matriarcado o promiscuidad primitiva se hallan más bien entre los aymaras, cuya lengua posee términos sobreabundantes para la filiación y parentela femeninas. En vista de los explícitos textos de la información ordenada en el Cuzco el 4 de Enero de 1572 por el Virrey D. Francisco de Toledo, creo inobjetable la identificación de los Allcahuizas con la tribu de Ayar Uchu, y probabilísima la de los Sahuasiray y Antasáyaj con los otros dos restantes ayares. La osada negativa de Uhle sobre el primer punto (*Origen de los Incas*, Congreso de Americanistas de Buenos Aires) no sirve sino para demostrar su aceleramiento y ofuscación en la materia.

El quechuísmo de los incas y su procedencia del Titijaja, en alto grado significativa para la teoría que sustento, constituyen, mal que le pese a Uhle, dos tesis irre-

fragables e indisolubles. La *lengua secreta* o privativa de los incas, de que habla Garcilaso (*Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro VII, cap I), existió indudablemente; pero jamás escribió ni imaginó Garcilaso que fuera aymara. Es ésta una falsa suposición del desaprensivo Middendorf, desbaratada con el estudio de Markham, y los textos concordantes del Padre Cobo y Santillán. El P. Cobo supo, de labios de D. Alonso Túpac Atau, descendiente de los últimos soberanos, que el idioma secreto incaico no era sino el dialecto de la región solariega de Pacaritambo, en la actual provincia de Paruro; y el Oidor D. Hernando de Santillán, en el párrafo segundo de su célebre relación, afirma que la lengua particular y natural de aquel lugar de Pacaritambo era quechua. No existe, pues, la menor incertidumbre: el peculiar idioma incaico en realidad fue, como tenía lógicamente que ser, la variedad dialectal quechua del lugar originario de las cuatro tribus o Ayar. Dichas cuatros tribus representaban el núcleo de los orejones o *incas*, y tales clanes en su conjunto, unidos a los primitivos confederados, y todos ellos quechuas, componían los llamados *incas de privilegio* descritos por Garcilaso, casta superior consanguínea, milicia especial, nobleza conquistadora y hereditaria, que gobernaba el Tahuantinsuyo. Siendo quechuas todos los incas, hasta los de inferior grado, y estando demostrado hasta la saciedad, por un centenar de autoridades cuando menos, que los incas de Pacaritambo y sus congéneres, como los cahuinas, provenían del Collao, parece superfluo insistir en evidenciar aún más que el Collao estuvo un tiempo habitado por los quechuas.

Los primeros sucesores de Manco, los dinastas *hurincuzcos*, fueron de ordinario los jefes electivos o *sinchis* de una confederación quechua considerable y dilatada. No me guío ciertamente por el solo Garcilaso. Según las Infor-

maciones de Vaca de Castro [3], Sinchi Roja señoreaba hasta el valle de Andahuaylas y la raya de Vilcanota, en Canas y Canchis; y Cápac Yupanqui, el último *hurincuzco* reinante, penetró por el Oeste hasta Vilcas, los Soras y Parinacochas, y por el Sur hasta Paucarcolla, no lejos del moderno Puno. El mismo Cápac Yupanqui fue para Cieza el conquistador de Cuntisuyo y recibió en alianza y federación a los amenazados quechuas de Andahuaylas. Las tradiciones recogidas por Juan Santa Cruz Pachacuti nos muestran de igual modo a este Cápac Yupanqui en relación constante con Tonopa y la religión del dios Huiracocha, procedente del Titijaja, con los curacas del Asillo y Orurillo en Canchis y Canas, y hasta con los huancas y jaujas. Hubo de perecer, según otros relatos, en el antiguo palacio de los *hurincuzcos*, llamado después Inticancha o Coricancha, asesinado a causa de los celos que entre sus vasallos y confederados de Cuntisuyo despertaba la proyectada expedición contra Hatuncolla.

Nacida de esta conjuración, la segunda dinastía, o sea la de los *hanancuzcos*, debió de tener principios difíciles, y perder bajo Inca Roja muchos de los dominios e influencias que ya los últimos hurincuzcos habían adquirido. El retroceso y la forzada inacción externa se odvierten en las palabras de Sarmiento de Gamboa y Santa Cruz Pachacuti, y en las valiosas *Informaciones* de Vaca de Castro [4]. Ondegardo se limita a hacer constar que cuatro siglos atrás de 1570 los incas no poseían (sin duda con dominio directo) más que el valle del Cuzco, desde Yucay a Jaquijahuana. He insistido, desde hace mucho tiempo en llamar la atención sobre un texto del P. Cobo (Libro XII, cap. XI), que aclara las contradicciones relativas a las campañas de los primeros incas.

3 Colección Urteaga, tomo III de la Segunda Serie, págs. 12 y 13.
4 Ob. cit. de la Colec. Urteaga, pág. 14.

Acoge el Dr. Urteaga mi restitución al Inca Huiracocha del rechazo de la invasión chanca en el Cuzco; y conmigo reconoce la abdicación de Yáhuar, su derrotado padre, contra el trastrueque y aplazamiento a la generación posterior, que presentan los cantares aprovechados por Cieza y Betanzos. Las circunstancias de esta guerra contra los chancas, parientes de los collas, encajan y convienen con los títulos y renombres de ambos monarcas, citados ambos, y con la restauración y reflorescencia entonces del tradicional y decaído culto de Huiracocha. Me complace que igualmente adopte el Dr. Urteaga mi parecer sobre el breve reinado de Amaru Yupanqui, del cual hay rastros en tantos cronistas.

En cuanto a la progenie materna de Atahualpa, descartados los ilusorios *chiris* del P. Velasco, después de la certera crítica de Jijón, quedan en pie, a favor del nacimiento de aquel Inca de madre forastera y quiteña, las terminantes palabras de las *Informaciones* de Vaca de Castro [5], las de la *Destruición* de Molina, y las de Gómara, Zárate y Pedro Pizarro, a más de Garcilaso. El hecho es en sí muy verosímil, a lo menos. Huayna Cápac tuvo concubinas alienígenas procedentes del Norte, y sin duda quechuízadas desde más de una generación, pues en Sarmiento y otros se lee que este emperador nació en Tomebamba, y que sus conquistas de Quito fueron mera recuperación y debelación de súbditos alzados. Véase cómo el razonamiento de Cieza contra el origen extranjero de Atahualpa, sustentado de manera esencial en lo reciente de la adquisición de Quito, se rebate con el testimonio de Sarmiento, por mucho que éste también crea concubina incaica a la madre de Atahualpa.

El árbol genealógico de la página 175 y el Apéndice A, que reproduce una disertación de Llano-Zapata,

5 Ob. cit. de la Colec. Urteaga, pág. 26.

describen la hoy extinta descendencia principal de Huayna Cápac por la línea de Sayri Túpac. No juzgo inútil añadir algunas particularidades, tomadas de Bethencourt y otras varias fuentes.

La ilustre mestiza, única nieta del Inca Sayri Túpac, Doña María de Loyola, sobrina de San Ignacio y primera Marquesa de Santiago de Oropesa en el valle de Yucay, tuvo de su matrimonio con D. Juan Enríquez de Borja, caballero de la Orden de Santiago y segundogénito de las grandes casas de Gandía y Alcañices [6], no menos de ocho hijos, casi todos nacidos en el Perú. El mayor, llamado D. Juan Enríquez de Almansa, fue, andando el tiempo, segundo Marqués de Santiago de Oropesa y octavo Marqués de Alcañices, Comendador Mayor de Calatrava. Nació en Lima el 29 de Diciembre de 1615; y fue bautizado por el Arzobispo D. Bartolomé de Lobo Guerrero, y apadrinado por su tío el Virrey Príncipe de Esquilache. Casó dos veces. La primera con Doña Ana de la Cueva, hija del séptimo Duque de Alburquerque y hermana del Virrey del Perú Conde de Castellar, de la cual tuvo a Ana, la novena Marquesa de Alcañices, que casó con el Duque de Híjar, antes Conde de Belchite, sin descendencia. La segunda vez casó D. Juan Enríquez, el Marqués octavo de Alcañices, con Doña Juana de Velasco Folch de Cardona y Guzmán, hija del Condestable, Duque de Frías; y de este matrimonio, que es el expresado en la tabla de la página 175, procedieron Doña Teresa Enríquez de Almansa y Velasco, Marquesa de Alcañices y Oropesa de Yucay, esposa de D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, Duque de Medina de Rioseco y último Almirante de Castilla, el

6 Estos sucesivos matrimonios de las dos generaciones de las últimas llamadas *cuyas*, que impresionaron mucho y parecieron simbólicos, hasta por el inmediato parentesco de los maridos con los dos célebres santos jesuítas, se conmemoraron en varias pinturas. Una existe en la iglesia de la Compañía del Cuzco; y otra en la sacristía de Copacabana de Lima, beaterio de indias nobles fundado por las hijas de los curacas del Collao y Yungay.

que murió emigrado en Lisboa cuando la guerra de Sucesión y sin dejar posteridad; y su hermana legítima y entera, Doña Francisca Enríquez de Almansa y Velasco, mujer del Marqués de Bedmar, que tampoco tuvo hijos.

De los siete hermanos menores del referido Marqués de Alcañices y de Santiago de Oropesa, D. Juan Enríquez de Almansa y Loyola, Pariente Mayor de los Incas del Perú, el segundo, D. Antonio, que nació en Yucay y fue caballero de Calatrava, murió mozo y soltero; D. Diego, limeño, falleció también joven y sin haber contraído matrimono; D. Alvaro, igualmente nacido en Lima, el 31 de Enero de 1619, fue caballero de la Orden de Santiago, y hacia 1639 era bachiller en Cánones y estudiaba como Capellán en el Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca; tres mujeres entraron monjas Comendadoras en Santa Cruz de Valladolid; y la última, Doña Francisca, Dama de la Reina Doña Mariana, casó en Madrid el año de 1664 con el muy noble desterrado portugués D. Luis de Meneses, Marqués de Penalba y Conde de Tauroca, y falleció en breve, al año siguiente, sin haber logrado sucesión.

Extinguida así la línea primogénita de Borja y Loyola, quedaron, de la sangre real de Huayna Cápac, fuera de los del Cuzco, en España y en Lima los vástagos de la Princesa Doña Inés. La progenie de sus bastardos con D. Francisco Pizarro está representada en España por los actuales Marqueses de Albayda y de la Conquista. La de sus hijos legítimos con el Conquistador Francisco de Ampuero, recordada en la nota 9 de la página 168, poseyó en Lima el cuantioso mayorazgo cuyas casas principales estaban en la esquina de las calles de Espaderos y Jesús Nazareno; y cuya descendencia, por Valverde, pasó a los Vásquez de Velasco, Condes de las Lagunas.

Conforme tales ejemplos y otros mil lo acreditan, la fusión de ambas razas, comenzando por sus más encum-

brados representantes, se hizo desde los principios en el Perú sin dificultad ni repugnancia alguna. Pudo el español ser cruel, pero no despreciativo y excluyente por sistema, como lo fue el anglo-sajón en la América del Norte. Nunca sintió el castellano por la sangre india el invencible desvió que a la sazón experimentaba por la judía y la mora. El catolicismo fervoroso disipó en los conquistadores todos los prejuicios contra tan sumisos neófitos. Por eso la colonización hispana produjo de veras pueblos nuevos y mestizos, que no representan una reproducción simplificada y agigantada de Europa, como ocurre con la América Inglesa, sino un experimento de aleación étnica, audaz, lento y laborioso, pero interesantísimo. Hemos pagado con tropiezos, atrasos y dicterios la generosidad y alteza del intento. Los puros blancos, sin ninguna excepción, tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje, derivada del ambiente, de las tradiciones, y de nuestra propia reflexiva voluntad de asimilación. Dos herencias, a la par sagradas, integran nuestro acervo espiritual; y si presentan sendos defectos, ofrecen también correspondientes virtudes y antídotos. Renegar de cualquiera de ellas, sería torpe y menguado.

Peca la tradición incaica por sus tendencias socialistas y despóticas, cuyos deprimentes resultados analiza con tanta maestría el contemporáneo Baudin. Es la menos liberal y democrática de las dos, por más que duela a la mayoría de sus panegeristas: su idal fue el orden, el método, la disciplina y la jerarquía. Estriba en ella nuestra mancomunidad con las repúblicas andinas y particularmente con Bolivia.

La española adoleció con frecuencia de desarreglo y anarquía incoercibles, aun bajo el régimen de la concentración monárquica autocrática; pero su nobleza, excelencias y evidentes beneficios superaron con extremo sus culpas y sus errores. En ella y sólo en ella radica nues-

tra confraternidad latino-americana, que de otro modo estaría desprovista de todo alcance, medula y sentido, y en ella radica igualmente nuestra comunidad con Europa, pues privados de su savia ancestral nos reduciríamos a desdichados imitadores, ajenos siervos y raquíticos expósitos.

Aunque mestizos de sangre o de espíritu, o precisamente por serlo, no carecen los peruanos de esclarecida historia, de honrosa legitimidad, y de generosos y rancios orígenes. Y como el solar es doble, indo-español, y en calidad de tal lo acatamos y veneramos; como la conquista española fue un hecho definitivo, *irreversible*, hágase lo que se quiera y pésele a quien le pesare, y determinó la mistión casi perfecta y a menudo indiscernible de ambos pueblos; como los blancos nos sentimos en todo peruanos de alma, y en nada nos parecemos a los inasimilibles barones bálticos, predicar odios y exclusivismo de raza es en el Perú tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. Excitar pretensas reivindicaciones cerrada y meramente indígenas, no puede significar entre nosotros sino un frenesí de inconcientes o un señuelo de logreros. La convivencia, entrecruzamiento y mezcla de diferentes razas ha constituído dondequiera, y muy especialmente en nuestro país, el proceso esencial de la civilización. El repudio de los sucesivos colonizadores llevaría en buena lógica a quedarse con el primitivo salvajismo antropófago.

En la página 31 de su libro, expone el Dr. Urteaga, con mucho tino y precisión, que los hombres, al abandonar la vida errante y pasar de hordas a clanes, reemplazan progresivamente la solidaridad de sangre con la del territorio común. Entonces aparece la noción de patria. El absoluto predominio del instinto racial es la antítesis y negación de la nacionalidad, la regresión a un nivel, no ya bárbaro, sino salvaje y totémico.

Porque la obra del Dr. Urteaga y los importantes documentos que publica, componen la mejor refutación de tales extravíos e inculcan con eficacia el patriotismo verdadero, que es la aceptación y el amor de la herencia completa de nuestros antepasados, le tributo mi efusivo aplauso y mi más cordial enhorabuena.

VII

CIVILIZACION TRADICIONAL PERUANA. EPOCA PREHISPANICA

El más importante estudio de este Tomo lo constituye el Curso universitario de 14 lecciones dictado por Riva-Agüero en la Facultad de Letras de la Universidad Católica al iniciarse el año académico de 1937.

Con el título de Civilización Tradicional Peruana *fueron publicándose las versiones taquigráficas de las lecciones de Riva-Agüero en la* Revista de la Universidad Católica: *T. V, Año VI, Lima, julio de 1937, Nº 33, pp. (271)-306, Lecciones I, II, III; agosto de 1937, Nº 34, pp. (410) - 437, Lecciones IV y V; octubre de 1937, Nº 36, pp. (611)-664, Lecciones VI, VII, VIII, IX y X; noviembre de 1937, Nº 37, pp. (703) - 761, Lecciones XI, XII, XII y XIV. Al finalizar el mismo año, como sobretiros reunidos de la* RUC *y con título ampliado, las lecciones tomaron forma de libro; la ficha bibliográfica es la siguiente: José de la Riva-Agüero,* Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispánica, *Lima, (Talleres Gráficos de la Editorial Lumen), 1937. 175 pp.*

Fragmentos de estas lecciones se reprodujeron en La Patria, *de Chiclayo, el 28 de julio de 1937, pp. 9 y 11; y en José Jacinto Rada,* Perú: fuente de la cultura americana, *Buenos Aires, Linari y Cía., 1942, pp. 19, 23 y 29.*

La presente versión de las Lecciones de 1937 es la definitiva, pues, como hemos hecho en los tomos anteriores de estas Obras Completas, *recoge los añadidos o enmiendas efectuadas de puño y letra del propio Riva-Agüero sobre cuatro ejemplares de los números de la* Revista de la Universidad Católica *en que se publicaron sus clases y sobre un ejemplar del libro en que ellas se reunieron. Señalamos con números romanos las variantes y las explicamos en notas al final de este estudio.*

Diecinueve años antes, en mayo de 1918, Riva-Agüero dictó un curso similar en la Facultad de Letras de San Marcos y dentro de la asignatura de Historia Crítica del Perú. En el Archivo Central Domingo Angulo de la Universidad de San Marcos, S. I. Est. XIII, Sección de la Facultad de Letras, Libro de lecciones de catedráticos (Lima), 1917 -1918, T. 303, pp. 117, 122, 127, 133, y 134, aparece la firma de Riva-Agüero junto a los temas de sus lecciones. Ese temario, que puede compararse al de 1337, es el siguiente: Fuentes e importancia de la historia incaica (15 de mayo de 1918); Origen de los Incas, su inmigración y establecimiento en el valle del Cuzco.— Leyenda de Manco (20 de mayo); Dinastías de Hurincuzco y Hanancuzco.— Conquistas de los primeros Incas.— Invasión de los Chancas y consolidación del Imperio (24 de mayo); Di-

nastía de Hanancuzco (Continuación, 29 de mayo); Ultimos reinados.— Extensión de los conquistas incaicas (31 de mayo).

La Crónica, *de Lima, del 16 de mayo de 1918 publicó la reseña de la primera de estas lecciones sobre las fuentes de la historia incaica. En* La Prensa, *de Lima, del 9 de junio de 1918, se publica la carta de agradecimiento de Riva-Agüero al Dr. Lizardo Alzamora Silva por sus congratulaciones con motivo del curso universitario dictado por el catedrático de Historia Crítica del Perú. El mismo diario, el 7 de julio de 1918, p. 6 da cuenta del agasajo ofrecido a Riva-Agüero por los alumnos del 2º año de la Facultad de Letras y asistentes a su curso sobre historia incaica y de los discursos pronunciados en nombre de los oferentes por D. Alfredo Herrera y, en respuesta, por el propio Riva-Agüero. Similar reseña aparece en* La Crónica, *Lima, 7 de julio de 1918, pp. 5 y 6.*

SUMARIO

I

ORIGENES DE LAS CULTURAS AMERICANAS Y EN PARTICULAR DE LAS PERUANAS PRIMITIVAS

HE aceptado la reiterada e instante invitación del Rector y del Consejo de esta Universidad Católica para dictar la cátedra especial de historia de la civilización peruana, porque creo que mi modesta labor puede ser útil al divulgar ciertos resultados de la investigación propia o ajena, y rectificar algunas ideas. Me es muy grato enseñar en esta aula, antigua sala de estudios de mis años de adolescencia, junto al sitio de la carpeta en que comencé a aficionarme a las disciplinas históricas, que han sido mi vocación verdadera, que nunca he descuidado por completo y a cuyo cultivo vuelvo en ambiente propicio, con la serenidad que da la madurez. Querría que mis lecciones no fueran de muerta erudición, sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio. Bien necesitados estamos de retemplar y robustecer el patriotismo. Sin él, sin vigoroso sen-

timiento nacional, nada se hace: los mismos productos intelectuales carecen de lozanía y colorido. Pero este empeño de intensificar y acendrar el alma patria exige en mi concepto indispensablemente el culto de la verdad, la más escrupulosa exactitud, porque el patriotismo duradero no se alimenta con ilusiones infantiles ni con errores confutables, los cuales, muy al contrario, suelen provocar quiebras, desalientos mortales y escarmientos dolorosísimos. Sobre la exageración o la mentira nada sólido se edifica. Por eso procuraré atender, con la mayor claridad y precisión, a la veracidad de los testimonios y la realidad de las situaciones; y no a halagar vanidades, y defender prejuicios popularizados y vocingleros.

Para concluír con estos tediosos pero necesarios prólogos, explicaré el sentido del título *Civilización tradicional del Perú*. No faltará quien repute anticuado el término de *civilización* y prefiera el reciente de *cultura*. La inconsiderada repetición de esta palabra y de sus derivados *cultural* y *culturizar*, con que a diario nos menudean los mismos que ignoran la significación y proyecciones del movimiento etnológico, ha llegado a tal extremo que produce saciedad intolerable. Pero no sólo es el hastío del vocablo prodigado, lo que determina mi elección del substituto, sino la mayor amplitud en la acepción del segundo. En efecto, los ecos de la escuela de Graebner y Frobenius, difundidos por Spengler, han aplicado la denominación de *culturas* a todas las formas e instituciones sociales, aún a las más simples y rudimentarias. No extraña por eso hoy que arqueólogos e historiadores hablen con singular énfasis de las culturas de sacrificios humanos y cabezas cortadas como trofeos y usadas como vasos, y hasta de culturas antropófagas. Uno de ellos denomina *cultura adquisitiva* a la que se limita a la caza y la pesca, que es el ínfimo grado del salvajismo. Al paso que el término *cultura*, por generalizarse, ha descendido tanto, el de *civilización* se re-

serva, particularmente por Spengler, con cierto tono despectivo del cual no quiero participar, para el estado final de los procesos sociales, en que diversas culturas vienen a sumarse y a componer el sincretismo de los últimos períodos. Nadie ha de negar que tal es desde larga fecha la situación del mundo contemporáneo; y que desde mucho antes fue la del Perú en sucesivas épocas, como intento probarlo, remontándome a la colonial y a la incaica, la cual representó a su modo la síntesis final en que las culturas andinas vineron a desembocar y remansarse. De allí que yo prefiera, por exigencia lógica, la designación adecuada a las resultantes superiores de todo nuestro proceso histórico, que compondrán el principal objeto de mis cursos. Podemos definir, en terminología contemporánea y usual, la *cultura* como el conjunto correlativo y la interdependencia de las formas sociales originarias dentro de un grupo humano; y la *civilización*, como el conjunto de las formas sociales complejas, ya heredadas, ya inventadas reflexivamente, ya copiadas de grupos extranjeros. Las culturas peruanas son *complejas*, muy compuestas, y desde antiguo tendieron a la *civilización*, que en terminología de Spengler significa el estado casi senil, plenario del proceso histórico (I). Apartamos de esta manera la superflua vegetación metafísica y aun mística con que se encubren tales conceptos. Aplicaremos el término exacto de etnología a la ciencia que estudia los orígenes sociales, las agrupaciones primitivas, en la prehistoria y la protohistoria, y en los actuales salvajes y bárbaros; y reservaremos el de civilización para procesos adelantados y supremos, a que dedicaré naturalmente la mayor parte de mi enseñanza de historia peruana, pues lo prehistórico se limita a las presentes lecciones preliminares. El término de *culturología*, que para el examen de aquellas culturas algunos expositores emplean, me parece tan híbrido y presutuoso como el de la hoy desacreditada *sociología*. Cuanto de la etnología

rebasa, por superior y reciente, queda incluído en la historia de la civilización, tema propio y adecuado de esta cátedra.

Los hechos sociales son productos de factores de tres distintas clases: físicos o geográficos, étnicos o raciales, y psicológicos o propiamente sociales. Los dos primeros se estudian en la geografía antropológica y en la antropología, y tienen el carácter de necesarios y mecánicos. Los psicológicos ponen de manifiesto la espontaneidad y libertad humanas, abren posibilidades de novedad mucho mayores y han de estudiarse descriptivamente, no pudiendo sus leyes versar sino sobre la mera probabilidad y las frecuencias en grandes conjuntos, con líneas harto más grandes y flexibles que en lo físico y en lo fisiológico. Por esto nos distinguimos de los fatalistas, que sostienen, desde Montesquieu hasta Taine y la escuela de los caracteres locales, el determinismo del medio físico, y de los racistas, como el Conde de Gobineau y sus discípulos del nacismo alemán, que defienden la decisiva influencia de la raza. El hombre domina el medio; y la civilización puede prevalecer sobre la filiación biológica y la sangre.

Pero como nadie ha de negar el poderoso peso de las condiciones geográficas, principiaremos por estudiarlas brevemente: las del continente americano en general y las especiales del Perú. Observando el mapa, descubrimos que América se presenta, en sus rasgos generales, como una repetición simplificada y disminuída del Continente Antiguo. La América del Norte reproduce en escala menor la suma de Asia y Europa. Tiene de la primera las vastas llanuras y la extensión maciza, de la segunda el articulado de costas y de golfos. La semejanza en este punto es tal que las salientes de la península ibérica y de la Bretaña francesa parecen desgajadas de las costas meridionales de Estados Unidos y de Méjico, lo cual se explica si recordamos la teoría de Wegener sobre la coalescencia o anti-

gua unión de los continentes en las anteriores edades geológicas. Nuestra América del Sur ofrece, en el relieve avanzado del litoral brasileño, la correspondencia casi perfecta con el Golfo de Guinea, del cual hubo de desprenderse según la mencionada teoría. La América del Sur es una hermana menor del Africa, adelgazada y atenuada, pero como ella redondeada, compacta y monótona. Prendida como ella por un itsmo al continente mayor, del que en muchas cosas de su flora, fauna e historia depende, América del Sur es semejante al Africa en minas, bosques y mesetas, menor en lagos y desiertos, y mayor en ríos. Tiene aún más probada inferioridad respecto de la América del Norte, porque no posee la dentellada variedad de sus penínsulas y mares interiores, que tanto contribuyen a la vivacidad de las comunicaciones marítimas. Las Antillas componen una especie de gran Mediterráneo, aunque es cierto que por primeros navegantes y piratas ha tenido este continente americano a los arahuacos y caribes, y luego a los bucaneros, en vez de los fenicios y los griegos, lo que es ya notable diferencia. En sus manifestaciones naturales y hasta en los sociales, América del Norte, es una réplica y una simplificación de Europa; y esto que en Historia Natural y costumbres se aplica a la América Septentrional, conviene, en el paralelo propuesto, a la del Sur. Lo que nos salva de la monotonía es la cordillera de los Andes. La altura, en América, principalmente en la tropical, produce la diversidad de climas y de tipos sociales.

La raza indígena es ciertamente una en ambas Américas, como lo admira y pondera el americanista alemán Dr. Carlos Troll. Es ella mongoloide, según lo demuestra la uniforme extensión de la mancha mongólica en los recién nacidos; pero ha de considerarse como la rama pobre, olvidada y antiquísima, que se desprendió de los mongoles de Asia, pues los nuevos experimentos sobre la composición de los grupos sanguíneos en la especie humana

prueban lo remoto de su separación y lo completo de su aislamiento en las épocas prehistóricas, en todo el dilatado lapso que ha debido requerir la formación de tales grupos sanguíneos. Por ellos, los más próximos a los americanos resultan los habitantes de las islas de Sacalín y de Formosa, y los de las Carolinas y Nueva Guinea. De aquí que el único verosímil mestizaje precolombino sea el melanesio y polinesio, indicado por este camino insular, y defendido por Rivet y otros muchos con abundantes argumentos antropológicos y filológicos. ¿Cuando penetraron en América estos mongoloides mezclados con oceánicos?. Desacreditadas hoy en la ciencia las teorías poligenistas, claro es que proceden del Asia. Indirectamente, hasta los oceánicos de Rivet y los del tipo de Lagoa Santa; directamente, los más por el estrecho de Behring, que subsistió hasta el presente período geológico, y por la cadena de las islas Aleutinas, como lo ha demostrado Hrdlicka, cuyos últimos y definitivos hallazgos en Alaska son del año pasado. Verdad (II) que han podido en muy apartadas épocas venir también por la vía del Este, por Groenlandia e Islandia, unidas a la Tierra del Labrador, a las islas Feroe y a Escandinavia por fragmentos continentales desaparecidos a fines del cuaternario; o por una capa muy compacta de hielo, como la sostienen los arqueólogos daneses, y en particular Kaj Birket Smith (III) para con los esquimales, cuya lengua aparece de origen asiático pero cuyo arte en América, reproducción hasta en la plástica rupestre del cuaternario magdaleniense europeo, es mucho más antiguo de lo que pensaba el arqueólogo francés Déchelette, según se ha patentizado con investigaciones y descubrimientos modernísimos. Todo esto nos lleva a aceptar la existencia del hombre cuaternario en América, contra el cual no hay objeción ni escrúpulo de carácter religioso. Además, la desmesurada y fantástica antigüedad de los períodos glaciares y del género humano, en que tanto insistían los antropólogos

de la época evolucionista y sus vulgarizadores como Le Bon, se ha reducido hoy considerablemente, porque se fundaba en deducciones astronómicas y geológicas arbitrarias. Ya en la edad cuaternaria superior podían estar diferenciadas las razas, aunque ocuparan zonas muy distintas de las actuales, conforme lo acepta Mortillet al considerar a los mongoloides esquimales como la primera colonización que nos vino de Europa. Así lo probó el Dr. Capitán (IV). Aun refutadas definitivamente las ambiciosas hipótesis de Ameghino y convencidos de falsos ciertos descubrimientos del hombre fósil, verbigracia el de los cráneos de Colorado en los Estados Unidos, quedan otros casos en ambas Américas, en los que, si los cráneos no están siempre identificados como cuaternarios, lo están a no dudar instrumentos humanos de piedra tallada según tipos primitivos, incluso el aquelense. En el Brasil los *Botocudos*, y en la Tierra del Fuego los Yámanas y Onas están hoy mismo (con sus escasos y aislados sobrevivientes), en la edad paleolítica *musteriense*. El aquelarse y el musteriense corresponden a los tipos Tasmanios y del Bumerang (Fueginos, Chaqueños, Patagones) (V). Ni faltan en algunos hallazgos restos humanos que parecen identificarse con el tipo de Neanderthal. Pero hay que advertir que las épocas paleontológicas no coinciden en el antiguo y nuevo continente; y como el paisaje amazónico evoca en muchos aspectos el mundo terciario, así también faunas muy atrasadas parecen haber perdurado en ambas Américas hasta épocas recientes. Tal ha ocurrido en las pampas argentinas. Los indios algonquinos de los Estados Unidos recordaban en sus cuentos al mamut, y el elefante se halla dibujado en grandes túmulos de la misma región. Es que América, continente nuevo por tantas razones, ha resultado con frecuencia el refugio de lo arcaico. La industria paleolítica que en Europa está a milenios de extraordinaria profundidad, aparece casi contigua en América con

yacimientos modernos, como en Africa y Taltal. Cuando rememoramos estas supervivencias paleontológicas y paleolíticas, cuando recordamos después que el descubrimiento en el siglo XVI de Méjico y del Perú sorprendió a los grandes imperios indígenas en plena edad del bronce, y reparamos en la mentalidad ingenuamente liberal y democrática que domina todavía en nuestros actuales círculos superiores, sospechamos que el destino perdurable de América es ser el continente tardío, apegado a las formas que el Antiguo superó.

El área geográfica del Perú, que se identifica con su área cultural antigua, no se limita al cuadro territorial de la presente República. Comprende cuando menos todo el Alto Perú o Bolivia, idéntico al Perú Bajo en clima y orografía, y aun se extiende, como a regiones aledañas, a la sierra del Ecuador, hasta Pasto, y las nacientes del Cauca, a la porción andina del Noroeste argentino y a la mayor parte de Chile, hasta más allá del Maule. Estas que llamo regiones aledañas y que fueron campos de extensión de los sucesivos imperios de Tiahuanaco y de los Incas, tienen ya particularidades climáticas diferentes por el régimen de lluvias, que es mucho más abundante en el Norte del Perú y Quito y en el valle central chileno; pero participan de la naturaleza peruana por los esenciales factores de los Andes y de la corriente de Humboldt. Estos dos elementos geográficos son los ejes naturales del Perú. Si substancialmente Méjico es una meseta que desciende hacia el Norte, Colombia y Venezuela respectivamente las cuencas del Magdalena y del Orinoco, Chile una costa, y el Río de la Plata es la pampa, el Perú histórico es la cordillera cuyo litoral enfría la corriente polar de Humboldt. De ambos elementos nos vienen todas nuestras características territoriales, la esterilidad y el refrigerio del clima, la riqueza minera, la escasez agrícola y la dificultad de comunicaciones, la economía y el paisaje, las líneas

capitales de la historia antigua y de la presente; y en cuanto no ha alcanzado a corregirlo el hombre, todo el bien y todo el mal. La indudable influencia moral del paisaje es por lo común entre nosotros deprimente, en las diversas zonas. La humedad y las tinieblas verdes de las florestas orientales agobian la acción humana, la cual ni en la época indígena ni en la española del Virreinato ha podido dominarlas, por no poseer aún los recursos de que la civilización contemporánea dispone. Advirtamos sin embargo que la cadena de los Andes, por su inclinación y la corriente de su ríos, mira hacia la región amazónica. Es declive tan imperioso y tendencia tan irresistible que ya produjo en las edades indígenas y en la colonial, expediciones y campos de expansión muy notables para las deficiencias de entonces. Los valles de la Costa son oasis medianos, que parecen trozos de Egipto desarticulados, verdaderas islas, rodeadas por el mar y las arenas, y en que las frecuentes brumas roban por largos meses la alegría del sol. Pero la fresca templanza del clima los hace mucho menos enervantes de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévola. La mayor parte de las islas tropicales producen mayor enervación que nuestros valles de la Costa. En las partes más elevadas de la Sierra puede distinguirse, como lo hace Troll, la puna del páramo, bastante más lluvioso; pero en las dos regiones la tristeza y la desolación son infinitas, entre los pajonales amarillentos, bajo los nevados y el azul del invierno, o las nieblas del verano y las terribles heladas nocturnas. La altura andina predispone el ánimo a la frialdad, la lentitud y la melancólica resignación.

Nuestros indigenistas van demasiado lejos cuando pretenden que eran las punas las comarcas más propias para el nacimiento y la difusión de las primeras culturas. Han podido serlo, por esfuerzo extraordinario del hombre, y

por el perfeccionado cultivo de la papa y la domesticación del llama; pero cuando menos los obstáculos naturales igualaban y contrabalanceaban las ventajas. Es cierto que ocurre con frecuencia en la historia ser las regiones agrias, quebradas y difíciles, focos de culturas primitivas e intensas, centros de dispersión de pueblos. Tal ha sucedido con el Himalaya y el Pamir, y con los Alpes y los Pirineos. Son regiones prolíficas, a pesar de su esterilidad natural; y no impiden la emigración y la difusión de culturas. Pero una cosa es la mera posibilidad y otra la efectividad del origen de las nuestras en la Sierra.

Se ha hecho gran estrépito con ciertos resultados de las excavaciones de nuestro gran arqueólogo Tello, para invalidar los que su maestro el Dr. Uhle, indudable fundador de la arqueología peruana, estableció a principios de este siglo. El descubrimiento de las ruinas preincaicas de Nepeña, que parece ser una colonia o filial del andino Chavín, ha dado lugar para que aceleradamente se declare de manera dogmática la procedencia cronológica de las culturas serranas, porque en Nepeña el estrato del estilo de Chavín aparece más hondo que el clasificado como protochimú. Pero es que Uhle no afirma, por lo menos en sus escritos recientes y definitivos, que la cultura protochimú sea la más antigua, ni siquiera coetánea con la protonazca y protolima. Quedarían, pues, refutados el profesor Kroeber o el Dr. Doering, los cuales quizá admiten aquella contemporaneidad; pero de ninguna manera Uhle, que la niega. Para este sabio excavador, tan perito en diferenciar las capas superpuestas, la cultura protonazca no sólo se presenta como la primera después del primitivo salvajismo, constatado desde Supe, Ancón y Chorrillos hasta Arica y Taltal, sino que dicha cultura protonazca, que aparece sin antecedentes locales, como una importación extranjera, influye a su vez en Chavín después de haber engendrado la protolima en este valle, cuyas dilataciones

hacia la Sierra se han comprobado por otros en Canta. A mayor abundamiento, en Chavín se hallan adornos y símbolos marinos, que demuestran su derivación de esta cultura primera costeña; y entre las andinas, la de Recuay, clasificada por Tello como anterior a Chavín, tiene alfarería que se descubre en el estrato último del templo bajo de Pachacámac. Los protonazcas no conocían de los metales sino el oro. En la primera capa de Paracas, o sea en las tumbas de Cerro Colorado, confiesa Tello que no hay plata ni cobre. ¿Cómo puede, pues, ser posterior a Chavín ni a los arcaicos enterramientos de Huaylas y Sipa, en que se presentan objetos de estos metales? El orden de su empleo es en Europa y América el mismo: el uso exclusivo del oro antecede a la elaboración del cobre; y la plata en estas regiones del Perú debe de haber sido usada con posterioridad, según los minuciosos estudios de Rivet. Las ya mencionadas sepulturas de Cerro Colorado muestran un tipo muy arcaico, y lo mismo puede decirse de la plástica esteatopigia, o sea representación de mujeres obesas, que corresponde al paleolítico y al neolítico primitivo dondequiera. Por último hay una prueba real que me parece contundente. En las excavaciones practicadas hacia 1925 ó 26 en las cercanías de Lima y en las huacas de Maranga y Aramburú por los arqueólogos Kroeber y Jijón, se han identificado dos capas sucesivas del protolima, separadas por un basural formado en largo tiempo. Pues bien, la capa más honda del protolima no presenta ninguna influencia serrana, ningún resto de Recuay ni de otra alfarería andina; y en cambio ofrece, con las semillas de maíz y frejoles, pruebas de los abundantes recursos agrícolas del valle entonces, contra las alegaciones de los arqueólogos autóctonos o indigenistas. También se descubrió una gran balsa de totora, que demuestra lo extendido de la navegación, y la posibilidad de inmigraciones y de comunicación con valles lejanos. Fue en el segundo estrato

del protolima donde apareció la influencia serrana, cuya difusión por consiguiente, en estos valles centrales de la Costa, hay que declarar posterior, si queremos atenernos a lo que la arqueología ha patentizado. Son tres arqueólogos extranjeros: uno alemán, otro estadounidense y el otro ecuatoriano, los que atestiguan contra las ofuscaciones étnicas o regionales. En nada invalida esta esencial constatación el hecho de descubrir la influencia Chavín en el protochimú, que siempre se ha reputado por los más seguros arqueólogos como subsiguiente, ya que el mismo Chavín tiene, según lo dijimos, reflejos de influencias marítimas; ni menos que haya en Chincha, en capas posteriores, alafrería de influjo serrano, porque la alegación es inoficiosa. Lo que en Ancón y Pucusana advierte Tello de andino, si está bien interpretado, no hace tampoco al caso, pues en ambas estaciones, que significan superposiciones seculares, hay restos de todas las épocas.

Entre la Costa y la Sierra, la ley es el ritmo alternado de acciones y reacciones; pero en el caso concreto de las primeras culturas, la iniciación parece haber correspondido a las marítimas, en este eterno maridaje de la región del mar y la de los Andes, porque así lo dicen hasta hoy los más ciertos hallazgos arqueológicos. Dicha precedencia se corrobora con lo que sabemos de la difusión de las culturas centroamericanas y de la generación por ellas de Chavín y Tiahuanaco según explícitamente lo diré en la lección inmediata, al objetar la teoría de Dieseldorff sobre la prodigiosa antigüedad y precedencia primordial del arte tiahuanaquense. Pero antes de pasar a ese punto, explicaré, como deducción y resumen de esta primera lección, que la importancia natural de Lima y de la Costa queda de relieve con el examen del período arqueológico primitivo. La Costa, aunque menor en extensión y población que el macizo andino, ha tenido en nuestra historia, desde los primeros y más ne-

bulosos tiempos, un papel importantísimo de iniciativa e innovación, y Lima en particular uno de síntesis entre el elemento costeño y el andino, y entre los distintos estilos de la Costa; todo lo cual parecía indicarla ya, desde esta alba indecisa de la prehistoria, para su carácter de capital en el Virreinato y en la República. La cerámica de Nievería es la conjunción de la nazqueña pictórica y la chimú escultórica. Los santuarios de Pachacámac y de Limatambo, en las cercanías limeñas, fueron magnos centros de atracción para todo el Perú prehispano; y su influencia sólo cede al de Tiahuanaco, cuyo origen y constructores hemos de indagar el próximo día. El foco céntrico de Lima no es así una improvisación de la Conquista, no ha sido una puerta de escape, como tan desatinadamente lo van repetiendo la obcecación sectaria y la frivolidad periodística; pues los inmigrantes que en todas las épocas arribaron por el litoral, y se establecieron aquí y en los otros valles, no vinieron para regresarse huyendo, sino que se quedaron, importando un permantente influjo y dejando avecinados a sus hijos.

El Perú todo es un país de sicretismo y síntesis, en que las diversas regiones se compenetran y en que las razas se mezclan, como desde los remotos tiempos que estudiamos se entremezclaron los braquicéfalos americanos del Pacífico con los dolicocéfalos de la región atlántida, de que ha resultado la mesaticefalia andina muy visible en el Cuzco (según se ve por las observaciones craneométricas que hizo el Dr. Lorena), no rara tampoco en nuestra Costa, donde Uhle lo observado numerosas casos de dolicocefalia en los más antiguos cementerios de Moche, Nazca e Ica. El Perú, desde el principio de su vida, tiende a la armonía y a la fusión; pero, como toda América, necesita un estímulo externo para la fértil diversificación con que esa armonía se realiza, que significa el avance de su cultura. Tal es la primera consecuencia que deducimos del estudio de sus más remotos comienzos.

II

ORIGENES DE LA CULTURA DE TIAHUANACO

En mi anterior lección llegué hasta el imperio de Tiahuanaco, la más importante de las culturas serranas preincaicas. Hoy me dedicaré a explicar sus orígenes, a exponer y discutir las diversas teorías que sobre ellos se han propuesto.

Hace ya 25 años, en 1912, visité las ruinas de Tiahuanaco. Tiahuanaco está hoy a 3 leguas (15 Kilómetros) de las orillas del lago Titijaja. El lago Titijaja tiene 35 leguas de largo y 15 de ancho (Décadas de Herrera) (VI). Son grandiosos dólmenes y menhires, explanadas y pilastras, que no es de dudar pertenicieran a templos y palacios, estatuas monolíticas y una gran escalinata de arenisca roja, que excavó la misión francesa de Courty y del Marqués de Crequi. Las construcciones forman dos grupos principales, el llamado de la Acapana y el de Pumapuncu. Con facilidad se advierte, según lo han notado casi todos los viajeros, que han quedado inconclusas, interrumpidas por algún suceso violento: enormes bloques tallados permanecen lejos del lugar a que se destinaban. También es visible la diferencia de estilos, aunque pueden muy bien ser los más graduales efectos de una contínua evolución, prescindiendo por ahora de las chulpas aymaras y del palacio incaico en que nació Manco II, el hijo de Huayna Cápac. Ciertas estatuas son naturalistas, y otras muy simbólicas y estilizadas. La comarca es una puna inclemente, altísima, a más de 3,800 metros sobre el nivel del mar. Verdad que en Europa y Asia los hombres primitivos, los paleolíticos, habitaron en ocasiones a 2,000 metros de altura, lo que en aquella zona equivale y aun supera a la destemplanza del altiplano tropical. Ha de observarse además que en los remotos tiempos a que esas edificaciones corresponden, la

meseta del lago Titijaja tuvo que ofrecer temperatura menos rigurosa: el régimen de lluvias en toda la región era entonces mejor, y el Desaguadero, más caudaloso que ahora, comunicaba, no sólo con el Aullagas, muy disminuído de profundidad en la época presente, sino con otros lagos y pantanos del Sur, hoy mermados o desaparecidos por la progresiva sequedad de la comarca. Hacia el desierto y la puna de Atacama, se han convertido en *salares* hórridos y frigidísimos los que hace varios siglos hubieron de ser estanques y ricos pastales. Las desoladas provincias de Oruro, Carangas y Uyun, pudieron, en las obolidas condiciones climatéricas que apunto, ser la natural expansión pastoril y agrícola de aquel extraño imperio. Por otra parte, la comarca del Norte, ribereña del lago, que conserva el nombre tradicional del Collao, no carece hoy mismo de notables ventajas, que la hacen pobladísima. Es tierra muy llana, la planicie más extensa del Perú andino, y por consiguiente propicia para el pastoreo de las llamas. Es la región originaria del cultivo de la papa y la quinua, principales bases de la alimentación del indio. Las islas del lago, que tienen innegable importancia y extensión, logran los beneficios del clima marítimo; y por su temple, benigno en relación con las punas de tierra adentro, son muy apreciadas para sembríos, y en ellas se coge hasta maíz, que no se obtiene en el litoral del contorno. Esas islas fueron santuarios tan venerados y antiguos como Tiahuanaco, habitados de preferencia por los míticos *huiracochas*, fundadores del imperio. No era éste, como creyó Baudin, una excepción de la ley que quiere que las primeras culturas sean plantas marítimas, nacidas a la orilla de grandes ríos de mares interiores; porque verdadero mar interior es el Titijaja, y Tiahuanaco floreció en la región lacustre, del propio modo que las culturas de Méjico provinieron de los lagos de Michoacán y crecieron en los del valle central de Anáhuac, y las centroamericanas se origi-

naron, como lo puntualizaré después, junto a los grandes lagos de Nicaragua y Managua, y los menores de Guatemala. Ya he dicho en la lección anterior que nuestras primitivas culturas, las protoides, fueron las de los valles costeños.

Sorprende también en Tiahuanaco la ausencia de casas o viviendas particulares, proporcionados a templos y palacios tan ingentes. Se descubren algunas subterráneas, sin duda habrá otras más; pero no corresponden a la entidad y extensión de los edificios públicos. Fue, según todas las conjeturas, una capital teocrática, un centro de ritos y sacrificios; pero la población civil estable, en caso de ser numerosa, ocuparía efímeras cabañas de barro, que no han dejado huellas, como ocurre en los mayores centros mayas y como hubo de ser la capital política y guerrera, coetánea o inmediatamente posterior a Tiahuanaco, Hutuncolla o Paucarcolla. Dicha suposición se ha adoptado por varios autores, atribuyéndosela a otros.

No es de admirar que la antigüedad de las ruinas de Tiahuanaco inspire muy diversos sistemas, temerarios y estupendos algunos. Se ha popularizado el de Posnansky, arqueólogo polaco avecindado en La Paz, quien les asigna la prodigiosa antigüedad de más de diez mil años; y explica su destrucción por inundaciones y catástrofes geológicas, a mi ver muy improbables. Sin llegar a tales fantasías, émulas de la hipérbole cronológica de los brahmanes, o de los mandarines chinos para sus dinastías primeras, el muy docto astrónomo y arqueólogo alemán Ervin Paul Dieseldorff, a quien ya me he referido en la lección pasada, les concede cuando menos cuatro mil años de antigüedad, apoyándose en cálculos sobre la observación de las revoluciones sinódicas de los planetas, que ha advertido en Copán y cuyo origen sitúa en los obeliscos tiahuanaquenses. Según esto, habría que remontar la fundación de Tiahuanco a la edad en que comenzaban las

emigraciones de los arios en Europa. Joyce, sin aceptar tal cronología, reputa la cultura Tiahuanaco el foco originario de las demás peruanas, y así defiende su aborigenismo. A primera vista estos sistemas lisonjean la vanidad lugareña; mas, a poco que se medite, topamos con sus dificultades, que en mi criterio llegan a imposibilidades, y reparamos igualmente en que entrañarían, de ser ciertos, la más completa inferioridad de la eficacia cultural indígena, por la monotonía y apatía monstruosas que tan remota antigüedad supone. Los uros de Ancoaqui y de Chipaya, y los desaparecidos ochozumas de Chucuito, han sido siempre indios por extremo bárbaros, ignorantes de la agricultura y de todas las artes más esenciales; y según sus tradiciones y la constatación de los mejores etnólogos, han precedido a la ciudad de Tiahuanaco, de cuya fundación y cuya destrucción fueron inmóviles testigos. Todavía cuentan ellos mismos, a pesar de su rudeza incomparable, que los de su raza fueron sacrificados para enterrarlos en los cimientos de aquellos edificios, según costumbre en efecto general entre las naciones bárbaras de la América prehispana. Los uros se declaran restos de un mundo antiquísimo, que pereció antes de la ruina de Tiahuanaco. Si es así, como parece, no haber logrado en tantos milenios, civilizarlos, es prueba de la escasa fuerza y comunicabilidad de aquella cultura; y si esto, aunque difícilmente, puede explicarse con la bestialidad y obstinación proverbiales de los uros, mantenidas en tan larga sucesión de siglos, todavía es más extraño que las evidentes invenciones de Tiahuanaco, cuales son el cobre, y hasta el bronce en sus postrimerías, por la aleación con el estaño, y el utensilio sencillísimo del peine, no llegaran a los protonazcas, que no vivían por cierto muy lejos de Tiahuanaco, que no trabajaron sino el oro y que no alcanzaron conocimiento de los peines hasta períodos muy posteriores. ¿Qué antigüedad en tal caso habría que conceder a estas cul-

turas primeras de la Costa? De otro lado, un centro muchas veces milenario, como se pretende haber sido Tiahuanaco, lo natural es que irradie en otros centros menores hacia toda la periferia, o por lo menos en áreas homogéneas y accesibles. Para los indios del Altiplano y de las sierras andinas, por condiciones de clima y terreno, tenían que ser preferentes las del Sur, hacia Charcas y el Noroeste argentino , o sea el antiguo reino de Tujma que los Incas con tanta facilidad colonizaron después. Cierto que Tiahuanaco dilató su influencia en tal sentido, preferentemente (notémoslo ya) en las comarcas quechuas de Cochabamba y Mizque, donde Nordenskiold ha patentizado sus huellas. Pero son reflejos tardíos, de su edad de decadencia; y fuera de unas problemáticas murallas de Jaconta Palayani, que dice Posnansky haber descubierto en una isla de los lagos al sur del Desaguadero y unas esculturas antropomorfas y de felinos en el Pueblo de Belén, muy al Norte de Oruro (VII), no hay en la esfera meridional de Tiahuanaco en lo explorado hasta hoy, nada que pueda considerarse como su imagen o progenie monumental, ni grandes ciudades, ni considerables edificios aislados. Por el contrario, hacia el Norte el camino es contínuo, y está clarísimo: Pucará del Collao, el Huari de la región ayacuchana, que Cieza describe bajo el nombre del Huiñaque, la parte preincaica de Huánuco el Viejo, Chavín de Huántar, las otras acrópolis del Callejón de Huaylas, y Huamachuco, Cuélap junto a Luya, y ya en el Ecuador, las ciudades exhumadas por Uhle y Jijón en Cuenca, el Azuay, Ambato, Tunacahuán, y más allá, los conocidos monolitos de San Agustín en el Magdalena y los demás vestigios chibchas. Todo ello nos encamina a Centro América, aun cuando fuera a pesar nuestro: a la tierra de los mayas y de los toltecas fugitivos, en que desde Angrand hasta Uhle los mayores arqueólogos señalan el foco de difusión de la cultura megalítica americana. Desde 1926, Kroeber asegu-

raba ser la zona más arcaica en el interior del Perú el camino del Norte, e indicaba la línea que las excavaciones de Uhle en Cuenca han venido a confirmar.

Si Tiahuanaco ha sido el punto primordial de donde se originaron los períodos arcaicos mayas y mejicanos, y si por otra parte Tiahuanaco conoció y empleó el cobre, ¿Cómo lo ignoran aquellos primitivos períodos de Méjico y Centro América? ¿Cómo no llevaron allá los tiahuanacos la papa y la quinua, ni la coca, que sólo tarde y de manera superfecial llegó a Nicaragua, ni el llama, la insubstituíble bestia de carga de nuestros imperios andinos? Y repárese en que el llama y sus congéneres provinieron en anteriores períodos de la América del Norte, donde ha descubierto a sus antepasados salvajes el mismo antropólogo Kroeber. Pretenden Uhle y otros que en la gran portada de Tiahuanaco hay signos jeroglíficos. No los vemos incontrovertibles: pero no es improbable que sean en efecto anotaciones astronómicas, como los glifos mayas, entre las filas de cóndores y figuras humanas de dicha portada. Siendo verdad hoy averiguada perfectamente que las primeras inscripciones de ciudades mayas no anteceden en mucho a la era cristiana, y que antes no se conoció allí la escritura jeroglífica, si Tiahuanaco fuera el antepasado remoto de esas capitales habría que suponer que, en el camino hacia el Norte, su raza olvidó o dejó perderse un cúmulo de invenciones importantísimas. No es racional aceptar tan inverosímil desmedro o tal fenómeno de amnesia, comparable al que el buen Montesinos atribuye a los príncipes vecinos del Cuzco, que olvidaron por una invasión sus compromisos matrimoniales, y luego dócilmente abandonaron las letras de sus jeroglíficos y sus *quilcas*. Por último, la técnica de Tiahuanaco, más o menos debilitada y bastardeada, ha arribado a períodos no lejanos del imperio incaico, pues hasta el mismo Uhle confiesa que de esa alfarería tiahuanaquense combinada con la geométrica

nació el genuino estilo incaico de los aríbalos, y así lo comprueba uno conservado en el Cuzco. ¡Qué tremenda esterilidad y monotonía si Tiahuanaco ha durado tres o más milenios, y sus vástagos no han hecho más que repetir y adelgazar tan inmutable herencia!

En los tiempos de Tschudi y de Pi Margall, hacia 1880 ó 90, podía negarse o ponerse en tela de juicio la profunda analogía entre Tiahuanaco y las edades arcaicas de Méjico y Centro América. Hoy infinitos descubrimientos la evidencian. El mismo inglés Joyce ha exhumado, en la ciudad de Lubaantum (Honduras Británica), el año de 1926, escaleras megalíticas parecidísimas a las puestas de manifiesto en Tiahuanaco. Este aparejo megalítico, que es el más hondo de los monumentos de Beliza, aclara con inusitada luz los orígenes de Tiahuanaco y de Chavín.

Pero lo más irrebatible, para determinar la cuna de las culturas americanas, es la ubicación del maíz silvestre, cuyo cultivo constituyó el soporte de la vida indígena. Antes se creía que el *teosinte* azteca, cuyo exacto nombre botánico es *euchloena*, se hallaba sobre todo en Méjico. Investigaciones contemporáneas, de 1932 y 1935, realizadas por botanistas norteamericanos, han concretado que la zona nativa del *teosinte* está en las alturas occidentales de Guatemala, desde Huehuetenango, fronterizo con la república de Méjico, hasta Jutiapa, colindante con la del Salvador. Todo esto nos acerca mucho a los lagos de Nicaragua, en que existen las estatuas monolíticas semejantes a las tiahuanaquenses. El cronista mejicano Luis de Alba Ixtlilxóchitl, parelelo a nuestro Garcilaso, con quien comparte méritos y defectos, tradiciones útiles y vacíos, adolece, como todos los escritores leyendarios, de estrechez y cortedad en el horizonte histórico, y por los olvidos de lo muy antiguo, inevitables en pueblos bárbaros, hace arrancar el cultivo del maíz en su partia, no más que del siglo XII de nuestra era, o sea del segundo imperio

de Cholula, coetáneo, más o menos, de la caída de Tiahuanaco y la primera emigración de nuestros Incas. Sabemos hoy que aquella tan modesta antigüedad, reconocida por Ixtlitxóchitl y Torquemada, es en extremo deficiente y diminuta: el cultivo del maíz en Centro América y su difusión en todo el continente del Sur, han tenido que requerir muchos siglos y se remontan a varios bien anteriores a la era cristiana. En consecuencia, queda refutado Spinden, que sobre la pretendida introducción del maíz por los nahuas, asentaba el carácter primordial atribuído a esta raza. Descartados los nahuas por demasiado modernos, ¿cuáles serán los iniciadores de la cultura americana? ¿Los mayas, como quiere Uhle, o los chipanecas, a que se inclinan Lothrop y el mejicano Gamio? Este arqueólogo descubrió, el año de 1910 en el valle central de Méjico (algún tiempo más tarde que los esenciales hallazgos de Uhle en nuestra costa), las tres capas o estratos definidos que ponen al cabo fuera de toda duda la superposición de los tres períodos en la historia mejicana: sobre el reciente indígena azteca, el del imperio de Teotihuacán, que corresponde al tolteca, reivindicado de las negaciones de Briton y de las de Seler, que muy luego se desdijo de ellas; y por fin el último estrato, el de la cultura arcaica, cuyo esclarecimiento para el de los orígenes de la nuestra peruana nos interesa grandemente. El antropólogo Vaillant de Nueva York ha dilucidado en estos años, con toda precisión, que dicha época arcaica en Méjico resulta ya un compuesto de varias culturas primitivas, y que de ella no se derivan las centroamricanas, al parecer colaterales o antecesoras suyas. Hénos así de nuevo proyectados hacia la América Central propiamente dicha, al buscar el punto de partida de las primeras inmigraciones civilizadores del Perú. Las estatuas monolíticas de hombres coronados por felinos y serpientes, que hemos dicho hallarse en los lagos de Nicaragua y asemejarse a las de Tiahuanaco, se

difunden desde las islas y riberas de aquellos lagos hasta las cercanías de Copán en Honduras por el Norte y hasta el territorio de Costa Rica por el Sur. En Talamanca y otros lugares, se hallan figuras de este género, con cocodrilos estilizados (ver Jijón). Aquí están los orígenes del dios Huiracocha (VIII). Y aún podrían rastrearse en Guatemala y en los confines de Panamá. Han sido estudiadas, a partir de mediados del XIX, por, Squier, el mismo que recorrió el Perú, y luego por Karl Bovallius y el mencionado Lothrop. Los postreros arqueólogos convienen en que han debido de ser sus constructores los chiapanecas, pueblo teocrático y muy inteligente, establecido hoy en el estado mejicano de Chiapas, pero cuyas raíces centroamericanas, atestiguadas por sus próximos congéneres chorotegas y cholutecos de Honduras (bahía Amapala), se perciben por un texto del cronista dominicano de Guatemala en el siglo XVII, el Padre Antonio de Remesal, quien los dice oriundos de Nicaragua. De este modo se va aclarando el embrollado asunto de los orígenes. En el remoto pasado de Centro América se han sucedido las hegemonías de *chiapanecas o chorotegas* (que poblaron hasta el golfo de Nicoya en Costa Rica), de los *premayas*, iniciadores de la cultura que en este siglo han revelado todos sus secretos, y de los primeros *nahuas*, que, a consecuencia de sus antiguos imperios septentrionales diseminaron sus colonias lingüísticas desde los *pipeles* de Guatemala y El Salvador hasta los *siguas* en el itsmo panameño. Nos vamos acercando mucho a nuestra área cultural. Con todos los enumerados, han convivido en varias épocas tribus de la nación chibcha, que de este lado del itsmo han poblado Colombia, el norte del Ecuador con los *caras* y buena parte de la costa del Perú con los *chimús*. Pero ya las semejanzas de la técnica y la lengua de los chimús pertenecen a época posterior, como lo apuntaré en las lecciones siguientes. Por ahora, lo que importa retener es la antiquísima

expansión de los chorotegas, estudiada por Spinden y resumida claramente por Jijón. Quizá el arqueólogo ecuatoriano multiplica demasiado las invasiones, aunque hay holgado sitio para ellas en los dilatados siglos de esta prehistoria. El camino de los inmigrantes está en todo caso manifiesto. En Centro América se ven el signo escalonado, las grecas y meandros, la arquitectura megalítica de pilastras, columnas y estatuas, que muchos creyeron peculiar de Tiahuanaco y que reaparece en Chavín. No es desmesurada la distancia del sur de Costa Rica, extremo del área chorotega, con los *mangues* de Nicoya, a los monolitos chibchas análogos de San Agustín en las nacientes del Magdalena, y de allí a Manabí y al Azuay, en costa y sierra ecuatorianas respectivamente, y a nuestro Callejón de Huaylas, precursor indudable de Tiahuanaco. Según la acertada cronología de Jijón, a quien para este asunto me atengo, la expansión chorotega hubo de realizarse trescientos y cuatrocientos años antes de Cristo. Claro que sus repercutesiones directas e indirectas, por el consiguiente reflujo de pueblos, no pudieron llegar sino algunos siglos más tarde al corazón de los Andes peruanos. Agrega Jijón a la chorotega otra expansión anterior, atribuída a la cultura arcaica mejicana, porque sigue la creencia de Spinden de haber sido Méjico el centro del cultivo del maíz. Mas, como me parece exigencia de lógica y de método científico ahorrar los supuestos innecesarios, quedará en tal calidad suprimida aquélla primera, por los estudios de la Institución Carnegie que llevo citados y que establcen el foco centroamericano del maíz, por no rebasar mucho la conocida época de su cultivo los mismos primeros siglos anteriores a nuestra era, concordantes con la difusión de los chiapanecas.

Los mayores indicios actuales concurren en señalar la región centroamericana como el común núcleo de tres culturas divergentes: la maya y la mejicana hacia el Norte,

y la andina hacia el Sur, que a su vez se subdivide en chibcha y peruana. En vista de los datos contemporáneos, no pasa de un prejuicio o espejismo el sistema que deriva todas las culturas de Centro América de las invasiones que bajan de Nuevo Méjico, Utah, Nevada y Colorado. Verdad que los pobladores solían venir de allí en oleadas, por los mismos fenómenos de desecación que observaremos en sentido inverso al tratar de la puna y el desierto de Atacama en Sud América (y además porque hemos reconocido que los indios americanos en gran mayoría provienen de esa ruta del Asia Extrema); pero hay que distinguir *edades*, y sobre todo *pobladores*, de *culturas*. En el continente norte, éstas parecen irradiar de Guatemala y Nicaragua, al paso que de otro lado ascendían a la meseta Anahuác las bárbaras hordas de los destructores septentrionales. Antiguas tradiciones mayas hacen venir del Suroeste a los primeros representantes, y la geología confirma tales datos, porque en épocas anteriores mucha porción de la península del Yucatán hubo de ser inhabitable. Renace con esto la doctrina de la prioridad del Sur, propugnada por Haebler y Bancroft, y confirmada ahora por Walter Lehmann.

La invasión de dichos elementos en Sud América no exige aceptar la conquista inmediata chorotega, que carece de comprobación lingüística. Los trasmisores o mediadores plásticos han podido ser los chibchas, a que pertenecían los güetaros, colindantes en Nicoya con los chorotegas mangues. Es la teoría que, con Uhle defienden Rivet y Jijón (IX). Lo que parece casi seguro es que una raza braquicéfala, próxima pariente de éstos y aquéllos como lo demuestran el fondo común de mitos, artes e instituciones, y el aspecto antropológico, una raza tronco, madre y educadora de quechuas, aymaras y araucanos, ha penetrado en las serranías del Perú trayendo su técnica agrícola y cerámica, cuando comenzaba a difundirse en el litoral la afin

cultura protonazca, también procedente de Centro América. Por todo este análogo substrato se explican las semejanzas con los mayas, en que tanto insiste Uhle; las del idioma mochica con el chibcha o muisca y varios centroamericanos; la eufonía de Naymlap y sus compañeros, en la posterior inmigración marítima a Lambayeque; el culto de Cepocatequill en las serranías de Huamachuco; las coincidencias con las míticas trinidades mayas y nahuas, y mil otros sugestivos rastros.

Cuando esta raza braquicéfala septentrional se propagó en nuestro territorio, así en la Costa como en la Sierra, se hallaban espaciados los uros por ambas regiones. En gran mayoría dolicocéfalos, bestiales sobre toda ponderación, meros cazadores y pescadores, son por la lengua los mismos puquinas, hermanos de los arahuacos del Brasil, que se extendieron desde la Guayana y las Antillas hasta la Florida. Rivet sostiene, y a mi parecer prueba, que provienen del Este amozónico. Avanzaron por la depresión de la cordillera en la cuenca del Marañón; luego ocuparon con el nombre de *changos*, las costas de Tarapacá y las del norte de Chile. De modo que hasta estos miseros uros fueron forasteros e inmigrantes. Los únicos verdaderos indígenas, en el relativismo que impone el origen asiático del hombre americano, los únicos primeros ocupantes inmemoriales, serán los otros dolicocéfalos de estatura alta (al revés de uros y changos, que son muy bajos), los extintos pescadores antropófagos, cuyos vestidos ha hallado Uhle en las cavernas y muladares de nuestro litoral. Tomen debida nota los radicales indigenistas de tan importante hallazgo. Si prevaleciera la absurda doctrina que sólo supone legítimos dueños del territorio a sus autóctonos, si nada importan para la justificada posesión y dominio el largo transcurso de los siglos y los incalculables beneficios acarreados, no sólo el elemento español sería el intruso, sino que lo serían también las antiguas razas braquicéfalas americanas que tra-

jeron la alfarería y el maíz, como nosotros trajimos el hierro y el carro, el trigo y los ganados vacuno y caballar. Los dueños del suelo serían los salvajes antropófagos, más atrasados aún que los uros, comedores de carne cruda y humana, en plena fiereza animal, desprovistos de toda cultura apreciable.

El imperio de Tiahuanaco es, en concepto de la mayoría de los arqueólogos, no el comienzo sino la cumbre a que llegan las culturas del Norte, Recuay, Chavín, Huánuco el Viejo y Huiñaque. Como se desprende de lo arriba expuesto sobre sus antecedentes centroamericanos, no puede asignársele fecha muy anterior a la era cristiana, en que ya florecían las primeras ciudades mayas, sus distantes hermanas primogénitas. Más que a éstas, recuerda en su potente sobriedad el arte colateral mejicano del primitivo Teotihuacán. El tiahuanaquense, con sus conocidas características, penetra en las riberas peruanas del Pacífico, se superpone al protonazca, se halla, no sin trazas de incendio, en las más profundas capas del templo viejo de Pachacámac, y muestra sus artefactos mezclados, con el desorden propio de una invasión, a los del estilo protochimu en las huacas de Moche. Recubre el Ecuador en costa y sierra, por lo menos hasta Manabí y Ambato. No alcanza que sepamos a Pasto. Al sur de Tiahuanaco, sus reflejos se ven en las tierras quechuas de Mizque y en todo el Noroeste argentino, en pleno país calchaquí, donde se descubren en gran cantidad sus signos peculiares: alfarería con adornos escalonados, dragones y serpientes de dos cabezas, pectorales y peines de cobre. Lo propio, aunque en menor grado, ocurre hasta el valle central de Chile; pero, al paso que en las serranías argentinas la penetración de Tiahuanaco se acompaña con toponimias y dialectos quechuas, tan profundos que el arqueólogo Boman ha proclamado la existencia de un imperio quechua preincaico, en Chile coincide con una toponimia clara-

mente aymara (Paposo, Aconcagua, Lampa, Ilave, Malco del Limarí, etc.). Lo mismo que Lafone y Quevedo, Brinton cree análogamente que el calchaquí es un dialecto quechua, vinculado con el araucano. Otros sostienen que el *Jaján* de esas regiones argentinas está emparentado con el aymara. Todo ello conduce a admitir huellas de un *Paleo-quechua* por allí. (X). Esta singular coexistencia y la tradición de invasiones venidas de Coquimbo que persiguen y destierran el culto de Huiracocha y alteran la civilización tiahuanaquense, me ha llevado, desde hace muchos años, a enunciar para la historia de Tiahuanaco, su construcción y destrucción, y el sucederse de los imperios en la meseta del Titijaja, una teoría según la cual la nación quechua precedió a la aymara. Bien se ve con esto que es mi hipótesis la de un imperio *paleoquechua,* y no en manera alguna la atribución a los Incas de aquellos edificios y aquella técnica, proposición que sería disparatadísima, contraria a todos los datos conocidos, si se concibiera en los términos con que me han achacado algunos, en raptos de mala fe o de inexplicable distracción y reblandecimiento. La lengua predominante en la época mayor del primitivo Tiahuanaco no pudo ser jamás la misma quechua incaica, sino una forma muy antigua, de la que ha podido derivarse en parte el propio aymara, y que con aproximación todavía representa el *ájaro* o *cauqui,* dialecto arcaico que hasta hace poco vivía en apartados rincones de Yauyos y Huarochirí. Esta es la tesis, conjuntamente étnica, arqueológica y filológica, que procuraré exponer con alguna mayor amplitud en la lección venidera.

III

LOS TIAHUANACOS Y LOS PRIMITIVOS QUECHUAS

Para averiguar cuál fue la raza predominante en el imperio de Tiahuanaco, conviene reconstruír el mapa lingüístico del Tahuantinsuyu, el de la Sierra especialmente, y distinguir las originales áreas idiomáticas de las aportaciones que el régimen de mitimaes produjo en tiempo de los Incas.

Al oeste del Cuzco se halla la región quechua por excelencia, comprendida entre los ríos Apurímac, Pachachaca y Pampas. Más allá hubo numerosas agrupaciones aymaras, por la invasión de los Chancas; pero la onomástica de Lucanas y Soras es en gran mayoría quechua, y dialectos quechuas se escalonan en las comarcas ayacuchanas y en las *huancas*, de Huancavelica y Huancayo. En los Chocorbos se advertía la presencia de modernos colonos collas, traídos por los Incas. El *cauqui* o *ájaro*, de Huarochirí y Yauyos, confinado en tiempos recientes a los pueblos de Tupe, Huantán y Cachi, junto a Laraos, dista bastante de ser puro aymara, como con manifiesta temeridad lo afirmó Uhle (*Origen de los Incas*, 1910, Congreso de Buenos Aires). En sentir de los más entendidos, como Tello, es un dialecto arcaico, que se acerca al común tronco del quechua y del aymara, y según toda probabilidad inclinándose al primero. Muy revelador aparece este vestigio; pues, por Huaman Poma de Ayala, averiguamos que los ájaros se vestían y peinaban como los incas, representantes de la otra rama paralela del quechuismo. Después comienza el *chinchaysimi* propiamente llamado, que se subdivide cuando menos en el de Cajatambo y en el ancashino (que con mayor corrección debería escribirse ancaxino), el típico de

Huari. Por Cieza (*Crónica* 1ª Parte, cap. 81), comprobamos que en Huamachuco y Cajamarca se hablaba un mismo idioma. Luego hacia el Noreste advertimos la notable variente del *maynas*, y al norte la muy dulcificada del *quiteño*, cuya antigüedad ha despertado polémicas. Sostienen algunos que data sólo de la conquista incaica, y que es desdeñable por errado el texto del Padre Velasco sobre la preexistencia en la comarca de Quito de un lenguaje análogo al del Cuzco. Pero dando de barato el testimonio del Padre Velasco, nos queda el muy valioso y fidedigno de las Informaciones de Vaca de Castro, o sea casi al día siguiente de la conquista español, las que con toda claridad afirman que en la Sierra del Perú, "del Cuzco para abajo (o sea hacia Quito), todas las lenguas son allegadas a la quechua, como la gallega o portuguesa a la castellana". El Padre Valera, que por su época (siglo XVI) alcanza autoridad muy semejante, corrobora la tesis, diciendo que "en la mayor parte del Perú el quechua era casi natural; porque el lenguaje del Cuzco no se diferencia mucho de las más lenguas de aquel imperio". A tales atestados a raíz de la venida de los españoles, conviene agregar el de nuestro contemporáneo Von Bouchwald, tan crudo antiquechuista, y que no obstante advierte y señala íntimas similitudes con el idioma cuzqueño, no ya únicamente en las lenguas de la meseta ecuatoriana, sino en las de su costa y tierras bajas, como son las de los Colorados y Cayapas de Esmeraldas, y las de Babahoyo. Así se explica la facilidad de la quechuización en Quito y sus provincias; porque los muy escasos setenta años del dominio incaico, son del todo deficientes para la producción de dialectos y el arraigo de la toponimia. Consta que el *chinchaysimi* ya existía con variedad dialectal en la época del descubrimiento por Pizarro.

Tschidi repara en que eran lenguas extrañas a la mayoría de la Sierra las llamadas *ahuasimi*, como lo demuestra

su propio nombre, que quiere decir *forasteras*. Por esta y otras razones defiende el quechuísmo preincaico en el Tiahuantinsuyu. Los que lo combaten son, por colosal incoherencia, los mismos que retrasan las grandes anexiones hasta Pachacútej y aún hasta Túpac Yupanqui. Pretende así que la quechuización, con la multiplicidad de sus dialectos, haya nacido y se haya extendido dentro de plazos brevísimos, contra toda verisimilitud y todo precedente.

Iguales argumentos militan para el quechuísmo preincaico en el Alto Perú o Charcas, y en el antiguo reino de Tujma (Tucumán). Al sur del Cuzco, desde más allá de Tinta, irrumpían dialectos aymaras, como los de Canas, Canchis, y Chumbivilcas; pero adviértase que gran parte de esta comarca fue zona bilingüe, de confluencia lingüística y étnica, según es el caso de Chumbivilcas, o de invasión colla relativamente moderna, como en Canchis y Canas, según sus chulpas, inclusive en Calca, y sus curacas extranjeros lo acreditan. Los dialectos quechuas resurgen por el Alto Perú, al este y al sur de Chayanta; y en la cuenca oriental de Titijaja suben a Cojata. El *cochabambino* es un quechua innegable, y lo propio el *calchaquí* en Salta y Catamarca. En el Tucumán el *huilela* se presenta como un híbrido, entretejido de palabras quechuas. En todas esas regiones la onomástica quechua es profundísima. Con la aymara sucede otro tanto; pero en la parte occidental, en el desierto de Atacama y todo Chile, hasta el valle del Mapocho cuando menos. Los arqueólogos Boman, Brinton, Ehrenreich y Lafone Quevedo reconocieron paladinamente la difusión preincaica del quechua por el Tucumán andino, la cual corre siempre parejas con las huellas de Tiahuanaco. No pocos, y yo entre ellos, aceptamos, como acabo de apuntarlo, al oeste de la zona quechua, una zona de aymara de edad muy remota, que baja desde Arequipa y Carangas, Oruro y Tarapacá, hasta Copiapó y el valle central de Chile, no sin discontinuos

avances al este calchaquí, como el probable nombre aymara de la sierra de Ancoquija, al norte de Catamarca, lo confirma (por más que las raíces *anca, ancas, ancu* y *hanco* tengan clarísimos significados en quechua). Ahora bien; cuando en cualquier parte del mundo observamos una lengua circundada, conforme lo está la aymara, por lenguas diferentes de ella y por dialectos de éstas, todos de rama distinta de la primera, deducimos al instante que tal situcación nace de un impulso invasor, de una violenta incursión. Así ocurre con el húngaro, con el serbio, con el rumano, con el idioma maya de los chortis de Guatemala, igual que el de apartados céndalos; y con los pipiles, niguiranos, nahualtecos y siguas, diseminados por Centro-América. Nadie cree hoy que provengan esas islas nahuas de la colonización ordenada por el penúltimo emperador azteca Ahuitzotl, a fines del siglo XV, como ingénuamente lo sostenían Fuentes Guzmán y Juarros (sistema que equivale, en su angustiosa estrechez de tiempo, al de los peruanistas antiquechuas), sino que se atribuyen a inmigraciones toltecas, y en consecuencia harto más antiguas que la postrera dominación indígena, según con toda razón lo expusieron el Padre Torquemada e Ixtlilxóchitl. ¿Por qué se rechaza la hipótesis semejante, cuando se trata del Perú, como si estuviéramos exentos de las leyes generales de la lógica y de la historia?.

El área inmensa que asignan al aymara, para tenerlo por primordial y coincidente con los restos del estilo de Tiahuanaco, no es exacta en lo que atañe a lo preincaico, que escudriñamos ahora; por que las *Relaciones Geográficas* ordenadas por Felipe II declaran que el aymarismo de Tunari en Cochabamba se debe a los mitimaes de los incas, lo propio que el de Chocorbos; y las invasiones collas, coetáneas de la primera dinastía, en Collahuas y Caylloma, y la emigración de Ancohuallu, por Tarma y Huánuco a Chachapoyas, originaron esa difusión del aymara en las

provincias enunciadas, la que por consiguiente no es vetustísima. Así que no hay tal prioridad aymara en ellas.

Los idiomas andinos, y en general los americanos, son todos parientes por la estructura, por la morfología y fonética; todos son *polisintéticos*. Desautorizan el axioma de Von Luschan, a saber, que hay razas aglutinantes, porque toda la americana lo es, y en forma especialísima. La dificultad estriba en precisar la derivación de las voces, para demostrar la filiación o la real hermandad de las lenguas. Lo acelerado de la evolución lingüística en pueblos que carecen de fijeza de textos escritos y que vivieron en gran aislamiento, produjo tal diversidad de formas verbales que aún aquellos muy próximos étnicamente no se entendían ni conservaban radicales comunes. La infinidad de idiomas en cada provincia, y hasta en cada pueblo, causaba el asombro y la desesperación de conquistadores y misioneros. Pero, si bien se mira, entre el aymara y el quechua, no hay ningún hondo abismo, por más que Uhle en un estudio, el más desdichado entre todos los suyos, no haya vacilado en declararlos del todo extraños, ajenos uno a otro, fuera del préstamo extrínseco de algunas palabras. Los demás lingüistas, en inmensa y abrumadora mayoría, reconocen la fraternidad de las dos grandes lenguas andinas. Hay entre ellas correspondencia de vocales, y variación bastante sistemática de consonantes. No se trata de etimologías fortuitas, ni de identidad de sonidos al azar. Por ejemplo:

Castellano	*Quechua*	*Aymara*
mar o lago	cocha	cota
el animal *llama*	llama	caura
cada uno	japa	sapa
mitad	chuapi	taypi
muchacho	huambra	mambra

húmedo	huqui	muqui
calor	rupay	jumppi
ojo	ñahui	nayra o mami
quien	pi	ji
diez	chunca	tunca
honda	huaraca	jorahua
carbón	quillimsa	quillima
aficionarse	munay	munaña
ameno	páucar	pancara
flojo o laxo	huaya o huayaya	jayra
soga	huasca o huashca	ppala
leña	llanta	lahua
llano	pata	laja o taya
perro	allcu	anu.

Y así se puede continuar indefinidamente. Nadie que esté en sus sentidos cabales desconocerá los vínculos entre los dos idiomas. Si es una monstruosidad hacer del quechua un dialecto subordinado del aymara, como algunos (Von Buchwald) lo han estampado, no lo es menor tener a los dos idiomas por del todo ajenos, sin ningún parentesco patente. No llegaremos, con el Padre Cobo, a considerar su hermandad tan íntima como la del español con el italiano. La comparamos a la del hebreo con el árabe, a la del sánscrito con el viejo persa; o, dentro de las conocidas analogías de Europa, a la del latín con el griego, a la del gótico de Ulfilas con el teotisco, y a la del búlgaro con el polaco. Pero llamar al quechua un dialecto aymara es tan disparatado como o sería apellidar el latín un dialecto germánico. Negar el origen común del aymara y del quechua es como negar la comunidad del estirpe entre las lenguas indo-europeas.

Batidos en este terreno los aymaristas, se acogen al argumento de las formas predominantemente largas en el aymara, para deducir su mayor antigüedad y su consiguien-

te precedencia en la evolución de las culturas. Cierto que según los casos arriba citados, el vocablo quechua es a menudo más grave y tiene menos vocales que el aymara: *cúntor*, que es *cóndor* en quechua, da en aymara *cumduri*; el *camaj* y el *páchaj* quechuas, corresponden en aymara a *camaca* y *pataca*. Se puede advertir desde luego que no siempre ocurre así, que a veces la forma quechua retiene letras perdidas en el aymara. Pero lo substancial es que no puede hoy aceptarse en lingüística la precedencia absoluta en el tiempo de las formas largas sobre las cortas, hasta el extremo de tener por lengua madre la que presente palabras o raíces más extensas. El sánscrito, que las ofrece, es hermano pero no progenitor de las demás lenguas arias. Las formas latinas suelen ser más completas o fieles al prototipo que las griegas, sin que esto suponga prioridad de la cultura itálica sobre la helénica. En el viejo alemán o teotisco, *hagl* se hizo *hagal*, y *wagn* se hizo *wagan*, como en nuestro mismo castellano medioeval *host* y *cort* se han convertido en *hueste* y *corte*. Una lengua madre no subsiste viva con las filiales. El latín, como lengua hablada, no coexistió con las romances. Entraña todavía mayor despropósito histórico y mayor imposibilidad lingüística suponer que la pretensa lengua progenitora, en vez de refugiarse en un cantón apartado y olvidado, se mantuviera lozana y popular en la región más principal y céntrica, foco del imperio, atractivo y campo de invasiones comprobadas, como es el caso del aymara en el Collao. Ni siquiera el ájaro, perdido en las serranías de Yauyos, puede ser el común tronco, sino una forma derivada, pero por retrasada más próxima a nuestro hipotético paleoquechua del primer imperio. La antigüedad o arcaísmo del aymara, comparado con el quechua, se explica porque, habiendo sido, en nuestra suposición, una lengua de rama tiahuanaquense pero secundaria y alejada del centro, tiene el carácter arcaico de todos los idiomas bárbaros y

periféricos. No por otra razón retuvo el lituano en plena Edad Media su extraordinaria semejanza con el primogénito sánscrito, tan curiosa y sugestiva. Así también, el dorio es más arcaico y áspero que los otros dialectos helénicos, precisamente por haber sido los dorios los últimos en invadir la Grecia continental. ¿Qué pensaríamos del filólogo halenista que fundándose en los arcaísmos del habla doria supusiera a esta raza de cultura más antigua que a los aqueos homéricos? El quechua se nos presenta más elaborado que el aymara, más rico en palabras y acepciones, y hasta en nombres de parentela paterna, y menos pródigo en sinónimos inútiles y broza primitiva, porque ha servido de vehículo a una cultura más dilatada y que ha conocido mayores vicisitudes que la mayoría, y no porque en el árbol genealógico de los idiomas andinos carezca de perfecta y equidistante colateralidad con éste.

Uno de los más útiles resultados que para la historia produce la comparación de las lenguas, está en los términos que expresan los adelantos culturales. No nos cabe duda que los arios eran pastores y poseían ganado vacuno, porque la palabra sánscrita *gaus* corresponde al *bous* griego y al *bos* latino, lo que demuestra que en el primitivo idioma común existía el nombre. Apliquemos el procedimiento a nuestro caso, por el método inverso. El cobre era conocido y trabajado por los tiahuanaquenses. Los quechuas lo llaman *anta,* pero los aymaras, confundiéndolo con el oro, lo denominan, como a este metal, *jori*. Entonces, ¿cuál fue el pueblo predominante en aquel imperio, el que posee vocablo determinado para su metal favorito o el que lo ignora? Prosigamos el examen. A fines de la época de Tiahuanaco principia en el Altiplano el uso del bronce, por la aleación con el estaño, que es para él *chayanta* o *yurajtiti,* del plomo, que designa como *titi* o *llasa*. El aymara confunde ambos metales dentro del común término *malla*. Los habitadores de Tiahuanaco utilizaban el azufre para

reacciones de metalurgia, y llevaron dichos utensilios hasta las serranías cañaris y quiteñas. El azufre tiene nombre especial en quechua. Se dice *sallinarumi*. No sé que lo tenga en aymara.

La lingüística nos esclarece también el origen racial de las divinidades de esa crepuscular época. No puede aceptarse cierta teoría del siglo XIX, que pretendió despojar a los mitos de todo contenido histórico, limitándolos a reflejos verbales o de fenómenos físicos. En la mentalidad prehistórica y protohistórica, la vida y hechos de un dios y sus emigraciones se confunden con los eventos y alternativas de sus adoradores. El más antiguo númen de la mitología peruana parece Con, que en el relato de Gómara viene del Norte, creando, poblando y civilizando, y que convierte a los rudos y vencidos aborígenes en animales negros. Es la primera advocación que en nuestra Sierra adopta la misma divinidad colonizadora y benefactora de toltecas y mayas, el dios serpiente, que en efecto se llamó entre los mayas Can (Cuqui-cán o Cuculcán). Recordemos el culto a la serpiente o dragón en Chavín y en toda la Costa. Con la fundación y el apogeo de Tiahuanaco, se presenta la segunda advocación, Huiracocha, cuyo rumbo en el Perú, el Ecuador y Cundinamarca, es ahora al revés, de Sur a Norte. Hay algo puramente mítico en este rumbo, pero también la indicación de un hecho difusivo muy real. Huiracocha es sin duda el ídolo supremo de Tiahuanaco. Lo pregonan los monumentos y los primitivos cronistas, en forma muy categórica. Uno de los mejores arqueólogos peruanos, el Dr. Tello (coincidiendo con una antigua conjetura mía de 1906) lo cree el dios del cielo o del viento, representado por el jaguar y el Cóndor. Otros se inclinan a especificarlo como el dragón celeste, el cocodrilo de la tempestad, simbolizado en dichos animales y la serpiente. Puede haber divergencia sobre la primera parte de su nombre, sobre si *huira* es apócope de *huaira*

(viento en quechua) o tiene otra significación más recóndita; pero la segunda parte, *cocha*, que expresa la indisoluble y evidente relación con el lago Titijaja, es a todas luces quechua y no aymara, porque si fuera aymara sería *cota*. Huiracocha tiene además otros títulos rituales, *íllaj, tijsi, pachayacháchij*. Se explican todos cumplidamente por el quechua, y no por el aymara, según de igual modo ocurre, y es muy de notar, con casi todas las religiosas indígenas. No obstante, a los escasos sostenedores del imperio uru-puquina de Tiahuanaco, ya que se hallan tan desprovistos de razones, les daré la buena noticia que *tijsi* significa en esa lengua *muerto* o *difunto*, y vendría a designar a un ascendimiento, algo así como el *ayar* o *mállqui* quechua. En el fondo no lo creo sino una coincidencia insignificante, mientras que el *tejsi* quechua (origen o principio) se aplica de manera muy cabal a la esencia del mito, que es la creación.

Infundadamente se quejaba Tschudi de la carencia de datos leyendarios sobre el imperio tiahuanaquense. Los aymaras no los tienen a lo menos en forma continuada y satisfactoria, no obstante la tan cacareada antigüedad y primogenitura de aquella raza. Los quechuas e incas sí tenían muchos recuerdos pertinentes, como que cifraban el pasado de ese enigmático imperio primordial en toda la larga leyenda de Huiracocha. Según Sarmiento de Gamboa, los incas contaban que Huiracocha residió primero en Pucara (lugar de grandes ruinas de estilo tiahuanaquense) y en las sagradas islas del lago, y que de allí pasó a Tiahuanaco, *donde todos sus hijos tenían una lengua, y eran parientes y vecinos*. Al retirarse Huiracocha, las lenguas se alteraron. De aquí, sin mayor esfuerzos de sagacidad crítica, deduce cualquiera la difusión de los aymaras por Tarapacá, Atacama y Chile, y su apartamiento del tronco lingüista paleoquechua. Porque el nombre de la divinidad suprema para los aymaras no era con peculiaridad

Huiracocha (a ojos vista aprendido de los quechuas), sino *Tahuacapa* o *Arnahuan*. Tales eran sus denominaciones aymaras específicas; y el Padre Las Casas nos refiere que precisamente Huiracocha tuvo un hijo ingrato e infiel, llamado Tahuacapa. El dios lo arrojó hacia el mar, a las orillas del océano, en castigo de sus maldades; pero no murió, sino que regresó, según muchos otros textos de cronistas, para substituír y remedar a Huiracocha. Pocas leyendas podrán hallarse más reveladoras y esotéricas. El mito rasga aquí sus velos.

El dios Huiracocha, blanco y barbudo, dispone la desolación de Tiahuanaco, por la desobediencia de sus habitantes, a quienes convierte en piedras. Se retira hacia el Norte, seguido de sus fieles, vestidos como él de ropas blancas, anchas y largas, de túnicas como las que muestran las estatuas de Tiahuanaco, y como en pleno régimen incaico y quechua las usaban los del ayllu de Tarpuntay, sacerdotes quechuas de Huiracocha y del Sol. Las barbas leyendarias se derivan de la corona que circunda al dios en la portada de la Acapana. En la misma hay un pescado o serpiente, reminiscencia del dragón maya, del Cuculcán que, como Huiracocha, produce los astros. Cuanto a los aymaras o collas, a Cieza le contó Cari Apaza, el curaca aymara de Chucuito, que sus progenitores vinieron desde Coquimbo; y exterminaron en las orillas y las islas del Titijaja a los hombres blancos y barbados, o sea a los huiracochas. En las *Relaciones Geográficas* los aymaras confesaron no ser originarios del Titijaja, sino provenir unos de las punas de Caranga, y otros de la parte oriental en la laguna de Chucuito, lo que parece indicar el camino de Candarave o el de Omate, Carumas y el valle de Tambo, regiones todas esencialmente aymaras. Esto concuerda maravillosamente con el sentido de la emigración, revelada por Cari Apaza. El Yamqui Pachacuti Salcahayhua (por canaycanchis de raza bastante aymara) (XI) confirma dicha

invasión de caris, que bajan del Collao desde las sierras de Potosí, siempre por el mismo camino que viene del Sur, vestidos con ropas angostas o *jállaj pacha*, enemigos de los de ropas anchas o *huiracochas*. Sabe también Pachacuti que el dios Huiracocha de Tiahuanaco maldijo a los collas y a su capital Yamquisupa, dejó asolada la gran ciudad teocrática, por haber petrificado a los tiahuanaquenses, y se retiró hacia el Norte. Tradiciones múltiples señalan Pucara y Cacha —(Cacha está a 18 leguas al Sur del Cuzco, tierra de los Canas) (XII)— como los lugares en que los invasores collas pelearon con los de vestiduras largas, que eran los que retrocedían y a quienes la imaginación popular transfiguró en amazonas, o sean mujeres. El lugar de estos combates contra el curaca aymara Zapana es Chuncara, en tierra de los canas y Ayaviri (Cieza, Segunda Parte, cap. IV). Enojado Huiracocha se retira más al norte de Cachi; se refugia en tierra que siempre ha sido quechua, como es Urcos —(Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco, tierra quechua) (XIII)— y allí le erigen otro gran santuario. Es muy de reparar que en la leyenda se le vea de contínuo bien acogido y adorado por los quechuas, y que infaliblemente aparezcan ahuyentados y exterminados sus servidores por los aymaras. En Santa Cruz de Cahuana, región de los soras, los huiracochas construyen edificios, caminos y templos. Más arriba, en Huiñaque de Ayacucho, hay otros edificios, que Cieza atestigua obra de los mismos huiracochas, con jeroglíficos misteriosos. Subsiste, sin fallar en lo esencial, el triple y significativo paralelismo del idioma quechua, de las tradiciones de Huiracocha y de la penetración del estilo de Tiahuanaco. Si el idioma ha desaperecido o no se arraiga, cuando menos la alfarería tiahuanaquense acompaña las huellas del dios. Tal sucede en la Costa con los yungas de Calango, que adoraban en una roca los pies de Huiracocha. Dándoles razón, la arqueología contemporánea, en el

inmediato valle de Pachacámac, ha descubierto los restos de la alfarería tiahuanaquense. En la región de Quito el dios peregrinante Huiracocha tuvo sus piedras sagradas en la llanura de Callo y a media legua de Ambato, y hacia el Cañar, en Gonzamana. En Cundinamarca el dios Bóchica, en viajes, hechos y hasta nombre tan parecido al quechua Huiracocha, que se presenta como su lógica continuación, no carece de la consabida piedra labrada en Izá. Este vasto repliegue de los tiahuanacos es como una réplica o eco de la huída de Quetzalcoalt, desde Tula a Cholula en el Anáhuac; y de su penetración en el Mayapán yucateca y en Guatemala. Razas hermanas las cuatro, quechuas y muiscas, mayas y nahuas, presentan leyendas y destinos concordantes.

Las diferencias de los aymaras con los quechuas y los antiguos tiahuanacos se ofrecen insalvables y evidentísimas. Los aymaras son mucho más bárbaros, robustos, prolíficos y fieros que los quechuas. Los quechuas y los incas los han considerado siempre como raza lerda e inferior, indómita y temible. (Véase Huaman Poma de Ayala). De las desemejanzas de ambas razas que consigné en escritos anteriores, no tengo que rectificar sino lo tocante a la amplitud toráxica: en vista de modernos exámenes, parece comprobado que el mayor perímetro toráxico toca a los aymaras, lo que demuestra que han vivido largo tiempo en grandes alturas, como son las de Oruro, Potosí, Lípiz y la puna de Atacama. Los collas o aymaras no se vestían con las túnicas de las estatuas de Tiahuanamo, ni éstas presentan la deformación craneana *saytauma*, propia de la raza colla; se entierran en chulpas, colocando a los difuntos en cuclillas, mientras que las necrópolis de Tiahuanaco pertencen a otra manera de enterramiento, el horizontal. La cerámica tiahuanaquense es muy distinta a la geométrica de las chulpas, que los aymaras construyen. Los aymaras deformados craneanos circunferenciales tie-

nen por esta deformación sus semejantes hacia Arica, Pisagua y Antofagasta, precisamente estas regiones, según mi hipótesis, son las de su oriundez (XIV).

Todo este cúmulo de pruebas, tradiciones y conjeturas, que ya hizo a Tschudi adivinar una solución muy próxima a la que expongo, ha llevado hasta al mismo Uhle a aceptar la grande e histórica invasión venida del Sur, única manera de explicar racionalmente la súbdita interrupción de los edificios y estilos de Tiahuanaco. Atribuye esta invasión a los atacameños, cuyos últimos representantes habitan las cercanías de la comarca solariega ubicada en Cari por Cieza. Los atameños llegaron hasta el norte de Cobija a principios del siglo XIX (Ver D'Orbigny) (XV). Si fueran aymaras o progenitores de ellos, la cuestión se resuelve: ya no habría divergencias. Pero su lengua, la *cunza*, no presenta mayores analogías con el quechua ni con el aymara. Apenas hallo, entre muchas disparidades, la raíz atacameña *tócor* o *tócol* (hoyo, hueco, profundo) que corresponde al *chinatoque* aymara y al *tojo* quechua (nicho o alhacena); la de *caichi*, piedra, que se hermana con la *cala* o *tajsi* aymara; y *capur* (grande), que se ajusta al *táquet* aymara, y al *játun* y *jápaj* quechuas. Nada de esto es bastante, ni con mucho, habiendo en lo demás tan numerosas discrepancias. Insisto en que las etimologías aisladas son ineficaces e ilusorias.

Como por otra parte la genuina alfarería de Atacama no es idéntica a la colla-chulpa, y más se relaciona con la de los juríes y diaguitas, y como las toponimias atacameñas expresadas por Uhle se muestran en mucho fantásticas —es risible que declare atacameños los tan españoles nombres de Oquendo y Matute—, no pecará de irrespetuoso e infundado desconfiar de esta su hipótesis, iniciada por Von Buchwald y todavía inciertísima. El parentesco íntimo de atacameños y diaguitas con algunas tribus chilenas aparece muy satisfactoriamente comprobado por D. Ricardo

Latcham (*Elementos indígenas de la raza chilena*, en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, 1912) (XVI). En todo caso, pudo ser la postrera invasión, la última onda de los *caris*, la retaguardia retrasada en varias generaciones o siglos; pero no la intrusión mayor y más catastrófica, la que destruyó Tiahuanaco y exterminó a los huiracochas isleños, referidas por Cieza, pues el apellido Cari ha de ser designación quechua o aymara, harto mejor que atacameña, por el significado ostensible. La más verosímil es que en el momento de la ruina de Tiahuanaco, período de gran confusión y transmigraciones de pueblos, el aridecido lugar que desocuparon los aymaras, lo tomaron estos atacameños venidos del S. E., al propio tiempo que los araucanos bajaban de allí y de Copiapó al centro de Chile. De todos modos, los actuales habitantes del Collao, que hablan la lengua aymara, resultan hasta para Uhle, en buena parte siquiera, progenie de una invasión bárbara, de la que destruyó el imperio de Tiahuanaco. La repentina desaparición de éste ante la acometida de invasores feroces, se corrobora por el pasmo que acreditan las escasas tradiciones aymaras, confesión clamorosa de la ignorancia de los inmigrantes acerca de los orígenes y construcción de aquellas gigantescas moles, lo sorpresivo del descubrimiento de estos palacios y portadas por los caris, y la interrupción de las tareas edificadoras. No es razonable atribuír la creación de un imperio a los mismos que no la explican y cuyos jefes confiesan haberlo atacado y aniquilado. Seguir sosteniendo que los aymaras son los constructores de Tiahuanco porque viven desde antiguo en aquella región, aunque sus obras posteriores arquitecturales y cerámicas difieran radicalmente de las tiahuanaquenses, es como si se nos atribuyera a los criollos la edificación de las pirámides de Maranga y de Pachacámac, sólo porque moramos junto a

ellas; a los yanquis, la construcciones de los Moud Gilders; o a los españoles cristianos, la Giralda de Sevilla.

Al paso que la cerámica geométrica aymara reviste aspecto tan distinto de la ornamentación tiahuanaquense, al paso que la arquitectura y enterramientos de las chulpas se apartan de lo megalítico (según es de ver en Sillustani y en las mismas tumbas reconocidamente collas elevadas junto a las ruinas de Tiahuanaco), y que, conformes con el itinerario de los invasores caris, esas chulpas o torres sepulcrales se presentan en los Andes chileno-argentinos (puerto de San Francisco, al sur de la puna de Atacama), (XVII)y se detienen al este del Altiplano, respetando aproximadamente hacia Cochabamba la separación de las lenguas, y reproduciendo en piedra el tipo de la cabaña cónica de barro, general hoy mismo en Oruro y en el Aullagas; para confirmación de todos estos reveladores datos e impugnación del aymarismo, vemos que los incas, cuya raza y lengua quechuas hemos de probar adelante, derivan todo, mitos y tradiciones, arquitectura y alfarería, de la cultura de Tiahuanaco. Es sorprendente cómo, aún el aríbalo, que es lo más característico de la alfarería incaica, cuenta con claros precedentes en Tiahuanaco. Un ejemplar, guardado en el Cuzco, luce por encima de los adornos geométricos, (influencia indiscutible colla-chulpa), el estilo figurativo tiahuanaquense, entonces olvidado en el Collao y conservado en tierras quechuas.

IV

CHIMÚS Y CHANCAS — ORIGEN DE LOS INCAS

Habíamos quedado en la ruina del imperio de Tiahuanaco, causada a mi parecer por aymaras, hermanos y ri-

vales de los quechuas, como su lengua, mitología y tradiciones lo indican.

En la Costa, Moche y Supe, Pachacámac y Nazca han descubierto, en sus capas profundas, los vestigios de Tiahuanaco. El estilo tiahuanaquense en lo posterior se atenúa y se extingue, principalmente en las riberas del Pacífico, para dar paso a la reanudación de las culturas locales, la cual, sin embargo, se realiza introduciendo notables innovaciones, que se explican por inmigraciones sucesivas. Los mitos las expresan. Así como el dios Con, en todo el Perú, representó a mi ver una irradicación centroamericana, directa e indirecta, del numen supremo creador y civilizador, así el dios Pachacámac (cuyo peculiar nombre debió de ser *Irma*, a juzgar por un dato del Oidor Santillán), significa otra invasión religiosa y aún étnica, pues su leyenda refiere también que reemplazó con nuevos habitantes a las criaturas de Con, a quienes convirtió en animales obscuros. Al santuario de Irma, en el valle llamado después de Lurín, acudían peregrinos de todo el Perú, y muy particularmente del litoral o llanos *yungas*, hasta de distancias de 300 leguas. Subsisten pormenores de una especial emigración, venida por mar a Chicama, y extendida cuando menos a Pacasmayo (Pacatnamu) y Lambayeque (Lampayec). Según Cabello Balboa, la dirigía el rey Naymlap. Sus cortesanos y servidores se llamaban Fongasigdé, Pitasofi, Ollopcopoc, Llaschilulli, Xam, Ochocallo, que recuerda el *cali* o el *catl* nahua; y entre sus herederos se nombraban los príncipes Cium, Cumtipallec, Nofanech, Lanipatcum, Tempellac, de eufonía maya. Otros patronímicos mochicas ulteriores son Xualap, Chialap, Chanchén, Nanllún, Ulmux, Tecop, Xacmal, Jutepete, Tolloc, Chipnuc, Yecmic, Uxuel, Coxtol, etc. Desembarcó Naymlap en las bocas del río que denominaba Faquislangá (Collique o río actual de Lambayeque). Edificó un templo que se decía Chot. Atendamos a que Chob es una divinidad maya; y a que Cium,

sucesor de Naymlap y tronco de numerosa prole, se asemeja mucho a la palabra maya *yum*, que significa padre. Los colonizadores hubieron de llegar a las sierras inmediatas de Otuzco y Contumazá, donde Chota y Sinsicab, Usquil, Monchacab, Uningambal, Guzmango y Chuquimango evocan lugares y voces de Centro América. No se trata del *mallcu* quechua o aymara. Al norte de Cajamarca, entre las muy quechuas Bambamarca y Cochabamba, se estableció otra Chota, rodeada también de exótica toponimia: Nanchiod, Niepos, Tocmoche, Chancay, Chulit, Nomoyoc, Collud. Si tal sucede en la serranía cajamarquina, la propagación de la onomástica forastera es lógicamente mayor en los campos y quebradas de Trujillo y Pacasmayo: Chanchán, Cao, Nepén, Virú, Mocán, Sipán, Tinacap, Charat, Coipín, Chepén (que antes se llamaba Chepentepac), Lloc, Paiján, Cajanleque, Jequetepeque. Aquí hasta el *tepec* nahua resuena. Las localidades parecen ecos de las de Panamá, o de las de San Salvador y Guatemala. Cualquiera creería, por los nombres, que los pueblos salvadereños de Jayaque y Tamanique son fincas rústicas de Lambayeque y Trujillo. Tuvimos una aldea de Noquique, junto a Chérrepe, hasta mediados del siglo XVI.

Al cabo de algunas generaciones, los vástagos de Naymlap cayeron en el vasallaje de sus parientes o afines chimús, que construían con gruesos adobes Chanchán, junto a Mansiche, al septentrión de los deshabitados templos primitivos y tiahuanaquenses de Moche. Los últimos curacas de Lambayeque, súbditos ya del Gran Chimú y de los Incas, se apellidaron todos Pisan, y sus nombres individuales fueron Llem, Chullum, Fellum y Pecfum. La terminación en *um* para los propios, y las en *ac*, *al* e *il* para los lugares, son características de los mayas. Algunos de esta región norteña peruana se reproducen en las cercanías de Lima (como Chancay, Collique, y la huaca de Mangomarca junto a Lurigancho); pero en general los

valles limeños han sido recubiertos por toponimías quechuas y aymaras, que deben atribuírse en su mayor parte a mitimaes de los Incas. Los había aymaras en Carabayllo, donde existió una aldea Huancane; los hubo quechuas o aymaras en Chucuito y en Maravilca, antigua designación del Morro Solar. Por eso las similitudes mochicas que para Lima he señalado, distan bastante de la certeza. El dios Pachacámac o Irma localizaba sus mitos, no sólo en su comarca, sino en la de Huaura y Végueta, con la leyenda de Huichama y del curaca Anat, únicas supervivencias de lengua yunga que allí se advierten. La región limeña parecía ya destinada a ser, como después lo ha continuado, el crisol en que se funden las razas peruanas. Estaba su quechuización tan avanzada cuando la conquista castellana, que los caciques de Pachacámac y Rimajtampu, conocidos por los primeros españoles de Hernando Pizarro y de Estete, se llamaban Taurichimpi y Sullcacumpi, y antes se recordaba a Pacallay (el de la huaca Juliana en Miraflores); el de Huaura se decía Huascapaychu o Huascapacha; el de Huarco, el moderno Cañete, Huarillí; el de Mala o Mallaque (en ayunas), Rincoto (Rinricoto); nombres todos de evidente extracción quechua, a pesar de la somera opinón de Tschudi. Lo eran de igual modo el pueblo viejo de Surco o Sullca, al lado de Armatampu (actual Chorrillos), y el de Maranga. Las ofrendas chimus abundaban en el santuario de Pachacámac, lo mismo cuando el monarca de Canchán dominó en estas tierras, que cuando se independizaron de su hegemonía, para construir el curacarzgo teocrático de Cuismango, el cual, tanto como del *mallcu* aymara, puede derivar su título de Guzmango, repetido en Contumazá. El Gran Chimú logró un tiempo, según la Informaciones de Vaca de Castro, unificar toda la Costa, desde Nazca hasta Piura; "y algunos afirman que llegó hasta Puerto Viejo, y que le tributaban todos los yungas a los chimus, como a señores naturales antiquísi-

mos, en más de veinte vidas más antiguos que los Incas". Realizaron así los costeños por esa época su unidad cultural y política. La continuidad lingüística de los chibchas es clara hasta el golfo de Guayaquil cuando menos. La del mochica con los dialectos guayaquileños y de la Isla de Puná, no está aún patente; pero insisto en las analogías centroamericanas apuntadas. No tardaron mucho los valles centrales de Lima e Ica en segregarse de Chanchán: la fortaleza de Paramonga, cuyas obras defensivas miran al Sur, se ha considerado con razón como la defensiva frontera entre los estados chimús y el señorío de Cuismango. Bandelier ha moderado y enmendado las exageraciones de otros peruanistas sobre la población de las metrópolis costeñas. Pachacámac nunca pudo abrigar más de 30,000 habitantes; y Chanchán propiamente llamado, menos del doble, porque entre sus edificios se intercalaban jardines, huertos y tierras de cultivo. Antes de la conquista incaica, había llegado Chanchán a tal decaimiento que pagaba tributo al congénere Guzmango de Contumazá.

Otra invasión tan indudable como la de Naymlap en el Norte, fue la de los chinchas en el valle a que impusieron su apellido, acreditada por los textos de Cieza y Garcilaso. Recordaban proceder de lejanas tierras, haber dominado y exterminado a los oborígenes, de muy baja estatura, y haber extendido su señorío por los valles de Pisco e Ica, y sus correrías por las alturas de Huaytará y las punas del Collao. La última leyenda, impugnada por Garcilaso, que la declara fanfarrronada mentirosa, necesita explicarse, tomando en consideración que si, como es verosímil, ascendieron de Ica al territorio chanca, y de Nazca a Cotohuasi y Caylloma, se encontraron efectivamente con poblaciones hermanas de los collas, que hablaban el aymara, y que poco o nada diferían de las del Altiplano. La pretendida hermandad de los chinchas con los tan ascendereados atacameños, no me conviene en grado

igual. No basta que coincidan en cerámica geométrica. La alfarería de toda esta porción de las Costa, al continuar la persistente herencia de Nazca, ha tendido de continuo a esa ornamentación estilizada y geométrica, en contraste con la chimú, que en todos sus períodos, desde el protoide, se inclina a los figurativo y escultórico. La zona de transición o de eclecticismo entre ambas ya dije que se hallaba en Lima, particularmente en Nievería, ciudad ya abandonada cuando la venida de los españoles.

Los chinchas, al combatir con los chancas, padecían los lejanos efectos de la invasión colla. Corrobarando mi tesis, no son los aymaras los que nos han trasmitido el vetusto y casi olvidado nombre de Tiahuanaco (Chucara), sino un quipucamayo de la región quechua alto peruana de Cochabamba, llamado Catari, con nombre totémico que es también quechua y relacionado con el culto a Huiracocha (Catari, significa serpiente en ambos idiomas). Por el cronista jesuita Padre Anello Oliva nos consta que refería Catari ser Chucara y Chuncara, el nombre primitivo de Tiahuanaco, muy explicable dentro del quechua: del verbo *chocarcarini*, apedrear, o *chucuni*, temblar de viejo, o del número diez, *chunca*, base del sistema de contabilidad, y de la partícula *raj*, antes. En puquina será chucara casa del Sol; pero de ningún modo en aymara, en que casa es *uta* o *uyu*. Para Catari " el señor de Tiahuanaco y de todo el mundo" (¿dios o marca?) se decía Huyustus, que parece provenir de los vocables quechuas *ullu* o *ulluni*, fuerza viril y fecundación, como se colige por el signo de una piedra rota de aquellas ruinas. El mismo Catari nos cuenta que el dios Huiracocha fue apedreado en Copacabana, al lado de Tiahuanaco, y en Ilabaya de Locumba; estos dos últimos sitios de etimología aymara (originados de las raíces *ilave* y *aya*, y de *rucumpa)* y en la comarca donde vivían desde antaño los collas. Otra Chucara había precisamente al norte del Collao, no lejos de

Ayaviri, donde dijimos que fue la resistencia de los huiracochas de amplios ropajes contra los invasores. Con la repetición de nombres locales tan frecuente en las emigraciones de razas, los recién llegados fundaron en el mismo cantón otro Oruro (el menor u Orurillo), duplicación y probable recuerdo del de la provincia Cari, al norte del Aullagas. Estos bárbaros *caris* (varones o valientes o *cara-cara*, título que se sabe fue el de su región junto a Oruro, y que significa en quechua *desnudos*, se parecen hasta en esa denominación a los *huitzil* (extranjeros sin calzones) destructores de Mayapán y vencedores de los *cocomos* mayas. Nuestros caris o collas se extendieron con su lengua y con sus chulpas por Canas y Canchis, y torciendo luego al sudeste de Velille, por el nevado de Collahuata, ocuparon la provincia de Caylloma, a la que impusieron su propio nombre (Callaguas), y sometieron y expulsaron a los primitivos habitantes. Desde Caylloma y Cotachuasi, para los pastores aymaras, predilectos habitadores de las punas, el tránsito era fácil a Lucanas y Choclococha, donde los chancas de ellos derivados, colocaron su *pacarina* o lugar santo. De allí en época posterior, bajaron a arrebatar a la *muy antigua nación quechua* (Cieza, *Crónica*, Primera Parte, cap. 90) las feraces campiñas de Andahuaylas, cuando ya comenzaba la segunda dinastía de los Incas, la de los Hanancuzcos. Mientras por el lado Oeste se sentían así presionados los quechuas, aún había sido mayor el avance de los directos y legítimos collas por el Sur y por el Este. La quebrada del Urubamba fue invadida en épocas anteriores. Hay chulpas esporádicas al norte de Urcos, y en la misma Calca. Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco (XVII). Ya en la Montaña, el pueblo de Lares tiene etimología aymara; y las fortificaciones del Vilcamayo, según la acertada observación de un viajero, parecen dirigirse contra enemigos que avanzaran del lado meridional. En el centro, arriba de Ve-

lille, Chamaca hablaba un dialecto aymara, por la interpretación que del nombre del lugar da en las *Relaciones Geográficas*, aunque allí se atribuya a la lengua particular de los Incas. Los quechuas venían a quedar rodeados, reducidos a un territorio muy limitado, aunque no tan angosto como quieren los aymaristas, verbigracia Uhle, por lo menos muy amenazado y restringido. ¿Quiere decir todo esto que aceptamos paladinamente que el Cuzco preincaico y sus aledaños estuvieron poblados por collas, como pretende la escuela de Middenforf, o por puquinas, hermanos de los amazónicos arahuacos, según ahora lo sostiene el arqueólogo Valcárcel? No da asidero para tales hipótesis la comprobada toponimia primordial. El Cuzco, antes del establecimiento de los incas, se llamaba Ajamama (madre o patria de la chincha), unión de palabras eminentemente quechuas, si las hay. Huanacauri, dos leguas y media al sur de la capital, santuario de los allcahuizas, tenían el nombre de Alpitay, formado de dos exclamaciones quechuas y del verbo *pintin*, separarse o desgarrarse, porque allí se realizó en efecto la definitiva separación de las tribus incas. Los aborígenes cuzqueños, anteriores a todos los ayllos incaicos, eran los huallas, pojes y laris. Valcárcel deducía antes *hualla*, muy verisímilmente, del quechua *huaylla*, pradera, vega amena. Hoy prefiere, seguiendo y extremando las indicaciones de Troll, derivar su etimología de las relaciones con la zona selvática y amazónica, del tronco arahuaco muy en moda. No hay que ir a buscar tan lejos, en el arahuaco o puquina, lo que de manifiesto se ofrece en el quechua. A más de *huaylla*, pudo ser el origen, máxime para la estropeada transcripción española, la quechuísima palabra *huajlla*, cuya acepción de vivir mal, de manera desordenada y depravada, se aviene al concepto en que debían tener a aquellos naturales los conquistadores y civilizadores incas. Ni tampoco es tan enigmática la significación de *pojes*, que según los casos

se aplica en quechua a los simples, y por metáfora a los primerizos, recién destetados, o por último, a los maduros, tardíos, hartos u otoñales. Quedarían con significación aymara probable (quizá es también quechua) los *laris* (cimarrones, gentes sin gobierno), calificativo que ha debido aplicarse, desde el punto de vista colla, a figitivos o alienígenas. Nótese además que los huallas obedecían como a peculiar curaca, estando a las informaciones españolas, a un Apu Carhua (jefe pálido o lívido), de apelativos muy castizamente quechuas; y que su adoratorio o pacarina, cuando no se permitía poseerlas a las razas extrañas dentro de la comarca del Cuzco, estaba en la inmediata quebrada de Patallajata y lucía el título de Antuiturco, que provendrá, según la lección que se prefiera, de *anti* y de las raíces quechuas *turpo,* hincar o punzar, u *orco,* cerro.

Los aymaras se hallaban entonces en la cumbre de su poderío, coincidente con la extensión de la cultura de Tiahuanaco. Cuando la sagrada ciudad del Collao estaba abandonada, cuando su estilo retrocedía y se apagaba, hasta desaparecer o poco menos en alfarería y tejidos, los aymaras —consecuencia lógica y comprobación de mi hipótesis— se dilataban por varios siglos, en esta especie de barbarie medioeval, desde Atacama y Arequipa, hasta la cuenca del Beni, desde Chuquisaca hasta veinte leguas al sur del Cuzco, conforme textualmente lo consignan los relatos de Sarmiento de Gamboa. Hacia el siglo XII nos hallamos en la comarca de Paruro, fronteriza de las provincias quechuas por antonomasia, con la tribu de los incas, hermana de los otros orejones: chilques, mascas, acomayos, cahuinas y tampus, vestida y tocada como ellos; que emprende su imigración al Norte en busca de tierras fértiles. El lugar de Pacaritambo, desde el que iniciaron los incas su itinerario histórico, está a cosa de siete leguas al suroeste del Cuzco. Se levanta allí el cerro de Tamputojo, que era la pacarina o solar del que creían haber salido,

y ante el cual erigieron en los tiempos imperiales un gran templo y palacio. Esta idea de nacer de las cavernas, que fueron sin duda sepulcros, de sus progenitores, está difundida en todas las razas andinas del mismo tronco, y recuerda el mito de los siete linajes nahuas, las siete cuevas de Chicomóztoc. En el cerro famoso de Pacaritambo hay tres ventanas: *Maras-tojo*, venerada como solariega por los *maras*, que hallaremos al norte del Cuzco, vanguardia de los inmigrantes; *Sutij-tojo*, oratorio de los *tampus*, que habitaron Pacaritambo y se dilataron en la quebrada del Urubamba; y el nicho principal, *Cápac-tojo*, venerado como origen de las cuatro parejas de Ayares, que simbolizaban los cuatro ayllos o tribus de los incas propiamente dichos. Los cronistas convienen en que de Pacaritambo partieron, y en que al mismo tiempo procedían del lago Titijaja, que fueron hijos del Sol (Intip-Churin) y que los creó Huiracocha, directamente o entregando su sagrada vara y sus leyes al curaca de Pacaritambo, padre de Manco Cápac y los otros Ayares (Cieza, Cobo, Sarmiento, Betanzos, Pachacuti Salcamayhua, etc.) tantos y tan autorizados relatos vinculan ambos arígenes, el inmediato de Pacaritambo y el remoto del Titijaja o de Huiracocha, dios del Collao, que hay que rendirse a la evidencia de tal nexo, por más que Uhle se empeñara en tenerlo por contradictorio, sin aducir razón alguna para tan peregrina y caprichosa tesis. Los Incas sostuvieron siempre, con la mayor constancia y ahínco, su oriundez de Titijaja; y al propio tiempo desdeñaban y reputaban extranjeros a los collas, cuyo nombre quiere decir en quechua *no maduros*, bárbaros, inexpertos. Con esto mismo coinciden el insultante epíteto de *asna-colla*, que les aplicaban en el imperio a los pretensos antecesores y progenitores de la casta soberana; y la verdadera interpretación de las palabras de Huáscar en la historia de Sarmiento (cap. 64), que no es la favorable a los pseudo-aymaras, admitida de ligero

por algunos comentadores. En otros pasajes de Sarmiento, capítulo 37, se lee cómo al conquistar a los collas, el Inca Pachacútej los calificó de *gente tan inferior y desigual*, y derribó sus ídolos y huacas, que los incas no reputaron por deidades verdaderas. Incomprensible todo esto si de los collas hubieran descendido. En el Padre Cobo se consigna que arrojaron los incas a los collas de los santuarios injustamente poseídos por ellos en las islas del lago y en Copacabana, y repoblaron esas regiones con gente traída del Cuzco, del linaje incaico. En la isla de Coata erigieron una estatua femenil llamada Titijaja, que representaba a la madre de los incas, en su advocación lunar. Cierto que en el relato de la misma leyenda, el Padre Cobo, siguiendo las veleidades y confusiones de la tradicción oral, pretende que los incas no habían adquirido antes noticia de dichos lugares, lo cual está desmentido por la inmensa multitud de autores fidedignos, que acreditan la aserción de haber venido los incas del Titijaja, y por la imposibilidad manifiesta de no haber llegado a Paruro y Pacaritambo los efectos del imperio tiahuanaquense, que alcanzó a influír en puntos tan lejanos del continente. El título específico de *hijos del Sol*, culto totémico de los Incas, por más que el sabeísmo hubo de estar muy extendido en la Sierra, lo explica la americanista Celia Natall porque en Tiahuanaco, así como en Palenque, el trásito del Sol dura doscientos ochenta y dos días, período de gestación de la criatura humana. Esta observación curiosa es una prueba más de la procedencia tiahuanaquense de los incas. Por otra parte, los incas no se deformaban el cráneo como los collas, ni se enterraban en chulpas. Su quechuísmo está con tal evidencia probado por haber impuesto el quechua como lengua general de su imperio. La particular que ellos usaban era un mero dialecto quechua, aunque obscuro, según Pedro Pizarro, y bastante convencional y secreto. El Oidor Santillán certifica que la len-

gua quechua era natural de los indios de Pacaritambo, oriundez de los incas. Otra información, existente en el Archivo de Indias y publicada por J. T. Medina (*Imprenta en Lima*, primer tomo), reitera el origen e idioma quechuas de los incas, y su procedencia de Pacaritambo, que se llamó también Cajatambo (de *casa*, en quechua roto o frío). Reduplica el Padre Cobo la certeza aduciendo el testimonio del Príncipe D. Alonso Túpaj Atau, el cual declaró que la lengua cortesana de los Incas no era sino el dialecto quechua regional de Pacaritambo. Por lo demás, los exámenes de Tschudi y de Markham han destruído la opinión de ser esta variedad lingüística de los Incas aymara puro, como Middendorf y otros lo sostenían. Bien se ve que en ningún caso habría sido posible tan extraña y fácil asimilación, porque habiendo prohibido los Incas, a los más altos curacas, emplear dicha habla cortesana, resultaría absurda la prohibición del aymara, lengua nativa y arraigadísima en tantas regiones. Pero aunque esa habla cortesana o netamente incaica tuviera dentro del quechua frases artificiosas y raíces insólitas o arcanas, según ocurre en tantos pueblos de igual estado de cultura, no hay que imaginarla, como quieren algunos, una adelgazada y complicada lengua literaria, ni menos compararla con el *sermo eruditus* del latín, porque tal comparación descubre completa falta de sentido histórico y lastimosa debilidad de espíritu crítico.

Las cuatro parejas de Ayares incaicos nacidos del Cápac Tojo, se llamaban, ateniéndose a las seguras fuentes, Manco Cápac y Mama Ocllo, Ayar Auca y Mama Huaco, Ayac Cachi y Mama Cuca o Ipacara, Ayar Uchu y Mama Rahua. El número cuatro es mítico, lo mismo entre mejicanos y mayas, que entre peruanos. A partir de las tradiciones de Tiahuanaco se habla de cuatro hermanos progenitores (Manco, Colla, Tocoy y Pinahua en Garcilaso, Parte Primera, Libro Primero, Cap. XVII). Es

el número sagrado *tahua* que sirve para las regiones del mundo y del imperio, y para los cuatro barrios primitivos del Cuzco, y que se repite desde los signos en forma de cruz en Tiahuanaco, la isla de Coati y Carabuco. Se colige por eso que, en la realidad histórica de la emigración, las tribus o cuadrillas fueran más de cuatro, aun sin agregar las precursoras de los maras, y de los tampus o ayllo de Sútij-tojo. Según las versiones más puntuales, fueron diez en efecto las parcialidades o bandos que partieron desde Pacaritambo con rumbo al Cuzco, a intervalos breves. Los nombres íntegros de los Ayares pueden cabalmente explicarse por el quechua, lo que es otra confirmación definitiva del quechuísmo incaico. Ayar debe de proceder de *aya*, muerto, y significar en consecuencia antepasado, progenitor, tutelar padre difunto, lo mismo que el *mallqui* adorado en todas las tribus peruanas. De esta misma raíz *mallqui* (almáciga, lo trasplantado o emigrado) o del *mallco* también quechua (polluelo, pichón de ave que comienza a volar), tiene que proceder totémicamente el nombre de Manco, quien según la tradición llevaba consigo en vasos de oro sagradas semillas vegetales y un pájaro dedicado al Sol y guardado en una petaca, que se llamaba *inti* (como el *quetzal* o pájaro solar en Yucatán y el Anáhuac). Tal es la interpretación obvia y lógica, que ormoniza con los totemes del ají y de la sal en los otros Ayares (Achu y Cachi), y de sus mujeres Huaco (de *huácuc*, hoja de choclo), Cuca (coca) y Rahua (de *rau*, nive, hielo). En aymara la sal se dice *jayu* y el ají *huaica*. Ir a buscar para *Manco* el *mallcu* aymara, porque se traduce jefe o capitán, es una incongruencia; pues el nombre del caudillo hubo de ser aquí, para guardar la correlación debida con los de los otros Ayares, no un título de honor y jerarquía en lengua extraña, sino la designación en la propia vernácula de su totem, simple o doble, tal como lo expresan las etimologías quechuas que he

propuesto. Pretender que Ayar no se deriva aquí de *aya*, muerto, sino de la denominación aymara y quechua de la quinua silvestre, y que Ayar Cachi y Ayar Uchu quieren decir por consiguiente quinua con sal y quinua con ají, es un pueril despropósito para los hechos históricos que narramos. Más que a etimologías plausibles, se asemejan estas hipótesis risiblemente a recetas de cocina indígena. Ni es menos disparatado aducir, con los mismos arqueólogos, que expresan esos nombres la introducción en tierras cuzqueñas del procedimiento momificador, y del uso del ají y de la sal, porque en el Perú se sabía embalsamar desde los lejanísimos tiempos de la cultura de Nazca, y porque la agricultura y la explotación de las salinas no eran tan recientes en la región cuzqueña, de antiguo civilizada aunque entonces decaída. Otro general desbarro es tener a los allcahuizas por aborígenes del Cuzco. Palmariamente demuestran las Informaciones de Toledo que los allcahuizas eran ni más ni menos que los miembros de la tribu de Ayar Uchu. Su nombre proviene de *allicac* (noble, distiguido, de buen proceder). Bajo la primera dinastía, formaban uno de los ramos o bandos más poderosos de la nación inca. Eran los guardianes del gran templo de Huanacauri, y allí tenían por totem a un gavilán. Ya hemos explicado el quechuísmo de Alpitay, designación arcaica de aquel santuario. Tribu sacerdotal y privilegiada siempre, aun después de haber perdido su antigua hegemonía, tuétano de la primitiva confederación incaica, es en extremo singular y paradójico que algunos escritores cuzqueños la reputen hoy aymara. No es menos inexacto y reparable que ateniéndose a las expresiones literarias de un texto de Sarmiento, contradicho por otros anteriores del mismo y rectificado al margen, a ruego de los indios nobles, en las Informaciones de D. Francisco de Toledo, por el Secretario General de Virreinato, Alvar Ruiz de Navamuel, se repute a los antasáyaj como autóctonos del Cuzco y ex-

traños al linaje de los Incas, en el mismo nivel que a los huallas. A diferencia de éstos, los antasáyaj eran *orejones*, de la nación de los tampus. Pretendían como ellos haber salido en Pacaritambo de la cueva de Sútij-tojo. Entre los cabezas del linaje de los antasáyaj al tiempo del Virrey Toledo, figuraba un Ollantay, lo que esclarece el significado del célebre drama de su nombre, ensalzador de la excelencia y hazañas de los guerreros tampus y antis (en realidad la misma tribu). Su jefe legendario, cuando la fundación del Cuzco, fue Quizco Sinchi. En el área de la metrópoli cuzqueña, los habían precedido los sahuasiray, también *orejones* y hermanos suyos en Sútij-tojo. Era capitán de este ayllo a fines del siglo XVI, D. Martín Mayta Sahuasiray. Sus próximos consanguíneos antasáyaj, que arriba he mencionado, tenían el adoratorio, con la piedra representativa del progenitor Ayar, en el anden sagrado de Collcampata, prueba evidente de su genuino incanismo, porque a los alienígenas no se les permitía después del Inca Pachacútec retener huacas o ceques dentro del privilegiado recinto. A ninguna de estas particularidades han atendido los peruanistas que, como Ugarte, Valcárcel y el cuzqueño Pardo, los declaran extraños a los incas, sin reconocer la equivocación del subsanado texto de Sarmiento.

Las insignias atribuídas al Inca Manco y ostentadas por sus herederos, muestran casi todas los símbolos del culto de Huiracocha, relacionados en consecuencia con las tradiciones de Tiahuanaco. Los cetros, yauris o *champis* dobles, "en dos astas largas" como describe Cobo que se llevaban delante del Inca, son los que esgrime en cada mano el dios de la portada de la Acapana. Allí mismo aparece la serpiente o dragón, en el pecho de Huiracocha, y en su corona o aureola: es el *amaru*, distintivo o *huauqui* de los Incas, como lo vemos con Sinchi Roca y el Inca Huiracocha Yupanqui. El pájaro solar *inti*, totem de Man-

co, que quizá se confundió a veces con el *amaru* en piedra, es el *quetzal* mejicano del Sol, como ya lo apunté, indisolublemente unido a la divinidad de Coculcán o Quetzalcoatl, el prototipo de Huiracocha. El *Súntor-paucar*, que siempre se erguía delante del soberano como insignia suprema, es a las claras la propia serpiente de plumas, causa y traducción exacta en nahua del nombre Qutzalcoatl; y las tres plumas derechas en que el *súntur-paucar* remata, las que coronan la aureola de Huiracocha en la Acapana, los tres rayos que salen de la cabeza del mismo dios en la visión del Inca homónimo, reparador de su culto. La *achihua*, dosel de plumas extendido sobre el monarca y conducido por cuatro príncipes ancianos, corresponde puntualísimamente al parasol de plumería de Quetzalcoatl; y con el mismo culto se vinculan la insignia del jaguar o puma y la de las sierpes enroscadas en bastones, que son los restantes principales blasones incaicos. De Méjico y Centro América (Tláloc y Códice de Oajaca) pasan a Chavín y Tiahuanaco; y de allí los incas los heredan y restauran, en su sentido y alcance primeros. La serpiente, para los indios del Tahuantinsuyo, simbolizaba el rayo *(illapa)*. A más de sus adoratorios especiales, y del Toxanamaru y otras menores huacas Amaru cuzqueñas, levantaron, en el corazón del Cuzco imperial, entre el templo de Amarucancha y el Quishuarcancha de Huiracocha, la redonda torre de la Súntur-huasi, que por la forma circular reproduce las capillas de Cuculcán en Chinchén Itza y de Quetzalcoatl en Méjico. Parece la identidad de una sola religión. Los *tarpuntay*, colegio o linaje sacerdotal incaico, dedicados al servicio de Huiracocha y del Sol, se cubrían con las mismas túnicas anchas y blancas que compusieron la vestimenta de los famosos ministros prehistóricos del dios barbado, allá en las islas y riberas del Titijaja. La última insignia incaica, el *napa*, llama blanco adornado con sus orejeras de oro y pretales rojos, está

sin ningún género de duda relacionado también con la meseta del Titijaja, cuyo distintivo conocídisimo fue en todos los tiempos.

Estos arcaísmos tiahuanaquenses, estos visibles nexos con los mitos del gran lago, venidos de Centro América, e incluídos en la liturgia y herencia de Huiracocha, nos presentan a los incas desde el principio en su verdadero y esencial carácter de restauradores. Ya muchos añejos analistas, como Cobo y Montesinos, lo apuntan. Los incas, vástagos fieles de un mundo anterior, salvados de una catástrofe o diluvio social, representan una reacción neta, un decidido retorno a la unidad, al culto, arquitectura y supervivencias tiahuanaquenses, después del período de semiolvido, fraccionamiento, degeneración y barbarie, cuyos antagonistas francos y triunfadores fueron. El mundo incaico significa un renacimiento, algo atenuado, de Tiahuanaco. Libres nosotros por fortuna del progresismo unilateral y superficial del siglo XIX, podemos apreciar desde luego esta primera nota resaltante en la organización incaica, y comprender la necesidad y méritos de los que Vico llamada *ricorsi*, a menudo indispensables y redentores. Después de las épocas mezquinas, confusas y anárquicas, la reacción equivale a mejoramiento, salud y regeneración. He aquí una de las más útiles enseñanzas de la protohistoria peruana.

V

CUZCO PREINCAICO.— SUS POBLADORES.— FAMILIA AGNATICA O UTERINA EN LOS AYLLOS DE LOS INCAS

Hemos tratado ya del origen de los incas, de sus probables nexos con los anteriores culturas peruanas, de su emigración del Titijaja a Pacaritambo y, tras largo intervalo, de Pacaritambo al Cuzco. Hoy, con el detenimien-

to que merecen los principios de las grandes cosas, la estrecha cuna de los grandes imperios, estudiaremos lo que era el Cuzco antes de su población por Manco Cápac y los clanes incaicos.

Hasta hace poco la imprudencia y la sobra de fantasía de algunos arqueólogos sustentó, en una artificiosa y retumbante división cronológica de estilos de arquitectura (primitivo, ciclópeo, poligonal, rectangular almohadillado y pulido isógono), la teoría del Cuzco preincaico multimilenario. Siguiendo la moda antojadiza y violentando los textos, ya de por sí tan inseguros, de Montesinos, llegaron a devanear un vasto imperio aymara, cuyo centro imaginan en el Cuzco primordial. Se va imponiendo al cabo el buen sentido contra tales quimeras; y la crítica proclama ahora que en el Cuzco, como en todas partes, han podido y debido simultáneamente emplearse varios aparejos de construcción, los cuales no son por consiguiente criterios bastantes para diferenciar épocas. Aduciré sobre esta materia una anécdota personal. Hace ya veinticinco años, visitando las ruinas cuzqueñas, discutía yo el punto con los arqueólogos locales, y me resistía a considerar preincaico lo que era megalítico o de grueso aparejo, sin otra mayor razón de primordialidad. Ellos se aferraban a su doctrina, que les permitía multiplicar siglos y ahondar la perspectiva prestigiosa. De repente, descubrí en un lienzo de pared el argumento más eficaz para rebostucer mis dudas. La parte superior de un muro era poligonal, y la inferior pulida. No era posible suponer que lo más viejo, lo pretenso preincaico, se hubiera conservado pendiente arriba, mientras los posteriores incas renovaban la parte baja. Mi contricante no cedió, y alegó confusas razones. Al presente, como los demás, está convencido de la simultaneidad de sistemas en las construcciones incaicas. Ojalá persevere en el buen rumbo. Mucho tiempo y esfuerzos se han malgastado antes de aceptar lo que era rasaltante, de reful-

gente evidencia. Para desvanecer los soñados milenios del Cuzco preincaico, no hace falta sino atenerse a los datos ciertos de la arqueología y a las versiones de los cronistas fidedignos.

Las comarcas vecinas al Cuzco, las quebradas y provincias inmediatas, encierran sin duda antigüedades preincaicas. hay chulpas de aspecto aymara en Canas y Canchis, y aún Calca. Hay vestigios paleo-quechuas en Muyna, y en Ollantaytambo y lo restante de la cuenca del Vilcamayo. Pero en el mismo Cuzco cuanto se ha hallado resulta incaico. Y efectivamente, en corroboración, ya Betanzos (cap. III), concordando con Garcilaso, Cieza y Sermiento, nos asegura que antes de la venida de Manco no había en el valle del Huatanay sino pueblos pequeños, "de hasta treinta casas pajinas y muy ruines"; y que una gran parte de lo que fue después la ciudad del Cuzco, lo ocupaba un tremedal o ciénaga Nueva semejanza con la condición primitiva de las análogas metrópolis imperiales, con las lagunas de Méjico, y los pantanos del Foro en la Roma regia.

Los huallas, aborígenes cuzqueños (con la relatividad que ha de entenderse esta palabra), primeros ocupantes conocidos de aquel distrito, pudieron muy bien ser de raza quechua, no sólo por su verosímil etimología y la de su principal curaca, que expuse en la lección anterior, sino por los nombres de los de su linaje, declarantes en las Informaciones del Virrey Toledo: Utca, Tillantu, Huampu, Chun, etc. Se apellidan con innegables denominaciones quechuas. De los otros aborígenes, *pojes* y *laris*, los primeros tienen también clara explicación quechua. Los laris, en cambio, llevan un título aymara, que se reproduce al oriente, en plena ceja de la Montaña. No emularé, en contrario sentido, las extremosidades de las teorías que censuro, negando la realidad de las infiltraciones aymaras en los territorios cuzqueños y quechuas.

Según mi hipótesis, los collas dilataron sus incursiones en ellos por algunos centenares de años después de la caída de Tiahuanaco. Lo que niego es que al norte de Tinta y de Pacaritambo esos elementos aymaras tuvieran la entidad e importancia que se pretende. Si lo más hubiera sido aymara, no se explican las emigraciones tan contínuas y reñidas, ni el predominio de la lengua quechua, ni el contraste encarnizado entre dos tipos de cultura. Suponer con Von Buchwald, Middendorf, Uhle y Latcham, seguidos dócilmente por los nuestros, que el Cuzco incaico fue en sus orígenes una colonia colla, es infinitamente mucho más infundado que lo era, en arquelogía latina, el envejecido prurito de convertir Roma en mera colonia etrusca. Si los laris fueron aymaras, no alcanzaron mayor influjo, por ser poco numerosos y muy atrasados. Los huallas, sus compañeros, no ofrecen ningún seguro rasgo de aymarismo. Pregonarlos por aymaras, me parece ya una arbitrariedad exorbitante, de aquéllas en que tan a menudo incurre esa escuela. Ir aún más allá, y achacarles origen uro y hermandad con los salvajes de la selva amazónica, como alguno lo hace, es, frente a los datos que poseemos, un antojadizo y falso testiminio, que frisa en la extravagancia.

Por la tradición verídica y concluyente que trae Sarmiento, se ve que la primera onda de los emigrados de Pacaritambo, la vanguardia de los incas, fueron los maras. Los temáticos filo-collas declaran, con Latcham, que han de ser aymaras, porque la palabra mara no tiene significado en quechua, mientras que en aymara quiere decir *año*. Reparamos ante todo que la forma derivada y posesiva, dada a estos linajes por la leyenda, exige que los llamemos aquí *máraj* (como a sus paralelos, *sútej*), lo cual en quechua corresponde al modo adverbial *todavía, veamos, mejor, aun más, hacia eso,* sugestivo indicador de dirección, tanteo y mejoría, como rumbo de inmigrantes.

De otro lado, el recuerdo de los maras se conserva por la aldea en que perdura su nombre, al norte de la pampa de Anta y al occidente de la quebrada del Urubamba, en completa región de habla quechua; y por las huacas de Apu Yahuira y Huicarihui (muy quechuas de etimologías ambas), que les estaban asignadas en el camino de Carmenca y el Chinchaysuyo, siempre hacia Anta, junto a la heredad de Pijcho, que en el siglo XVI perteneció a la Compañía de Jesús (Cobo, tomo IV, libro 13, cap. XII). Se comprende que, como sucede con todos los primeros invasores, rebasaran los maras el valle del Cuzco, empujados por los que vinieron después. En las *Fábulas y ritos* de Molina, vemos que los maras se asociaban con los sútij para los desfiles y procesiones en la fiesta de la gran purificación o del Situa. Estos sútij, orejones, o sean indios privilegiados, y hurincuzcos, del mismo modo que los maras, consta que vinieron igualmente de Pacaritambo y eran consanguíneos suyos y de Manco Cápac. Refiriéndose a las mencionadas tribus, dice Sarmiento: "Salieron de donde los ingas y se llaman sus parientes. Y éste es punto substancial para lo de adelante" (cap. IX). Los sutij componían la extensa nación de los *tampus*, y eran linajes desprendidos de ellos los *sahuasiray* y los *antasáyaj*. Latcham dice que de los sútij sabemos muy poco. Cuando menos sabemos que su nombre en quechua quiere decir aproximadamente, *manifiesto, patente, empadronado, con título fijo y claro, gente conocida*. La nación de los *tampus*, incluída dentro de los sútij, era tan importante y se había extendido tanto en la cuenca del Urubamba, que en la solemne oración al Sol, reproducida por Molina (pág. 53), se la equipara a los incas cuzqueños por las siguientes palabras invocatorias: "¡Oh Sol, padre mío que dijiste: haya cuzco y tampus; sean éstos tus hijos vencedores de todas las gentes, pues para ello los hiciste!" A los tampus pertenece la leyenda o ciclo poético de O-

llantay, cuyo nombre todavía se perpetuaba, a fines del siglo XVI, dentro del ayllo de Antasáyaj, que era *sútij* o sea *tampu*. Por su ostensible importancia y precedencia, dice el Padre Acosta que los incas del Cuzco creían a los tampus el linaje más antiguo. Sus ayllos filiales de Sahuasiray y de Quizco Sinchi o Antosayaj, fueron los primeros incas u orejones que se establecieron en el valle del Cuzco, aliándose con los autóctonos huallas, los cuales vivían en las alturas del este, desde el Sajsayhuaman hasta San Blas y el Arco de la Plata. Es muy descaminada arbitrariedad la de hacerlos venir del oriente y al propio tiempo reputarlos aymaras, cuando está probada su procedencia de Pacaritambo y constituyen la entraña del quechuísmo. Sahuasiray se deriva paladinamente de *sayhua*, poste o lindero, y de *sira*, que unas veces significa escorpión y otras echarse a dormir, tenderse o recostarse. En efecto, fueron los primeros radicados en el Coricancha y la junta de los dos ríos Huatanay y Tulumayo.

La tercera onda inmigratoria salida de Pacaritambo, está formada por los ayllos simbolizados en los cuatro Ayares y sus esposas, los cuales dicen haber invertido ocho años en el viaje, deteniéndose a poblar y sembrar en las estaciones intermedias. Uno de los ayllos, el de Ayar Cachi, regresó, según la fábula, a Pacaritambo; pero alguna porción de él debió de continuar con los restantes o fue después traída por Manco, pues figuraba entre los bandos del Cuzco el de Chahuin, del mismo linaje de Ayar Cachi. Dije en mi lección anterior que Huanacauri fue el sitio en que se apartaron los de Ayar Uchu para adelantarse por sí solos al Cuzco, dejando a la zaga a los ayllos de Manco y Auca. De allí que recibiera aquel lugar los nombres de Alpitay y Quirimanta, alusivos respectivamente al dolor de la separación, y a la herida o corte sangriento que suponía segregarse del conjunto de los inmigrantes, no sin cruentos combates, cuya memoria conser-

va la leyenda. Algunos del linaje de Ayar Uchu, por otro nombre los *allcahuizas*, quedaron sin embargo en Huanacauri, enterramiento de sus curacas. Los demás avanzaron al Cuzco, donde bajo el mando de Copalimayta y Culunchima se coligaron con las sahuasiray, de la estirpe o tribu sútij, y resistieron junto con los huallas la acometida de Manco, cuando éste se presentó al fin para apropiarse las tan codiciadas tierras cuzqueñas. Al lado de Manco aparece Mama Huaco, que unos analistas hacen, en su versión de la fábula, mujer de Auca, el Ayar gemelo de Manco, y otros, como Garcilaso, identifican con Mama Ocllo. Todo lo cual significa evidentemente que Manco y Auca y sus respectivas esposas acaudillaban dos ayllos o fratrías consanguíneas, que ejecutaron entrambas la conquista del Cuzco, atacando a los precedentes ayllos hermanos de Allcahuiza o Ayar Uchu, de Sahuasiray y Antasáyaj, procedentes de Sútij-tojo los últimos, y a los aborígenes huallas. Estos fueron vencidos con relativa facilidad en Huanaypata, donde parece haberse solemnizado la victoria con sacrificios humanos. No fue tan llana la empresa contra los de Ayar Uchu y Sahuasiray, súbditos del cacique Compalimayta quien rechazó una primera vez la invasión de Manco Cápac, y no fue sojuzgado sino por el segundo asalto, *después de algunos meses*, dijeron a la letra a los comisionados del Virrey Toledo los indios nobles informantes. Según dicho relato, adueñado Manco del barrio de Pumapchupan y del de Inticancha, los de Ayar Uchu se mantuvieron, aunque vencidos, en el actual de Santa Clara; y permanecieron allí como en barrio autonomo hasta el reinado de Mayta Cápac, el cuarto Inca de la primera dinastía. A Ayar Uchu correspondía, entre otros, el ayllo de Arayraca-Cuzco-Callan, que figuró entre los principales incaicos. El linaje de Ayar Auca, unido siempre al de Manco, impuso el nombre del Cuzco y la piedra miliar central como es de ver en el adagio incaico

Ayar Auca Cuzco Huanca, en que *huanca* significa la piedra larga, señal del asiento de las parcialidades, y de la tumba o cenotafio de sus jefes. La etimología del Cuzco no puede ser aymara. Se deriva probablemente de los muy quechuas verbos *cusquini*, romper la tierra o deshacer terrones, o *cuscuni*, esmaltar, adornar y labrar con colores (como para el *súntur páucar*). Los orejones dominados y expulsos que fueron a vivir en las cercanías del Cuzco, y que se llamaban chilques, no han de derivarse de Ayar Auca, fiel hermano de Manco, sino de los otros Ayares desidentes, o de los consanguíneos sútij (tampus). Eran compañeros y vecinos de los mascas; y ambos habitaban Ajcha, Paruro y Pacaritambo, la comarca solariega de todos los incas.

Se funda así el Cuzco por la aglomeración de poblados diversos, y la superposición de sus clanes o pequeñas tribus. Es el consabido *sinoecismo* de que nacen las ciudades antiguas y clásicas. Nos vienen a la mente recuerdos de la Atenas de Teseo, de los palatinos y quirinos romanos, y de los cuatro barrios de Méjico, y la unión en él de Tenochtitlan y Tlatelulco. Importa mucho darse cuenta cabal de esta diversidad y jerarquía de los ayllos incaicos, porque de ellos dimanan las organización del futuro imperio y la graduación de las clases gobernantes. Después de los ayllos o panacas de inmediata descendencia imperial, venían los clanes o gentilidades procedentes de los Ayares, y sus facciones o fratrías; más abajo, los que hemos denominado vanguardia incaica, o sea maras y tampus; y en último término los restantes orejones confederados (sañoc, mascas, chilques, paris, quilliscachis, cahuinas y acomayos, etc.) Estos y no otros eran los *incas de privilegio*, a los que Lorente, y lo que es más de extrañar, algunos contemporáneos nuestros, han imaginado ennoblecidos en atención a méritos personales, que hay quien llega al ridículo extremo de calificar de servicios políticos.

Es necesario carecer de todo sentido histórico, del instinto de los orígenes y de cuanto denominaron los románticos *apreciación del color local*, para imaginar que en un imperio primitivo y semibárbaro, embebido aún en exclusivismos de razas, brotado entre guerras y conquistas, pudiera haber una jerarquía de nobleza fundada en puros méritos personales. La estratificación de las clases fue, sobre todo a los principios étnicos, de fatalidad hereditaria: aristocracia verdadera de sangre, gentilicia, fisiológica. Todos los de la nación inca se sentían parientes, porque constituían gentilidades derivadas de antepasados reales o simbólicos; tenían distintivos semejantes (las orejeras y el llauto); númenes peculiares, cuyos sacerdotes eran privilegiados (por ejemplo, el ayllo de Tarpuntay para el Sol y Huiracocha, y la descendencia de Ayar Uchu para la piedra de Huanacauri). De los incas inferiores u orejones de segunda clase, salían los inspectores o visitadores del imperio. Cuando se emprendía una campaña, formaban el cuerpo principal del ejército, algo muy parecido a la guardia noble de otras monarquías, o a los melóforos e inmortales de los persas aqueménides. Sólo ellos podían recibir la investidura del *huarachicuy*, correspondiente a la iniciación en esta orden de caballería hereditaria o milicia especial, que no era en suma sino la nación de los incas armada. Consta que el ídolo de Huanacauri, custodiado por los allcahuizas, se llevaba aún a las expediciones más lejanas, a manera de paladión. Cuando los dominios incaicos se extendieron, hubo, es cierto, altos jefes alienígenas, gobernadores de provincias o capitanes de millares, que no eran incas ni a veces quechuas, y feudatarios como el Gran Chimú y el curaca de Chincha, conducidos sobre literas de honor en el séquito imperial; pero nunca se ve que alguno de estos luciera el privativo título del Inca, que correspondía sólo a los orejones cuzqueños, bien residieran en la capital y sus cercanías, bien en colonias de mitimaes

o guarniciones de fronteras, que hubieron de multiplicarse en las épocas posteriores. Muy claro dice Cieza que eran nobles de primer grado, o sean Incas "los que vivían en la parte del Cuzco y sus descendientes". Garcilaso, a pesar de su ingenuidad y errores, artibuye el privilegio del incazgo o dignidad nobiliaria superior a concesión de Manco Cápac, pero sólo a sus primeros vasallos. Sin reparar en tal limitación y en el sello hereditario y local, hay peruanistas que equiparan los incas de privilegio a los modernos lores ingleses, creados por el Rey de Gran Bretaña en atención a sus méritos y talentos individuales. Tal paralelo es una caricatura, de falsedad clamorosa, perjudicial en alto grado porque perturba toda recta comprensión de la sociedad incaica.

No menores despropósitos se han acumulado para negar la personalidad de Manco Cápac. A no ser que profesen ciertos críticos una especie de absurdo ateísmo histórico, y expliquen los movimientos de las naciones y los combates de las tribus, por impulsos colectivos tan inconscientes que para nada requieran la existencia de jefes o conductores, habrá que reconocer que la emigración de Pacaritambo al Cuzco y los conflictos de los ayllos debieron de producirse bajo el mando e iniciativa de los respectivos curacas. Al que predominó, la historia incaica lo conoce bajo el nombre de Manco Cápac; y no es racional objetarle o regatearle denominación tan añeja y confirmada. González de la Rosa se obstinó en tenerlo por un ser mítico y epónimo, cuando las pormenorizadas circunstancias de su itinerario tal como aparece en las Informaciones de Toledo, el carácter totémico y propio de su primer nombre, que no tiene ninguna de las condiciones de los epónimos, y el culto privado especial y gentilicio de su estatua, en todo igual al de sus efectivos sucesores y diferentísimo de las divinidades generales, nos están gritando su concreta personalidad. Es de extraña incongruen-

cia rehusarla, porque no apareció su momia. Como el Licenciado Polo de Ondegardo tampoco halló la de Yáhuar Huájaj, y los indios, con verdad o por cautela, negaron que se hubiera descubierto la de Lloque Yupanqui, tendremos en virtud de tan fútil razonamiento que desconocer la efectividad de estos dos soberanos, comprobada por tantos otros testimonios. Ni es menos endeble el argumento que alega Latcham, consistente en el apelativo de Ayar, que aquí acepta que signifique difunto. Dice que, si existieron los jefes de las tribus o clanes, hubieron de morir antes de establecerse en el Cuzco, ya que allí se les calificó de fallecidos. De donde se derivaría con tan buena lógica que ningún muerto vivió jamás en el mismo lugar en que tal se le declara. Latcham deshace todavía más tan singular razón con la etimología que asigna al nombre incaico de Mayta, propio del cuarto soberano y de muchísimos orejones en todos los tiempos del imperio, pues lo deduce de bulto o imagen; y así, razonando en estricta analogía, habría que declarar imaginarios a todos los Maytas. Es un extremo chistoso de la extraviada y dogmática hipercrítica que infestó y asoló la historia a fines del siglo pasado y a principios del presente. No es tampoco argumento contra la efectividad de los Ayares, que se les simbolizara en piedras sagradas, como las *pururaucas*, porque recordar y representar finados por monumentos de piedra, es uso constante desde las primeras culturas neolíticas (*dólmenes y menhires*), hasta los mausoleos contemporáneos, sin que esto arguya la irrealidad del personaje rememorado; y porque la creencia en la conversión de hombres en piedras y viceversa, es superstición totémica muy extendida, verbigracia las *churingas* australianos y los usos de los *laches* en Nueva Granada. Según Avendaño, todos los pueblos del Tahuantinsuyu conservaban el recuerdo y el culto local de su fundador, al que calificaban de *marcálloj*. ¿Porqué habrá que establecer una monstruosa ex-

cepción de olvido o incertidumbre para el que fundó la mayor ciudad y el más glorioso imperio de todo el Perú antiguo? Ni es conjetura desdeñable la observación de lucir el hijo segundogénito de Manco, el que no heredó el curacazgo sino la cofradía o panaca gentilicia, el nombre de Chima, sinónimo probabilísimo del totem paterno porque equivale al ave solar y augural *inti* o *mallco*, protectora de Manco Cápac y su tribu.

Esto nos lleva como por la mano al problema de la filiación paterna incaica, de la agnación o uterinidad de sus ayllos, que Latcham ha resuelto en el último sentido, contrariando la opinión tradicional y las más explícitas palabras de los cronistas antiguos, desde Cieza y Betanzos, hasta Sarmiento, Garcilaso y Cobo. Latcham opina que la parentela fue matrilineal en todo el Perú, salvo los últimos tiempos de los Incas; y atribuye la revolución patriarcalista y agnaticia, que juzga en suma frustada, a los soberanos Pachacútej y Túpaj Yupanqui. El Sr. Ricardo E. Latcham está influído en demasía por los antiguos etnólogos Mac Lennan, Lubbock y Morgan, y los modernos Levy-Bruhl y Durkheim. Cree como ellos, sin atender a las refutaciones de Starcke, en el mismo siglo XIX, que la promiscuidad primitiva ha sido universal y ha determinado dondequiera la exclusiva parentela materna. Es un adepto del evolucionismo unilateral y monótomo, que pervirtió y esterilizó la Sociología positiva, contra la cual reaccionaba yo casi instintivamente desde mi juventud, alentado por los libros de Tarde. Sólo los llamados reaccionarios estamos a tono con las actuales direcciones científicas. La Etnología contemporánea rechaza el concepto evolucionista, simple, primario y mezquino de los procesos sociales. La historia de la humanidad no es tan uniforme; y así como en el transformismo vegetal y animal se han desacreditado los rígidos árboles genealógicos de las especies, que trazaron los antiguos darwinis-

tas, así en las sociedades se admite que los tipos son diversos, y que suelen coexistir en grandes áreas la descendencia matrilineal con la paterna, y la endogamia con la exogamia. Buena prueba de ello es cabalmente el Perú prehispano. Los primitivos escritores nos atestiguan, como el Padre Las Casas, que los costeños o yungas, en especial los *tallanas* y *huancavilcas*, heredaban por línea femenil lo que es una prueba más, dicho sea de paso, de su parentesco con los chibchas. Los collas mostraban muchas huellas y resabios de lo mismo, y es muy explicable, conocida la libertad sexual de que entre ellos gozaban las solteras. La promiscuidad femenil necesariamente produce, en todos los lugares y las épocas, por la incertedumbre de la paternidad, la filiación materna. Pero es Gómara muy terminante al reconocer la herencia agnaticia entre los incas, y los otros autores confirman rotundamente el dato. Ni es probable que fuera sólo entre los incas, como parece indicarlo el texto de Gómara. Tello ha descubierto en Ancash genealogías puramente patrilineales. En Chavín, las estatuas más adornadas son las masculinas. En la alfarería de muy numerosas provincias, aparecen las mujeres acatando y reverenciado a los varones. El tipo de cultura a la que pertenecieron las mas de las naciones serranas, y especialmente la incaica, trae consigo el régimen patriarcal, con poligamia para los jefes y potentados. Los agricultores y pastores superiores practican casi siempre la primogenitura por línea paterna, con la superposición de sus clases y federaciones políticas, y dentro de su teocracia absoluta, moderada apenas por el consejo de los ancianos o mayores de las tribus, denominados entre los quechuas *púrij*. En todas las grandes monarquías conquistadoras, hasta en las negras de Dahomey y Achanti, se notan estas correspondencias. Los cultos varoniles de Huiracocha y del Sol, predominantes en el Perú incaico, disponen, por natural influencia, para el sistema paternal en las familias.

Muchos de los ejemplos que trae Latcham son de impertinencia manifiesta: se refieren a regiones coma las de los pieles rojas, y los indios de Urabá, Bogotá y Chile, que no se hallaban en el mismo nivel cultural que los genuinos incaicos. No menos inconducentes son algunas de las observaciones que presenta. La palabra *panaca*, derivada de *pana*, hermana, no supone en su aplicación la exclusividad o prodominio de la filiación materna, porque, a más de sus varias acepciones, hay que atender que ha sufrido, como casi todos los vocablos, la variación por la ley que ciertos alemanes llaman heterogénesis de los fines y que hace tan engañosa toda superficial etimología. En latín, *nepos* quiere decir a la vez nieto o sobrino; y procediendo a la manera de Latcham, podría deducirse de allí que los romanos históricos no distinguían a los hermanos de los hijos, a los colaterales de los descendientes, no obstante estar demostrado su sistema patriarcal. La diversidad de apelaciones entre los hermanos para la lengua quechua (*huauqui, pana, tura y ñaña*), según el sexo del que habla y el referido, y la de los hijos legítimos, naturales y adoptivos, de varon o de mujer, no tienen tampoco el carácter excepcional en el Perú ni en América que han querido ver algunos, ni son indicios de absoluta uterinidad, porque precisamente suponen la coexistencia de ambos sistemas de parentesco, el varonil y el femenil, y porque se advierten en lenguas europeas como la vascuence.

La vida de las sociedades primitivas, menos atareadas que las actuales y muy propicias a la invención verbal, desarrolla los varios términos de parentesco, sin que tal proliferación de nombres esté indisolublemente unida al sistema de filiación matrilinial. Los griegos homéricos distinguían, entre las cuñadas, las *einateres*, mujeres respectivas de varios hermanos, y las *galoi*, vínculo de una hermana con la mujer del hermano. La primera corresponde, por la gradación eufónica del griego al latín, a las *janitri-*

ces romanas, mencionadas arcaicamente en el Digesto. Matices de parentela que se han perdido en las simplificaciones modernas, pero que subsistían dentro del evidente régimen patriarcal y agnaticio de helenos e itálicos. En sentido contrario, la generalización de los títulos quechuas o aymaras de *mama, taita, tata, auqui,* a todos los ancianos y ancianas del pueblo, no envuelve la instabilidad de los vínculos paternos y la presunción de la promiscuidad. Hartos estamos de oir en España llamar a los aldeanos viejos de ambos sexos abuelos y tíos por todo el vecindario, y sería absurdo atribuír tal costumbre a un vestigio de hetairismo. Los quechuas pueden atestiguar su arraigado concepto de familia patriarcal, además de los textos de los cronistas, con el vocablo *pihui,* que se aplica tanto al hijo como a la esposa legítima. La colocación del apelativo o título materno junto con el paterno o antes de él, no es prueba concluyente de predominar la uterinidad, como se ve por la práctica de muchas naciones modernas (España, Portugal e Inglaterra) Y es evidente que, dentro de la parentela paterna, no heredan siempre los hombres, porque en determinados casos puede heredar la mujer por preferencia de grado y línea, como ocurría en los antiguos mayorazgos castellanos. Ni el apellido paterno deja de sufrir intermisiones, aún dentro de la familia paterna, com en la Edad Media española, cuando venían a ser sólo nietos y bisnietos los que reproducían el patronímico del ascendiente. A estas observaciones del sentido común, conviene agregar que entre los salvajes y bárbaros el totem es con frecuencia individual, y por eso no se hereda de continuo su nombre; y que el totem del grupo no proporciona siempre la denominación de todos los del clan, sino la del jefe o los principales. Latcham no ha tenido en cuenta nada de esto. Su estudio muy débilmente argumentado, está compuesto con gran desorden e incoherencia. Llega en una ocasión, (pág. 56, *Orígenes de los Incas*

y sus ayllus), a denominar prima de un soberano a la que era hija del padre de éste en mujer de diferente estirpe. Ha hecho tal batiburrillo, que finalmente declara falsas todas las panacas incaicas, porque no llevan los nombres de los Incas sus fundadores, que hubieron de ser en su sistema hermanos uterinos de las pallas que encabezaban dichas estirpes. Se ha obstinado en no comprender que los referidos ayllos se componían, según todas las autoridades conocidas, de descendencias computadas por la línea paterna, y que sus designaciones no eran patronímicas sino a menudo simbólicas o locales. El Inca soberano, que abandonaba su nombre totémico para asumir otro oficial y ritual, encargaba la panaca de sus descendientes, no al heredero del trono, sino a un hijo segundogénito o pospuesto. Así lo dicen todos los historiadores primitivos de los Incas. Si rechazamos sus testimonios, y pretendemos reemplazarlos con arbitrarias conjeturas y fantasías individuales, queda destruída de raíz la posibilidad de una historia o una etnografía incaica. Al examinar los ayllos incaicos nos sorprende la persistencia de los apelativos paternos. A mediados del siglo XVI, según las Informaciones de Toledo, los de la panaca Chima tenían como pariente mayor al indio noble llamado D. Juan Huarhua Chima, sin duda en recuerdo del hijo segundo de Manco llamado Chima, que estableció aquella panaca. Entre los descendientes de Mayta Cápac figuran Usca Mayta y Cuca Mayta. Los vátagos de los Incas Pachacútej Yupanqui y Huiracocha Yupanqui se llamaban en sucesivas generaciones Muyna Yupanqui. En el ayllo de Túpaj Yupanqui ostentaban varios el heredado título de Túpaj. Lo mismo ocurría entre los orejones secundarios. Así, el ayllo de Sahuasiray (tampus) estaba regido por el pariente mayor D. Martín Mayta Sahuasiray. Y para que se vea que la filiación paterna no se limitaba a los Incas, según creyó Gomara, leemos que infinidad de curacas de todo

el Perú heredaban los nombres de su antepasados paternos. Lo comprueba el caso de Huamán Poma de Ayala, el recién descubierto cronista, y lo corroboran las tantas veces citadas Informaciones de Toledo. Por ejemplo, en la de Jauja, el curaca D. Alonso Puma Hualla era hijo de *Huamanchi Hualla*, nieto de Sajsa Huaman y bisnieto de Apu Hualla. Aquí está presente lo que apuntamos sobre la sucesión alternada de los apellidos paternos, como en los castellanos medioevales. El curaca D. Diego Rucana de Hurinhuanca, era hijo y nieto de otros del apellido Rucana. Puma era nieto de un Puma; Huaman de Huamanga, hijo de Astur y nieto de Huaman Astu. D. Diego Antihuallpa, gobernador de Antisuyu, era nieto de Purum *Huallpa Sujsu*. Los que no continúan los apellidos del padre o del abuelo, declaran, no obstante, su filiación paterna y que por ella heredaron sus curacazgos. Con la poligamia existente, es claro que tenían que variar los nombres de los muy numerosos hijos, para evitar confusiones; pero siempre se advierte el retorno a los apellidos del tronco paterno. En el ayllo imperial de Yáhuar Huájaj, llamado *Aucalli Panaca*, uno de los parientes mayores, al tiempo de Virrey Toledo, se llamaba D. Gonzalo Páucar Aucalli, porque el hijo mayor de Yahuar Huájaj excluído del trono y encargado de la panaca o cofradía, se llamó Páucar. En vista de todos estos datos, hay que concluír que entre los Incas, y entre los quechuas generalmente, existió la filiación paterna, con preferencia a la materna, la cual era tenida en cuenta de manera accesoria. Cuando los incas relataban sus leyendas, ponían en primer término a los héroes varones; y esto a tal punto que, hablando de la prueba de las tierras con la estaca de oro para fundar el Cuzco, los orejones declarantes corrigieron el texto de Navamuel y de Sarmiento, para atribuir la fundación a Manco Cápac ante todo (Sarmiento, edición Berlín, 1906, cap. 13, pág. 38). El predominio del sistema patriarcal

fué una de las superioridades más evidentes de los incas y los quechuas en el antiguo Perú; y por la solidez tribal que establecía, quizá la mayor razón de sus victorias, de la rapidez de sus conquistas y de la dilatación de su imperio.

VI

SUCESION DE LOS INCAS

Llegamos hoy a la historia que llamaremos *externa* de los Incas, a su número, sucesión y hechos. Es asunto indeciso, de bastante vaguedad y perplejidad, lleno de leyendas y fábulas, y poco menos difícil que las obscuras disquisiciones arqueológicas de que hasta ahora he tratado. Entramos de la prehistoria a la protohistoria; y aunque la incertidumbre cronológica no es tanta como en el período anterior, nos movemos aún entre la niebla de las ficciones, en plena historia leyendaria, de tradiciones primitivas, redactadas de modo tardío, y alteradas en varias fuentes y en discrepantes cronistas. Tales reparos convienen a todos los cronistas incaicos, lo mismo a los primordiales, reputados por más fidedignos, como son Cieza y Betanzos, que al último y más literario, Garcilaso, tan maltratado y zaherido por la crítica de fines del siglo XIX. Es natural que todos adolezcan de los mismos defectos esenciales, porque éstos nacen de la propia materia, insegura y fluída. Sólo cabe en ella la conjetura verosímil, comparando los diversos testimonios y sujetándolos a minuciosa depuración histórica, con un rigor de criterio que no podía exigirse a los escritores de los siglos XVI y XVII. Fundándome sobre tales consideraciones, comparé a Garcilaso, en un estudio biográfico que le dediqué hace veinte años, con el ingenuo historiador griego Herodoto. El agudo peruanista froncés Baudin se sorprende, no sin

cierta ironía, por esta comparación. Dejemos de lado matices estéticos, y atendamos a lo esencial. Garcilaso, que es tan superior en forma y talento a los demás analistas indígenas (verbigracia a Santa Cruz Pachacuti y Huaman Poma), como es Herodoto a los logógrafos, obtiene en su veracidad la misma rehabilitación relativa y considerable que Herodoto ha logrado con la descifración de las antigüedades egipcia y oriental, cuyas leyendas relató de buena fe. Pero las rectificaciones a nuestro paisano carecen de la exactitud ceñida y absoluta que permiten en la antigua historia del Oriente los revelados jeroglíficos. Entre nosotros, o no los hubo, o son escasísimos y hasta ahora indescifrables. Nos hallamos reducidos al testimonio muy indirecto de las pinturas que vió Ondegardo y a que el Padre Acosta se refiere; y a la comparación y expurgación de las leyendas discordantes, traídas por tan dispares cronistas. Los quipus apuntaban fechas, estadísticas y relatos muy someros; pero las narraciones históricas extensas constaban en cantares a modo de romances o *epos*; y los poetas o compositores solían ser los mismos quipocamayos o colegas de ellos. La historia así tenía que ser enfática, hiperbólica, fantaseada. A esta exigencia de los tiempos primitivos, en que es ley constante que la memorias nacionales se expresan en cantos populares o litúrgicos, venía a sumarse en el Perú otra más grave deformación: eran cantos oficiales, sometidos a la censura de un régimen despótico, propenso como el que más a la adulación para con los monarcas recientes, y a la falsificación o el olvido para con los remotos. Era costumbre obligatoria que cada Inca reinante tuviera, en su corte y aun en las capitales de las mayores provincias, quipocamayos y poetas o *harahuis*, que conservaran el recuerdo de sus hechos y los publicaran, después de su muerte, en las mayores festividades. Se entendía prohibido que el Inca se enterara de lo que sobre él componían; pero es muy pro-

bable, con el carácter del gobierno, que se infringiera a menudo tal prohibición y que los monarcas vivos fueran también ensalzados. Cuando el soberano moría, se sometía su reinado a una especie de juicio póstumo, semejante al faraónico. Predominaba de seguro en el fallo la influencia del sucesor, que a veces fué hijo descontento o hermano rebelde, y en alguna ocasión, como Inca Roca, cabeza de una nueva dinastía y de una tribu rival. Cuando el juicio era desfavorable, se condenaban a preterición o a rebaja de alabanzas las hazañas del difunto. A más de estas calidades, tan desfavorables a la exactitud, tenían que alterarse los cantares históricos, que por la discrepancia de los cronistas españoles aparecen contradictorios, por las mismas razones generales que en la imaginación popular favorecen la alteración de las leyendas y la transferencia de los hechos vetustos a los personajes recientes, más vivos en el recuerdo de poetas y oyentes. Lo que ocurrió en Caldea con Sargón, que ha acumulado en sí las proezas de sus antecesores, lo que en la Edad Media hizo que Carlomagno y Federico Barbarroja, Brunequilda y el Rey Arturo se beneficiaran de las previas gestas de las tradiciones arcaicas, determinó también en el Perú la confusión o identificación entre los reinados de Inca Huiracocha e Inca Pachacútej, la duplicación de las mismas conquistas atribuidas a sucesivos monarcas, la repetición por ejemplo en el cantar de Huayna Cápac de muchas de las campañas de su padre Túpaj Yupánqui. Como los Incas, especialmente los últimos, visitaban de continuo sus territorios, resolviendos los conflictos de jurisdicción, apasiguando los desórdenes y redondeando las conquistas incompletas y asentando las anteriores, los lisonjeros quipocamayos declaraban que los reyes últimos habían sometido a los curacas que no hacían sino confirmar en su vasallaje, y que habían agregado al imperio los territorios ya antiguos que se limitaban a recorrer y vigilar.

Todo esto se trasluce por las duplicaciones y contradicciones en los cantares, ostensibles con sobrada frecuencia, pues los Incas regularizaron mejor la administración y la economía que nó la historia. Imaginemos la vida política de un país conocida sólo a través de los comunicados de su gobierno y de las versiones del periodismo oficial. El resultado será inexactísimo, de parcialidad y exageraciones clamorosas. Pero todavía lo será más si los régimenes o períodos gubernativos se conocen por el juicio que los sucesores de ellos, naturales o forzados, legítimos o ilegítimos, expresen. La flaqueza humana hace que gobernantes y funcionarios inculquen por sistema sus propios méritos muy abultados; y que depriman o eclipsen los de sus predecesores. Procurarán hacer creer que la prosperidad y las grandezas arrancan sólo de la dominación propia, o de los suyos muy próximos. Disfrazarán como triunfos las calamidades y derrotas, encubrían los trastornos y las usurpaciones, y presentarán como sucesión legítima y hereditaria lo que en realidad ha sido subversión violenta y sangrientos conflictos revolucionarios. Tanto empeño se puso en borrar el rastro de éstos que en 1572 Sarmiento de Gamboa, aprovechando las informaciones de numerosísimos indios nobles, ordenadas por el Virrey D. Francisco de Toledo, y el Padre Cobo algunos decenios más tarde, utilizando las noticias de Ondegardo y las del Príncipe D. Alonso Túpaj, nieto de Huayna Cápaj, no alcanzaron ni uno ni otro a descubrir en la clasificación de los Incas entre los linajes de Hurin Cuzco y Hanan Cuzco la indudable substitución de la primera dinastía incaica por la segunda. La desnaturalización y estrago de las memorias de los Hurin Cuzco hubo de aumentar cuando Huáscar, en la contienda contra Atahualpa, se mostró partidario de ellos y fué vencido; y todos los quipos históricos consta que padecieron extraordinario menoscabo y casi total ruina cuando los generales atahualpistas se de-

dicaron, como lo atestiguan las Informaciones de Vaca de Castro, a destruir los cordeles o anales incaicos, y a exterminar a los quipocamayos. Pretendían los de Atahualpa que todo comenzara desde la exaltación de su soberano; y esta pasión demoledora, que se nos antoja un lejano antecedente de nuestras Patrias Nuevas, causó el mayor y más irremediable daño en la tradición incaica, muy poco antes de la conquista española. Con ello se acabaron naturalmente de confudirse las tradiciones, por más que desde el Gobernador Vaca de Castro hacia 1543 se ordenaran y levantaran informaciones cuidadosas, reuniendo con trabajo a los escasos quipocamayos que sobrevivían y que vagaban ocultos desde Atahualpa por los campos y las punas. Se tradujeron sus dichos por especiales intérpretes abonados asistidos de los conquistadores más expertos en las lenguas indígenas. Siete años después de las Informaciones de Vaca de Castro, daba cima a su crónica Pedro Cieza de León, consultándola con príncipes cuzqueños y orejones y revisando la narración los Oidores Bravo de Saravia y D. Hernando de Santillán, muy peritos ambos en antigüedades indias. Desde 1570 reunió nuevas y más extensas informaciones D. Francisco de Toledo. Sobre todas éstas y sobre los demás cronistas podemos levantar con muchas posibilidades nuestras conjeturas acerca de la historia de los Incas.

El primer problema que en ella se nos ofrece es el tocante a la época de la expansión incaica, si las conquistas de los Incas se iniciaron metódica y evolutivamente desde la primera dinastía, o si fueron la inesperada y rápida consecuencia del rechazo de los Chancas en el Cuzco. La teoría tradicional, sostenida por Garcilaso, la que tiene por apoyo las Informaciones de Vaca de Castro y de los relatos últimamente conocidos de Huaman Poma de Ayala, es la de las conquistas casi ininterrumpidas a partir de los primeros soberanos. Los apasionados críticos

de fines de siglo XIX y de los comienzos del actual, llevándose por el sentido literal de Cieza y Betanzos, por el Padre Las Casas y el resumen de las Informaciones de Toledo que compuso Sarmiento de Gamboa preconizaron la teoría de la fulminante difusión del poder de los Incas, lo que yo llamo el *súbito milagro*, la expansión rapidísima bajo Pachacútej y Túpaj Yupanqui. Aceptando sin crítica ciertas afirmaciones de los autores que he citado, sostienen que antes de Pachacútej los Incas no señoreaban sino un minúsculo distrito, de tres a seis leguas, a la redonda del Cuzco, y que de golpe, en sólo dos generaciones, llegaron a constituír el enorme imperio. La erudición no exime del sentido común y la lógica; y como en esta historia incaica, leyendaria y tradicional, no hay documentos de plena probanza, basta en mi concepto que una hipótesis sea tan rara e improbable como la que acabo de exponer, para que desde luego la apartemos. Meditemos un instante en las imposibilidades que encierra, y sirvámonos para ello de significativos ejemplos contemporáneos. Pretender que de pronto reducidas tribus que ocupaban un territorio mínimo, se alzaran con el dominio de tan gran parte del continente sudamericano, es como pretender que el Perú y el Ecuador actuales, con su debilidad y pequeñez, emprendieran y lograran en época brevísima conquistar toda la América o el mundo entero. Ni cabe argüir con analogías de lo que ocurrió en ciertos imperios antiguos y despóticos dominados instantáneamente por pequeñas hordas que se substituyeron a los dominadores absolutos. El Tahuantinsuyu se componía entonces de muy numerosas confederaciones, de una infinidad de curacazgos y señoríos, así en la Sierra como en la Costa. Por sus vastos y aislados territorios, la propia aspereza de sus sierras y la dificultad del tránsito de sus desiertos, han debido de requerir esas naciones para ser dominadas y aun sólo penetradas por eficaces campañas guerreras, el transcurso de varias gene-

raciones y el esfuerzo de muchos millares de soldados. Roma no ganó el mundo mediterráneo sino al cabo de tres siglos de guerras constantes. Felipe Augusto preparó los caminos de Luis XIV y de Napoleón. Prusia comenzó su aprendizaje de anexiones desde el Gran Elector; y Federico II, fué, con secular intervalo, el precursor de Moltke. A más de estos argumentos de observación racional, hay testimonios abundantes que confirman que así ocurrió en efecto con la supremacía incaica. La interpretación de los en apariencia contradictorios no se ha hecho con exactitud ni sagacidad. Por ejemplo, hay peruanistas contemporáneos que citan en apoyo de la disparatada teoría de la expansión repentina y milagrosa la autoridad de las recordadas Informaciones de Vaca de Castro. Basta abrirlas y leerlas para comprobar que atribuyen considerables conquistas al segundo Inca Sinchi Roca, al quinto Cápac Yupanqui, al séptimo Yahuar Huaca y al octavo Huiracocha. Con lo cual resulta palmario que las Informaciones de Vaca de Castro, lejos de impugnar aquí el sistema garcilacista lo corroboran de manera explícita, con toda su preferente credibilidad. Las citas de Ondegardo no son tampoco terminantes. En un pasaje se limita a decir que hacía trescientos cincuenta o cuatrocientos años del momento que escribía (1570, más o menos), los Incas no eran señores sino de los aledaños del Cuzco, lo cual no quiere decir que después se quedaran inmóviles, en esos tres o cuatro siglos, y no ensancharan paulatinamente sus dominios. En otro pasaje de su *Relación de los Fueros*, reimpresa en Lima en la colección Urteaga el año de 1916, página 50, parece reconocer la muy antigua expansión de los dominios incaicos por el lado del Collao o Vilcanota. En la misma relación (pág. 90 de la colección citada) declara muy terminantemente Ondegardo la antigüedad cuatricentenaria de muchas conquistas de los Incas. Dice a la letra: "A lo que ellos se acuerdan ha más

de 400 años que los sujetó". (XVIII). En todo caso, lo que dice en la siguiente página muestra el muy poco o nulo interés que ponía en esclarecer este punto el Licenciado. A él le importaban mucho más las instituciones incaicas que no la cronología de los hechos políticos. Cuanto a las aserciones categóricas de Sarmiento, hay que atender a que el Virrey Toledo y sus funcionarios, al levantar las informaciones que dicho cronista compendia, tenían el propósito muy preconcebido de justificar a toda costa la dominación española, no sólo con los innegables beneficios que aportó, sino procurando alegar la tiranía y la muy reciente usurpación de los Incas. Este interesado propósito quita mucha autoridad a los resúmenes de Sarmiento, porque indujo a solicitar e inclinar en determinado sentido los dichos de los declarantes indios cuya inexactitud en este punto fundamental se ve muy de manifiesto. Hay así informaciones en que dicen los indios nobles y ancianos que Túpaj Yupanqui fue el primer conquistador, pero que en muchas partes no hizo sino recuperar las provincias sublevadas, *ya anexadas al territorio incaico por su padre Pachacútej*. Se ve cómo procuraban encajar en los últimos reinados lo que sabían o vehementemente sospechaban provenir de los anteriores. Menudean en las Informaciones mencionadas contradicciones semejantes, que debemos suponer voluntarias y deliberadas las más, aun cuando es natural en pueblos bárbaros la limitación de los recuerdos históricos a los personales, faltando explícitos documentos. Son versiones incompatibles e incoherentes, como las que extrañaban y desesperaban al propio Cieza, las que fatigaban en tan grande extremo a Juan de Betanzos, según el pondera en su Proemio, y las que se advierten aún en algunos pasajes de las primigenias Informaciones de Vaca de Castro. Concretándome aquí a las famosas de D. Francisco de Toledo, he de repetir que por mucho que reconozca y proclame los méritos de la colonización espa-

ñola, no he de llegar hoy, en esta serena tarea histórica, a cooperar sin discernimiento en las miras circunstanciales del Virrey y sus auxiliares, ni a admitir sin rigoroso examen las tendenciosas declaraciones debidas a la pusilanimidad y el servilismo habituales en los indios.

Aunque procuro poner en guardia a los estudiosos contra los prejuicios y las ruinas del siglo XIX, sería excesivo y contraproducente rechazar el concepto de la evolución gradual, tan abonado por todas las ciencias y que tiene cumplida aplicación en este problema de la génesis del imperio incaico y del orden de sus conquistas. Hace ya más de treinta años que propuse distinguir en la historia incaica dos períodos: el de la confederación, bajo la dinastía de los Hurin Cuzco, y el de la centralización monárquica o imperio absoluto, que se afirma cuando menos desde el tercer soberano de los Hanan Cuzco. No hay que exagerar tampoco el contraste entre ambos regímenes, para no caer en el cómico desatino de un moderno peruanista que define al imperio incaico como *una república confederada de ayllos libres,* lo que es la caritatura más carnavalesca de aquella época que la ausencia de sentido histórico puede engendrar. Califiqué yo con alguna impropiedad al primer período de época feudal. Esto ha de entenderse con su cuenta y razón, y con mero alcance metafórico. El feudalismo propiamente dicho estriba en requisitos de complicadas jerarquías, determinadas prestaciones militares y de otros servicios, ceremonias de homenajes, y confusión entre las funciones políticas y la propiedad privada. No se han presentado íntegra y cabalmente sino en la Edad Media occidental europea, y con aproximación apenas en una edad de la historia japonesa y en otras rarísimas ocasiones del pasado oriental. Si no tuviéramos presente lo dicho, caeríamos en la gruesa confusión que hace a nuestros izquierdistas denominar feudal el sistema de nuestras encomiendas españolas coloniales. Yo llamé feudalismo

de manera vaga y figurada al primer período incaico de la confederación inca y quechua, el de los curacas vasallos autónomos, en el mismo sentido con que pueden calificarse de feudales la organización de las primeras dinastías chinas y egipcias, la federación aquella de los tiempos homéricos, o las alianzas estables de los cacique mejicanos y de los muiscas de Cundinamarca.

Otra rectificación que debo hacer a mis antiguas hipótesis es la tocante a mis dudas, expresadas en 1906, sobre la efectiva personalidad de Manco Cápac y Sinchi Roca. Para resolver dificultades cronológicas y ampliar los reinados de los Incas, que vienen demasiado largos en relación con la antigüedad que se les asigna, me inclinaba yo, en mis ensayos juveniles, a desdoblar o multiplicar a los dos primeros jefes incas, y suponer varios sucesivos englobados en ellos por la leyenda. Pero la fijeza y concordancia de los ayllos imperiales o *panacas*, de las estatuas y de las momias correspondientes, y el testimonio de las pinturas y de los tapices, vistos por algunos cronistas, me hacen ser ahora más cauto en esta hipótesis, y retirarla por falta de indicios. No faltan razones para creer que algunos monarcas han sido suprimidos de la línea oficial o capacuna, como son los casos de Tarco Huaman, Urco y Amaru Yupanqui. Mas esto ocurre en edad posterior, y para Incas que han gobernado muy breve período, y probablemente en calidad de asociados al trono por sus padres reinantes. Como ya lo apunté en lecciones pasadas, la figura de Manco, tal como aparece en Sarmiento de Gamboa y otros atendibles cronistas, no presta asidero para el escepticismo radical, ni menos para la negación categórica, que fué el sistema de González de la Rosa. Ya he explicado que ni el nombre, ni el culto, ni los hechos de Manco son de un epónimo. Y lo mismo ha de decirse aún con mayor fuerza de su heredero Sinchi Roja. Tienen ambos la misma consistencia histórica que Tenuchtzin y

Acamapitzin, los dos primeros reyes de la ciudad de Méjico, y de Sahuanmachica, el primero de los caciques bogotanos.

Contra el presuntuoso pirronismo histórico de los siglos XVIII y XIX, que negaba la realidad de todos los fundadores, recordemos los escarmientos de la historia y la arqueología modernísimas. Hasta en la época reciente de Maspero y de Krall se suponían quiméricas las dos primeras dinastías egipcias, las tinitas de Manetón, pero las excavaciones de Abydos y Negadah han venido a probar su existencia. Lo mismo ha ocurrido con los reyes caldeos, y con las leyendas cretenses y troyanas. Y en la más conocida historia europea occidental, hasta hace poco el gran historiador Héctor Pais, siguiendo para los primeros tiempos romanos las huellas de Beaufort, Niebuhr y otros demoledores sistemáticos, atribuía la importancia y edificación del Capitolio a los tiempos republicanos, posteriores a la invasión de los galos, tratando con desdén de ilusorios y míticos los recuerdos de la edad regia. Y ha tenido que desdecirse, sin embargo, porque las excavaciones en el Capitolio han evidenciado la exactitud de muchos de aquellos recuerdos. No sigamos tan equivocada senda en los estudios incaicos. Aceptemos el dato tradicional cuando no hay argumentos de peso en contrario, y antes existen presunciones razonables en su apoyo. La fundación de la ciudad del Cuzco fué un suceso muy memorable, rodeado de ritos y de ceremonias religiosas "consultando los agüeros y mirando las estrellas, en nombre del Sol y de Huiracocha", con sacrificios y conjuros sacerdotales, como los orejones se lo explicaron a Cieza. No ha tenido por qué olvidarse el nombre del fundador o *marcayoj*, que encabezaba la emigración del clan predominante. Es mala filosofía histórica, arbitraria y perniciosa, la de suprimir por capricho o alarde de ingenio la intervención consciente de los hombres en los acontecimientos mayores, la de

imaginar que los pueblos se mueven sin caudillos y por sí solos, que las ciudades se fundan por instinto ciego de muchedumbres, como los panales de las abejas o las cabañas de los castores; así como es errada crítica literaria, hoy al parecer definitivamente superada, la de imaginar que las epopeyas se redactan sin poetas y los libros capitales se producen acumulativamente, sin que sus redactores se den cuenta de ello, con sonambulismo inexplicable o animalidad tenebrosa. No hay que desterrar de la historia la individualidad, la voluntad y la reflexión; porque es apagar toda luz, y rendirse a la ignorancia y al acaso.

VII

PRIMEROS INCAS DE LA DINASTIA DE HURIN CUZCO

Después de esta involuntaria ausencia de dos semanas, conviene que recapitule y concrete las observaciones que apunté en mi última lección. Es forzoso que incurra en ciertas repeticiones, y lo hago deliberadamente porque me importa precisar las ideas y defender mis puntos de vista contra objeciones probables.

Dije que acerca de la conquista de los Incas y la dilatación de su imperio, se enfrentan dos teorías contrarias: la del que llamé estupendo prodigio, la repentina expansión de un país minúsculo que en dos o tres generaciones se ensancha hasta abarcar enormes territorios; y la tradicional y verosímil, que no es sólo de Garcilaso, y que reconoce la continua y paulatina propagación por guerras porfiadas y largas campañas, bajo muchos reinados sucesivos. Se apoya la primera en Cieza, Betanzos y otros analistas, y en las Informaciones de Toledo compendiadas por Sarmiento de Gamboa. Puede afirmarse que los

términos en que se plantea son inaceptables por angustiosos e irracionales, pues amontona las más importantes adquisiciones no más que en dos soberanos, Pachacútej y Túpaj Yupanqui, negando la obra de los anteriores y quedándole a Huayna Cápac la tarea secundaria de redondear las fronteras. Sin reparar en tales imposibilidades, la ha seguido hace poco el americanista francés Beuchat y la han adoptado en nuestros países los historiógrafos Latcham y Urteaga. Este último, en sus *Notas* a dos tratados de Ondegardo (*Del linaje de los Incas* y *Relación del 26 de Junio de 1571*), la acredita con el testimonio de las Informaciones de Vaca de Castro, que sostienen precisamente lo opuesto. En cuanto a Beauchat y su popularizado manual de arqueología americana, debo advertir que, si bien estudió con detención y, en lo poco que se me alcanza, me parece que con tino, las antigüedades mejicanas y mayas, de otro lado lo que nos incumbe, o sea la porción relativa al Perú indígena, es de inexactitud y superficialidad clamorosa, y el somero capítulo que dedica a la historia de los Incas adolece de evidentes y mayúsculos errores. Apenas hay párrafo de él que no contenga equivocaciones flagrantes. Se ha inspirado de preferencia en Martens y en Middendorff, sin discernir sus noticias; e interpreta peor los textos de Cieza de León y de Garcilaso.

La escuela de la difusión repentina, sea cuales fueren sus mantenedores, tiene contra sí una razón *a priori*, de verosimilitud y buen sentido, porque no es concebible que en período tan corto improvisara una tan pequeña y quieta nación, como ellos pretenden, los recursos materiales y el estado de ánimo bastantes a avasallar gran parte del continente sudamericano. Tiene además en contra numerosos datos de los primitivos historiadores, comenzando por las tan mal alegadas Informaciones de Vaca de Castro y terminando por la racional interpretación de mu-

chos cronistas que he de leer aquí, aunque parezca tarea prolija, porque es indispensable rebatir el vacío lugar común de la coincidencia de las mejores autoridades en favor de las súbitas conquistas incaicas. Y por último, no olvidemos el argumento de las analogías, que no deja de tener cierto peso en estos estudios como en todos, pues la historia peruana no es algo excepcional y monstruoso, que se exima de las leyes generales y constantes en el desarrollo de las sociedades humanas.

En egiptología, hasta hace pocos años, privaba una doctrina semejante a la que aun hoy predomina sobre los Incas: creían casi todos, con J. de Morgan por ejemplo, que los egipcios no iniciaron sus grandes conquistas hasta la XVIII dinastía, después de la expulsión de los hicsos, la cual guarda cierta proporcionalidad, en nuestra sucinta historia incaica, con la invasión de los chancas al Cuzco. Hoy está perfectamente averiguado que, a pesar de la decantada índole pacífica de los antiguos egipcios, no sólo ocuparon la Libia, la Nubia, los oasis mayores y la península del Senaí desde las primeras dinastías, desde los inmediatos sucesores de Menes, sino que ya un faraón de la V, Sahurá o Sahurí (el Sefrés de Manetón), recorrió vencedor las comarcas de Siria y asedió en ellas ciudades como la de Nedia o Netia, hacia el año 2600 a.C, anticipándose cuando menos en un siglo a las gloriosas expediciones de Pepi I, que no son tampoco para olvidadas. De igual modo, no son de rechazar en conjunto las conquistas de Roma en el Lacio y la Etruria meridional, durante los primeros tiempos republicanos y hasta en los leyendarios de la edad regia, ni la de los tecpanecas y aztecas fuera del valle de Méjico a mediados y fines del siglo XIV. Para explicar la naturaleza de las primordiales guerras incaicas y las diferencias de la constitución social en las dinastías de Hurin Cuzco y Hanan Cuzco, tales como aparecen de los analistas, emití hace mucho la hi-

pótesis de la época semifeudal o de la confederación inca y quechua, que antecedió al imperio. Ya lo expresé en mi lección anterior. Quiero insistir en que nada hay de extraño e insólito en esas hipótesis. Corresponde a un momento igual en todas las sociedades de tipo semejante, al ciclo señoril de las primeras monarquías conquistadoras. Tenemos que acudir a comparaciones con la historia de otros pueblos; y es frívola y absurda la opinión que desdeña el eficaz procedimiento auxiliar de las analogías, porque sin ellas se imposibilita el estudio científico de la historia, y conocer es siempre en el fondo comparar. Forma correspondiente a la que he denominado federativa o cuasi feudal en la primera dinastía incaica, es la que se presenta en las agrupaciones antiquísimas del Elám, en la jerarquía de los *patesis* caldeos, en los *nomarcas* egipcias que sustentan a las dinastías faraónicas de la V a la XIII, en las ligas de los aqueos homéricos y de los arcaicos régulos latinos, y por fin las confederaciones predominantes en el Anáhuac y entre los mayas. La historia china de la dinastía de Cheu, todo el período que en aquella va del siglo VIII hasta el IV a.C., nos ofrece mucho más: un verdadero y genuino feudalismo, en perfecto paralelo con los posteriores europeos y japoneses, con escala de títulos hereditarios, ceremonias de investidura y homenaje, clasificación de vasallos altos y medianos y valvasores, confusión entre la propiedad territorial y la soberanía, prestaciones materiales, obligación de asistencia personal y de servicio militar, y distinción entre los feudos y los alodios. Este cabal feudalismo no se halla por cierto sino en varias naciones de Asia y Europa, pero la graduada subordinación de caciques a jefes de guerra o emperadores en el seno de federaciones conquistadoras, no es insólita en las mayores culturas americanas indígenas; y por esta semejanza esencial he podido apellidar semifeudalismo la época del naciente poderío incaico. No se trata de conjetu-

ras caprichosas, sino de un estado social atestiguado por numerosos textos, de los cuales alegué algunos en mi primer estudio sobre Garcilaso y sus *Comentarios* y he de citar otros en el presente curso.

Al tratar de esta obscura edad y de sus vagas tradiciones quiero insistir en un punto de crítica histórica. Los hechos de los primeros soberanos han tendido a olvidarse o a acumularse en los reinados porteriores, no sin dejar indicios que nos permiten a veces restituirlos casi con certeza a los originarios. Este fenómeno, tan común en todas las barbaries, se debe, a más de la adulación incontrastable en los regímenes despóticos, a la debilidad de las mentes primitivas, que en ausencia o escasez de la escritura no pueden retener la tradición sino aproximándola a generaciones contiguas, transfiriéndola a personajes que interesen por su actualidad o vecindad. El Egipto, al cual es inevitable acudir en busca de parangones, porque es el estado más parecido al incaico, poseía sistemas gráficos que frisaban en lo perfecto y una organización política de mucha mayor fijeza y duración que el Perú de los Incas. No obstante esas indudables ventajas, y la mayor rigidez de su ritual y protocolo, descubrimos en sus documentos las mismas duplicaciones que en nuestro pasado indígena. Así, las hazañas atribuídas al Faraón Seti II de la XIX dinastía, en el canto de triunfo consignado en un papiro del British Musseum no son sino la complaciente. adjudicación y la traslación ostensible de las de su antecesor Meneftá II. Estas falaces repeticiones se hallan también en la antigua historia romana, y reciben en ella de los eruditos el apelativo de *geminaciones*. Las grandes estirpes patricias conservaban los elogios familiares, llamados *laudationes fúnebres* y lamentaciones o *naeniae*, cantos plañideros en que se enumeraban las virtudes y excelencias de los antepasados, compuestos para sus exequias y fiestas periódicas, como en los banquetes de las panacas

cuzqueñas a las momias de los soberanos sus progenitores. Y lo mismo que en el Cuzco y primitiva china, en Roma los poemas gentilicios no tenían escrúpulo para añadirse y asimilarse los loores correspondientes a extraños o a más remotos abuelos, como ya lo advierten Cicerón y Tito Livio con sagacidad notable. Lo propio que en las canciones de gesta de la Edad Media el Rey Teodorico toma rasgos de Atila, Carlomagno hereda a Arturo, y los cruzados repiten proezas de los Doce Pares, aunque éstos sean otras veces los reflejos fabulosos de aquéllos.

Por lo que toca a la cronología incaica, hay que rechazar la fantástica longevidad de sus monarcas, no ya únicamente en los increíbles cómputos de Montesinos y en los de Sarmiento, eco dócil e irrazonado de las infantiles ponderaciones de los indios declarantes ante los funcionarios del Virrey Toledo, sino en los más circunspectos cronistas y hasta en el resumen de los quipocamayos de Vaca de Castro, pues por término medio vendrían a corresponder a cada Inca, en la mínima apreciación de esos testigos, cuarenta años de reinado, lo que no se compadece en manera alguna con el curso habitual de los sucesos, ni con las revoluciones, abdicaciones y muertes violentas que no faltan del todo en los anales de los emperadores cuzqueños. Hay que reducir a razonables términos esos desmesurados períodos, como lo hacen hoy también en sus respectivas materias los egiptólogos y los mejicanistas.

La antigüedad de los Incas es sí, muy a las claras, bastante mayor que la de los reyes aztecas. En mis primeras lecciones he expresado que Centro América y Méjico fueron los focos originales de nuestras culturas indígenas, y que en aquel primer período nos llevan una preeminencia impugnada en vano por las ilusiones de nuestros arqueólogos connacionales. Pero viniendo ya a la última edad autóctona, a las civilizaciones imperiales herederas de las

culturas anteriores y que preceden a la conquista española, el Perú incaico recupera la primacía en el tiempo respecto a la última hegemonía del Anáhuac o sea Méjico Tenochtitlan. El Perú de los Incas lo supera en años, por lo menos en dos siglos, y en organización centralizada y unificadora. Así lo reconocieron los historiadores castellanos, como el Padre Acosta y el Padre Córdoba, que a la letra declaran las ventajas del Anáhuac en grandezas palaciegas y cortesanas y las del Perú de los Incas en duración de su monarquía, amplitud y buen régimen de provincias conquistadas, y en sistema político y concentración de gobierno. Desde entonces los dos países mostraban, por encima de sus semejanzas, hondas divergencias características y esenciales. Al paso que en Méjico era electivo el poder, ya el Perú de la primera dinastía incaica propendió a la sucesión directa, aunque siempre, y sobre todo en los primeros tiempos, estaba contrarrestada por la designación que hacía el soberano del hijo más capaz o más acepto y por confirmación del consejo de los orejones. En el Perú no se advierte la separación que en Méjico existía entre el jefe de guerra (tlacatecuhtli) y el civil o magistrado (cihuacohuatl). Por eso creo inaceptable y extravagante la observación de Latcham sobre Inca Roja, el primer monarca Hanan Cuzco, en quien se imagina distinguir el tránsito de la supremacía militar a la civil y el establecimiento de un régimen hereditario (*Los Incas y sus orígenes*, pág. 294). La unión indiferenciada de los mandos civil y bélico en manos del Inca o Sapallan Inca, y la tendencia a que el incazgo se perpetuara en uno de los hijos o hermanos del antecesor, se advierten ya en los soberanos Hurin Cuzcos, si hemos de atender a los precisos e incontrovertibles testimonios de los cronistas, fuera de los cuales no queda sino la mayor arbitrariedad conjetural, que imposibilitaría toda sólida y valedera indagación histórica. Esta concentración del poder supremo en el Perú incaico ex-

plica el mayor ámbito y continuidad de las conquistas y la asimilación casi total de las regiones anexadas. Nunca, ni en sus más tenues comienzos, fue la dominación incaica una especie de república federativa, una aglomeración libre de muchos ayllos o comunidades agrupadas espontáneamente, como por inexplicable y mostruosa ofuscación ha llegado a insinuarlo uno de nuestros distinguidos peruanistas contemporáneos. Hubo siempre, desde los más remotos orígenes, coacción, jerarquía, subordinación forzosa y clarísima propensión a la autocracia. Incomprensible e inútil será la historia incaica para quien no atine a descubrir tan saltantes y evidentes notas de ella. Hay que ver los hechos y respetar los documentos.

Una de las autoridades más alegadas en tono de confutación triunfal de la antigüedad de las conquistas incaicas, es la del Licenciado Polo de Ondegardo, especialmente su opúsculo sobre los fueros de los indios, fechado en 1571. Leamos el pasaje pertinente para darnos cuenta de su alcance y sentido. Dice así: "No hay *memoria bastante* cuándo señoriaron por este mismo camino hasta la laguna de Vilcanota, que es adonde empieza el Collao, y salen de aquella lagunilla dos poderosos ríos, que uno vierte a la mano del norte y otro a la del sur... Mucho tiempo pasó que los Ingas no conquistaron más de hasta allí; digo mucho en el tiempo de este Inga que venció los changas, e luego el sucesor empezó a conquistar por esta parte, e aun nunca estuvieron pacíficas aquellas provincias hasta el tiempo de Topa Inga Yupanqui. Aunque en el registro de los Ingas muy por extenso hallamos memoria, también cada provincia tiene registros de la victoria, guerras e castigos de su tierra. Si *importara* algo pudiéramos muy bien *colegir* el tiempo que había que cada una estaba pacífica debajo de la sujeción del Inga. *Pero esto no importa para lo que se pretende*, pues basta tener averiguado que estos Ingas señorearon por violencia e guerra,

y el tiempo que ha que empesaron su conquista... Y ausí toda dificultad que hubo fue el conquistar aquellas comarcas del Cuzco, e ayudóles en gran manera a mi parecer que ninguna provincia les pretendió inquietar a ellos en su tierra, sino que se contentaban con que los dejasen en la suya; porque de esto no hay memoria en sus registros ni en los de los otros". Antes había dicho "Este mismo tiempo, que no se puede extender a cuatrocientos años, debe de haber que empezaron a señorear e conquistar en aquellas comarcas del Cuzco, y según parece por sus registros, algunas veces fueron desbaratados; e aunque Andahuaylas está treinta leguas del Cuzco, no la subjetaron ni pusieron debajo de su dominio hasta el tiempo de Pachacúti Inga. Por esa otra parte del Cuzco hacia el camino de Collasuyo, también hay memoria cuando los canas y canches fueron con los ingas a la guerra, pagados por amistad, e no por vía de señorío, que fue en aquella misma batalla que venció Pachacúti Inga contra el señor de los changas". Véase como es débil, ambiguo y contradictorio el texto capital que se nos opone. En él se palpan la escasa importancia que le concedía al asunto Ondegardo, su perplejidad sobre las noticias de los quipos y cantares, la confusión entre el dominio absoluto y de paz definitiva con las primeras guerras e intervenciones, y entre la confederación por vía de amistad y por vía de señorío. Repetiré que más abajo agrega, muy determinantemente: "Considero que por lo menos a lo que ellos se acuerdan, ha más de 400 años que los sujetó y puso aquella orden" (XIX). Para diferenciar éstas, que en rigor discrepan por los matices entre alianza y vasallaje, hay otro texto importantísimo en Cobo, que he citado hace mucho tiempo y al que no se le ha otorgado la merecida atención: "Los señoríos y caciques de los pueblos vecinos al Cuzco no estaban sujetos a los Incas, pero tenían paz y confederación con ellos de tiempos muy antiguos... Por donde, pues-

to caso que el señorío de los Incas se extendía ya a provincias distantes del Cuzco muchas leguas, todavía no les reconocían vasallaje los sobredichos caciques sus vecinos" (Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. XI). Aceptando la existencia de la confederación o estado semifeudal en el período de los Hurin Cuzcos y aún de los primeros Hanan Cuzcos, se disipa la contradicción entre regiones confederadas y conquistadas, porque es palmario que las expediciones comunes de los aliados no impedían entonces las exenciones de la potestad imperial absoluta y las disenciones internas como en la federación predominante del Anáhuac las lejanas conquistas en las comarcas mistecas y huastecas no atajaban la subsistencia de autonomía y antagonismos en el propio valle de Méjico.

Siguiendo paso a paso a nuestros cronistas más abonados, vemos cómo desde el segundo Inca, Sinchi Roja, coexisten, con las alianzas y conexiones de tribus vecinas, los recuerdos de campañas o expediciones en comarcas lejanas, sobre todo hacia el sur, en el Collao. Ya el referido pasaje de Ondegardo, al hablar de los canas y canchis, permite suponerlo; pero en muchos otros autores, y ciertamente que no sólo en Garcilaso, como hay el prurito repetirlo, hallamos vestigios tradicionales de dichas conquistas arcaicas. El resumen de las Informaciones de Vaca de Castro, una de las fuentes más antiguas y fidedignas, dice que el segundo Inca, Sinchi Roja, "comenzó a conquistar y señorear por armas y guerra hasta treinta leguas del Cuzco", y que llegó "a la provincia de Andahuaylas, y por la parte del Collao al puerto de Vilcanota, que lo defendían canas y canchis". El Padre Cobo nos relata que "visitó a sus vasallos, los cuales estaban ya muy ensanchados y engrandecidos, y mandó que se extendiesen alrededor del Cuzco, por los altos, que hasta este tiempo no habían querido entrar en tierras apartadas. Dió licencia para que cuantos quisiesen se avecindasen en las tierras so-

bre dichas, así los naturales como los forasteros, *porque ya le pareció que convenía dilatar los términos de su reino*". Contiene estos ímpetus conquistadores su madre Mama Huaca; mas al fin Sinchi Roja "hombre de tanto valor, consiguió viniesen a ver a su hijo Lloque Yupanqui de algunas provincias apartadas del Cuzco, y a todos los señores y principales les daba joyas y ropas, de que estaban muy contentos; y asímismo tuvo manera de nombrar en algunos pueblos caciques que gobernasen, cuando sabía que no tenía señor natural o no tal que pudiese administrala, y para esto decía que el Sol su padre le había dado poder a él y a todos sus descendientes. Visto esto, algunos principales venían a pedirle el señorío del pueblo donde eran naturales, o por vía de merced o de confirmación del cacicazgo que ya poseían. Barruntando por estas cosas que habían de venir los Incas a señorearse de toda la tierra, procuraban muchas provincias su amistad y alianza, y para conseguirla enviaban muchos presentes de oro, plata y ropa". (*Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. V). Cualquiera ve aquí de manifiesto los progresos y la regularización de una liga feudal, con la investidura y el homenaje de los curacazgos mediante el tributo de los súbditos y el acostumbrado retorno de presentes por el soberano.

Los cronistas indígenas, que no debieron conocer la analogía tradición consignada por Garcilaso, convienen en el ensanche del señorío incaico desde Sinchi Roja. Juan Santa Cruz Pachacuti, vocero de las memorias de canas y canchis, dice de aquel segundo monarca: "no entendió mucho en cosas de guerras", mas "de todas las provincias, desde Chacamarca (en el Collao) y desde los Angaraes, le dieron presentes; y como quería hacer conquistas, les enviaba sus capitanes. Fue hombre altivo y sacrificaba con sangre humana". Todos estos rasgos se apartan del tipo convencional de curaca obscuro y pacífico, en que

los partidarios de la quietud de los primitivos Incas vienen a darse la mano y coincidir con lo más falso del sistema garcilasista, del cual disienten en apariencia, compartiendo su esencial error de apreciación. No niego yo que la extrema dilatación de los dominios e influencia del segundo Inca hasta la lejana provincia de Angaraes en el norte, sea una exageración de las muchas contenidas en el relato de Pachacuti, y una contaminación o confusión muy probable con los hechos atribuibles al semihomónimo Inca Roja, el primero de los Hanan Cuzcos. Pero sea como quiera, importa retener en todo caso el eco tradicional de sus empresas bélicas, siquiera no hayan sido tan dilatadas como esta leyenda lo afirma.

Otro escritor puramente indígena, el recién exhumado Huaman Poma de Ayala, da a los dominios de Sinchi Roja, como términos propios, desde Jaquijahuana en la pampa de Anta hasta Quiquijana en dirección a Canchis; pero al mismo tiempo le atribuye expediciones muchos más dilatadas contra los canas, canchis collas, puquinas, collaguas y contisuyos. Dice a la letra: "Ganó todo Collasuyo, Hatuncolla, Puquinacolla, Pacajes, Quispillajta, Pomacanchi, Hatuncunti, Collaguacunti". Se trata aquí sin duda de un confuso eco de las campañas de todos los confederados contra enemigos de raza, presuntos invasores al sur y al suroeste, collas y collaguas. Son contiendas de fronteras entre dos federaciones de tribus. Del propio modo la noticia de haber matado Sinchi Roja al verdadero Inca legítimo puede tener el verídico fondo de un conflicto con el jefe anterior de la liga incaica, bien fuera el curaca, de los maras, o de los tampus, chilques o acos, pues el mismo Santa Cruz Pachacuti asevera que Sinchi Roja "conquistó a todos los orejones" y que sus dos hijos y capitanes llamados Túpaj Amaru y Huari Titu, "conquis- "taron a los chilques, ecos, cahuinas y tampus", o sea vencieron a las tribus rivales en el prodominio de la fe-

deración' "Las demás provincias, agrega, se resistían bravamente y no lo dejaban entrar". Reparemos en que Garcilaso, si bien niega que Sinchi Roja moviera guerra, conviene con los anteriores en que redujo a su señorío a los puquinas y canchis hasta Chucara, y atestigua que muchos pretendían que llevó sus expediciones más allá de Cacha hasta Asillo, Huancaney Pucará en pleno Collao, y a la colindante región boscosa de Carabaya en los Antis. Todo lo cual nos está demostrando la verdad y persistencia de la tradición sobre lo remoto de sus influencias y ganancias por el sur.

Gutiérrez de Santa Clara, por su lado consigna: "Sinchi Roja salió muy valiente y esforzado capitán; y tuvo algunas guerras con los curacas de los que su padre había conquistado, que se le habían rebelado". El cronista jesuíta Padre Anello Oliva, que pretende reproducir las versiones del quipocamayo Catari, es de observar que, por muy estragadas u observadas que éstas se hallen, corrobora a su manera lo que los cronistas antes citados dicen, pues atribuye a Shinchi Roja empresas por el lado del Collao, el Desaguadero y los Charcas.

Hasta en Cieza, que como Sarmiento niega toda actividad externa a Sinchi Roja, hallamos un indicio muy significativo, por más que se reduzca al ámbito de la ciudad del Cuzco. Refiere como vino a habitar a ella, en calidad de confederado de Sinchi Roja el curaca de Sañu, Sútej Huaman. Su nombre nos descubre que pertenecía a la poderosa nación de los tampus, hermana y émula de los incas. Tenemos un nuevo caso de sinoecismo, que recuerda al del sabino Apio Claudio o Atius Clausus, que fue a avecindarse en Roma con sus parientes y vasallos, o la fundación de Tlatelulco, la ciudad vecina y gemela de Tenochtitlán en el Anáhuac. De Sútej Huaman y sus compañeros se derivan los orígenes del barrio de Hanan Cuzco y uno de sus principales ayllos.

Desde los leyendarios tiempos de Sinchi Roja comparando y acendrando las partículas históricas que las tradiciones aportan, podemos rastrear como los Incas, a la par que combatían contra sus vecinos alienígenas, reñían unas veces y otras se confederaban con las tribus hermanas y afines. Así vamos barruntando y adivinando, en medio de las dificultades e incertidumbres de esta época crepuscular, el organismo de la federación de los orejones, que procuro descubrir y patentizar.

VIII

ULTIMOS INCAS DE LA DINASTIA DE HURIN CUZCO.— PRINCIPIOS DE LA DE HANAN CUZCO

Llegamos al reinado de Lloque Yupanqui, el tercer Inca cuzqueño. Comprendo que para mi auditorio ha de ser árido y molesto, de verdadero cansancio, este prolijo análisis, este examen tan al por menor de una época leyendaria, y por consiguiente brumosa, de particularidades inciertísimas. Pero en mi afán de inquirir con toda solicitud y paciencia, y sacar a luz lo que haya de probable en las leyendas incaicas, de reconstruir y depurar nuestra primitiva historia, en cuanto a las fuerzas me alcance, me ajusto celosamente a la obligación de la exactitud, a las necesarias reglas de la disciplina histórica, y satisfago también lo que pide el amor patrio, el cual no se reduce sólo a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y culto por todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial; y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar lo arcaico mediante aquella ansia piadosa de vida y continuidad que inspiro a los renovadores de las diversas historias nacionales en el pasado siglo.

Con este espíritu prosigamos en la indagación de los rastros que subsisten sobre aquellas remotas épocas, que son el amanecer de la nacionalidad peruana.

Dícese que Lloque Yupanqui no era el primogénito de Sinchi Roja, sino Manco Sapaca, quien excluído del trono fue el sacerdote supremo del Sol y jefe de la panaca o gentilidad denominada Raurahua. El nombre del pospuesto es muy significativo de tal circunstancia, porque se compone de la raíz *sapa*, que quiere decir aparte o de lado, y de la partícula explicativa *ca*. Hubo de ser personaje de cuenta pues las Informaciones de Vaca de Castro y la Miscelánea de Cabello Balboa lo mencionan, aunque esta última fuente lo califica de incapaz y no le atribuye sino actividades de casamentero, lo propio que Sarmiento. Las mismas Informaciones de Vaca de Castro lo tienen por hijo menor, probable versión acomodaticia y oficial. En el capítulo segundo de Cabello Balboa (edición publicada por Ternaux-Compans), se lee que era hijo de la Coya o mujer legítima, por que el mayor era Lloque Yupanqui, lo que no ha obstado para que Latcham con muy poca fidelidad asegure que este autor coincide con Sarmiento sobre la premogenitura de Sapaca (*Los Incas, sus orígenes y sus ayllos*, p. 281). En verdad el único impugnador de ella es Sarmiento, que agrega: "y no declaran los indios si fue Lloque nombrado por el padre, por donde pienso yo que no, pues tampoco lo fue por los naturales ni aprobados por ellos". Su visible empeño de acumular usurpaciones y tiranías en el linaje incaico, lo refuta el mismo Sarmiento de manera involuntaria en los renglones siguientes, al reconocer que fue elegido" con favor de los ayllos legionarios", o asamblea guerrera de los orejones, procedimiento usual en esta primera época incaica.

Otra consecuencia sacamos de tales noticias, al parecer insignificantes; y que al llevar el nieto de Manco Cápac, (y con gran probabilidad nieto primogénito) el

mismo nombre que el indicado como su abuelo y fundador, queda confirmada la filiación del propio Latcham relativa a que en estos principios de la dinastía de Hurin Cuzco, elegían al monarca las matronas del ayllo. No hay fundamentos sólidos para dicha tesis. Ni las actividades emigratorias y bélicas de las esposas de Manco Cápac, ni lo que cuenta Cieza de haber intervenido una mujer de Hanan Cuzco en aconsejar la proclamación del Inca Huiracocha (*Señorío*, cap. XXXVIII), ni menos las estragadísimas fábulas de Montesinos sobre Mama Cihuaco, la consejera de su hijo Inca Roja, autorizan por sí a trastornar el claro sentido de las tradiciones y de los precisos testimonios, y a convertir en formal derecho de elección, lo que ahí no pasa de influencia o ascendiente indirecto, como se halla en todos los tiempos y especialmente en las monarquías poligámicas y despóticas. Consta en cambio la proclamación por el consejo o milicia de los orejones. Excederse de lo que dicen o permiten suponer las fuentes históricas es afirmar lo que no se sabe, y es en consecuencia una ficción o imaginación caprichosa. Todo esto proviene en Latcham de persistir en la creencia inflexible del necesario matriarcado, siguiendo a Mac Lenan y Bacchofen. La etnología prueba hoy que no es fatal en todos los pueblos la fase del matriarcado; así como los arios y semitas, no la presentan, por muy lejos que en su indagación se remonte, así en América nuestros incas muestran desde sus comienzos el patriarcalismo, al revés de otras naciones del Perú, según en anteriores lecciones lo expuse. Con ello se comprueba la clase de cultura avanzada que en el Perú representaban los Incas. Su mitología solar corresponde a su filiación paterna, con mucha mayor cohesión que en el Egipto faraónico, tan semejante en otros aspectos, pues en el imperio incaico no descubrimos reinas por derecho propio como las hubo en el antiguo Egipto.

El título de Yupanqui aplicado al de Lloque contradice la inactividad guerrera que muchos cronistas le imputan. Significa literalmente *contarás*, y atendiendo a su cabal sentido, quiere decir *memorable, digno de recordarse y celebrarse*. Si hubiera sido tan pacífico y obscuro, no tendría este renombre explicación. El mismo Betanzos (*suma y narración*, cap. IX) declara que los primeros Incas tenían por viejísimo uso hereditario, pisar insignias, trofeos y prisioneros, costumbre igual a la de los Faraones y los soberanos asirios, y que demuestra de manera incontrovertible su belicosidad y ánimo conquistador.

Las Informaciones de Vaca de Castro afirma de Lloque Yupanqui: "No aumentó, porque en su tiempo tuvo *muchas rebeliones de los que habían heredado y el señorío en punto de perderse*. Harto hizo en sustentar lo heredado. "De modo que cuando menos guerreó empeñosamente en contiendas civiles. Juan Santa Cruz Pachacuti sostiene que las suyas" no fueron conquistas como las de su abuelo; pero que al cabo de su vejez, para dar espanto a sus enemigos, *hizo ejércitos de guerra*". No es de dudar que empleara en algo estos ejércitos. Agrega que "visitó sus provincias", las cuales es de suponer que se extendieran a algo más que las cercanías del Cuzco, pues de otro modo no habría sido empresa digna de mención recorrerlas. Otro autor indio, Huaman Poma de Ayala, concreta que redujo a los maras (entre Anta y el valle del Urubamba), vengando en su curaca el Inca Tocay Cápac el agravio que éste había inferido a Sinchi Roja. De aquí se deduce que el jefe de los maras se intitulaba Inca por pertenecer a la confederación, y usaba asimismo la denominación de Cápac que no es por cierto un nombre totémico derivado de *capa* (gavilán en aymara), como afirma Latcham, sino el calificativo usual y tradicional quechua en los grandes curacas o jefes de guerra. Huaman Poma denigra a Lloque Yupanqui como "inaccesible a sus súbditos, mal

inclinado y para poco"; pero reconoce que por medio de sus hijos, como el Inca Cusi Huananchiri y el Inca Mayta Cápac, que le sirvieron de capitanes, conquistó a los indios acos, maras y pinahuas, todo en relativa cercanía del Cuzco. Cabello Balboa le atribuye la sumisión del curaca de Huaro, que está a seis leguas del Cuzco, de los ayarcachis (entre los cuales se comprendían los del ayllo Hanan de Chahuin Cuzco), los quiliscachis, tampus y yucayes. Vemos como se va extendiendo el radio, dentro de lo que fue poco después la gran confederación inca-quechua. Los propios ensanches le atribuye Sarmiento. Cobo (Libro XII, cap. VI) escribe que Lloque Yupanqui "cuando entró a gobernar, puso en plática que había de ser *señor de todos los pueblos en contorno del Cuzco*, y señaló hombres principales para que en esto le ayudasen como capitanes y oficiales de los ejércitos y que se le apareció el Sol en figura del Inca Manco Cápac su abuelo, para alentarlo en sus empresas, y que pusiera por obra lo comenzado". Que en efecto sujetó a los del valle de Huaro y sus poderosos señores, a los ayarmancas de Tambocunca y a los quilliscachis, y en fin, lo que es muy de notar, "vinieron a visitarle de muchas provincias y naciones, nunca vistas en tiempo de su padre y abuelo". Esta afirmación hace menos improbable la afirmación de Garcilaso, que extiende las expediciones de Lloque Yupanqui por el sur en Canas y el Collao. Bien mirado, lo de los canas y canchis es probabilísimo, no ya únicamente por lo que aseveran las Informaciones de Vaca de Castro sobre las contiendas e influencias del antecesor Sinchi Roja, sino por lo que atestiguan Cieza y Ondegardo de la inmemorial confederación de los incas con canas y canchis, que fueron los mayores y más fieles auxiliares en los sucesivos tiempos del Inca Huiracocha. Los canas, como se lee en el mismo Cieza, no se ceñían a la provincia que hoy lleva su nombre, sino que se extendían al otro lado del

Vilcanota, por la meseta del Collao, hasta Ayavarí y Ocurillo. Si los primeros Incas, como parece, eran ya sus aliados, tenían por fuerza que entremezclarse en las contiendas de los sapanas de Hatuncolla con los caris de Chucuito, muy enardecidas entonces. Y no repugna así admitir que las expediciones de la liga pudieran llegar hasta Chucuito y el Desaguadero, justificando el glorioso renombre de su jefe el soberano Inca. Las campañas aun más lejanas que en Pacajes le asigna Garcilaso, fueron, según dicho cronista, ejecutadas por medio de un hermano y de maestros de campo de su linaje. Se explicaría con esto el párrafo pertinente de Cabello Balboa: "Extendió su dominación sobre gran número de caciques y tribus". Gutiérrez de Santa Clara, que por una tradición exagerada supone a todos los primeros Incas residentes en el Collao, cree pacífico a Lloque Yupanqui; pero que "por sus capitanes conquistó algunos pueblos, y que tuvieron éstos medio ganado el Cuzco, y después lo perdieron por descuido de lo suyos y el Inca murió de pesar de ello". Recuerdo tan adulterado se refiere sin duda a las enconadas contiendas con los allcahuizas o ayaruchos, relatadas por Betanzos en el cap. V de la *Suma y narración*. Lo confirmado de esta reminiscencia de sus empeñosas rencillas con los allcahuizas, refuta otra descaminada hipótesis de Latcham: la de haber sido Lloque Yupanqui del ayllo de Copalimaytas sin más razón que repetirse muchas veces el nombre de Mayta en la panaca de sus descendientes. Los Copalimaytas eran una fracción de los allcahuizas, aliada con los sahuasiray rama de los tampus. No es posible que Lloque Yupanqui perteneciera precisamente a las tribus orejonas orientales contra las que tanto y tan señalada y encarnizadamente combatió. El jesuíta Anello Oliva, que se pretende eco de las tradiciones de Catari, declara que Lloque Yupanqui fue el verdadero fundador de la ciudad del Cuzco, "habiendo edificado mucha parte de ella; que

conquistó nuevas provincias y salió tres veces a visitar sus reinos y vasallos y a reducir los rebeldes, que finalmente se sujetaban a su señorío; y que mientras vivió, fue éste en gran crecimiento" (Libro I, cap. II, párrafo 4º).

El Inca sucesor, Mayta Cápac, es confesado como belicoso por casi todos los analistas. Los que menos proclaman que venció a los allcahuizas o ayaruchos en reñida contienda dentro del mismo Cuzco, y dominó otras varias sublevaciones. En mi enumeración de pruebas, daré como de costumbre el primer lugar a las Informaciones de Vaca de Castro. Dicen a la letra, de Mayta Cápac: "No aumentó cosa alguna, porque siempre tuvo guerra con los suyos, que cada día se le alzaban". Los alzados eran, a no dudarlo, principalmente los allcahuizas, vecinos y confederados de tanta importancia que el Oidor Santillán los tenía por los verdaderos fundadores del Cuzco (*Relación*, pág. 12, en el tomo de Jiménez de la Espada). Sarmiento narra que estas contiendas obstinadas de Mayta Cápac con los allcahuizas comenzaron bajo el reinado de Lloque Yupanqui, cuando allcahuizas y culunchimas asaltaron el Coricancha que era a la sazón residencia de los Incas. El príncipe heredero Mayta los rechazó y derrotó en tres ocasiones. Ya rey, mereció alentadores oráculos del pájaro totémico inti, el traído por Manco Cápac desde Pacaritambo. Confirmando tan lisonjeros auspicios "algunas naciones le vinieron a visitar de fuera", lo que sin disputa significa adquisición de nuevos vasallos. Compendia Sarmiento las Informaciones de Toledo en lo relativo a Mayta Cápac, escribiendo de él: "Fue valiente y empezó a valer por armas". Discípulo de la misma escuela, el Padre Cobo repite que "era valiente y animoso" y que su guerra contra los allcahuizas "fue el primer rompimiento y mortandad que hicieron los Incas, de muy gran momento para su reputación y para las guerras que después sucedieron". Añade que celebró esta

victoria con muchos sacrificios, ofrecidos a su padre el Sol en el templo de Coricancha (*Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap, VII). Pero en este mismo pasaje se patentizan, o cuando menos se rastrean las lejanas alianzas y expediciones de Mayta Cápac, pues Cobo cuenta que se casó con una hija de los caciques de los collaguas, y que "los indios de aquella provincia le hicieron un palacio todo de cobre para cuando fuera a visitar a los deudos de la reina". La interpretación más racional de este paso es que ejercía señorío en la tierra originaria de la Coya, pues parece extraño que de otro modo le construyeran un palacio para visitas problemáticas en comarca ajena e independiente. Confirma la conjetura lo que se lee en seguida. Continúa Cobo: "*Fue mayor señor de sus predecesores, su nombre ponía espanto a toda la tierra,* y de muchas provincias los señores le enviaron a sus hijos para que le sirviesen en la corte del Cuzco, preciándose cada cual de tener un hijo en servicio del Inca. El mismo hubo muchos hijos legítimos, que eran los gobernadores de las parcialidades y lugares sujetos". Todo lo cual conviene perfectamente con la versión de Juan Santa Cruz Pachacuti, el cual le atribuye haber traído en rehenes, para ponerlos en los cimientos del gran templo (como lo hacían en el Oriente clásico) los ídolos de *Vilcanota, Puquina y Coropuna,* pruebas fehacientes de remotas conquistas en el Cuntisuyo, Repárese en que el cronista testigo es el heredero de las memorias de collas y collaguas. Cierto que a las huacas de dicha región agrega otras muy apartadas hacia el norte, como las de Aija, Chinchaycocha y aun los Cañaris, a donde de cierto no pudo llegar. Pero retengamos en cualquier caso los ecos de una gran expansión por el sur y el suroeste. Cieza bien leído los corrobora, al confesar que poco antes de morir preparaba Mayta Cápac la conquista de todo el Cuntisuyo. No hay por qué rechazar en consecuencia de plano y en redondo

la doctrina de Garcilaso que señala como conquistas de éste Inca el sur del Collao, más allá del Desaguadero, o sean las comarcas de Pacajes, Tiahuanaco, Larecaja, Chuquiabo y Paria, y en el Contisuyo o suroeste, las de Parinacochas, Coropuna, Collaguas, Arequipa y Moquegua. Coincide con él en esto, a más del citado Santa Cruz Pachacuti, el otro indio Huaman Poma de Ayala, que marcara las adquisiciones del cuarto Inca en el Collao, Potosí y Charcas, después añade "muchas provincias y pueblos". Explica que las de Charcas las ejecutó por medio de sus hijos Apu Mayta y Huillcac Inca, el cual parece haber sido el primogénito. Estos dos hijos y capitanes de Mayta, según Huaman Poma, sujetaron todas las Charcas, con Chuquiabo (actual La Paz), Chiquisaca y Potosí, y de otro lado Carabaya, de tal modo que "desde la ciudad del Cuzco todo el reino del collao estuvo sujeto, pero no se pudo conquistar el Chinchaysuyo", que es la región del norte. El Padre Román y Zamora expone que Mayta "comenzó a ser poderoso y fue heredero de todos los pueblos cuyos señores habían dado sus hijas a los Incas pasados". Nuevo indicio en favor de lo que hemos dicho sobre la anexión de los collaguas a este reinado. El Padre Anello Oliva asevera del Inca Mayta que "fue valientísimo de ánimo y fuerzas, inclinado a nuevas conquistas, gran guerrero y amigo de gente belicosa; que visitó todas sus provincias y procuró adquirir otras de nuevo, como fueron las de Hatumpacasa y Sacyaviri; que hizo la calzada famosa de Cuntisuyo". Gutiérrez de Santa Clara repite: "Salió muy valeroso y conquistó otros muchos pueblos, los cuales puso debajo de su vasallaje. Después emprendió la guerra contra el curaca del Cuzco, que se defendió muy bien y en esto murió ya viejo". El Palentino, que "Mayta Cápac fue valiente y sujetó a todos los indios que estaban alrededor del Cuzco, y a los mismos del Cuzco que nunca sus antecesores habían podido sujetar". La tan recor-

dada guerra en el interior del Cuzco contra los allcahuizas y copalimaytas y los demás aledaños, significa en la expansión lo mismo que la guerra latina de Roma (siglo IV a. de C.), que selló la hegemonía de la Urbe sobre sus aliados congéneres. No se opone en manera alguna a las posteriores campañas lejanas y externas, sobre cuya realidad o proyectos, por el lado del Cuntisuyo depone claramente el mismo Cieza. Repito que Mayta Cápac, vencedor y perseguidor de allcahuizas y copalimaytas, no pudo ser, como lo pretende Latcham, del linaje culumchima, íntimo aliado de sus conocidos opositores. Ni tampoco es de olvidar que el linaje o ayllo derivado del Inca Mayta se llamó Usca Mayta y contaba cuando la conquista española numerosísimos miembros que lucían el apellido Mayta, porque ello refuta la hipótesis de la filiación matrilineal, defendida por Latcham con tan acérrima pertinacia, para estos tiempos de la primera dinastía.

El primogénito de Mayta Cápac, llamado Cunti Mayta por Sarmiento, fue postergado en el incazgo y hecho en compensación supremo sacerdote, como había ocurrido con Manco Sapaca dos generaciones antes. Heredó el trono Cápac Yupanqui, uno de los segundogénitos, a quien por versión oficial se declaró mayorazgo, según se lee hasta en las originales y divergentes tradiciones consignadas por Juan Santa Cruz Pachacuti. Cierto que en la terminología castellana de entonces, podía entenderse por mayorazgo a un segundogénito preferido, atendiendo a las condiciones del vínculo o a las razones de exclusión. Aumentan mucho con Cápac Yupanqui las pruebas de importantes conquistas , como es de ver en la muy curiosa relación sobre el linaje de los Incas existente en el Archivo de Indias, que le atribuye campañas contra los collas y chancas. Es también de advertir que los chancas y los collaguas, rama oriental de los collas, habitaban el Cuntisuyu, región conocidamente recorrida por los Incas. Las Infor-

maciones de Vaca de Castro fortalecen los anteriores datos. Dicen sobre el particular: "Cápac Yupanqui sujetó y conquistó hasta Vilcas y los soras y aymaras, hasta la provincia de Condesuyos y Parinacochas y las comarcanas. A éste se le venían a la obediencia más por temor que por voluntad. A la parte del Collao se le vinieron los collas hasta Paucarcolla, que no le osaron resistir por la potestad del Inga". Tal aserción supone que ya integraban el imperio, siquiera en calidad de tributarios renitentes, los dominios del gran curaca colla Sapana. Las mismas Informaciones de Vaca de Castro atestiguan que Cápac Yupanqui "en el Cuzco conmenzó a labrar de cantería las casas del Sol". Juan Santa Cruz Pachacuti, por su parte, afirma que principió la fortaleza de Sajsayhuaman, "que fue dichosísimo en las armas", y que delimitó en muros las tierras hacia el Vilcanota, lo que ha de significar, muy probablemente, que construyó murallas y reparos del lado del Collao. Continúa Santa Cruz Pachacuti: "Le dieron obediencia muchos curacas y grandes de este reino, de temor". Refiere además que entró en el pueblo de Capacuyo, hacia los Antis, que para el nacimiento de su hijo heredero, trajo agua del Titijaja, en honor de Tunapa Huiracocha; y que de este culto trataba con los curacas de Asillo y Oruro (sin duda Orurillo), en el norte del Collao, y con los huancas, hatunjaujas y chinchaysuyos. La leyenda exagera aquí; pero las confirmadas guerras con el Contisuyu tenían que entablar relaciones con los quechuas de todo aquel lado, que por entonces peleaban con los chancas. Precisamente por esta época, en esta agitada zona del noroeste, los quechuas de Andahuaylas, amenazados por la invasión chanca, entraron en la alianza y vasallaje de los Incas, como se lee muy a las claras en Cieza (*Señorío*, cap. XXXIV). Contra los de Cuntisuyu, por donde debía avanzar la marea collagua y chanca, reconoce Cieza que libró Cápac Yupanqui junto al Cuzco

una gran batalla, en que les mató más de seis mil hombres, "y luego penetró en las tierras de Condesuyos, y les hizo guerra de tal manera que vinieron a pedir paz, ofreciendo de reconocer al señor del Cuzco, como lo hacían los otros pueblos que estaban en su amistad" (*Señorío*, ibidem.). Pero en Cieza, los hechos de este Yupanqui están divididos entre dos soberanos, el mencionado y un Yupanqui que corresponde al Yáhuar de los demás cronistas. El capítulo XXXVII del *Señorío*, ante la más mediana crítica, corresponde casi con evidencia al mismo soberano en que acaba la primera dinastía. Duplicaciones muy propias de la leyenda oral, de la narración poética y popular de las edades primitivas en todos los ciclos. Herodoto, Manetón y Diodoro presentan casos semejantes en sus relatos de historia faraónica, que hoy podemos depurar comparándolos con las inscripciones monumentales. Cuenta Cieza que este Inca Yupanqui se preparaba en el Cuzco para salir de campaña al Collasuyu y debelar a los sapanas de Hatuncollao, "muy poderosos y soberbios, que hacían junta de gente para venir contra él. *Y como el Cuzco mucho tiempo no sufre paz,* algunos capitanes de Condesuyos, trataron de matar entre sí al Inca, porque si de aquella jornada salía con victoria, quedaría tan estimado, que a todos querría tener por vasallos y criados" (*Señorío*, cap. XXXVII). Estando el Inca en sus fiestas y preparativos guerreros, lo asaltaron aquellos conjurados capitanes y lo hirieron en la cabeza. Cápac Yupanqui se refugió en el Coricancha, que, como ya he dicho, bajo esta primera dinastía sirvió como templo, palacio y depósito de armas. Penetraron con gran estrépito los rebeldes, haciendo huir a los sacerdotes, y en el templo mataron al Inca y a muchas de sus mujeres. Siguió a esto el saqueo del Cuzco. Las indias aullaban y se mesaban los cabellos ante el sacrílego espectáculo del Inca asesinado en pleno Coricancha, cubierto de sangre su cadáver y

abandonado como si fuera el de un hombre vil. La relación de la catástrofe, que fielmente extracto de Cieza, nos da una sensación de ambiente muy distinta de la afectada y ñoña historia incaica usual. Es la de una violenta y sanguinosa barbarie, que corresponde en todo a las de los similares imperios egipcios, asirio y mejicano. Recuerda a aquellos rebeldes reyes caldeos que perecían en el asedio de sus palacios suntuosos y sombríos, como hipogeos o santuarios. Es como la muerte del Faraón Ati de la sexta dinastía, el Otoes de Manetón, asesinado por sus soldados, o la del otro Faraón Mentesufis II, como la del último soberano de Tlalelulco, Muquihuixtl, que murió combatiendo en su teocalli, o la del joven rey de Chimalpopoca de Méjico, el llanto y alarido de los suyos y los debates sobre la elección de su sucesor. El poema incaico cuyos vestigios conservamos, emplea la máquina retórica de una gran tempestad, para acompañar el duelo del Inca y el espanto del saqueo, y supone que, amedrentados por el fragor de truenos y relámpagos, desampararon los rebeldes el Cuzco después de los destrozos cometidos. La verdad debió se ser muy otra; pues, tras la revolución sangrienta y el interregno, aprovechando lo que probablemente habían instigado, los Ayllos de Hanan Cuzco impusieron su nueva dinastía, cuyo primer soberano fue Inca Roja. Hasta los cronistas menores y recientes guardan la resonancia de tales sucesos. Anello Oliva trae la reminiscencia confusa de Cápac Yupanqui muerto violentamente cuando iba en viaje a lejanas provincias, y que fue reemplazado, en su ausencia primero y a su muerte después por Quispe Yupanqui, en cuya cabeza acumula liviandades y delitos, como siempre ocurre en las tradiciones sobre dinastías derrocadas, para justificar la insurrección. Gutiérrez de Santa Clara denigra al propio Cápac Yupanqui, de quien dice "que fue para poco", pero indica su nexo con Hatuncolla y las revueltas que se concitó.

Muchos son los testimonios que acreditan a Inca Roja como fundador de una nueva dinastía e iniciador de una segunda época. Valera, Acosta y Montesinos lo apuntan. Hay huellas de lo mismo en el Padre Morúa. La dinastía de los Hanan Cuzcos hubo de tener comienzos difíciles, por el cambio de ayllos dominantes y porque la rebelión de los feudatarios se originó en el temor a los resultados centralizadores de las grandes campañas externas. De allí que Inca Roja se viera obligado a desplegar la severidad consiguiente a los poderes advenedizos y usurpadores, y a reprimir insurrecciones de aliados y de vasallos. Por eso dice Acosta que "este Inca no era gran señor, aunque todavía se servía con vajilla de oro y plata" (Libro VI, cap. XX). En otros escritores de bastante peso advertimos sus reformas y novedades, y las lisonjas y ficciones de la versión oficial. El Padre Valera lo tiene por autor de máximas morales y políticas y por creador de escuelas. Dicen que abandonó la secular residencia del Coricancha y que entregó el cuidado de ella y las funciones del culto a la tribu o ayllo de Tarpuntay, que era como él Hanan Cuzco, despojando sin duda de las tareas sacerdotales a los legítimos descendientes de Manco. Fue a instalarse en el barrio de arriba o hanan, al lado norte de la actual Plaza Mayor, donde edificó su palacio de Coracora y la contigua casa de los amautas o Yachahuasi. Las Informaciones de Vaca de Castro confirman que no pudo aumentar el territorio del imperio; que reglamentó los depósitos de víveres y las faenas de los indios, mandó labrar de cantería el nuevo templo del Sol, ordenó establecer acllas o mamaconas en numerosos conventos y que "fue muy devoto del Sol, más que ninguno de sus antepasados". Las últimas palabras nos sirven como de un resquicio luminoso. Hubo vicisitud, alternativa y rivalidad entre los cultos de Huiracocha y de Inti. En los primitivos imperios, las dinastías recientes suelen señalarse por innovaciones o restaura-

ciones religiosas; y lo que se refiere del primer Hanan Cuzco, en contraste con lo que adelante relataremos de su nieto, nos trae a la memoria una vez más el Egipto con la oposición de las idolatrías tebanas de Anón Ra y las arcaicas de Horu y de Atón o Atumu. Otra razón muy principal había para que la confederación inca estuviera alterada y fuera necesario emprender campañas por el Cuntisuyu, o sea al oeste. Consta que entonces invadieron y conquistaron el gran valle quechua de Andahuaylas, ya unido por alianza a los incas, las hordas chancas, forasteras y bárbaras, que eran congéneres de los collas y collaguas al sur. Los primeros Hanan Cuzcos se vieron verosímilmente obligados a intentar, en circunstancias desgraciadas y con fuerzas disminuídas, la recuperación de lo perdido, como lo hicieron en casos análogos las nuevas dinastías de los imperios orientales y los cónsules romanos del primer siglo de la República. A todo esto se agregaba la reacción de los depuestos Hurin Cuzcos, que se trasparenta en el relato de la conjura de Tarco Huaman, heredero legítimo de Cápaj Yupanqui. Según Cobo Inca Roja guerrea contra los chancas, auxiliado por los canas y canchis, antiguos confederados. Continúa refiriendo que, después de vencer a los chancas, envió a su hijo y heredero Yáhuar Huájaj para que guerreara al este, en las provincias boscosas de los antis y en especial la de Paucartambo. Se comprende el rumbo, pues al comenzar tal camino estaban los urubambas y los tampus, que como hurincuzcos debieron de resistir a la nueva casa reinante. Por sus ulteriores empresas orientales, pueden atribuírse a Inca Roja y su hijo Yáhuar Huájaj la fundación de ciudades y fortalezas en aquel lado, que ofrecen carácter tan señaladamente incaico; y de allí puede arrancar el arte de los queros, cuyos grabados denotan origen selvático, innegable procedencia del Antisuyu.

Cieza admite las campañas de Inca Roja por el Cuntisuyu. Cabello Balboa cuenta que tuvo que someter por sí y su hermano Apu Mayta a las naciones vecinas, todavía independientes. Puede esta vaga noticia aludir, tanto a las insurrecciones de los confederados, como al proceso de centralización y fuerte unificación monárquica, obra específica de los hanancuzcos. Prosigue Cabello Balboa atribuyendo a Inca Roja la victoria sobre los mascas y su jefe Huari Huaca. Adviértase que los mascas y chilques, dos viejos ayllos hurincuzcos establecidos en las comarcas de Paruro y Pacaritambo, probables hermanos de Manco Cápaj, tenían por lo mismo que ser partidarios de la dinastía caída y del pretendiente Tarco Huaman. Al revés de Cobo y de otros, Juan Santa Cruz Pachacuti es adverso al fundador de los Hanan. Lo juzga "un gran descuidado, arrebatado, amigo de bailar y holgarse". Lo contrapone a Cápaj Yupanqui, el cual gana todas sus preferencias por haber sido más ferviente adorador de Huiracocha y casi monoteísta. Huaman Poma de Ayala le reconoce conquistas por el lado de Antisuyu y los chunchos, que hizo mediante su hijo Uturuncu Achachi, y le imputa haber introducido el uso de la coca. Le adjudica igualmente haber guerreado al principio y *con gran violencia y crueldad cerca del Cuzco* contra los indios de Muyna y Pinagua, todo en las cercanías de Písaj, junto a los yucayes y tampus, pueblos hurincuzcos. Coincidiendo con Cabello Balboa, dice que obtuvo estas victorias su sobrino Apu Mayta, y que luego Inca Roja se entregó al ocio, placeres y disolución, lo que puede ser un reflejo interpretativo de la debilidad externa consiguiente a las dificultades con que tropezaba la nueva dinastía y al avance de los chancas en Adahuaylas. Garcilaso conviene en que sus mayores campañas fueron hacia el oeste, con el puente sobre el Apurímac, la consolidación del período inca en Abancay, Cochacasa y Curampa; la pretensa recuperación de Andahuaylas, en lo

que coincide con Cobo; y después la dilatación por Vilcas, Sulla y Hatunsulla hasta el mar. Añade que por medio de su hijo Yáhuar Huájaj ganó Antisuyo y Paucartambo, de acuerdo aquí con Huaman Poma de Ayala, y que avanzó algo por el Collao y las Charcas. Anello Oliva, que según dijimos lo llama Quispi Yupanqui, y lo vitupera por libertino y descuidado, recuerda que en su época se rebelaron las regiones del norte, las cuales en su tan estragada versión amplía hasta Quito, y que asaltaron el Cuzco, junto al que fueron al cabo derrotados los invasores. Me parece que hay aquí una ostensible contaminación con la posterior guerra de los chancas bajo el Inca Huiracocha.

El séptimo soberano incaico, segundo de la dinastía de Hanan Cuzco, debió de recibir el infausto renombre de Yáhuar Huájaj como consecuencia de las desdichas de su período. Otro fue su propio nombre, y tuvo además diversos apelativos honoríficos y rituales. Las Informaciones de Vaca de Castro y Montesinos lo llaman Mayta Yupanqui. Cieza lo identifica con Cápaj Yupanqui. El Palentino le dice Yupanqui a secas; y Sarmiento de Gamboa lo intitula Titu Cusi Huallpa Yupanqui. Casi todos los cronistas refieren la leyenda de su cautiverio cuando niño entre los ayarmacas, al sur del Cuzco, y su liberación por los de Anta y Jaquijahuana. Son éstos ecos de nuevas guerras intestinas entre los orejones, probablemente estimulados por el cambio de dinastía. Después, durante su reinado, las Informaciones de Vaca de Castro lo reconocen belicoso y emprendedor, y confiesan que ensanchó el imperio por el océano hasta el Cuntisuyu, y por el Collasuyu de una parte hasta el Desaguadero y de la otra hasta Huancane. Con diferencia de un reinado, la dirección de las conquistas es la que para esta época señaló más o menos Garcilaso. Juan Santa Cruz Pachacuti lo cree despilfarrado, benigno y liberal en demasía; y cuenta

que por los tributos que aumentó, se le alzaron los súbditos, y tuvo que amenazarlos con guerra a sangre y fuego para lograr que se aquietasen y le pagaran. Ya dije que Garcilaso, discrepando poco de las empresas que adjudica a su padre Inca Roja, declara que Yáhuar Huájaj por medio de su hermano Apu Mayta y de otros Incas de su linaje, dilató los dominios incaicos hacia el oeste por la costa del Cuntisuyu hasta incluir en ellos Tarapacá, y por el Collasuyu agregó las provincias de Caranga, Lípez, Chichas en las Charcas y Ampara. Desquitando alguna exageración, no parece falso que por dichos confines se extendiera ya la influencia del imperio. Huaman Poma de Ayala repite que por medio de su hijo el Inca Mayta, que murió en la campaña, conquistó Cuntisuyu, Parinacochas, Soras, Lucanas, Antamarcas y la región de los chancas; y por sus otros hijos, Urco, un nuevo Apu Mayta y Huíllac Inca, llegaron sus ejércitos hasta Angeraes, Yauyos y el Huarco en el Chinchaysuyu. La interpretación de estas noticias puede estar en que la primera invasión en territorio de los chancas tenía que repercutir hasta en las provincias mencionadas, que como las dos primeras estaban sometidas entonces a la mencionada confederación, o como el Huarco le era colindante. Fray Jerónimo Román y Zamora sabe que Yáhuar Huájaj "heredó los estados de su padre, que eran grandes". Gutiérrez de Santa Clara, que "ya rey, se mostró muy valiente y belicoso, porque ganó y acrecentó a su reino muchos pueblos". De los tres historiadores jesuítas, atestigua el Padre Acosta por su lado que Yáhuar Huájaj cuando era viejo fue vencido y preso de sus enemigos, lo que es confirmar que en su tiempo ocurrió la última y decisiva agresión de los chancas.

Anello Oliva, con su habitual escasa crítica, no lo cree conquistador, pero sí que estableció la institución tan militar de las colonias de mitimaes, lo que es casi una

contradicción formal; que acabó el nuevo Coricancha y comenzó la ciudadela de Saysajhuaman. En fin, el Padre Bernabé Cobo (Libro XII, cap. X), lo vitupera de cobarde y asegura que en la memoria que de él hacían las historias y cantares, no se hallaba que después de coronado saliese del Cuzco a conquista alguna, y confiesa que al cabo de su reinado se rebelaron contra él los chancas y le invadieron el Cuzco. Ya se ve aquí como la atribución de la pérdida momentánea del Cuzco a Yáhuar Huájaj y la recuperación por su hijo y sucesor Huiracocha, tienen en su favor más apoyos que el del mero Garcilaso. No son de extrañar por otra parte estas confusiones en historia primitiva. Ya he citado la superabundancia de casos análogos en el antiguo continente. Nos avecinamos al magno conflicto entre incas y chancas, con que se esclarece la protohistoria peruana. A él dedicaré la próxima lección. Pero antes quiero condensar en algunos puntos mis conclusiones acerca de estos primeros Incas.

Primero.—Eran jefes de una extensa confederación inca-quechua, que combatía por el sur con los collas y por el este con los chancas y sus afines.

Segundo.—En consecuencia, mantenían dos especies de guerras; las intestinas, en los alrededores del Cuzco, contra sus propios aliados, por defección de ellos, o en los intervalos de paz exterior; y las expediciones relativamente lejanas, comunes a toda la liga, como ocurría en Méjico y como sucedió también los primeros tiempos de Roma con los latinos.

Tercero.—La sucesión del incazgo tendía a ser hereditario de padres a hijos, habida cuenta de la designación de entre éstos por el mismo monarca o por el consejo de orejones, cuando el primogénito aparecía menos capaz.

Cuarto.—Usaban los Incas soberanos varios nombres. Uno de ellos era el propio, el cual solía quedar recubierto

por títulos laudatarios o de protocolo que le aplicaba el ritual cortesano, o por apodos provenientes de sus particularidades físicas o de las hazañas de su reinado. Esta multiplicidad o variación de nombres, que acarrea bastante confusión, es muy general en los imperios primitivos, como en Egipto y la China, y se observa en el régimen monárquico dondequiera.

Quinto.—No eran los primeros Incas los curacas mediocres y desdeñables que se complace en alegar la escuela pseudocrítica moderna. Muchos cronistas, y algunos muy abonados, les atribuyen haber emprendido grandes construcciones, como las del Sajsayhuaman, del Coricancha, los museos de Coracora, Jatunrumioj y Yachahuasi, fortines por el Vilcanota y la gran calzada del Contisuyo. Todas estas construcciones, cuando menos iniciadas, suponen recursos y población correspondiente a un territorio ya muy vasto, y no se explican si los Incas no contaban con más súbditos que los del exiguo cantón o distrito cuzqueño.

Sexto.—Las conquistas de los referidos siete Incas primeros, algunas de las cuales han debido momentáneamente de perderse y ser recuperados por sus sucesores, se olvidaron o se transfirieron en la versión oficial y la voz popular a los últimos soberanos, como tiene que ocurrir en toda historia leyendaria y en pueblos bárbaros, de medios mnemónicos deficientes. Recordamos que el mismo Cieza, columna de la escuela pseudocrítica, ha comprendido y expresado que la escasez de relatos sobre los primeros reyes Incas se debía, no a inercia e insignificancia de ellos, sino a haberlos preterido por muy antiguos la débil retentiva popular (*Señorío*, cap. IX). No olvidemos que en la inmensa historia egipcia (tan análoga a la nuestra incaica que aparece ésta a menudo como su fiel miniatura, y por eso necesito citar aquélla a cada paso), el insigne conquistador Tutmosis III, desapereció de las leyendas, y sus conquistas y templos se atribuyeron en muchos casos a

Amenopis III, a Ramsés II y a otros Faraones posteriores, del propio modo que los hechos de los Hurincuzcos y los mismos del Inca Huiracocha pasaron a Pachacútej, según he de explicarlo en la lección venidera.

IX

ATAQUE DE LOS CHANCAS AL CUZCO.— El INCA HUIRACOCHA

La guerra con los Chancas invasores, asunto de la presente lección, es importantísima en la historia de los Incas. Fue la decisiva crisis de la adolescencia, la amenaza vital y estimulante que en las naciones jóvenes y conquistadoras aparece siempre y determina al conjurarse el vigoroso rebrotar del imperialismo, la sistemática y triunfante expansión bélica. Por eso representó en el desarrollo del poderío cuzqueño, a pesar de la relativa brevedad de aquella contienda, lo que para las similares sociedades orientales significaron por ejemplo la invasión de los hicsos en el Egipto faraónico, y las luchas contra los hititas o contra los pueblos de Urartu para las primeras dinastías asirias, antes del gran Teglatfalasar III; o acudiendo a comparaciones más usuales pero mucho menos apropiadas, las guerras médicas para Atenas y la segunda púnica para Roma.

Eran los chancas en su mayoría tribus pastoriles; habitantes de las punas y páramos occidentales de Ayacucho y Huancavelica. Agresivos y feroces, como los pastores suelen serlo, habían invadido, en el transcurso de muy pocas generaciones, los territorios quechuas aliados de los Incas, arrebatándoles la extensa provincia de Andahuaylas y amenazando muy de cerca las demás. Su pugna con los quechuas es un caso de la eterna lid entre los seminómades de las tierras altas y frías con los agricultores de las tem-

pladas, que es precisamente la etimología de la palabra quechua. A su vez los agredidos quechuas los denominaban *recientes, advenedizos o inestables*, pues tal es la traducción del vocablo *chanca*. Como efecto de sus irrupciones el idioma aymara había penetrado en las comarcas de Vilcas, Lucanas y Soras, influyendo en las numerosas lenguas que allí se hablaban. Hay varias pruebas entre collas y chancas. Cuando éstos, vencidos al cabo por los incas, se resolvieron a emigrar en crecido número hacia el norte, refugiándose en la cuenca del Marañón, impusieron a sus nuevos establecimientos el nombre, aun hoy subsistente, de Chachapoyas, que a las claras proviene de la voz *chacha*, varón en aymara, o sea los hombres por excelencia, equivalente a la traducción quechua *cari* con que hemos visto que se designaba, en el mundo quechua e incaico, a los antiguos invasores del Collao, destructores de Tiahuanaco y perseguidores de los huiracochas. Dos apelativos de principales curacas chancas, Hancohallu y Hancohuillca, parecen deducirse del *hanco*, blanco en aymara, color religioso que distinguía a los totemes collas. A no ser que dicho *hanco* se derive del *hancu* quechua (crudo, reciente o imperfecto), que vendría a expresar la misma idea que *chanca*; porque muchos de los patronímicos con que los cronistas conocen a los jefes chancas son probablemente sus traducciones quechuas, pues a menudo indican vituperio. Así, Uscuhuillca debía de venir de *uscu* salvaje; Tumayhuaraca, de *tuma*, vago, errante, merodeador; Tijllhuillca, de *tilla*, silvestre, cruel, huraño. Umahuara en el presente caso ha de nacer de *uma*, odio capital, o de *umu*, brujo. Su hermano Astohuaraca, de *asta*, mudarse, vagar, andar errante. Los otros nombres propios de sus caudillos en Betanzos aparecen igualmente con raíces de significado quechua: Mallma, de *majma*, tinaja; Rapa, que quiere decir rama o ala. Según los últimos indicios, las lenguas de sus tribus pudieron ser de estirpe

quechua, pero muy mezcladas con la aymara. A la misma conclusión nos llevan los datos que sobre sus provincias y las afines traen las célebres *Relaciones Geográficas de Indias*. Por ellas se descubre que la marea inmigrante colla hubo de torcer rumbo al oeste, desde Canchis y Velille, penetrando en Collaguas y las punas de Cotohuasi y Lucanas, hasta la de Choclococha. La laguna que hay en ésta era la pacarina o lugar sagrado que adoraban los chancas. Más quizá por lo que acabamos de apuntar, no ha sido sino la imagen recordatoria y el símbolo de un mayor lago sagrado, o sea el Titijaja, como ocurría al sur del Cuzco con los cahuinas.

Más o menos vástagos o parientes de los collas, pero siempre adversarios y sojuzgadores de los genuinos quechuas, que eran de antiguo los ocupantes del Pachachaca y del Pampas, avanzaban los chancas, después de haber conquistado Andahuaylas, hacia Abancay y el Apurímac, contra los aliados de los Incas, aprovechando la debilidad que a la nueva dinastía de Hanan Cuzcos le acarreaban las dificultades y pugnas internas de la confederación. Por el norte, los dominios de los chancas englobaban las sierras de Huaytará, fronterizas de los chinchas marítimos, y las de Chocorbos, cuyo señor era el curaca Astu Cápaj, de indudable filiación chanca y vecino de los yauyos (Véase la Relación del origen de los Incas, publicada por J. T. Medina, *La Imprenta en Lima*).

¿Habían reconocido antes los chancas la superioridad de los demás y la dominación de los Incas, según lo dice Garcilaso?. Es muy probable, a juzgar por lo que Juan Santa Cruz Pachacuti, Huaman Poma de Ayala y el mismo Cieza cuenta de las expediciones e influjos de los anteriores soberanos Incas por el lado oeste. Sea como fuere, nulas u olvidadas estas excursiones incaicas, o abolido por rebelión el leve protectorado que establecieron, los chancas, traspuesto el Apurímac, se aliaron con los orejones maras,

que pertenecían al bando de los Hurin Cuzcos y que en consecuencia se plegaban con facilidad a los adversarios del Inca reinante. Dueños de la llanura de Anta, los aliados conminaron al Inca para que se rindiera, pagándoles tributo y cediéndoles tierras de cultivo y habitación. Amedrentado el Inca, huyó del Cuzco, seguido de su corte y su guardia. Pasó por las alturas de Chita y fue a cobijarse en Saquisahuana, junto a Calca de Yucay. Es preciso distinguirla de la homónima Jaquijahuana en la llanura de Anta, que estaba ya en manos de los enemigos. Tal designación, que equivale a algo así como *hartazgo, saciedad, satisfacción plena,* se aplicaba a varias residencias reales campestres, como las *Huelgas* en la España medioeval. Un hijo menor y desfavorecido del Inca viejo, llamado Cusi, Hatun Túpaj, o Yupanqui, condenó la cobarde huída de su padre; y afeando la conducta de los fugitivos se dispuso a defender la ciudad santa. Sobre el fondo de los sucesos convienen los cronistas, aunque en Garcilaso, como de costumbre, aparezca idealizada y edulcorada la realidad. Hay que acudir a los analistas primitivos para hallar los rasgos de significativa barbarie y las tintas de color local y época auténtica. Los chancas llevaban como paladión en la campaña los cadáveres embalsamados de sus antiguos caudillos. Interpretaban agüeros con el sacrificio de la *callapa,* examinando e hinchando los intestinos de las víctimas como los arúspices romanos. Traían tan feroces guerreros los cabellos largos y se los perfumaban con un unguento especial. Los maras, sus auxiliares incaicos, los imitaron.

En el otro campo el Inca mozo, para animar a sus milicias, contó que había tenido visión del dios Huiracocha, dentro de un espejo deslumbrador, en el cual aparecía con sus artibutos tradicionales la antigua divinidad del Collao y de todos los quechuas; y que al confundirse la milagrosa lámina con las aguas de una fuente le había

hablado el numen, prometiéndoles victoria contra los enemigos. Sacó del templo el joven Inca los objetos sagrados para ponerlos en medio de sus combatientes. Habiéndose olvidado del cetro o *túpaj yauri* (probablemente se alude aquí también al *súntur páucar*, serpiente de plumas, alusiva a la religión de Huiracocha), volvió a oír la voz divina para que no dejara de tremolar tan expresivas insignias. Ponerse bajo el ostensible patrocinio del arcaico y supremo Huiracocha, indicaba la solidaridad con todos los miembros de la liga quechua, posponiendo el peculiar culto incaico del Sol o *inti*. No tardaron en acudir los contingentes de vasallos, y aun de los auxiliares canas y canchis, que eran medio collas por mestizaje, pero estaban ganados desde hacía mucho tiempo a la adoración de Huiracocha y al servicio de los Incas. La primera resistencia eficaz contra los chancas se hizo ya en la propia ciudad del Cuzco o en los suburbios septentrionales de Quillapata y Carmenca. Hasta las mujeres defendían aquellos barrios, como lo demuestra la leyenda de la viuda Chañan Currillcolca. Rechazados con gran mortandad los chancas en las afueras del Cuzco, siguió la pelea en los collados y sierras al norte; y la segunda y definitiva campaña se empeñó a los pocos días en la llanura de Anta. El número de combatientes que se computa, más de cuarenta mil por los chancas y cerca de treinta mil por los cuzqueños, comprueba la extensión considerable del territorio incaico y sus súbditos, pues por el sistema del ámbito exclusivo de seis leguas, no es explicable tal muchedumbre de soldados. Impresionaron estos combates a tal punto la imaginación popular, que el tono de los relatos es por entero el de un gran cantar épico primitivo. Betanzos nos conserva la oración de Huiracocha que se ponía en boca del joven Inca vencedor. Figuraban a los auxiliares salvadores las piedras míticas llamadas *pururaucas*, y señalabánse los mágicos manantiales que reanimaron a los combatientes,

como en la leyenda romana de la batalla del Lago Regilo y los Dioscuros lavándose en la fuente de Juturno.

En Anta perdieron los chancas, con numeroso botín, las momias de sus curacas Uscohuillca y Hancohuillca. El Inca mozo admitió a conciliación a los mascas; y al perdonarlos les permitió que de nuevo se cortaran las cabelleras y se horadaran las orejas, en señal de restituirles la calidad de confederados y privilegiados. Mostró en cambio extraordinaria crueldad para con los cautivos chancas. Degolló a los principales e hizo clavar sus cabezas en las picas; a otros ahorcó a quemó, a otros empaló y desolló vivos; y reservó los cráneos para usarlos como vasos en sus banquetes. Los cuerpos de varios de los generales vencidos, embalsamados y rellenos de paja, le sirvieron de atambores. Los brazos de estos horrendos trofeos, agitados por el viento, golpeaban sus pechos y los hacían resonar. Se guardaban en un templo conmemorativo que construyó en el propio lugar del combate, donde aún los contemplaron, más de un siglo después, los conquistadores españoles. Todo de una atrocidad oriental, asiria. No son menos truculentos los sucesos que siguieron. El joven Inca remitió a su padre, todavía como tributo de homenaje, los despojos y tesoros de los chancas, las cabezas cortadas, los cadáveres de los principales caudillos y buen número de prisioneros para que los pisara en señal de triunfo. Como el anciano rey insistía que también los pisara su hijo heredero Inca Urco, al cual, según uso muy frecuente en estos primitivos imperios, había asociado sin duda al trono, el vencedor hizo matar a Urco por sus otros hermanos y arrojó los restos al río Vilcamayo de Yucay. En seguida desposeyó a su padre, al que recluyó en los palacios del mismo valle de Yucay. Viene luego el gran desfile triunfal en el Cuzco, sin que falten las circunstancias habituales de las análogas monarquías asiáticas: la litera o palanquín de oro, los ídolos cautivos, los trofeos y los prisioneros ten-

didos en el suelo y conculcados por el soberano, que los pisotea en señal de dominio, y los numerosos sacrificios de los vencidos a los dioses, como en Tebas y Nínive. Remate lógico de la victoria fue la campaña de liberación de los quechuas por Abancay, Curampa y Cochacasa, y la total reducción de las provincias de Andahuaylas y Soras.

¿Quién fue el héroe efectivo de esta epopeya, el noveno Inca Pachacútej Yupanqui, según lo declaran y repiten casi todos los cronistas, o su antecesor inmediato el Inca Huiracocha, como lo sostiene Garcilaso y lo arguyen expresivas palabras de las Informaciones de Vaca de Castro? Me inclino cada vez más en atribuírsela al octavo Inca Huiracocha, en virtud de diversas razones. Ante todo por el significado de los apelativos regios, los cuales se repitían de ordinario, como ocurre en casi todas las dinastías, o, cubriendo el nombre propio de los monarcas, se imponían después de la muerte de ellos y se referían a hechos culminantes de su período. El padre de Huiracocha tuvo por patrocinio a Mayta Yupanqui o más probablemente a Tito Cusi Huallpa. El apodo de Yáhuar Huájaj debe de provenir de los acontecimientos desgraciados de su tiempo, y principalmente de los que lo derribaron del trono. Es mucho más probable tal hipótesis que la consignada por Sarmiento, relativa a la leyenda de su cautividad en la niñez. A dicha conjetura se agrega la del título de Huiracocha del octavo Inca. Hasta entonces era desusado en las dinastías incaicas tomar como nombre propio el de esa deidad, y lo muestran las palabras de autor tan grave y bien informado como lo es Acosta (Libro VI, cap. XX). La imposición del nombre no se explica satisfactoriamente sino por un suceso extraordinario en que el príncipe invocó y creyó obtener la protección especialísima del dios que reputaba supremo. Hemos visto que así ocurrió cuando la invasión de los chancas y su derrota delante del Cuzco. Suponer que el padre del soberano se llamó a su vez Hui-

racocha, sin motivo de igual importancia, o porque se le atribuyó otra visión, en su caso ineficaz, es violar las reglas de la verosimilitud histórica. No negamos que en la vida ocurran duplicaciones inútiles e ilógicas; pero admitirlas sin necesidad y preferirlas contra los indicios más claros, va contra los dictados del buen sentido y de la crítica. Los títulos de los monarcas descubren sus hechos principales y no es objeción que el siguiente lleve el extremo laudatorio y encarecedor de Pachacútej, pues su actividad conquistadora y legislativa lo justifica, y varios analistas añaden que padre e hijo obtuvieron el mismo renombre, aunque se particularizó más en el segundo, lo que explica la confusión de las hazañas de ambos. Además, examinando los recuerdos arquelógicos del Cuzco, advertimos que los del Inca Huiracocha se situaban precisamente en el terreno de las victorias sobre los chancas, en el campo del asedio memorable, o en los llanos, donde la leyenda colocaba la aparición de dios. Así, en la cuesta de Carmenca había un adoratorio llamado Toxanamaru. Se atribuía su fundación al propio Inca Huiracocha y estaba destinado a rogar por la victoria de sus armas. ¿Se concibe tal atribución, si fue quien la instituyó el vencido y no el debelador de los chancas? El nombre era también muy alusivo a la pelea contra los chancas, porque *toxan* viene del verbo *tuxini*, que significa señalar, dar el golpe, herir, y *amaru* es el dragón mítico, estrechamente ligado con el culto de Huiracocha, cuyo atributo o símbolo primordial constituyó. Se da el caso, por demás significativo y concluyente, que *amaru* era el ídolo particular escogido como totem por el Inca Huiracocha y la panaca de sus vástagos. Consta que con dicho ídolo *amaru* este soberano se enterró, porque era su duplicado o simulacro (huauqui). Inmediato a este su adoratorio de Carmenca se hallaban el manantial sagrado de Quishuarpuquio en que apagaron la sed los guerreros vencedores de los chancas, las llanuras

de Cutirsajpampa y Queachili, señaladas como teatro de la famosa victoria (*cutirsajpampa* que significa literalmente el llano en que retrocedieron los agresores). Por allí cerca se indicaba la altura santa de Churuncana, que domina la de Carmenca y divide los caminos de la pampa de Anta y de Yucay, ejes en la historia de la invasión chanca. Este cerro Churuncana estaba dedicado al dios Huiracocha, protector del Inca, y en él se rogaba por la permanencia y dilatación de sus buenos sucesos guerreros. En el otro lado, por el llano de Chita, lugar designado en la leyenda con el nombre del destierro y la visión del príncipe bajo el mando de su padre Yáhuar Huájaj, se veían el manantial denominado Huiracochapuquio, que debió de ser el de la visión, pues según recordamos se realizó en una fuente; otra llamada Urcopuquio, quizá relativo a su desgraciado hermano; y la huaca de la abra o meseta Carahuacasa en que se conservaba un puma, por rara coincidencia el totem de los chancas. En el mismo rumbo, y nótese que al cuidado de la cofradía de los supanacas, representantes y descendientes del Inca Huiracocha, estaba junto al templo del Sol el duplicado del dios Tixi Huiracocha, que era una piedra semejante a las pururaucas. Otra piedra, llamada también de Huiracocha, se refería al propio Inca aunque estuviera al cuidado de los descendientes de su padre Yáhuar Huájaj. A más de estos indicios de carácter local, no deja de pesar el argumento de haber sido el entierro del Inca Huiracocha el de mayor fama de riquezas y de tesoros ocultos, razón por la cual lo descubrió Gonzalo Pizarro y al apropiarse de sus muchos objetos preciosos quemó la momia del soberano. No se compadece con esta opulencia extraordinaria, que expresa según costumbre numerosas victorias y conquistas, la imagen del monarca destronado y muerto en desgracia. El Padre Acosta dice de Huiracocha "Inca que fue muy rico, e hizo grandes vajillas de oro y plata", signo de im-

portantes conquistas. El manuscrito sobre la sucesión y gobierno de los Incas, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid y publicado con ocasión del litigio de límites entre Perú y Bolivia, confirma la importancia del rey Huiracocha, diciendo de él que "comenzó a poner más orden con la reforma del calendario", dato que concuerda con el predominio otorgado a otra divinidad celeste. Huaman Poma de Ayala, que le adjudicaba igualmente reformas religiosas, expresa que conquistó las comarcas de Lucanas, Vilcas, Angaraes, Yauyos, Chocorbos, Huancas, y Jaujas; en resolución, todas las confederadas y vasallas de los chancas. Aun más explícitas en favor de nuestra tesis son las Informaciones de Vaca de Castro. Leemos en ellas que el Inca Huiracocha "fue mayor señor que ninguno de sus antepasados, belicoso y gran guerrero, más valeroso y poderoso Inca que sus ascendientes, y que muchas cosas que hizo, se han atribuído a sus sucesores, no *siendo así*". Casi de bulto vemos y palpamos por las palabras citadas la confusión entre los cantares de Huiracocha y su hijo Pachacútej, que en cierta escuela ha venido a disminuir y rebajar al primero. Por su parte Cabello de Balboa no deja de ponderar la confusión y mendicidad de los poemas históricos incaicos. Parece que no obstante los ayllos peculiares que los aprendían, largas porciones de esos poemas se aplicaban indistintamente a varios emperadores, duplicando los hechos, como ya he recordado que ocurrió en el antiguo Egipto, donde las alabanzas de Tucmosis III se aplicaron a los Ramses y a Seti I.

La única objeción fuerte contra mi teoría es la del testimonio de Ondegardo, que asegura haberse hallado junto a la momia del propiamente conocido por Pachacútej el ídolo de la provincia de Andahuaylas. Si así fuera, atendiendo a la costumbre incaica de adjudicar las huacas regionales como trofeos al soberano que conquistó los respectivos territorios, habría que asignar a Pachacútej la

reconquista de las comarcas invadidas por los chancas, con todas las consecuencias lógicas que de esto se derivarían. Pero lo más seguro por varias razones es que Ondegardo no pudo distinguir con certeza a qué Incas correspondían los cuerpos que descubrió. La indeterminación en los hallazgos funerarios de Ondegardo la he sostenido desde hace mucho tiempo, y contaba ya con la autorizadísima opinión de Jiménez de la Espada.

Las conquistas propias de Inca Huiracocha, que se pueden separar de las de su hijo y sucesor Pachacútej, son las de los chancas y todas las provincias serranas enumeradas en las Informaciones de Vaca de Castro, que eran aledañas y confederadas de aquellas. Por el sur, el citado manuscrito de la Biblioteca de Madrid, nos confirma en la opinión de haber consolidado y extendido su poderío por el Collao. Era muy natural que los dominios de los Incas se dilataran de preferencia por las tierras altas y evitaran al principio descender a los llanos de la costa, insalubres para los andinos. El sistema de Garcilaso, que amplía por ese lado las anexiones de Huiracocha hasta las alturas de Charcas, Jujuy y Catamarca, tiene evidente justificación por el clima y por la antigüedad de las influencias incaicas en el norte de Tucumán. Dividiendo las grandes conquistas en la sierra del Perú entre Huiracocha y Pachacútej, obtenemos explicar la expansión cuzqueña por este lado de manera gradual y probable. Así nos apartamos de aquella tesis increíble sobre su rapidez y acumulación en solas dos generaciones, que es la de Cieza y Sarmiento, propugnada hoy todavía por notables arqueólogos como el ecuatoriano Jijón. Dicho historiógrafo defiende opinión tan inverosímil con el argumento de haber sido rapidísimo el ensanche incaico, por no advertirse sucesión de estilos en su arquitectura y cerámica. La suposición no es exacta. El mismo Jijón trae datos que la destruyen. Ya he explicado que la diversidad de aparejo

en las construcciones cuzqueñas no arguye estrictamente sucesión de épocas diferentes, porque han sido simultáneas las maneras de construcción. Mas no es posible exagerar el alcance de esta doctrina hasta el punto de negar que la mayor frecuencia y predilección por el aparejo pulido señale de manera muy probable una época más reciente. Hay bastantes otras importantes observaciones alegables al respecto. Las paredes cóncavas con puertas tropezoides parecen por regla general anteriores a las puertas y alhacenas cuadrangulares, que se observan por ejemplo en los edificios de Collcampata. Compárese sobre el mismo punto, fuera ya del Cuzco, las ruinas de Pisaj con Muyna y Tipón, y las de Machupicchu con las de Ollantaytambo y Tarahuasi. El propio Jijón reconoce que en el palacio cuzqueño de Hatunrumiyoc hay partes arcaicas recubiertas por otras, que me inclino a atribuir a la segunda dinastía y sus últimos representantes. Igual cosa ocurre con la cerámica incaica, que arranca, según dije, de la tiahuanaquense, de la cual no la separan tan multiplicadas centurias como se ha pretendido, pero que presenta una definida evolución, diversificada por múltiples influencias locales en todo el Imperio. Y como ya he repetido que igual cuadro ofrece la lingüística, todo esto nos lleva de consuno a dilatar en algunas generaciones la expansión incaica y hacerla así normal e inteligible, no insólita y milagrosa. Varios soberanos han debido repartirse la tarea de componer el inmenso Tahuantinsuyu. No es posible concentrarlo todo en el período de Pachacútej. Los ejemplos propuestos por los de la escuela contraria, como la invasión de los hicsos en el Egipto, la de los persas de Ciro y los macedonios de Alejandro, no son pertinentes en modo alguno, porque tan rápidas conquistas son explicables cuando el pueblo conquistador se substituye a otro, de territorio y hegemonía muy extendidos, y eso es cabalmente lo que no pudo ocurrir en el Perú: la confe-

deración de los chancas no abarcaba términos tan vastos para que su mera derrota viniera a producir de golpe la dilatación del período remplazante sobre las muy diversas tribus y señoríos que se escalonaban desde el Cañar hasta el centro de Chile y el Argentina. El único sistema que me parece plausible, para dar razón de tan inmensa amplitud y tan considerable progreso, es el de aumentar las generaciones en que hubiese éste de realizarse. De allí que nos confirmamos en adjudicar al Inca Huiracocha una porción de los hechos que se apiñan en la cabeza de su hijo Pachacútej. Y si a pesar de la multitud y vehemencia de los barruntos que parecen abonarnos, se desestiman por la ingénita incertidumbre de la materia, nos defenderemos replicando que en la leyendaria historia de los Incas todo es conjetura; y que, como escribía de análogos tiempos el historiador romano, en tan vagas lejanías ni los hechos ni los autores pueden nimiamente puntualizarse. (Tito Livio Libro II, cap. XXI).

X

EL INCA PACHACUTEJ

Es tema de la presente lección el reinado de Pachacútej. A confundirlo con el de su padre y predecesor Huiracocha, ha contribuído bastante la comunidad de títulos de entrambos.

Los nombres oficiales o de entronización diferían casi siempre de los que llevaron los soberanos como meros príncipes. Así ocurre con Pachacútej, que se llamaba cuando heredero Manco Cápaj Titu, según el Padre Valera, con firmado por Garcilaso, pero el mismo apellido de Pachacútej, con el cual fue conocido y famoso como rey, le era común con su padre Huiracocha, a quien se lo dieron por apelativo a causa de haber renovado la faz del imperio

y sus instituciones, después de la derrota de los chancas. Los dos tenían también los sobrenombres honoríficos de Cápaj y Yupanqui, tan generalizados entre todos los incas, aun cuando fueran simples orejones. No es muy aventurado suponer que el hijo como el padre contaría entre sus renombres el de Huiracocha, por el culto enfervorizado de la divinidad protectora del Cuzco en la reciente crisis, y ser uso de los Incas, como en los análogos imperios orientales, imponer a sus monarcas nombres relativos a los mayores dioses (Inti Cusi Huallpa, por ejemplo). Un nuevo indicio en pro de la teoría garcilasista, que aquí defiendo, de haber sido Huiracocha y no Pachacútej el que venció a los chancas y el que derrotó a su progenitor, está en que Valera adjudica a Huiracocha cierto apotegma contra el despego y la severidad de los padres para con los hijos, alusión clara a su disentimiento con Yáhuar Huájaj, y a la desgracia y destierro que la leyenda le artibuye en su obscura juventud. Así como el Inca Huiracocha tuvo por totem o insignia un dragón, *amaru*, que es atributo del antiguo dios Huiracocha del Collao, y se ve en su misma efigie de la Acapana, así el Inca Pachacútej adoptó como enseña, doble o *huauqui*, el relámpago solar, *inti-illapa*, que en el fondo es la propia *catuilla*, ídolo vinculado indisolublemente a los de Huiracocha y el Sol, cuyas tres imágenes se adoraban juntas en el Coricancha y en los principales templos. Era en rigor una advocación de Tixi-Huiracocha, lo que en terminología religiosa se llama *hipóstasis*.

Para entremezcalr aún más las personalidades y hechos del Inca Huiracocha y su hijo Pachacútej, ha podido intervenir otra circunstancia importante: la de haber asociado el primero al segundo en el trono, haciéndolo corregente y encargándole en tal calidad la dirección de lejanas campañas. Juan Santa Cruz Salcamayhua nos cuenta que al regresar el Inca Pachacútej de una de sus remotas

conquistas, vivía muy viejo y retirado su padre Huiracocha. El caso no es insólito en la historia incaica, según veremos después. La diarquía imperial corresponde muy bien a las necesidades de pueblos bárbaros en momentos paralelos de su evolución, como es de ver en el Egipto faraónico del imperio medio (XII dinastía) y en el de la XIXa.; en cierto modo en la China de los Tang y de los Ming, y hasta en la Bizancio de la Edad Media. Se explica así de manera plausible la absorción de las hazañas de Huiracocha en el poema histórico propio de su hijo, que ha prevalecido como fuente principal en tantos analistas. En realidad, si participó éste de la corona viviendo el padre, no pocos sucesos podían con derecho imputarse a ambos monarcas. Los que la suscinta historia leyendaria de casi todos nuestros cronistas concede a Pachacútej me parecen comparables a los de la fábula de Sesostris, que en la enorme escala de la verdadera historia egipcia ha englobado desde Senhuosret. I (el Senoncosis de Manetón) no menos que hasta los grandes Ramsés de posteriores siglos. Para que aún en lo occidental persista la analogía con el trabucado Faraón, el Inca Huiracocha es fama que compuso máximas, transmitidas algunas con mayor o menor exactitud por Valera y salvadas por Garcilaso. Recordemos incidentalmente que también al padre del primer Senhuosret, al Faraón Amenenhet I, se le atribuía haber compuesto sentencias rítmicas dirigidas al sucesor.

Si Pachacútej se ha convertido así en nuestro Sesostris, por haberse acumulado en su cabeza acontecimientos de varios períodos y si por ello puede igualmente compararse con los absorbentes casos de Menés, del primitivo Sargón caldeo de Agadé, de ciertos reyes en China (por ejemplo Kang de Song), y de Ciro y Carlomagno, hemos de reconocer que mereció, como sus mencionados padres, tal honor acumulatorio, por su largo y espléndido

reinado de sesenta años, que dilató como ninguno las fronteras del Tahuantinsuyu. Fue entre todos los Incas, el más célebre, el más temido y venerado, el más famoso conquistador; inventó, como dice Acosta, la mayor parte de ritos y ceremonias del imperio; fue su legislador por excelencia. No es maravilla que le añadieran adquisiciones y glorias, porque eclipsó en el recuerdo a sus predecesores y continuadores.

En el proceso histórico de los pueblos ascendentes, después de las reñidas victorias iniciales, viene la edad grandiosa del apogeo y la dilatación, que consolida y extiende aquéllas, el luminoso cenit de la prosperidad sistematizadora y legisladora. Pachacútej la personifica en el imperio incaico, tras el esfuerzo laboral y decisivo de Huiracocha; como después del liberador Ahmosis vinieron en Egipto los Tutmosis, Seti y Ramsés; Chi-Nuang-Ti, después de Chuang-Sian, en la vieja China; y en el occidente europeo, tras Carlos Martel, Carlomagno; luego de los Reyes Católicos y Carlos V, Felipe II; y continuando la obra de Enrique IV y Richelieu, Luis XIV. Pero las magnas tareas rara vez se llevan a cabo sin medidas rigurosas. Las supremas obras humanas necesitan cimientos de dureza, a menudo empapados en sangre. De ahí que Pachacútej, como casi todos los grandes organizadores, haya sido tachado de severo en extremo. No fue por ello una excepción aislada entre los Incas. Muy dudosa e intercadente resulta en la historia efectiva esa clemencia y mansedumbre incaica, manido lugar común y engañoso artículo de fe en el cuadro convencional de nuestro pasado. El colorido, más todavía que los hechos concretos, es falso en los Comentarios Reales, que parecen, por su almibarada monotonía, no relatos de época bárbara, sino vida leyendaria y monástica de santos. Garcilaso diluye en plata y azul lo que en las demás fuentes brilla con fulgor sombrío y rutilante de rojo y oro. Por su violenta crueldad, Pachacútej se

hermana con los déspotas orientales, con los monarcas asirios. Exterminaba, quemaba, desollaba a los enemigos y rebeldes. Sus cárceles, pobladas de fieras y víboras, el pueblo las llamaba la Sancahuasi y la Llachahuasi, la *cavernosa* y la *pavorosa*. El analista indio Juan Santa Cruz Salcamayhua nos pinta los desfiles triunfales en que se llevaban las cabezas de los prisioneros degollados, untadas con sagre de llamas y enhiestas de picas. Hablando Sarmiento de la insurrección de los ollantaytambos y otros sútij, nos cuenta: "Pachacútej los mató a todos, quemó el pueblo y lo asoló;... y no dejó hombre a vida, sino algunos niños y viejas. Quedaron pueblos asolados hasta hoy". Destruídos los obstinados, mandó trasquilar a los otros tampus ya sumisos en signo de nivelación y reconciliación, como su padre lo hizo con los maras. Centralizó el gobierno, acabando con muchos de los privilegios de los confederados y obligando a tributar a los más genuinos quechuas (Provincias de Cotabambas, Cotanera y Aymaraes). Removía y nombraba a su sabor a los sinchis y curacas; y colocaba dondequiera representantes regios, *tucuyricuj*, delegados suyos provistos de omnímodos poderes, coincidiendo con los monarcas europeos más denodados en debelar el feudalismo. Tan grande uniformidad estableció en el imperio que en más de cien pueblos principales de él, los adoratorios de huacas repetían por nombres y series, la distribución de los lugares santos del Cuzco. Júzguese con esto si puede considerarse como una *libre confederación* de ayllos autónomos el rígido estado del Tahuantinsuyu, tal como salió de manos del mayor de sus monarcas. Otros rasgos completan el cuadro del absolutismo teocrático. Pachacútej se casó con sus hermanas, instaurando definitivamente el incesto ritual de los soberanos, para no mezclar la estirpe imperial y solar con las humanas: profunda semejanza con los conceptos predominantes en el Egipto y el Irán antiguos. Para las con-

quistas exteriores y la ampliación del territorio en el reinado de Pachacútej, son muy precisas las palabras que le dedican las Informaciones de Vaca de Castro: "Fue muy severo y gran justiciero. Reformó y sustentó lo que su padre Huiracocha dejó ordenado y mandado. Conquistó hasta lo *último de los Charcas y Diaguitas*, en los Andes, Carabaya y Apolobamba, Chunchos, Mojos y el Paytiti; y toda la costa hasta Tarapacá. No le quedó cosa en la costa que no la tuviese sujeta y debajo de su señorío, hasta los términos de Quito". Las enumeradas conexiones por el este, el sur y el norte (Antisuyu, Collasuyu y Chinchaysuyu), interrumpidas con frecuentes sublevaciones, no se hicieron sin duda en sólo sendas campañas, o sea en una expedición para cada rumbo respectivo. Se distinguen cuando menos en esta época tres jornadas para el Chinchaysuyu, con intervalos muy apreciables. La primera, encomendada por Pachacútej a su hermano Cápaj Yupanqui, debe de haber sido la de Pisco y Chincha, después de la pacificación de Lucanas, según se indica en la Relación del Archivo de Indias, publicada por Medina. (Véase también el capítulo XIII del Libro XII del Padre Cobo, y el cap. 49 del *Señorío de los Incas* de Cieza). Con esta expedición ha de relacionarse la reñida conquista del valle de Cañete o Huarco, porque es de todo punto inverosímil el parecer de Cieza, que la reserva, lo propio que la de Chincha, para el reinado de Túpaj Yupanqui, después de las conquistas de Quito, Puerto Viejo, Túmbez y el Chimú, contra toda probabilidad y toda conexión geográfica, como si un talismán hubiera protegido largos años a los yungas centrales en la Costa de la irresistible invasión incaica que ya se había adueñado de todas las comarcas circundantes. Igual cosa digo por supuesto de la sumisión de Pachacámac y Lima. En la Sierra el General Cápaj Yupanqui, asociado con otro hermano de Pachacútej que se llamaba Huayna Yupanqui, ganó, mediante una larga

expedición, las provincias de Jauja, Tarama (Tarma), Huánuco, Cajatambo, Huaylas y Conchucos. Estas últimas tenían el mismo dialecto y gobierno que las de Huamachuco y Cajamarca. Los ejércitos del Inca penetraron luego en Cajamarca y Contumazá, dominadas por Guzmango Cápaj, el cual había reducido a vasallaje los estados cuzqueños del Gran Chimú. Así vino éste a ser tributario del cuzco por el sojuzgamiento de su inmediato señor. Receloso Pachacútej del gran poder y triunfos de su hermano Cápaj Yupanqui, lo hizo ahorcar, lo mismo que a Huayna Yupanqui, en Limatambo junto al Apurímac, cuando se acercaban a la capital.

Aquí se coloca una terrible sublevación del Collao, sofocada por dos hijos de Pachacútej, Túpaj Ayar Manco y Apu Páucar Usno. Acudieron con sus contingentes, para combatir a los collas, los recién incorporados al imperio Guzmango Cápaj, señor de Cajamarca, y el Chimú, rey de Chanchán. Antes de salir a la debelación del Collao hizo el ejército incaico el gran sacrificio augural de la *callpa y capacocha*, enterrando niños vivos, simulacros de oro y plata, y quemando conchas marinas de *mullu*, cestos de coca y tejidos de cumbi. Vencidos los collas y destruida su ciudad de Ayaviri, que fue repoblada con colonos llevados de muy lejos, siguieron los generales de Pachacútej sosegando los Charcas hasta sus más extremos confines. Las dos últimas jornadas por el Chinchaysuyu las encomendó al hijo menor y predilecto, Túpaj Yupanqui, quien dominó en la fortaleza de Piajajallca al curaca Chuquisocta de Chachapoyas, no sin algún trabajo (Vid. Cieza y Sarmiento). Luego avanzó hasta Palta y Cañar, derrotando en esta última provincia al régulo Pisar Cápaj y a su aliado el quiteño Pillahuaso. Los nombres tetémicos de dichos caudillos de la región ecuatoriana, que significan respectivamente *perdiz* y *escarabajo* en quechua, si acaso no están traducidos en la versión incaica, serían

una prueba de la semejanza de lenguas entre quiteños y cuzqueños. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que las conquistas por esa parte meridional andina del Ecuador deben de remontar a Pachacútej, porque la Crónica de Cieza atestigua haber sido residencia de este anciano monarca cuzqueño el palacio de Tomebamba. Fueron también construcciones peculiares de Pachacútej los palacios de Yucay y otros en el valle de Urubamba, y los palacios y depósitos y templo del Sol en Ayaviri del Collao, recuerdos los últimos de una de sus victorias más preciadas. La postrera expedición a Chinchaysuyu bajo el largo reinado de Pachacútej, tuvo como la segunda un epílogo sangriento: mandó a matar por desobediente a dos hijos suyos, Tillca y Auqui Yupanqui, compañeros del Príncipe Túpaj. El receloso despotismo, la poligamia, la vida de serrallo, producían sin cesar tragedias deméssticas. Con tales dramas familiares debe relacionarse la sucesiva asociación al trono de los dos hijos preferidos, Amaru y Túpaj. Un tiempo hubieron de ceñir ambos la borla en compañía de su padre, porque textos de antiguos cronistas, como Salcamayhua, nos muestran a los tres, en las solemnidades del Cuzco, asentados sobre iguales tronos o *tianas*, y coronados con iguales diademas, como ciertos faraones que llevo recordados y como la tetrarquía romana de Diocleciano. La corregencia de Amaru Yupanqui, es un verdadero aunque breve reinado, porque probablemente duró no sólo en vida de Pachacútej, sino también en los años posteriores a su muerte y quizá entonces sin colega de igual jerarquía, sino con el hermano como regente subalterno. Aquí está la clave de los dos Yupanquis sucesivos soberanos que Garcilaso reconoce y por los que tanto se le ha impugnado. Hace mucho tiempo que he expuesto mi teoría del caso, adoptada por varios modernos críticos, y que Means atribuye a D. Carlos Wiesse y al arequipeño

Morales del Solar, cuando éstos no han hecho sino reproducirla.

No es admisible hoy repetir, contra el sistema de los dos Yupanquis, la cansada cantinela de ser *una equivocación de Garcilaso*. No es Garcilaso el único ni el primero, entre los cronistas incaicos que la ha formulado. El tan primordial Betanzos, en la *Capacuna* o lista imperial que precede a su crónica, coloca después de Pachacútej, como décimo y undécimo de los emperadores del Perú, a Yamqui Yupanqui y Túpaj Inca Yupanqui; y es de advertir que no dice del segundo que haya sido hijo del anterior, como lo afirma de los otros. El Padre Acosta, que aprovechó tan buenas fuentes, pone de igual modo en su capítulo XXI dos Túpaj Inca Yupanqui sucesivos. La misma duplicación contigua de Yupanquis se halla en Pedro Pizarro y en D. Hernando de Santillán. Por fin, al describir Ondegardo las momias de soberanos incaicos que descubrió, designa entre ellas la de un Amaru Yupanqui. Este es el Yupanqui de Garcilaso, hermano y no padre de Túpaj Yupanqui. Antes que yo, lo había ya indicado el Dr. Pablo Patrón. Efectivamente, en casi todos los analistas incaicos se menciona a Amaru como heredero legítimo de Pachacútej, asociado a él en el gobierno. Ejerció el incazgo durante las largas ausencias de su padre y no es improbable que por tiempo breve, después de haber fallecido el mismo Pachacútej. Las Casas llega hasta señalar la duración de su corregencia: cinco o seis años, dice (cap. XXV de *Las antiguas gentes del Perú*). No sólo hay textos, sino monumentos del Cuzco, que descubren la realidad de ese reinado. En Collcampata, verdadero Capitolio de la metrópoli, se mostraba el palacio de la mujer de Amaru Yupanqui, con tal nitidez y énfasis como si hubiera sido la de una Coya, lo propio que el de su marido, Amarumarcahuasi, en las inmediaciones del Tambomachay del viejo Pachacútej. En la colina de Carmenca

se recordaba que el andén de Chacuaytapara, había sido jardín o chacra del mismo Amaru. Por los *Comentarios Reales* se echa de ver otra circunstancia en que estriba una conjetura de validez aún mayor, porque Garcilaso la ofrece inadvertidamente, creyendo distintos al Príncipe Amaru y al Emperador Yupanqui: y es que la hija del primero fue dada en matrimonio por Túpaj Yupanqui a Huayna Cápaj, en calidad de esposa legítima y segunda Coya. La razón más verosímil de tan insólita autoridad y grado en un segundo matrimonio preexistiendo otra Coya, es que la hija de un Inca que había ocupado el trono y a quien siempre se le respetaron prerrogativas no obstante la abdicación, y de seguro hija también a su vez de otra Coya y hermana consanguínea, no podía entrar en el serrallo del príncipe heredero como concubina simplemente. Por eso Manco II, el contemporáneo de la conquista castellana, era reputado por los indios herederos legítimo después de muerto Huáscar, porque de ambos lados provenía de pura sangre solar.

El gobierno de Amaru Yupanqui se vió afligido y trastornado por grandes calamidades. La peste y la hambruna desolaron el imperio. Las campañas en el valle central de Chile fueron difíciles y conocieron descalabros. Una grande expedición a la Montaña por la región más fragosa y tupida del Antisuyu, que logró el descubrimiento del gran río del Madre de Dios o Amarumayo, dió con sus penalidades y reveses pretextos a que los collas se salieran fugitivos de la selva y reanudaran sus terribles sublevaciones. Como no se les pudo reducir de pronto, el Consejo de los Orejones, apoyado por el dictamen del Sumo Sacerdote, que Cieza cita, decidió la deposición de Amaru Yupanqui. Lo acusaban de ser débil, pero belicoso, "demasiado humilde con todos y bien hablaba", como pintorescamente escribe Juan Santa Cruz Salcamayhua. Para legitimar el cambio de gobierno, la historia oficial expre-

saba que Amaru Yupanqui abdicó voluntariamente, en lo que puede haber buena parte de verdad, porque así se explica que lo dejaran vivo, y con honores y grandes privilegios. Decían además los cantares y los quipus que todo ocurrió en vida y por iniciativa del viejo Pachacútej, lo cual, aunque muy posible, no tiene la misma certeza. En las panacas reales, a lo menos según las palabras de Santa Cruz Salcamayhua, los descendientes de este Amaru se numeraban junto con los de su hermano y substituto Túpaj Yupanqui; y así fueron, según Salcamayhua, del *Cápaj ayllo*, en vez de haber integrado la *Inca panaca* del padre Pachacútej, lo cual de fijo habría ocurrido en virtud de regla constante, si no hubiera reinado por sí. Parece esto indicio fuerte de haber sobrevenido el fallecimiento de Pachacútej y la consiguiente constitución de su panaca antes del destronamiento de Amaru. Conjetura no desdeñable de hallarnos en esta ingerencia de Pachacútej revivido con una nueva mentira de la historia oficial, encaminada a cohonestenar la revolución posterior mediante el amparo ficticio del gran soberano octogenario.

XI

EL INCA TUPAJ YUPANQUI

En la lección anterior expuse los argumentos para defender el reinado de Amaru Yupanqui, corregente cuando menos en los últimos años de Pachacútej, y muy probable sucesor suyo por algún tiempo en el supremo incazgo. Los textos que prueban la existencia de este monarca Yupanqui, distinto de los otros homónimos anteriores y predecesores de Túpaj, se hallan en Pedro Pizarro, D. Hernando de Santillán, el Padre Acosta y en la lista preliminar de la *Capacuna* de Betanzos, fuera de Garcilaso. De otro lado, Polo de Ondegardo enumera su mo-

mia entre las de los exhumados monarcas. Hay además los monumentos cuzqueños de los Amarumarcahuasi junto a Tambomachay, del palacio de Collcampata y del jardín de Chacuaytapara, que se atribuyen a él o a su mujer. Agregué como secundarios el matrimonio de su hija, en calidad de Coya legítima, con Huayna Cápaj; y en fin la refundición de su *panaca* o cofradía gentilicia con el Cápaj ayllo de Túpaj, y no con el de su padre, según testimonio de Santa Cruz Pachacuti, lo que parece indicar, por la irregularidad de la agregación que ésta hubo de hacerse después de fallecido Pachacútej. Ha de considerarse como un arreglo imprevisto o urgente ficción legal, que no pudo provenir sino del forzado destronamiento de Amaru. Lo causó la tremenda sublevación del Collao, cuyo núcleo estuvo en la región del Azángaro, Asillo y Arapa, al norte de Huancane y del gran lago. Bien se comprende porqué fue la comarca de Azángaro el verdadero foco de la insurrección. Los caciques del Collao que la encabezaron, habían desertado del ejército del Inca al creerlo perdido y a punto de disolverse en el Amarumayu; y de allí se regresaron a las selvas de Carabaya. El nuevo Inca Túpaj Yupanqui, tras largos años de esfuerzos, logró vencerlos en la batalla de Pucara; y prendió y ejecutó a los caudillos. En recuerdo de la decisiva victoria, erigió edificios y estatuas, junto a las construcciones y bultos preincaicos que allí existían, de todo lo cual Cieza habla. Los grandes curacas collas que escaparon de la matanza, como Cari, el de Chucuito, fueron presos al Cuzco; pero al cabo Túpaj Yupanqui reunió en asamblea a éstos y a los demás; y en la misma ciudad de Chuchuito les otorgó el perdón; imponiéndoles recibir y sustentar numerosas guarniciones de mitimaes. Volvió en triunfo al Cuzco. De allí salió luego para diversas campañas, sin que sea posible precisar, entre las divergencias infinitas de las versiones leyendarias, el orden riguroso de ellas. Lo cierto es que Túpaj Yupanqui

padeció muchas sublevaciones de provincias fronterizas y centrales, y algunas de los mismos orejones, como la conspiración de su hermano el visitador general Túpaj Cápaj. Prevenido de sus intentos, Túpaj Yupanqui lo mató, así como a sus consejeros y partidarios de más cuenta. A los inferiores redujo a la condición de siervos personales, llamados yanaconas, a diferencia de la gente común o vulgar, *hatunruna*, que venían a ser como siervos de la gleba en sus respectivos ayllos. No es imposible que corresponda a Túpaj Yupanqui, y no a su hermano predecesor Amaru Túpaj Yupanqui, haber aquietado la rebelión de los ollantaytambos, que es argumento del drama españolizado *Ollanta*. Estallaron otras insurrecciones en el norte del imperio. Al debelarlas, fue saqueada y destruída la ciudad de Chanchán, capital del Gran Chimú, vasallo infiel; y se rindieron las fortalezas de Jallca, Suta y Levantu, al sur de Chachapoyas. La indómita rebeldía de esta región de los chachas y maynas, frontera extremadura o *marca* oriental de Chinchaysuyu, se explica por su lejanía y fragosidad, y porque además la poblaban los emigrados chancas de Hanco Huallu, vecinos y confederados de congéneres de los mochicas, cuyos lejanos peregrinos parentescos marítimos he explicado ya. De ahí que en Chachapoyas, al lado de toponimia quechua y aymara (collacala por ejemplo), advirtamos nombres de la misma familia que las localidades de Trujillo y Lambayeque (Chilingote. Chisil, Mangalpón, Tupén, Yamón, Ocumal y Tadamal).

Tornando a vadear el Marañón hacia el oeste, Túpaj Yupanqui intentó conquistar la región de los bracamoros, poblada por flecheros salvajes, venidos del norte amazónico. Se vió obligado a desistir del empeño por la insalubridad del clima y las dificultades de la zona para el ejército serrano. Mucho mejor fortuna tuvo en la altura de lo que hoy se denomina Ecuador. Bien sea como prín-

cipe heredero o como único soberano reinante, ganó para el imperio las grandes provincias de Palta, el Azuay, el Cañar y Tunguragua. Continuando la conquista hacia Quito, reunió tan crecido ejército que los cronistas lo ascienden a doscientos cincuenta mil hombres (Sarmiento es el más puntual aquí y en todo lo de la historia externa). La mayor batalla se trabó en Latacunga, sitio estratégico en que se ha decidido varias veces la suerte de aquel país. La refriega fue muy reñida. En el momento de mayor indecisión, Túpaj Yupanqui, eriguiéndose en su litera, llamó a la reserva de cincuenta mil hombres, cuyo empuje determinó la derrota de lo quiteños. Mataron los del Inca a los jefes contrarios, entre los que era el principal el curaca Pillahuaso. Fundó Túpaj Yupanqui, con mitimaes quechuas y orejones, la cuidad de Quito sobre su anterior poblado de los sojuzgados caras, proponiéndose tener en el Norte una segunda capital. La adornó con notables edificios; y aseguró con *pucaras*, o sea castillos, las comarcas inmediatas. Dejó como gobernador de la recién fundada Quito incaica al anciano orejón Chalco Mayta. Hubo de extender su poderío bastante más allá, por Otavalo y Caranqui, que su hijo Huayna Cápaj no hizo después sino recuperar, pues consta en Cieza (*Señorío*, cap. 51) que Túpaj dejó en Caranqui un presidio o guarnición y porque ha de suponerse establecido en Imbabura su predominio para explicar la posibilidad y audacia de sus expediciones por las costas insalubres y remotas de Atacámez, Manta y Guayaquil.

La campaña más penosa e infructuosa parece haber sido la de Puerto Viejo y Manta. Entretanto, le llegaron nuevas de otro alzamiento reprimido en el Cuzco. Las comunicaciones con la lejana metrópoli eran ya muy fáciles y frecuentes, tanto que Cieza no vacila en compararlas de manera hiperbólica con las de Sevilla a Triana. Así, se supo luego el castigo de la alteración cuzqueña; y tran-

quilizado el Inca emprendió una larga navegación de cerca de 200 leguas por el Pacífico, en verdad atrevidísima y asombrosa para la inexperiencia y los escasos recursos de los conquistadores serranos. Durante sus jornadas por los litorales de Manabí y del Guayas, los mercaderes de la Puná le dieron noticias de unas islas remotas, y se resolvió a visitarlas. Eran las del archipiélago de Galápagos. Hay críticos que sostienen que fueron las mucho más próximas de Lobos, en la costa de Lambayeque; pero el nombre de Nina (fuego) que Túpaj Yupanqui aplicó a una de ellas, los puntos de partida y de retorno que Sarmiento señala (Manta y la Puná), y los largos meses que cuentan haber durado la navegación, convencen de que se trata de Galápagos. Conocida es la naturaleza volcánica de este archipiélago, y Nina pudo ser, en razón de sus cráteres, la isla de San Salvador, La Fernandina, o la de Santiago, ateniéndose a las denominaciones recientes. La otra isla que descubrió allí Túpaj Yupanqui, la de Afuera (*ahua*), puede corresponder perfectamente a la Isabela, por su situación exterior. A ambas las apellidó *Chumpi*, que según la pronunciación suave o fuerte en el quechua significa, en el primer caso, ceñidor, faja, cíngulo, muy aplicable a una isla por metáfora, y en el segundo caso, color pardo o castaño, por el aspecto de sus rocas. El Inca llevó no menos de 20,000 hombres en gran número de balsas, sin duda de las de doble mástil y vela cuadrangular que usaban los naturales de aquellas costas, y en las que comerciaban con Panamá y Centro América. De vuelta de su excursión, envió los trofeos de esta jornada al Cuzco. Refiere Sarmiento que se conservaban hasta la Conquista en la gran fortaleza de Sajsayhuaman, y que todavía en 1572 era guardián de ellos el viejísimo orejón Urco Huaranca. Algunos de dichos trofeos, como la quijada de apariencia caballar, debían de provenir de las mismas Galápagos y en realidad corresponder a los

leones marinos (otaria jubata), que tanto abundaban en el archipiélago, conforme muy atinadamente lo indica Jiménez de la Espada en el curioso opúsculo relativo, cuyas noticias he aprovechado. Otros objetos, como pellejos de animales, habían de corresponder también a la privativa fauna insular (iguanes, etc.), y las madreperlas, de que habla Santa Cruz Pachacútej Salcamayhua, han podido extraerse de las mismas islas. Los restantes, como las esmeraldas *(umiña)*, el oro y la gente de piel negra, han podido ser de la tierra firme de Manabí y Atacámez, porque es sabido que en esas comarcas tenían por ídolos las esmeraldas y los característicos asientos de piedra o de madera, dados a conocer por las exploraciones, arqueológicas verbigracia la de Saville. Uno de ellos pudo muy bien estar forrado de un metal raro y precioso, como refiere Sarmiento, porque en Atacámez se trataba por aleación hasta el platino. Los prisioneros de piel muy regenegrida, mejor todavía que naturales de esas costas, habrían sido los grandes monos negros (mycetes), porque los Incas, como los Faraones, confundían a los cuadrumanos antropomorfos con los salvajes.

Otra gran conquista de Túpaj Yupanqui fue la del reino de Chile. Es probable que se iniciara desde los períodos de su padre Pachacútej y de su hermano Amaru, porque debió de requerir largo tiempo; y en Huaman Poma de Ayala aparecen un hijo del Inca Pachacútej, Apocámaj Inca, y varios capitanes conquistando Chile y sucumbiendo allí en aquel reinado de Pachacútej. Túpaj Yupanqui debió acudir, yendo por el lado de Tucumán, a extender y consolidar los primeros establecimientos incaicos en la región central de Chile. Ganó desde Coquimbo hasta el Maule. Todo el país, tras la extinción de la cultura de Tiahuanaco, había caído en el salvajismo antropófago. Lo habitaba una sola raza, la misma de los araucanos, que hablaba un idioma, apenas diversificado en

dialectos locales menos disímiles que los quechuas en el Perú. (Observación aplicable a cuanto hemos dicho de la homogeneidad de lenguas en el Perú). Dispersa la población, había infinidad de pequeños caciques o sinchis. Dos eran los más influyentes y mayores: el que tenía por apellido hereditario Michimalonco (tal vez de una palabra mapuche, que significa *hacer huir*, a no ser que venga del *michij* quechua, pastor o gobernador, pero la segunda parte siempre será mapuche, lo que demostrará que no tradujeron por completo los nombres de jefes extranjeros), cuyos súbditos vivían en el valle de Aconcagua y Tancalonco, que ha de situarse por el Mapocho. Los Incas civilizaron a los indios chilenos. Les enseñaron a vestirse y a cultivar la tierra. Llevaron el maíz y el poroto; y los animales de carga andinas, el llama y el huanaco, se aclimataron en el valle central y fueron utilizados en él hasta mucho después de la Conquista castellana. Túpaj Yupanqui condujo a Chile numerosos mitimaes de tod oel Tahuantisuyu, e impuso gobernadores o *tucuyricuj*. Hizo trabajar lavaderos de oro y minas de otros metales. Estableció los confines de sus dominios en las orillas del Maule, colocando allí hitos, y murallas o pircas divisorias.

Retornando de Chile, parece que tuvo que dominar otras sublevaciones en la porción central del imperio, con escarmientos muy crueles. Los rebeldes fueron desollados vivos para hacer de sus pieles tambores. La última expedición de Túpaj Yupanqui se dirigió al Oriente por el Antisuyo, hacia el lado de Paucartambo y el curso inferior del Urubamba, en que hizo plantar muchos cocales. Este ensanche por las zonas de la Montaña, que se continuó igualmente en las entradas de Camata, los Mojos y Santa Cruz, donde Túpaj Yupanqui levantó fortalezas, explica la moda incaica de los *queros*, vasijas grabadas con adornos de influencia amazónica.

En sus campañas, Túpaj Yupanqui se hacía preceder, como los soberanos aztecas, por mercaderes que le servían de espías. Esta clase de vendedores ambulantes adquirió alguna importancia en el Perú, aunque menor que en Méjico. Negociaban con oro, plata, pedrerías, telas finas y plumerías de lujo, permutándolas con artículos de los bárbaros y salvajes. Correspondiendo a la prosperidad general, el período de Túpaj Yupanqui se distinguió por construcciones suntuosas. Acabó la del Coricancha, en cuyos jardines artificiales incustró las esmeraldas y perlas traida del Norte, junto con las turquesas andinas; y prodigó las chaperías de metales preciosos. Adelantó mucho la gran ciudadela de Sajsayhuaman, comenzada por su padre y su hermano. Levantó además en el Cuzco el palacio de Pucamarca; en Chaca y Pucara del Collao, edificios que rivalizaban con los preincaicos, lo propio que en Huánuco el Viejo; y en el Norte, los de Tomebamba, Latacunga y Quito, y los templos anexos. El palacio de su predilección fue el de Chincheros, en las cercanías del Cuzco, hacia el Noroeste. Allí murió muy viejo, aseguran que de más de ochenta años. Su cuerpo, enterrado en Muyna con gran tesoro, fue profanado y quemado por Chalcochima y Quizquiz, Generales de Atahuallpa, quienes, como si hubieran querido vengarse del conquistador de Quito, diezmaron con ensañamiento el ayllo de sus vástagos y le arrebataron las joyas y tierras señaladas para su culto. Garcilaso se equivocó al imaginarse que entre las momias descubiertas por Ondegardo estaba la del propio bisabuelo del mestizo cronista. Ondegardo descubrió sólo las cenizas, recogidas en un cántaro, junto al cual estaba su doble o sea la estatua de *huauqui*, que se llamaba *cuxichuri*. Todo se halló en Calixpuquiu. Atribuíanse a Túpaj Yupanqui máximas en honor del dios Huiracocha y de la superioridad de éste sobre el Sol; y acerca de los hijos de los plebeyos, a quienes denegaba la instruc-

ción superior religiosa y política, confirmando las sentencias de su predecesor Inca Roja, el que fundó la dinastía de Hurin Cuzco. Nos transmite aquellos dichos el Padre Valera.

Fue tenido como el mayor de los Incas, porque era más amado que Pachacútej. Entre sus renombres, sus vasallos le dieron con insistencia el de Túpaj Yaya (Padre resplandeciente), como queriendo expresar su dúplice, mixto de majestad y amor. Hasta el mismo Sarmiento de Gamboa, acérrimo detractor del imperio incaico, lo alaba reconociendo que fue "animoso, franco, favorecedor de pobres y piadoso en la paz si bien cruel en la guerra y castigos". Regularizando y elevando a ley dinástica el incesto ritual establecido por Pachacútej, se casó con su propia hermana, para asegurar en el primogénito la integridad de la divina estirpe, al modo de los grandes Faraones. Si queremos compararlo, a más de éstos, con un monarca de tipo de veras homólogo, debemos acudir al azteca Ahuitzoltl, a quien nuestro Túpaj Yupanqui se parece mucho más que a Montezuma el joven, no obstante las coincidencias aristocráticas y esótericas con el último. Ahuitzolt y Túpaj Yupanqui son hermanos por generosidad de carácter, extensión de conquistas, semejanza de glorias en el gobierno y por grandes edificaciones. Hasta se parecen en haberlos precedido en el trono hermanos de mando efímero y de menores méritos (Tizoc y Amaru Yupanqui), en las múltiples y porfiadas rebeliones que tuvieron que sofocar, aún en el centro de sus estados, y haber dilatado de preferencia sus dominios por las riberas del Océano Pacífico, que recorrieron como ninguno de sus antecesores.

XII

EI INCA HUAYNA CAPAJ

Huayna Cápaj se llamó de príncipe Titu Cusi Huallpa. Era hijo de Túpaj Yupanqui y de su esposa y hermana la Coya Mama Ojllo. Así lo aseguran Sarmiento, Cobo, Garcilaso, Cabello Balboa, el Padre Morúa y las Informaciones de Vaca de Castro No era el mayor, sino el menor de los legítimos, conforme lo recuerda el Padre Las Casas y los confirma el descubierto recientemente Huaman Poma de Ayala. Para el sistema incaico, la legitimidad de la herencia no dependía de la primogenitura sino de la previa elección por el antecesor y de la pureza del origen solar, prefiriéndose por eso a los nacidos en las Coyas, que durante los últimos reinados eran hermanas de sus maridos. Tales requisitos se reunieron en Huayna Cápaj, según las más fundadas noticias y conjeturas. El Oidor Santillán (*Relación*, párrafo 18) nos certifica que recibió la borla de heredero por designación de su padre Túpaj Yupanqui, mucho antes de morir éste. El paradójico incanista Ricardo Latcham, sin acatar el peso de las citadas autoridades, declara porque sí que Huayna Cápaj no era hijo de Coya, ni su madre pertenecía a la raza de los Incas Yupanquis, ni fue instituído por Túpaj, sino por los Orejones, contrariando la voluntad póstuma del monarca y atendiendo a que "el joven príncipe se había mostrado General afortunado y hábil en el reinado anterior" (*Los Incas, sus orígenes y sus ayllos*, pág. 318). Montón de afirmaciones gratuitas. Las palabras de Las Casas, que ni siquiera cuida de alegar, se limitan a decir que Túpaj Yupanqui lo prefirió a los otros legítimos mayores, "porque mostraba más señales de virtud y cordura"; pero esa suposición del buen Fray Bartolomé no permite negar ni el nacimiento legítimo, ni la designación paterna, puntos

tan abonados por los restantes cronistas. Y por más que sea cuestión de importancia muy secundaria, sirve para enseñarnos a desconfiar de las antojadizas y dogmáticas afirmaciones de cierta escuela que se reputa modernísima reformadora de la protohistoria peruana. Ninguna muestra de gran talento militar ni político podía haber dado Inti Cusi Huallpa, pues todas las tradiciones convienen en reconocer que ascendió al trono muy mozo, casi adolescente, menor de veinte años y necesitado aún de curatela. El quipocamayo Catari, aunque alegado por Anello Oliva, que es autor de escaso crédito para la edad incaica, declara que no tenía más de diez y seis años; y así hubo de ser, ya que Juan Santa Cruz Pachacuti lo llama *muchacho de poca edad*, y explica que le era menester un gobernador y coadjutor. Las Casas repite que era *bien mancebo*, y Huaman Poma de Ayala que *era infante muy menor*. Así lo acredita su nombre de entronización Huayna (mozo) y la actitud que observó a los comienzos de su reinado, que es la incierta y retirada que corresponde a un pupilo inexperto.

El pretenso nombramiento del bastardo Cápaj Huari por Túpaj Yupanqui moribundo se redujo a una intriga de serrallo. La fraguaron dos concubinas del anciano monarca, Chuqui Ojllo, madre del pretendiente, y Curi Ojllo, que tenía con ella deudo próximo. Se tramaba esto en el palacio de Chincheros, situado entre Anta y el valle de Urubamba, y que fue la residencia en que falleció el gran Túpaj. La emperatriz viuda, Mama Ojllo, que parece haber sido de gran prudencia e influjo, una especie de *sultana validé*, dominó la situación con el auxilio de su cuñado el príncipe Huaman Achachi. Ocultaron en Quispicanchis a Inti Cusi, para salvarle la vida de la conjuración; y debelaron ésta en el Cuzco matando a las dos concubinas, a quienes acusaron de haber envenenado al Inca viejo, y desterrando o ejecutando al pretendiente, que no

volvió a aparecer en la corte. Enseguida coronaron a Inti Cusi. Tomó el apropiado nombre de Huayna Cápaj, que significa el *Señor muchacho*, y como por serlo necesitaba un tutor, el Consejo de los Orejones, que es probable estuviera compuesto, a más de los cuatro virreyes, por los otros ocho príncipes mayores que tenían el privilegio de llevar las varas del palio imperial o *achigua*, eligió como *Inca Ranti* o lugarteniente del imperio a Apu Huallpaya, apodado el corcovado o *jumillu*, a quien tal vez su deformidad, muy apreciada en los bufones cortesanos del Cuzco, había granjeado el favor regio y que era, no tío carnal del soberano adolescente, como quiere el Padre Cobo, sino primo hermano de su padre, hijo de aquel General Cápaj Yupanqui que conquistó el centro y norte del Perú y fue degollado por celos de Pachacútej en Limatambo del Apurímac. La elección no era muy acertada, pues era presumible que con tal herencia de agravios y rencores contra la rama imperial, maquinara el regente el derrocamiento de su pupilo. Así sucedió. Huallpaya, el jorobado, procuró despojar de la suprema corona o borla a Huayna en provecho de uno de sus propios hijos. Pero velaban la Coya madre y el príncipe Huaman Achachi, ahora virrey del Chinchaysuyu y en consecuencia uno de los cuatro supremos dignatarios asistentes al trono. Descubrió en un pueblo de su jurisdicción, precisamente en el Limatambo recordado, las armas ocultas en cestos de coca, preparadas para la revuelta y denunciadas por unos mercaderes. Ante el repetido peligro, alejaron otra vez al joven soberano de la capital y lo llevaron a Quispipampa. El Consejo de los Grandes Orejones permaneció fiel a Huayna Cápaj y Huaman. Hubo una sangrienta refriega entre ambos bandos: según Santa Cruz Pachacuti en el mismo Cuzco, porque alude al templo donde se guardaba el estandarte real, *cápaj runancha*, que ha de ser el Coricancha; según Cabello Balboa en Quispipampa y en presencia del Inca. La nue-

va conjuración fue vencida y ahogada en sangre. Huallpaya, a pesar de su numerosa guardia de porteros y alabarderos, tuvo que comparecer ante sus enemigos. Fue increpado, arrojado por una ventana, preso por Huaman Achachi y decapitado con todos sus hijos y cómplices.

A poco de estos acontecimientos fue declarado Huayna Cápaj mayor de edad y con grande ostentación casó con una o dos de sus hermanas, a fin de asegurar la sucesión legítima. Asumió igualmente la mayordomía del Sol o sacerdocio supremo, que antes desempeñaba el Huillac Umu denominado Apu Challco Yupanqui. Así se consolidó más el poder del Inca, concentrando en sí las facultades políticas y eclesiásticas, como lo hizo Pedro el Grande en Rusia. No obstante la mayoría de edad, Huayna obedecía los dictámenes de su madre Mama Ojllo y le fue tan apegado que no se ausentó del Cuzco mientras ella vivió. Compartían la influencia con el virrey del Chinchaysuyu Huaman Achachi, tío del monarca, el hermano entero de éste, Auqui Túpaj, que era el secretario general o visir, y el hermano bastardo Sinchi Roja, que después fue *Inca Ranti* o Lugarteniente General en el Cuzco, cuando tuvo que ausentarse Huayna, a poco de haber muerto su madre.

Porque exigían una campaña rápida las sublevaciones en las remotas provincias, inevitables al sobrevenir cambios en el trono y minoridades regias. Esta vez las más alteradas fueron también las últimas del Chinchaysuyu. Huánuco y Chachapoyas, pobladas por emigrados chancas y yungas. El Palentino habla igualmente en este período de la del Gran Chimú, debelado y muerto con la oportuna venida de Huayna Cápaj. En Cieza hay claras señales de dos guerras contra los chachapoyas y los bracamoros, y de las dificultades excepcionales de estas jornadas. No se trata ahora de duplicación de leyendas, ni de la transferencia de tradiciones de anteriores reinados,

en que tanto he insistido. Es la natural repetición de la vida, la reacción lógica que habían de provocar las desmesuradas conquistas de Pachacútej y Túpaj en tan extensas y quebradas regiones. Es muy verosímil que aquí se coloque el primer viaje de Huayna a Tomebamba, adonde lo atraían los recuerdos de su nacimiento y primeros años. Amplió y adornó las moradas en que vivieron sus padres; y como estaba reciente el luto de su madre, la Coya Ojllo, le erigió una estatua de oro en los aposentos del nuevo palacio. Se llamó éste Mullucancha o Mulluturu, porque decoraban sus habitaciones, templando la adustez del estilo incaico, las conchas marinas rojas, semejantes a los corales, puestas en moda por la mayor relación con las civilizaciones costeñas. En uno de los barrios de Tomebamba se levantó el Usnu, gran piedra consagrada al Sol y destinada a la proclamación de las sentencias judiciales. Aun se perpetúa su nombre en uno de los barrios de la moderna ciudad de Cuenca.

De Tomebamba y la región de Quito, hubo de volver entonces al Cuzco Huayna Cápaj y emprender los otros viajes al Cuntisuyu y al Collasuyu. Fue gran peregrinante, muy solícito en su obligación de recorrer todos los dominios. Los indios contaban de él que no dejó porción alguna del Tahuantinsuyu por visitar y atender. Acudía en todas al reparo y apertura de los caminos, y a la esmerada distribución de las aguas. En Chuquiabo (La Paz actual) dispuso lo conveniente para el laboreo del oro y la cría de los ganados. En Cochabamba, que desaguó e irrigó, dejó establecidos mitimaes collas, porque esta raza multiplicaba mucho, y se mostraba entonces dócil y fiel, escarmentada con los castigos de Pachacútej y Túpaj Yupanqui. Por los tardíos mitimaes collas se explica el aymarismo en algunos distritos de Cochabamba. Hizo Huayna Cápaj reparar luego las fortalezas de su padre contra los chiriguanas; y por el reino de Tujma y Umahuaca,

noroeste de la actual Argentina, penetró en Chile. Esa era la vía más ordinaria de las expediciones chilenas de los Incas. En las palabras de Cieza, que habla a tal propósito de cordilleras nevadas, hallamos que Huayna atravesó los Andes mucho más abajo de las Charcas y Chichas, al oeste de la región del Tucumán, dependiente de aquellas provincias. En cuatro puntos se hallan vestigios de los caminos incaicos del reino de Tujma al de Chile. El primero es al sur de la puna de Atacama, por el puerto de San Francisco, al norte del Salar de las Lagunas Verdes. El segundo, lo que todavía se llama Paso del Inca, en la cordillera fronteriza a Huasco. El tercero, señalado por el escritor colonial Olaverría, es el de Mendoza y Uspallata, que cruza la cordillera por la misma línea del ferrocarril, en donde un lago y un puente atestiguan aún por sus nombres los recuerdos incaicos. Y por fin, más abajo, el de Tupuncatu (onomástica por entero quechua) que conduce en derechura adonde hoy se levanta Santiago. Refiere Cieza que Huayna Cápaj demoró en Chile "más de un año, entendiendo en refrenar aquellas naciones y asentarlas de todo punto". (*Señorío*, cap. 62). A la sazón, el Chile propiamente dicho era el valle de Aconcagua y Quillota, que estaba sometido desde Túpaj Yupanqui. El sucesor trajo mitimaes para las nuevas tierras que los adelantos agrícolas permitían cultivar, y organizar el trabajo en los lavaderos de oro. Parece que los chilenos se resistían a ser transportados como colonos a otros puntos del imperio, lo cual motivó turbulencias, antes de la llegada del Inca, contra los gobernadores orejones. Por un texto de la crónica del Padre Anello Oliva se barrunta que dos de éstos se llamaban respectivamente Hananaya o Huaman Aya y Chalco. Huayna Cápaj los separó, substituyéndolos con los curacas chilenos que llevaban los mismos nombres de los que sujetó su padre y eran seguramente hijos y herederos de ellos: Michimalonco, el de Aconcagua, jun-

to al cual asistía una guarnición en la fortaleza incaica de dicho pueblo, y Tancalonco, que ha de ser su vecino meridional, el de Malloco y Talagante, en cuyas tierras, inmediaciones de la actual Santiago y orillas del Maipo, existía otra fortaleza de los Incas. La substitución de gobernadores incaicos por jefes nativos, hecha sin duda para aquietar a los chilenos, ilustra sobre el régimen de aquellas extremidades o marcas del Tahuantinsuyu. Eran, no provincias unificadas, sino regiones vasallas o hereditarias satrapías, como las de los análogos imperios orientales, como las de los régulos sirios y fenicios que obedecían a los grandes faraones, como los sátrapas o virreyes aqueménides en los extremos confines de Saca y Maca del primer imperio persa, o los dinastas armenios y árabes y los *chatradar y marzbans* del sasánida. No cayó mal el sistema en Chile, pues bajo él hubieron de realizarse los mayores ensanches del poderío peruano, el cual rebasó considerablemente la frontera del Maule, indicada como definitiva en la mayor parte de las historias incaicas. Cieza, que la señala como tal en el período de Túpaj Yupanqui (*Señorío*, cap. 60), agrega que Huayna Cápaj "anduvo por la tierra del Chile mucho más que su padre, hasta que dijo que había visto el fin de ella, mandó hacer memorias por muchos lugares para que en lo futuro se entendiese su grandeza". En efecto, esos vestigios se descubren por restos arqueológicos o en páginas de los cronistas, y prueban que allende el Maule los ejércitos incaicos bajo Huayna Cápaj conquistaron, no sólo el territorio llamado de los *purumaucas,* hasta el Itata, sino una parte del que se hizo tan famoso después bajo el nombre del Arauco. Huayna Cápaj debió de pasar al otro lado del Biobío. El Padre Rosales en su historia refiere que a cinco leguas de la ciudad de Concepción había siete pequeñas pirámides incaicas en que celebró el Inca, con sacrificios humanos, el gran rito de la *callpa.* Y aun

hay tradiciones de haber llegado a La Imperial y Temuco, lo que se corrobora con el hallazgo de huacos de estilo incaico en pleno territorio de Valdivia. Así comprendemos por qué Montesinos, el Padre Las Casas, y lo que es más, el Cristóbal de Molina de la *Destruición*, afirman que el imperio y sus caminos se avecinaron al Estrecho de Magallanes. Huayna Cápaj regresó por el camino de la Costa, el de Coquimbo, Copiapó y Atacama, como muy explícitamente lo dice Sarmiento. De allí volvió a Cochabamba, a vigilar los trabajos de repoblación y desecamiento y las colonias collas. Al este de Cochabamba y al norte de Mizque reedificó la gran *pucara* o ciudadela de Pocona, construída por Túpaj Yupanqui, principal defensa contra las depredadoras correrías de los chiriguanas. Formaba parte de un sistema continuo de fortificaciones, semejante al *limen* romano en Escocia o en Germania; pues si los chilenos eran como los partos y mesopotanios de este nuevo imperio romano de América, los chiriguanas venían a ser como los merodeadores germanos, que irrumpían de una región de bosques y ciénagas. Por el lado del Antisuyu en Charcas y las entradas de Mojos y Chunchos, constituyó el imperio incaico algunos pequeños reinos tributarios, iguales a sus curacazgos chilenos y al de Umahuaca en Tujma. Queda de ello testimonio en algunas relaciones, como en la del cura de Mataca D. Diego de Alcayaga, que habla del rey orejón Huacani, de otro Condori hermano suyo, y de las fortalezas de Sahuaypata y Huanacopampa, guarnecidas de presidios cuzqueños. Los reyes vasallos de Mojos, que venían a ser jefes de estas marcas o extremaduras del Tahuantinsuyu, daban a sus mujeres principales el título de Coyas, y vivían rodeados de eunucos y criadas quechuas (*chinas*).

Estaba Huayna Cápaj recorriendo y reparando los monumentos del Titijaja y ordenando la construcción de un palacio incaico en Tiahuanaco (cuyas ruinas son aún

muy visibles y se distiguen perfectamente de las del primitivo imperio), cuando le llegó la noticia de la sublevación de Quito, Cayambi y Huancavelica, las provincias más indóciles del Norte, que había asesinado a los gobernadores incaicos. En la misma secular metrópoli de Tiahuanaco se reunió la gran asamblea de curacas que refieren Cabello Balboa, Sarmiento y Santa Cruz Pachacuti (la Pomacancha de Pachacuti debe de ser un barrio de Tiahuanaco). Otras juntas hubo después en el Cuzco en que se distribuyeron los contingentes de tropas y se designó como sucesor del trono a Titu Cusi Huallpa, el Huáscar futuro que a su primer nombre, el mismo usado por su padre antes de la coronación, agrega los sagrados de Inti e Illapa. Recibió Cusi Huallpa con toda publicidad la borla de heredero, según Santillán lo expresa, y para suplir la dificiencia de su memoria, fueron nombrados regentes, mientras no volviera al Cuzco Huayna Cápaj, los viejos tíos de éste, Huaman Achachi, antiguo virrey del Chinchaysuyu, y Apu Ilaquita, y su hermano doble, el secretario general o valido Auqui Túpaj Inca. El ejército que se puso en marcha, con los envíos de todas las provincias, era numerosísimo. Con precisión contaron los orejones a Cieza que llegaban a doscientos mil hombres de guerra (Iscaypachahuaranca-runa), sin los yanaconas y mujeres de servicio. Detuviéronse en Vilcas, leyendaria capital de los chancas, a inaugurar el nuevo templo del Sol. Se celebró allí la gran fiesta de la *cápaj raymi* con abundantes sacrificios de niños y adultos. La milicia privilegiada de los Orejones regresó al Cuzco, a traer como talismán para la campaña la piedra divina de Huanacauri. Después de la reseña, la inmensa hueste se puso en marcha hacia el valle de Jauja, que fue el segundo sitio de reunión para el alarde y los sacrificios. De Jauja, según Pachacuti, bajó Huayna Cápaj en persona a los valles de Pachacámaj y Lima con el fin de consultar a ambos fa-

mosos oráculos. Hizo donativos muy valiosos a los dos templos de Irma, así al del Sol como al de la vieja divinidad local recordando la devoción que le tuvo su padre Túpaj Yupanqui. En el valle de Lima, al contrario exhumó y despojó una huaca que, según el Padre Morúa, era sepulcro de un antiguo jefe marítimo, venido de la isla de la Puná. Estas jornadas aparecen en Cieza posteriores a la primera campaña de Quito, pero es poco probable que Huayna Cápaj regresara a la costa central interrumpiendo y descuidando las reñidas guerras del Norte. Por Cajamarca pasó a Tomebamba, que ensanchó y embelleció hasta convertirla en segunda ciudad del imperio, la verdadera capital norteña. Fue, en esta segunda parte de su reinado, su residencia ordinaria y el cuartel general para las campañas contra los rebeldes del Norte, las cuales cuando menos no bajaron de cuatro. Comenzó la primera con la ocupación de Puruhuay y de Quito insurrectos. La vanguardia penetró hasta las tierras de Pasto. Los ejércitos peruanos, descuidados después de la victoria, se dejaron en aquel confín sorprender por los naturales, que hicieron en ellos gran estrago, particularmente en los collas. Perecieron sus capitanes, nativos de Hatuncolla y de Ilave. Retrocedieron los soldados del Inca hacia Quito y tuvieron que contramarchar los mismos hijos del Emperador, Ninan Cuyuchi y Atahuallpa, que iban con los socorros. Huayna Cápaj se irritó mucho con este desbarato, que fue como el Roncesvalles del conquistador cuzqueño. Preparó una segunda expedición, que entró desolando toda la tierra y exterminando a sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Estableció guarnición y gobernador en Rumichaca y se regresó a Tomebamba. Aquí se intercalan expediciones secundarias para aquietar las provincias vecinas a Tomebamba, como la misma del Puruhuay y las de Macas, Bracamoros y Nolitria. La segunda campaña, con nuevos refuerzos cuzqueños y collas,

se dirigió al noreste de Quito, contra los cayambis y otavalos. Delante de las fortalezas de Cochasqui el Inca estuvo a punto de sucumbir. Ante el impulso de los enemigos, la milicia especial de los Orejones retrocedió. En el tropel de la huida, el soberano cayó de sus andas de oro, y tuvo que combatir a pie, con la lanza de su padre Túpaj Yupanqui (Santa Cruz Pachacuti). La batalla reñida e indecisa y la actitud del monarca nos recuerdan a Ramsés II peleando en Codshu contra los hititas. Salvado el ejército a duras penas, mostró Huayna Cápaj en la retirada justo resentimiento contra el cuerpo de los Orejones, que se habían desbandado. Ofendidos éstos a su vez por el desvío del monarca, pretendieron regresarse al Cuzco, llevándose la piedra sagrada de Huanacauri. Temeroso de perder el núcleo hereditario de su ejército, el cuerpo especial incaico que contaba no menos de veinte mil combatientes, se vió obligado Huayna Cápaj a rogarlos y desenojarlos, repartiéndoles gruesos donativos de víveres, ropas finas y comidas, y sirviéndose hasta de la intercesión de antiguas concubinas de su padre y del recuerdo de la Coya Mama Ojllo. Remediada la disensión de los Orejones, se emprendió con ellos y con tropas de refresco la tercera campaña. El asedio de los cayambis fue también esta vez durísimo. En él pereció el hermano predilecto de Huayna Cápaj, el General Auqui Toma Inca. Para vengarlo, acudió el mismo Huayna Cápaj con refuerzo; y mediante algunos ardides de primitiva estrategia, alcanzó a tomar los fuertes y a empujar a los vencidos hasta una laguna que está legua y media al norte de la actual ciudad de Ibarra. Rodeados allí los cayambis, hizo degollar con espantosa crueldad más de veinte mil en las orillas. Por eso tomó el lugar el nombre de Yahuarcocha (laguna de sangre). Vino después la ejecución del jefe rebelde, Píntuj (nombre quechua totémico, caña brava), que fue desollado. De su piel hicieron un tambor,

enviado al Cuzco como trofeo. No quedaron con vida en toda la comarca de Imbabura sino mujeres y niños, por lo que fue denominada esta nación de *huambracunas* (los muchachos). Vino a interrumpir la guerra de Quito la noticia de una gran invasión de los chiriguanas en Charcas. Rompiendo la línea de fortalezas de la frontera como Cuzcotullo, penetraron hasta cerca de Chuquisaca. El Inca despachó un ejército de veinte mil soldados de la región de Chinchaysuyu al mando del general Yasca. Se puntualiza que cada una de las naciones que componía este cuerpo expedicionario conducía, como especial paladión, sus sendas huacas peculiares. Iban así la *Catequilla* de Cajamarca, las de Huamachuco y Bombón, y la *Curichaculla* de Chachapoyas. En el Cuzco, los lugartenientes o visires Auqui Túpaj y Apu Ilaquita proveyeron a Yasca de nuevos recursos. Se hizo otra leva en el Collasuyu. El robustecido ejército rechazó a los salvajes chiriguanas y reconstruyó el sistema de fortificaciones que les cerraba la subida a las provincias del Alto Perú.

Entretanto, Huayna Cápaj avanzó desde Quito a Pasto para la ocupación definitiva de las provincias septentrionales. En las riberas del Angasmayo colocó sus confines, señalándolos con estacas recubiertas por planchas de oro. De allí bajó hasta el mar, penetrando en las calurosas e insalubres comarcas de Temuco, Cayapas, Atacámez y Cojimíes. Las penalidades de dichas jornadas fueron extraordinarias, y muy escaso el fruto. Muchas veces los soldados incaicos se vieron en riesgo de morir de hambre y sed, diezmados por los enemigos invisibles e inalcanzables en las espesuras. Fue como la campaña de Cambises en Etiopía o las de Darío en la Esticia o Alejandro en el Indo. El botín en Coaque se hizo algo más de apreciar: esmeraldas, turquesas y conchas multicolores. Bajó después el Inca a las provincias de Manabí, Manta y los Huancavilcas, que había recorrido su padre. Mandó cons-

truír la gran calzada que aun lleva su nombre junto a la ciudad de Guayaquil. Pasó a la isla de la Puná para castigar a su principal cacique Tumpalla (sobrenombre quechua de vituperio, que significa *el falaz o aleve*, el cual había hecho naufragar y asesinar a los Orejones de guarnición, desatando en alta mar las correas de las balsas que los conducían. Tanto enojo recibió el Inca de esta traición que ordenó componer sobre ella y su venganza un cantar triste, para que se lo entonaran los días de luto o de ayuno; rasgo muy criental, que recuerda escenas de la corte asiria.

De la costa volvió a Tomebamba por el lado de Mulluturu. Una terrible peste de viruelas despoblaba el imperio. En el Cuzco habían muerto de ella sus ministros Auqui Túpaj y Apu Ilaquita y su hermana Mama Cuca, la que no había querido ser su Coya y era *mamacuna* o abadesa de las ajillas, según la relación de Pachacuti. Huayna Cápaj se fue a Quito, sobresaltado con los estragos de la epidemia y con las extrañas nuevas del desembarco de los españoles en las costas de Túmbez y la Puná, que él acababa de visitar. Pidió que le enviaran a los dos extranjeros blancos que se habían quedado en Túmbez; pero no llegó a verlos, porque ya los habían matado los indios, o porque no le dió tiempo de examinarlos el contagio de la peste. La leyenda contaba que cierto mítico mensajero le entregó una caja, de la que salieron las mariposas negras de la enfermedad y la muerte. Para evitarla, se había recluído en uno de sus aposentos de piedra, sujetándose a la más estricta penitencia ritual. Mandó consultar al favorito oráculo de Pachacámaj, que prometió la curación si lo exponían a los rayos del Sol su padre. Tan luego como lo sacaron al aire, expiró. Cuenta Cabello Balboa, y no es improbable, que escribió sus últimas voluntades, a la manera del dios Huiracocha, sobre un bastón o *tauna*, por medios de signos y rayas de colores,

descifrados no sin discusión por los quipocamayos. Pretenden que por ellas dejaba la corona a su hijo Ninan Cuyuchi; pero parece ficción embustera del partido anticuzqueño, porque Inti Cusi Huallpa o sea Huáscar, estaba ya reconocido y publicado como heredero legal, se educaba en tal calidad dentro del Curicancha, y los más de los cronistas lo confirman. Como quiera que haya sido, Ninan Cuyuchi pereció también en Tomebamba en la gran mortandad de la peste, por la que sucumbieron asimismo muchos de los generales y de los dignatarios de la corte. No obstante, lo que puede inferirse de un estudio que publicó el Dr. Pablo Patrón en la Revista de la Sociedad Geográfica, es de creer que dicha pestilencia, mucho mayor que la que azotó el Tahuantinsuyu en el reinado de Pachacútej, fuera la misma que padecieron los conquistadores castellanos en las costas de Coaque y Puerto Viejo.

Huayna Cápaj no debe de haber fallecido de avanzada edad como sus predecesores, a pesar de lo que Sarmiento por rutina escribe (pág. 111). Su muerte fue violenta, y dejó hijos chicos. Su reinado señala el comienzo de la decadencia incaica, que con tanta y tan dolorosa claridad había de patentizarse poco después, con la guerra de Huáscar y Atahuallpa. Se advierten bajo Huayna Cápaj los primeros síntomas indudables: intrigas de serrallo y de corte; corrupción de las clases directoras; insubordinación y flaqueza bélica en la milicia especial de los Incas u Orejones; campañas difíciles, victorias dudosas e insurrecciones multiplicadas. Para castigar una conjuración del Cuzco, Huayna Cápaj, después de ordenar el suplicio de los cabecillas, sujetó los cómplices comunes a extremos trabajos forzados, obligándolos a acarrear piedras desde el Cuzco a Tomebamba. Si el hecho no es auténtico, por lo menos la leyenda significa lo despiadado del castigo y lo gigantesco de las faenas penales impuestas a los súbditos rebeldes. Hemos visto cuál fue la cru-

deza de la represión en Yahuarcocha. El retrato que a través de los cronistas nos traza de Huayna Cápaj la tradición de los propios indios, es el de un monarca infatigable pero suspicaz y muy cruel, propenso a escuchar lisonjeros y delatores. Era, dicen, pequeño, doblado y recio de cuerpo, aunque bien formado, muy grave de semblante y muy taciturno, celosísimo de su autoridad y de sus mujeres y desenfrenado en el harén. Con frecuencia se excedía en la bebida, aunque no perdió jamás la cabeza. Orgulloso, constante, emprendedor, vengativo, muy diligente en recorrer todo el imperio, su actividad y su recio pulso mantuvieron no sin gran trabajo la unión de los desmesurados dominios que ya pugnaban por dividirse. La mole enorme del Tahuantinsuyu tendía al divorcio y fraccionamiento, como en el Egipto y China, como en la Caldea e Israel, con las capitales antagónicas del sur y del Norte, del Cuzco, Tomebamba y Quito, que constituían respectivos centros de atracción y divergencia. Cuando Huayna Cápaj combate junto al río Pisque, en las dudosas batallas de Cochasqui, nos trae a la memoria a los grandes faraones de la décima nona dinastía, como Ramsés II, triunfantes y esplendorosos aún, pero en realidad menos potentes que sus predecesores los Tutmosis y Ahmosis, que vencieron sin tantas dificultades y alternativas. Cuando recorre Huayna los confines de Coaqui y de Chile, y contiene con esfuerzo las incursiones de los chiriguanas construyendo líneas de fortalezas y transplantando muchedumbres de mitimaes, nos recuerda a los soberanos persas aqueménides o sasánides, cuando visitaban las más lejanas satrapías, casi siempre en insurrección. A ellos se parecen, por cierto que maravillosamente, los últimos emperadores incaicos, en todo el régimen administrativo, en la teocracia solar y despótica, en el incesto dinástico obligatorio, y en la molicie y los crímenes del serrallo, que produce la rápida decadencia de la monar-

quía. Pero a quien más se parece sin duda Huayna Cápaj es a su émulo el azteca Montezuma II Xocoyotl (el joven), como él grave y silencioso, empeñado en guerras muy reñidas e inciertas, afligido por las incesantes rebeliones de miztecas y huezotzingos, y por las victorias de los tlascaltecas que, como en Quito a Auqui Toma, le mataron a su hermano Tlacahuepantzin, y ensombrecido por los pronósticos sobre misteriosos blancos invasores. En el Perú y en Méjico, al mismo tiempo se habla de agüeros sobríos, águilas que caen, nubes que amenazan, aureolas fatídicas y voces sobrehumanas présagas del cumplimiento de antiquísimas y funestas profecías de Quetzalcoatl y Huiracocha acerca de la ruina de ambos imperios americanos. Era en ellos como la convicción de su caducidad irremediable, el presentimiento y la conciencia agonizantes de culturas que habían topado con infranqueables límites y que comenzaban por sí a descomponerse, en sus mismos elementos intrínsecos, antes del decisivo choque externo. Cuando el cadáver embalsamado de Huayna Cápaj fue llevado con gran pompa al Cuzco, y se quedó su corazón en Quito, los lloros de las exequias y el horror de las cuatro mil víctimas inmoladas, parecían vaticinar el término de las prosperidades de los Incas; porque ya rugían las tremendas rivalidades dinásticas, atizadas por las de la casta y superior y las de las dos grandes regiones del Sur y del Norte, que habían de facilitar la civilizadora invasión castellana.

XIII

HUASCAR Y ATAHUALLPA

Importa, para la cronología del Perú, determinar, aproximadamente siquiera, la fecha de la muerte de Huayna Cápaj. Los más conocidos autores van desde 1522,

que es la cuenta de Pedro Pizarro, y 1523, que es la de Blas Valera, Garcilaso y Cabello Balboa, hasta 1524, con Pedro Sarmiento. Llegan otros a 1526. Derívanse estos cómputos de los testimonios de cronistas primitivos, como Jerez, que la señala ocho años antes de la Conquista, y el mismo Pedro Pizarro, que la dilata hasta diez anteriores a esa fecha. La fuente se halla en las declaraciones de Atahuallpa y los suyos, los cuales tenían grande interés en prolongar el tiempo que precedió a la deposición de Huáscar, para que se considerara al rival quiteño como pacífico y diurturno poseedor en sus pretensos dominios hereditarios. Pero hay conjeturas que contradicen dicha tesis, trayendo mucho más acá la época de defunción del último Inca indiscutido. Cuando Vaca de Castro levantó sus Informaciones, cuyo extracto disfrutamos, los pocos quimocamayos salvados de las matanzas atahualpistas, calcularon, según las cuentas de sus nudos, que el período de Huáscar no había durado sino dos años y cuatro lunas o meses. Como probablemente los reinados se computaban sólo a partir de la coronación y de la adopción consiguiente de nuevo nombre en la serie dinástica, todo lo cual siguió a las excequias de Huayna Cápaj, que duraron largo tiempo, hemos de agregar cuando más de un año a los dos y meses que precedieron al de 1532, en el que se realizaron conjuntamente el destronamiento de Huáscar y el desembarco en Túmbez de Pizarro. Así llegamos para la muerte de Huayna Cápaj a 1529, o en último caso a fines de 1528. Bastantes cronistas aseveran que Huayna supo ese desembarco de Pizarro, estando el Inca en Tomebamba, antes de su última ida a Quito. Los temores que abrigó sobre las incursiones de los castellanos y el mandato de traer a la corte a tres que se habían quedado en tierra, precisan el momento de aquellas inquietudes de Huayna Cápaj. No es probable que se refirieran, como pretende Garcilaso, a las remotas expediciones de

Balboa y de Andagoya, que no pasaron del Puerto de Piñas y de Virú, puntos muy alejados del Tahuantinsuyu Incaico. Se trata casi con evidencia de la llegada de Pizarro a Túmbez en 1527. Los tres españoles que allí quedaron y por los que Huayna Cápaj envió, son Alonso de Molina, Morillo y Bocanegra, a los que no llegó a ver, como dije el otro día, porque ya los indios los habían asesinado o por que Huayna murió antes de que arribaran a Tomebamba. Los principales historiadores convienen en que Huayna Cápaj gobernaba cuando el efectivo descubrimiento del Perú por Pizarro, los Trece de la Fama y Bartolomé Ruiz. Así lo dicen o lo dan a entender Las Casas, uno de los Cristóbales de Molina y Montesinos; y por ello lo repiten Robertson y Prescott, y el Arzobispo de Quito González Suárez coloca la muerte de Huayna Cápaj en 1527, acercándose ya mucho a mi opinión. Cuando en 1532 volvió Pizarro a Túmbez, estaban frescos los recuerdos y estragos de la gran peste que asoló el Perú e hizo perecer al Inca; y ya expliqué que aun puede que fuera esta epidemia de viruelas la que en la misma expedición el año de 1531, afligió a los castellanos en Coaque, interpretada por muchos como de verrugas.

Jerez, irrecusable en calidad de testigo presencial, no lo es en manera alguna cuando trasmite los relatos indígenas, en los que con frecuencia yerra, porque no los entendía bien o se dejaba engañar de las patrañas populares. No sólo es reparable, como lo apuntan modernos autores, que llame a Huayna Cápaj y Huáscar respectivamente Cuzco Viejo y Cuzco Mozo (pues al cabo en esto pudo haber fundamento y denominarse los Incas por el nombre de su ciudad principal, conforme a los reyes europeos se les apellidaba familiarmente por sus reinos), sino es mucho más de advertir y tachar que coloque la ciudad de Chincha en la parte central del gran camino incaico, que era la calzada de la Sierra y no la de la Costa, y

todavía agregue que están en el distrito más famoso por sus minas; y que asegure haber quedado el cuerpo de Huayna Cápaj en Quito para enterrarse ahí, y haberse enviado no más que la cabeza al Cuzco, cuando nos consta que fue sepultada en el Cuzco la momia, y descubierta en una casa de dicha ciudad por Ondegardo. En Quito no quedaron sino el corazón e intestinos, que solían incinerarse y guardarse dentro de una estatua de oro.

Los funerales de Huayna Cápaj se celebraron con la mayor pausa y solemnidad. No menos de cuatro mil víctimas humanas se inmolaron. En Quito duraron las excequias diez días. Enseguida lo condujeron a Tomebamba, al palacio en que había nacido, y allí se detuvieron todo un mes. Iba el cadáver ligado y sentado en las andas, como si estuviera en vida, cubierto con sus más ricas vestiduras y armas de gala, llevando en la mano el cetro o *túpajyauri*, y bajo el erguido guión sagrado o *súntur páucar* (Relación de Santa Cruz Pachacuti). Con la misma ceremoniosa lentitud continuó el largo viaje al Cuzco. Formaban la comitiva la Coya viuda, Rahua Ojllo, y los Orejones que componían el consejo y eran los encargados de ejecutar las últimas disposiciones del difunto soberano. Atahuallpa no pasó de Tomebamba. Los dignatarios, empleados reales y guarniciones del tránsito se agregaban al cortejo, a medida que tocaba en las cabeceras de las provincias respectivas. Venían también muchos ídolos locales y de las tribus incaicas, y los cautivos de las últimas campañas, para exhibirlos en la entrada triunfal póstuma. Al aecrcarse al Cuzco, por el Apurímac y Limatambo, se divulgó una de las conjuraciones que nunca faltaban al morir los monarcas. Es de creer que los recelosos del advenimiento de Huáscar y que contra él fraguaron ya en Quito la candidatura del príncipe Ninan Cuyuchi, muerto de la peste, fueran los que renovaron esfuerzos para suscitar otro competidor. Ahora era el hermano bastardo Cusi

Atauchi, y se proponían asesinar a la emperatriz viuda Rahua. Fue denunciada la conspiración. Cusi Atauchi, a sabiendas o ignorante de lo que se urdía, acudió a la ordinaria audiencia matinal de Huáscar; y lo detuvieron y despedazaron en los umbrales del palacio. No pararon aquí los castigos sino que algunos de los ancianos consejeros de Huayna Cápaj se vieron arrestados y torturados, y fueron ejecutados en el trayecto de Limatambo a Anta. Con semejantes escenas, se alteraron los quiteños de la comitiva; y muchos retrocedieron para anunciar a Atahuallpa y los generales del Norte las agitaciones del Cuzco. Continuaron las exequias todo el resto del año. Concluídas, se procedió a la ostentosa coronación de Huáscar y a su matrimonio con la nueva Coya hermana, Chuqui Huipay, tras los obligatorios ayunos rituales a que tenía que someterse el Emperador. Oficiaba, como Huillac Umu, el Apu Chalco Yupanqui (nombre muy usado por los Sumos Sacerdotes), orejón descendiente del Inca Huiracocha, como de la *panaca* o linaje *Socso Ayllo.* Para las fiestas, se erigió en el barrio de Sappi un deslumbrante jardín artificial de oro, y se labró para las danzas de la gran plaza la maroma de oro en forma de serpiente o *amaru* esmaltado, que convenía al nombre de coronación del nuevo imperante (*huasca,* soga gruesa, cordón largo). Este nombre le había sido impuesto, no por dicho adorno, sino en recuerdo del lugar donde nació, que era el palacio de Huascarquíhuar o Huascarpata, próximo a la laguna de Muyna. Allá fue el recién coronado en peregrinación religiosa, lo propio que a Huanacauri y a los santuarios del Titijaja y de Tiahuanaco, lo que es otra prueba del carácter solariego que se atribuía a la gran metrópoli arruinada del Collao. Huáscar, al culto de Huiracocha, cuidaba de agregar siempre la advocación solar, o *inti,* cuyo título llevaba.

No se sabe bien por qué Rahua, la emperatriz viuda, se disgustó con su hijo. Quedan de la discordia palaciega varios testimonios en los cronistas. Quizá uno de los príncipes de la conjuración frustrada era también hijo de Rahua, porque la Coya reprochó al Inca en diversas ocasiones la severidad del castigo. O quizá es simplemente otra invención de las muchas con que los atahualpistas procuraron denigrar al vencido. Saltante ejemplo de interpretaciones malévolas es que se le vitupere, en el relato de Santa Cruz Pachacuti, por haber entregado doncellas de los conventos o *ajlla huasi* a los curacas y a los indios danzantes en las pantomimas religiosas, cuando está probado que de continuo muchas de las escogidas se distribuían, aparte de las destinadas al culto del Sol y a ser sacrificadas a los dioses; y el Inca daba aquéllas en matrimonio a quienes deseaba premiar. Tal era uno de los fines principales de la instalación, porque la más preciada recompensa de caciques y vasallos, consistía en conseguir esposa de mano del Inca. A más de las voces calumniosas, atestiguan la efervescencia del imperio las habituales sublevaciones de los chachapoyas, que se encastillaron en la pucara o fortaleza de Lévanto, y agitaron la provincia de Pomacocha, en los Antis de Maynas, al oriente de los bracamoros casi al propio tiempo que se iniciaba la ruptura con Atahuallpa en Quito. Huáscar usaba antes de su coronación el mismo nombre que de infante o auqui tuvo su padre Huayna Cápaj, *Titu Cusi Huallpa,* a que agregaba, como ya lo apunté, los apelativos indolátricos de Inti e Illapa. Dije que fue también mayordomo del Sol como Huayna y se educó en el Coricancha. Estaba reconocido como príncipe heredero, con la borla distintiva, desde que Huayna Cápaj salió a la campaña de Pasto, según lo averiguó el Oidor Santillán. La legitimidad de su gobierno, en consecuencia, no admitía dudas. Además, era hijo de la segunda de las esposas hermanas, ascendida a

mujer principal de Huayna Cápaj por infecundidad de la primera llamada Cusirimay o Pillco Huaco. Lo reconocen hasta los ecos de la tradición del bando de Atahuallpa. Algunos agregan que el Ninan Cuyuchi (fuego agitado), pretenso heredero promovido en los últimos momentos por Huayna Cápaj, era bastardo, aunque quizá se maquinó su adopción por la primera Coya (de la cual no vuelve ya a hablarse y al parecer murió en Quito) para colorear esas espectativas del joven príncipe. Sea como fuere, la muerte de Ninan Cuyuchi en la peste de Tomebamba y la coronación imperial del heredero previamente designado, Huáscar, quitaban toda incertidumbre. Los cortesanos y veteranos de Quito y los curacas de la extremidad septentrional del imperio se decidieron pronto, no obstante, a consumar el cisma dinástico que expresaba una enconada contienda de nacionalidades y se venía preparando por la desmesurada extensión del Tahuantinsuyu. Contribuyeron a facilitarlo las condiciones de Huáscar y el maleado ambiente de discordias entre los orejones de la capital y los de la frontera del Norte. El heredero legítimo, criado en los templos y palacios del Cuzco, debió de tener los defectos de los *porfirogénitos*. "Clemente y piadoso, pero de mucha presunción y valor" lo caracteriza Cieza de León. Lo acusan otros de sobrado altanero y retraído, de no haber querido alternar con los demás incas, magnates y caciques en los festines de las plazas públicas, y de haber procurado reducir los gastos de los incesantes banquetes funerarios y de las viejas panacas o cofradías, de ser algo así como un *desamortizador*, sin duda porque, como mayordomo del Sol y experto en los ritos, quiso reformar los abusos de las multiplicadas fiestas y las danzas o repetidísimos *taquis*. Mas todo debió de quedar en intento, porque su mando fue muy breve, mucho más de lo que la mayoría de los cronistas señala. No hubo de exceder de tres años, como arriba expuse, incluyendo en

el término los meses de poder efectivo anteriores a la coronación. Es esto tan cierto que los edificios cuya construcción se le atribuye y que era uso ordenar en cada nuevo período, han de haberse iniciado cuando gobernaba en el Cuzco como substituto o *ranti* de su padre. Amarucancha, que es la actual Universidad y la iglesia de la Compañía, se indicaba como obra de Huayna Cápaj, según lo leemos en Garcilaso; y el palacio de Collcampata debía de enumerarse igualmente entre los de Huayna Cápaj, porque lo heredó como de la panaca Tumipampa el príncipe Paullu, quien lo habitó en la época española, en vez de haber pasado al ayllo particular de Huáscar como habría ocurrido si de su época datara la construcción. Todos estos datos nos corroboran la brevedad del gobierno de Huáscar.

Su rival Atahuallpa era ciertamente bastardo, como de consuno lo atestiguan los cronistas. Sin embargo, le era mayor en algunos años, contra lo que afirma la historia vulgar y rutinaria, atenida a los literales testimonios de los conquistadores primitivos, para quienes la legitimidad se confundía con la primogenitura. No es seguro el origen quiteño materno de Atahuallpa, pero dista mucho de ser una infundada y arbitraria conseja de Garcilaso. Lo precedieron en el mismo parecer las tan abonadas Informaciones de Vaca de Castro, Pedro Pizarro, Cristóbal de Molina el de la *Destrucción,* Gómara y Zárate. El nuevamente hallado Huaman Poma de Ayala dice que la madre de Atahuallpa era una india de Chachapoyas. Conviene, pues, en que fue concubina alienígena y del Norte. En ningún caso es admisible el sigular argumento que algunos modernos emplean, de haber sido necesariamente de sangre incaica la madre del usurpador, porque éste llevaba en su compuesto nombre la raíz de *huallpa.* Bien sabemos que la herencia de los apellidos no era materna por regla general, y que hasta los curacas de las más diversas ra-

zas, y lenguas tomaban sobrenombres quechuas o hacían traducir al quechua los suyos peculiares. No creo en la princesa Chiri Pacha del Padre Velasco, fantaseador regionalista dieciochesco, especie de sub-Garcilaso, cuya autoridad han destruído las agudas observaciones de Jijón. Pero sin necesidad alguna de recurrir a los tan dudosos chiris, la madre de Atahuallpa pudo muy bien ser una de aquelllas infinitas concubinas norteñas que poblaban los serrallos imperiales y que no habían cesado de surtirlos desde los tiempos de Pachacútej. Cieza, que con tanta obstinación niega el nacimiento quiteño de Atahuallpa, reconoce que estaba muy difundida la especie, y que la leyenda señalaba como lugar en que nació el célebre bastardo los aposentos de Caranqui, al Septentrión de Quito. Atendiendo a los testimonios de los Incas que inspiraron a Cieza, aquella tradición será en consecuencia infundida. Así, Atahuallpa debió de nacer en el Cuzco, o ser conducido a la corte después del primer viaje del emperador Huayna Cápaj a Tomebamba. Pero la madre, que hubo de morir joven y dejarlo de corta edad, no se sabe de cierto a qué linaje pertenecía. Hemos de descartar el de los Hurincuzcos, apuntado por otro, pero que hace de todo punto inverosímil la inquebrantable adhesión que los descendientes de la primera dinastía mostraron a Huáscar. Dicen algunos, como Sarmiento, que se llamó Tojto Cuca y que era descendiente de uno de los Incas Yupanquis. Posible invención atahualpista para mejorar la causa del pretendiente quiteño, porque no hay certeza alguna sobre el verdadero nombre de la concubina. Cieza asegura que era de nación quillaca, precisamente como se llamaban entonces los naturales de Quito y de su región al norte, y que de nombre era Túpaj Palla (*Señorío*, cap. 69). Tenemos, pues, la incertidumbre o la elección entre, cuando menos, tres títulos poéticos para la desconocida concubina madre de Atahuallpa: Túpaj Palla (*princesa resplandeciente*), Tojto

(que es *la flor del maíz* o *flor* en general).y Quilla Tuta *sería noche de luna*). Los tres no disuenan de la onomástica incaica y de la de los indios americanos en general.

Robusteciendo la presunción del origen quiteño, no falta quien asevere que Atahuallpa fue salvado de la prisión de Tomebamba por otra Quillaco, pariente de su madre. En lo que no caben dudas es en la predilección que mostró Huayna Cápaj por este hijo suyo, a quien sacó del Cuzco adolescente para que lo siguiera en sus campañas y que comía siempre en su mismo plato. En cambio, no consta que le dejara en herencia el reino de Quito, como Atahuallpa se afanó en hacer creer a los españoles, porque esa división territorial del supremo poder no se acostumbraba entre los Incas. Conocemos casos de corregencia o asociaciones indivisas, que atrás he explicado; pero no de disgregaciones. Afirman al contrario los más afectos a la causa de Atahuallpa, como Santa Cruz Pachacuti, que Huáscar tuvo que expedirle o confirmarle el nombramiento de gobernador o substituto del Cápaj Inca en Quito. A pesar de la subordinación y limitación del puesto, desde el principio contó con la adhesión incondicional de los veteranos de su padre. De ellos, muchos eran orejones, como hubo de serlo Challcochima, no obstante el tardío disenso del Padre Velasco; pero de Quizquiz se decía que era un advenedizo, antiguo barbero de Huayna Cápaj, y de Rumiñahui afirma Huaman Poma de Ayala que era un indio plebeyo o vulgar. Con la extensión de de las conquistas y el despotismo sin valla de los monarcas, la jerarquía hereditaria se quebrantó, y penetraban en los altos cargos curacas alienígenas y simples aventureros afortunados.

La guerra entre Quito y el Cuzco debió de encenderse pronto. No es posible prestar fácil asenso al sistema de muchos cronistas, o sea a los siete años de pacífica convivencia de los rivales, muerto Huayna Cápaj, porque, en

edad tan próxima a la Conquista y que ha dejado ya tantas tradiciones, no hallamos sucesos con que calmar estos largos años vacíos, y porque vemos que las rencillas comenzaron con acritud cuando en los funerales de Huayna en el Cuzco se quejó Huáscar de la sospechosa ausencia de Atahuallpa y cuando envió a un ministro suyo para recoger el serrallo del padre, cuya apropiación constituía uno de los más claros signos de herencia imperial. Recuérdese el caso análogo de Absalón en Israel, que se adueña del harén de su padre David. Atahuallpa no dejó de hacerlo (Cieza, *Señorío*, cap. 70); y una de sus primeras quejas se motivó en haberse llevado al Cuzco Atoj, el embajador de Huáscar, las estatuas y concubinas de Huayna que estaban en Tomebamba. No es de creer que tales disputas se amortiguaran y dilataran por varios años. Huáscar despidió afrentosamente a los embajadores de su hermano, enviándolos con las camisetas y las narices cortadas. Illa Túpaj, antiguo consejero de Huayna Cápaj, quien lo había nombrado como tutor o coadjutor de Huáscar hasta su coronación, abandonó el partido del Cuzco y se declaró por Atahuallpa. La guerra fue larga y empeñosa, aunque no llegara ni con mucho a los cinco años del novelesco Cabello Balboa; mas tampoco hemos de admitir que no hubo en ella sino una sola batalla campal y que fue rápida y sorpresiva la campaña, como tan erróneamente lo afirma Garcilaso. El primer encuentro fue favorable a los del Cuzco, que tomaron preso a Atahuallpa, el cual se escapó luego de la prisión de Tomebamba aprovechando el descuido y la embriaguez de los vencedores. Se rehizo en Quito; y volvió a atacar a los de Huáscar muy cerca de los lugares en que había sido vencido, o sea entre Ambato y Riobamba, en Molle-Ambato, Mocha o Ingaurcu, donde aun quedan señales de estos combates. Apayaban decididamente la causa del Cuzco los habitantes del Cañar, incanizados desde hacía varias generacio-

nes. Los Cañaris vivían en derredor de Tomebamba, residencia favorita de los Incas. Recientemente habían jurado fidelidad a Huáscar en el templo de Mullucancha ante la estatua de oro de Punchau, traída del Cuzco y en cuyo seno se guardaban las cenizas de los corazones de los Incas antiguos. Uno de los enviados de Huáscar debió de ser colla, porque se llamaba Janco, como hubo de ser colla igualmente el leal gobernador o *Tucuyricuy* de los cañaris, Urcu. En esta segunda campaña alcanzó Atahuallpa al frente de sus aguerridas tropas una victoria completa contra los cuarenta mil hombre que acaudillaba Atoj. Murieron cerca de quince mil. Los generales de Huáscar, que eran Atoj y Urcucolla, cayeron prisioneros y fueron torturados de manera atroz, con refinamientos de barbarie. Les sacaron los ojos, los asaetaron, de sus cráneos forrados en oro hizo Atahuallpa copas en que beber, y de los cadáveres de cuantos murieron en el campo de batalla mandó levantar pirámides horrendas, como un conquistador asiático. En castigo de su fidelidad, Tomebamba fue asolada. En vano salieron a implorar la piedad del vencedor columnas de hombres y niños que agitaban ramas verdes en las manos. Atahuallpa no perdonó sino a las *ajllas* del Sol y a algunas criaturas. Pasó a cuchillo a sesenta mil personas. Repartió entre sus soldados las viudas y huérfanos de las poblaciones destruídas y dejó yerma Tomebamba, la cuna y capital predilecta de su padre. No sólo Jerez, sino el decidido atahualpista Santa Cruz Pachacuti lo confirma.

Después de esta catástrofe de los ejércitos cuzqueños, hubo al parecer una pausa en las operaciones de guerra. Atahuallpa, que al principio de su gobierno como *ranti* había dominado una sublevación de los huancavilcas, aprovechó la temporada de semi quietud para contener a los quijos y cocamas del Oriente, que amenazaban la desguarnecida Quito. Por su parte Huáscar congregó tro-

pas frescas y acabó de apaciguar los confines de los bracamoros. Al frente del nuevo ejército peruano puso a Huanca Auqui, que unos creen hermano suyo y otros primohermano, como hijo de Apu Ilaquita, el antiguo gobernador o virrey del Cuzco Bajo Huayna Cápaj. Los cuzqueños y cañaris, apoyados por los contingentes chachapoyas, que se mostraron en esta coyuntura muy fieles, ofrecieron resistencia en Cajas de Palta, que puede ser la sierra o nudo de Cajanuma al sur de la moderna Loja. Desbaratados allí, hicieron frente de nuevo, al norte de Huancabamba, en otra Caja (frecuentísimo nombre para los puertos o *angosturas* de las cordilleras peruanas), junto a la laguna que se llama todavía de las Huarangas, y las estancias de Jumbre y Sapalache. Por un movimiento que acredita cierta pericia estratégica, los capitanes de Atahuallpa cortaron en dos porciones el ejército de Huanca Auqui, arrojando las tropas de los chachapoyas al Este, hacia la provincia de los huambos, y los pueblos de Cutervo y Socota. Huanca Auqui no logró rehacerse sino entre Cajamarca y Huamachuco. Sus fracasos habían despertado graves sospechas en la corte cuzqueña; y se refiere que poco después de las derrotas entre Tomebamba y Cajanuma, le enviaron por escarnio ropas y preseas mujeriles. Acude a la memoria la anécdota bizantina de Narsés.

Atahuallpa se fue a Túmbez, a proveer la defensa contra los isleños de la Puná, que se habían declarado por Huáscar y que habían destruído los principales edificios tumbecinos. Cuentan algunos que en esta expedición salió herido Atahuallpa de un flechazo; otros, como Cabello Balboa, la niegan. Más abajo de Huamachuco, entre Conchucos y Huari, hubo otra reñida batalla. Challcochima señaló con precisión el sitio, cuando volvió a pasar por él ya en compañía de los españoles que regresaban de Pachacámaj. Según consta en el diario de Estete, refirió Challcochima que junto al pueblo de Huari tuvo un en-

cuentro con los de Huáscar, en las orillas de un río grande y hondo. Los peruanos se resistieron dos o tres días, quemaron el puente; y Chollcochima y los suyos tuvieron que pasar a nado e hicieron gran mortandad en los cuzqueños que estaban en la otra banda. El río a que Challcochima se refiere, entre Huari y Piscobamba, puede ser el Marañón, o el de los Conchucos, que pasa junto a Chavín. A estos combates los denominan otros cronistas los de Huánuco, porque efectivamente se dieron en lo que constituía la jurisdicción de la ciudad de Huánuco el Viejo. Otros se libraron en Pumpu o Bombón, en las riberas de aquel lago de Chichaycocha, en que tuvo Huayna Cápaj sus balsas o navíos de placer. Con refuerzos de huancas y yauyos, los derrotados cuzqueños presentaron una nueva batalla en Yanamarca, lugar que está entre Tingo y Jauja. Siguieron defendiendo encarnizadamente el valle de Mantaro, que se llamaba Angoyaco; y la resistencia fue de más de un mes en las cercanías de Izcuchaca, que por su posición ha sido hasta en la época republicana el perpetuo eje de las guerras en el Centro del Perú. A fin de socorrer a Huanca Auqui, el orejón Mayta Yupanqui trajo una hueste nutrida de soldados del sur del imperio, cuyo principal campamento se estableció en Paucaray, lugar de puna, capital antigua del Hancohallu chanca, desde la cual se domina la cuenca del Mantaro. Los tenientes de Atahuallpa, Challcochima y Quizquiz, habían engrosado mucho sus ejércitos, obligando a incorporárseles a los curacas de la región conquistada, bajo pena de exterminar a las familias de los que fueran remisos. Cuando cedió la línea del Angoyacu, después del mes de resistencia, los generales de Huáscar retrocedieron hasta la otra capital chanca, Vilcashuaman, centro religioso y político de esta porción del país. En la inmediata cuesta ofrecieron otra batalla de resultados tan infelices como las anteriores. Desde Vilcas al río Apurímac, advertimos en diversas crónicas las hue-

llas de la reñida y luctuosa retirada, en que menudearon los combates: en Andahuaylas la grande (llamada así para distinguirla de la vecina al Cuzco), Pincos, Curampa, Huancarama, Cochacasa y Abancay (Véase Cobo, Sarmiento, Cabello Balboa y Juan Santa Cruz Pachacuti).

Las abultadas cifras de combatientes que trae Santa Cruz Pachacuti demuestran la profunda impresión que los lances de esta guerra hicieron en la imaginación popular. Ordenó Huáscar plegarias y ayunos extraordinarios; y le acudieron nuevos ejércitos del Collao, Carangas, Tucumán y Chile, y hasta escuadrones de flecheros de los Antis, Chunchos y Chiriguanas. Debió de ser una masa heterogénea, comparable a las muchedumbres orientales, a los abigarrados contingentes de los reyes egipcios y persas, por ejemplo. Aunque de razas belicosas, carecían sin duda del empuje y la disciplina de los veteranos que capitaneaban Challcochima y Quizquiz. Atahuallpa entretanto se vino a Huamachuco; y para vengarse del famoso oráculo del lugar, que vaticinaba en favor de Huáscar, rompió la efigie, deshizo el adoratorio, mató al principal hechicero y ordenó perseguir y extirpar a los demás de ese distrito.

En Curahuasi, a catorce leguas del Cuzco, defendiendo el paso y la ribera occidental del Apurímac, los collas y chilenos de Huáscar alcanzaron a contener y desviar la arremetida de los de Quito. Otro golpe de auxiliares subió por Velille y Chumbivilcas para atajar a los de Atahuallpa en el lado de Cotabambas. Aquí los collasuyus vencieron en un combate a los invasores. Por las palabras de Huáscar después de esta victoria, han querido inferir algunos que confesó el monarca la descendencia colla de los Incas. No hay tal cosa. Esos comentadores han leído muy de ligero el texto de Sarmiento de Gamboa y no se han tomado el trabajo de compararlo con la aproximadísima versión que da la *Miscelánea* de Cabello Balboa, por la cual se ve muy al contrario que Huáscar exhortaba

a los Orejones a no mostrarse menos valerosos que los collas y chilenos, sus antiguos y constantes súbditos. Huanca Auqui, el desdichado general, había presentado de rodillas sus descargos a Huáscar y obtenido el más amplio perdón regio. Parece que siguió en su cargo de comandante; pero el mismo Huáscar, después de una visita al templo de Huanacauri, asumió en persona la dirección de la guerra y puso su tienda en medio del enorme campamento asentado en la llanura de Anta. Tal vez se imaginaba repetir en esas mismas tierras las felices proezas de su antepasado contra los chancas. No está muy claro cómo Challcochima y Quizquiz vadearon el Apurímac y subieron a las alturas de Limatambo. Los cuzqueños en un encuentro les quemaron mucha gente, incendiando el pajonal de Huanacopampa. Mas, a pasar de estas parciales ventajas, la batalla definitiva se empeñó y a no más que a legua y media del Cuzco, en el lugar llamado Chontacasa o Quepaypa. Hubo en ambos partidos las consabidas escenas de agorería, la inspección de entrañas en los sacrificios humanos de la *callpa* y otros sortilegios de los umus o hechiceros. Refiere Santa Cruz Pachacuti que lo generales atahualpistas entraron con gran confianza y denuedo en la pelea, porque de los dos bultos que representaban a los hermanos contrincantes, puestos al fuego, había prendido el de Atahuallpa y se había apagado muy pronto el de Huáscar.

El ejército cuzqueño se vió dividido en varios trozos. Challcochima y Quizquiz obtuvieron la más completa victoria. Exterminados los cargadores del Inca, que eran los naturales de Lucanas y Camaná, los quiteños se apoderaron de la litera imperial y derribaron de ella a Huáscar, como los españoles habían de hacerlo pocos meses más tarde con Atahuallpa en Cajamarca. Su hermano Titu Atauchi fue preso en la retaguardia de los fugitivos. Mientras continuaba el desbande general de los cuzqueños,

condujeron los vencedores a Huáscar y a sus principales familiares y magnates a unos aposentos a cosa de media legua del Cuzco, donde lo depositaron encadenado y bajo buena guarda. En recuerdo de tan triste espectáculo pusieron a este lugar el nombre de Quehuipay (dislocación, subversión, revolución o traición). Las columnas enemigas dieron vista a la capital por la cuesta de Carmenca y por el cerro de Yahuira y Piccho, allí donde el propio Huáscar había hecho erigir dos halcones de piedra en honor de su *huauqui* o totem particular. Los cronistas cuentan que de la ciudad se elevaba un gran rumor de llantos desgarradores y desesperados alaridos. Los indios, por su natural gemebundos, tenían que lamentar calamidad tan inaudita como el vencimiento de la metrópoli sagrada; y comprendían que iban a proseguir las venganzas y mortandades. En efecto, la ciudad fue saqueada. No respetaron más que el Coricancha y el convento de las *ajllas*. Quizquiz y Challcochima convocaron en Quehuipay a los clanes de los orejones más principales, para que junto con los ya presos rindieran homenaje y adoración a la efigie de Atahuallpa, promediendo perdón a cuantos obedecieran. Con esta esperanza desfilaron los ayllos incaicos ante su rey cautivo, amarrado de pies a manos, sobre una yacija de cuerdas. Entonces o poco después le horadaron los hombros, astillándoselos, para pasarle por dentro de la herida una soguillas, tal como lo hacían los asirios y babilonios. Lo atestiguan en este caso los primeros conquistadores castellanos. En estado tan lamentable tuvo que sufrir Huáscar los reproches de sus vencedores y hasta los de su madre, que al parecer quería congraciarse con ellos. Los orejones cumplieron con la ceremonia de adorar, o como en el Perú se decía *mochar*, al bulto que representaba al nuevo soberano, prosternándose ante él en dirección al norte, por hallarse Atahuallpa todavía en Huamachuco,

de donde no se movió hasta que la venida de Pizarro lo obligó a regresar a Cajamarca.

Después de haber los Incas del Cuzco acatado en Quehuipay la imagen de Atahuallpa, besando el aire y ofreciendo cabellos y pestañas, y de aclamarlo como *Ticci Cápaj* (Señor de todas las extremidades del mundo), se vieron defraudados en sus esperanzas de amnistía, porque muchos fueron presos y algunos muertos allí mismo. Huáscar y la Coya viuda, su madre, continuaron vituperados y maltratados. Peores cosas aún ocurrieron en los días siguientes, cuando llegaron órdenes expresas e implacables de Atahuallpa. Delante de Huáscar mataron a muchas de sus hermanas y concubinas, ahorcándolas en estacas que formaban hileras por el camino de Jaquijahuana al Cuzco. Mataron también a todos los hijos de Huáscar, que pudieron haber a las manos, sin reservar por entonces para que lo acompañaran en su cautividad sino a los dos legítimos. A las mujeres preñadas les abrían el vientre, y les sacaban los fetos por los ijares. Para mayor tormento Huáscar maniatado asistía a martirios tan horribles. La carnicería se extendió a los ayllos que se habían distinguido más por adhesión a su causa. Tal fue el caso del *Cápaj ayllo* de Túpaj Yupanqui, que fue diezmado. La momia del gran emperador, que había conquistado Quito y que era abuelo común de los dos adversarios, fue quemada públicamente en el lugar llamado Rocramuca, junto al Coricancha. El mayordomo de su cofradía, ahorcado, lo propio que casi todos los asistentes, yanaconas y ajllas que le estaban dedicados en especial. Se encarnizó la matanza contra los pueblos cercanos al Cuzco, habitados por determinados parcialidades de orejones, y contra los cañaris y chachapoyas de guarnición en la capital, que como sus connacionales habían sido tan fieles al partido de Huáscar. Este cúmulo de horrores está probado por el concorde testimonio de los cronistas españoles e indios, hasta de

los más inclinados a Atahuallpa. Años hace que rebatí las impugnaciones y atenuaciones formuladas por Prescott. Los que salvaron, entre los innumerables miembros de la familia imperial y de la casta de los orejones, debieron la vida a haber huído a las selváticas quebradas de los Antis o a las regiones del sur, que los atahualpistas no llegaron a ocupar. Así escapó Manco, heredero presunto por ser hijo de la tercera Coya. Se alejó a tiempo, en compañía de uno de los sacerdotes del Sol, cuando ya el primer Huillac Umu y su auxiliar Rupaca estaban presos junto con Huáscar y los supremos dignatarios. Manco vagaba disfrazado de indio del pueblo, seguido de un solo paje, hasta que la invasión de los españoles le permitió recuperar sus insignias y jerarquía. En cambio, el otro hermano Paullu fue perdonado por los generales de Atahuallpa, porque había reñido con Huáscar, quien lo tenía preso a consecuencia de una intriga amatoria del serrallo. Una de las hermanas y mujeres de Huáscar, Cusy Huarcay, con una hija suya del mismo nombre, que fue después la esposa de Sayri Túpaj, se ocultó en los bosques de la región oriental. También se salvaron entre otras ñustas hermanas de Huáscar, Quespi Cusi Huayllas (cristal de alegría), que era la futura doña Inés, manceba de Pizarro, luego casada con el conquistador Ampuero en Lima.

Por fin, se puso en marcha hacia el norte la miseranda caravana de los principales rehenes. Acompañaban a Huáscar la Coya su mujer Chiqui Huipa y sus dos hijos, sus dos hermanos Titu Atauchi y Túpaj Atau, la Coya madre Rahua, los capitanes Huanca Auqui, Ahua Panti y Páucar Usnu, el sumo sacerdote Challco Yupanqui, el segundo mayordomo del Sol Rupaca, y otros altos ministros. Todos ellos fueron ejecutados de manera salvaje clandestina, como en una célebre tragedia monárquica de nuestro siglo. Los ahogaron a los pocos meses en Andamarca (la actual Mollepampa), junto al río Marañón. De-

cidió su muerte el temor de Atahuallpa a verlos libertados y restablecidos por los españoles a cambio de promesas de mayor rescate.

La ceguera regionalista, el afán político espectacular y la ignorancia de la historia, tres dolencias que a menudo van juntas, han intentado rehabilitar la repulsiva figura de Atahuallpa; y arreciando en sus empeños estos últimos años han llegado a presentarla como prototipo de peruanismo, elevación moral y entereza. Basta revisar lo poco que he apuntado y hojear lo que dicen los testigos presenciales para saber a qué atenernos sobre tan descabellados y absurdos propósitos. Hay que adulterar por completo la historia para que resulte modelo de peruanismo el caudillo quiteño, desde el principio separatista, después usurpador y felón, que dividió el imperio, violó y halló todas sus leyes, quebrantó y profanó sus tradiciones, procuró extirpar las memorias de sus quipus, como las Informaciones de Vaca de Castro lo comprueban, y fue el principal culpable de la escasa o nula resistencia que los conquistadores españoles encontraron. Los mismos que reconocemos los méritos de la conquista castellana y nos enorgullecemos con su herencia, no podemos menos de lamentar que, por obra de Atahuallpa, los indígenas con quienes nos hemos fundido y colaboramos no presentaran aquella defensa porfiada y heroica, que si bien hubiera aumentado las dificultades de la colonización cristiana, la habría hecho al cabo más robusta y viviente, infundiendo el respeto mútuo que es prenda de unión fecunda y gloriosa. Pero el Tahuantinsuyu, con la devastadora y sacrílega guerra civil emprendida por Atahuallpa, era un país moralmente deprimido y exhausto, que había perdido la fe en sus principios tutelares, ultrajados y vulnerados todos por la soldadesca atahualpista, según lo demuestran a cada paso los sucesos que hemos referido. La clase directora de los Incas, aniquilada casi y profundamente desmoralizada

por los inauditos furores del triunfante bastardo, tuvo que recibir como auxiliares bajados del Cielo a los que, por todas las apariencias, venían a vengarla y a impedir su exterminio. Las atrocidades horripilantes de los generales quiteños están muy ostensibles en las páginas de los primeros cronistas. Quizquiz, según Pedro Pizarro, a los primeros prisioneros o sospechosos los hacía matar propinándoles grandes cantidades de ají. Otros textos aseguran que los asfixiaba, dándoles humo en las narices. Su émulo en maldades, Chalcochima, el envenenador de Tuparpa, el torturador de Huáscar, descalabraba a los caciques presos, y tendidos en el suelo aplastándoles las cabezas, con piedras enormes como lo hizo en Huamachuco delante de los conquistadores castellanos, a los cuales costó trabajó no escaso atajarle estas crueldades. Cuando volvían de Pachacámaj, Hernando Pizarro y sus compañeros hallaron en la plaza de Jauja a Challcochima, cuyas tropas llevaban lanzas en que aparecían clavadas cabezas, lenguas y manos de los partidarios de Huáscar. El aspecto era tan espantoso que los duros conquistadores se sobrecogieron y espeluznaron. Digno amo de Quizquiz y Challcochima era Atahuallpa. Ya preso, usando de las mismas pérfidas cautelas con que ordenó matar a Huáscar y a toda su familia y comitiva, hizo que en el camino del Cuzco asesinaran a otros dos hermanos suyos, a quienes fingió autorizar para el viaje. Bebía chicha en el cráneo de otro hermano, según de ello se jactaba ante los asqueados y atónitos españoles. Sus ojos encarnizados, rojizos, sanguinolentos, patentizaban la ferocidad del ánimo. Mas, a pesar de su tan decantada dignidad y entereza, se mostraba alegre, locuaz y casi jocoso con sus sojuzgadores y carceleros. Llamaba perros a sus súbditos de Manta y Túmmez. Lloró cuando se supo condenado a muerte; y al fin resignado a morir, dio a los blancos el infame consejo de

matar, después de sus días, a la mitad de los indios en cada provincia, para asegurarse la docilidad del resto.

Al estudiar la historia de los conquistadores castellanos y lamentar las crueldades con que se mancharon, como suele ocurrir en todas las guerras, debemos recordar los sucesos que habían antecedido, y comparar aquellas discutibles responsabilidades con las inmensas de los que Pizarro y los suyos reprimieron y reemplazaron.

XIV

CARACTER GENERAL DE LAS INSTITUCIONES INCAICAS

Cierro este primer curso con la presente lección. Lo abrevio para que los discípulos tengan tiempo de preparar los demás exámenes, y para dedicarme a otro estudio histórico que me urge. Procuraré hoy expresar sucintamente los rasgos esenciales de la civilización incaica, ateniéndome a las autoridades más fidedignas. La impresión de conjunto no será la que se desprende de los clásicos *Comentarios Reales* de Garcilaso, que como decía González Suárez, el sabio Arzobispo quiteño, parecen, por su benignidad, sencillez e inocencia, páginas del Año Cristiano. El imperio incaico no es un blando idilio con música galante, según lo imaginaron los garcilasistas del siglo XVIII y de buena parte del XIX. Hay que restituírlo a su clima verdadero; y compararlo con cuidado (porque sin comparaciones no puede haber ciencia, ni perspectiva, ni clasificación, ni conocimiento alguno) con los imperios orientales primitivos y bárbaros, en particular, como lo he venido haciendo en estas lecciones, con el Egipto faraónico y la China arcaica, que se presentan como sus arquetipos genuinos y fraternales, por espontánea coincidencia. Esos son sus remotos hermanos mayores, que le llevan

respectivamente, en muy moderada cronología, 4,000 y 2,500 años de ventaja.

Desde el Padre Acosta, el Conde Carli y Prescott, se han indicado las obvias semejanzas que con la China presenta. Dije en mi tesis juvenil que el Tahuantinsuyu fue "una China Joven, destruída en los primeros grados de su evolución". Hay que comparar en efecto el Perú incaico con la época más antigua de aquel país, con la de las dinastías Yin y Tcheu, las dos primeras ciertas (pues la Hía parece del todo mítica), aunque las similitudes permanentes de raza, tipo físico, relativo aislamiento geográfico y carácter moral, mantengan mucho del paralelismo extraordinario, bastante después, cuando menos hasta sexta dinastía inclusive, o sea hasta el fin de los Han. Pero es la China de la edad del bronce, poco antes del término de de los Tcheu, la que de veras coincide con la historia incaica. Las únicas diferencias notables están en que ya existían y se utilizaban los caballos en esa China adolescente, y se empleaban en ella los carros, y en que las llanuras chinas dominaron y civilizaron a las sierras, al revés de lo que en el Perú sucedió. En todo lo demás hallaremos homologías profundas o analogías casi perfectas: Culto del Cielo, del Sol y de los antepasados.— El Señor de Arriba, Hao - t'ien Chang - tí, el dios supremo del antiguo panteón chino, que desciende a la tierra para vigilar los cuatro puntos del horizonte (los cuatro *suyus* quechuas), crear a los pueblos y a los reyes, e imprimir en las rocas las huellas gigantescas de sus pies, recuerda muchísimo al dios peruano Huiracocha. Los diferentes soles, difuntos y nuevos, símbolos de los ciclos humanos, según el sucederse de las dinastías y las capitales.— El gran dragón alado imperial es el amaru.— El Río del Cielo, y el Gran Abismo (Kan-yuan) sobre el que flota el País del Medio y en cuyas aguas todos los días se baña el Sol, se reproducen en ambas mitologías; lo mismo que los monstruos que causan

los eclipses al devorar el Sol o la Luna, y a los que se conjura por medio de ruidos de vocería y atambores (Son el tan-chú y el K'i-lin chinos, que los peruanos incaicos imaginaban como una zorra o un jaguar).—Las continuas consultas, en todos los negocios públicos y privados, a los sortílegos y a los espíritus de los abuelos.— Los frecuentes banquetes oficiales a los muertos ilustres por quienes comen, representándolos, sus descendientes y servidores.— El precepto de acompañar esos banquetes funerarios con cantares históricos en alabanza de aquellos antepasados y sus estirpes, con bailes sagrados o pantomimas de sus hazañas, de las que nace el teatro indígena.— Los sacrificios humanos, a veces de brujos, en las fiestas de funerales y en casi todas las solemnes.— La obligatoria embriaguez en todas ellas.— Ofrendas de cabezas humanas.— La Gran Purificación con antorchas, a orillas de los ríos, bailando la danza de la culebra y arrojando bolas de paja y de una cierta mazamorra (el *No* chino, que con muy pocas diferencias es el *Situa* incaico con sus *pancuncu* y *sancu*; y el *taqui* de la soga de cuatro colores, que reproduce el baile chino en la región de Lú al principio del tercer mes del año en el río Yi, al solsticio de invierno).— La ceremonia del fuego nuevo frotando dos palillos (La *uyaca* quechua), o por medio de un espejo ustorio *(rirpu)*.— La Fiesta de la Agricultura, en que, iniciando el año de labranza, el monarca araba el campo sagrado, que era el *xien meu* en China, situado siempre al sur de la capital; y en el Cuzco, no el andén de Collcapata, como creyó Garcilaso, sino la chacra de Sausero en el camino meridional, el de Collasuyu.— El sacrificio peculiar que en China ofrecía el Emperador y que era la demostración de su autoridad suprema, equivale al Cápaj-raymi y al cápaj-cocha incaicos.— La pareja civilizadora del Ni-Hi y su hermana Niu-Cuá, a la de Manco y Ocllo.— El gran T'an Fu, progenitor de la dinastía Tcheu, y su esposa la hija de

K'i-Tcheu, que emigran desde la región solariega; y por mandato divino y agüeros de los totemes animales que conducen, se establecen en una nueva comarca, y allí combaten y ahuyentan a los bárbaros *Kuen*, mensuran los campos y abren canales de riego, tienen como réplica exacta en el Perú las tradiciones de Manco, sus hermanas y sus Ayares. Para mayor similitud, los sucesores de T'an Fu, que cantaban en himnos los recuerdos de aquel itinerario, extendieron su dominación sobre las tierras originarias, como los de Manco sobre Pacaritambo y el Collao.— Hay muchas huellas de totemismo.— Predomina la agnación no sin indicios y rezagos de la antigua uterinidad.— El Sumo Sacerdote, ya sometido al poder del rey, es en China el Taisong o el Tsong Po, y en el Perú incaico el Huillac Umu.— La imposición de nombre definitivo a los mancebos y su iniciación en la vida guerrera con el *huarachicuy* no carece tampoco de paralelismo chinos.— Los hallamos hasta en modas que sobrevinieron, pues un cronista relata que los sacerdotes incaicos llevaban las uñas muy largas, como los mandarines. —En las antiguas dinastías chinas hay casos de asociación al poder supremo o de herencia del trono por colaterales, como en las dinastías incaicas, y especialmente en el tiempo de Pachacútej y sus dos hijos.— La etiqueta de las audiencias imperiales exigía en ambos países que no se hablara con el soberano, sino que se recibiera la respuesta, en presencia suya, de un ministro.— El quitasol y el palanquín del monarca asiático, son la *achihua* y las andas del incaico.— El supremo consejo de ancianos y guerreros Orejones, es el *Hia-Chang*.— Las panacas privilegiadas y genealógicas, son los *sing*.— En la división de clases de las dos sociedades tan jerarquizadas, los Orejones vienen a ser los *che*.— Los hijos de los señores regionales se educan en la corte.— Los miembros de la nobleza primaria y secundaria reciben donaciones precarias e inalienables de tie-

rras, que se parecen mucho a los feudos.— Después de guerras victoriosas, hay minuciosas ceremonias de triunfo, con desfiles solemnes en la capital, y sacrificios de cautivos al Sol y a los reyes difuntos.— Hay cacerías reales obligatorias (chacos peruanos).— Escudriñadores y frecuentes viajes imperiales por las provincias.— Diferencias notables entre palacios y meras residencias, según estén en las metrópolis o en el campo.— Virreyes que asisten en la capital (como los cuatro *Hatun Apu* de los Incas).— El secretario general incaico, de que Santillán habla, responde al K'ing Che de los Yin y de los Tcheu.— Hay muchos pesquisidores o inspectores regios, que en el Perú se intitularon a veces *Unaypachacac*.— El *champi* o hacha es allá y acá el símbolo del poder supremo.— En el sistema rudimentario de trueque, apenas alborea al primer ensayo de moneda, como parecen serlo ciertas hachas de bronce peruanas.— Pueblos ante todo agrícolas, ocupados en la construcción de andenes y acequías, con campiñas muy pobladas y ciudades de escaso vecindario. (No se olvide que hablamos de la primitiva China).— Hay ya un funcionarismo inmenso, una complicada red de empleados públicos, registros y estadísticas.— La base de la organización social es la comunidad de aldea, que en la China se llama *xing* y en el Perú *ayllo*, y sus terrenos se asignan por lotes anuales a los padres de familia, excepto las casas y jardines, que son de propiedad particular.— Hay diversas porciones de tierras destinadas a los gastos del soberano (Kong t'ien), para las necesidades comunes y para los jefes locales (que son nuestros curacas).— Como consecuencia del régimen territorial, existen en todo el país abundantes depósitos y almacenes comunes.— Numerosos vigilantes públicos de los sembríos y las cosechas (Seu t'ú) y distribuidores de éstas (Kiunk-yen).— Gobernadores provinciales hereditarios *Curacas* propiamente dichos).— Régulos sometidos, en calidad de

príncipes vasallos, por las remotas fronteras.— Capataces subalternos de las cuadrillas de campesinos y trabajadores, (que en la vieja China se llamaron *seuchang* y en el Perú *camayoc*).— Reglamentación excesiva, gobierno que es una mezcla de tiranía y paternalismo, de próvida benevolencia en las miras sistemáticas y de atroces suplicios en la diaria ejecución. No menores son las semejanzas con el Egipto faraónico en su período del Antiguo Imperio. Muchas todavía se hallan hasta la dinastía décima octava. El Perú indígena fue un Egipto más extenso pero discontinuo, fraccionado, sin Nilo unificador, en que los terrenos bajos y de quebrada se adicionan con dificultad a montañas y mesetas como las de Etiopía; civilización de oasis, entre rocas y arenas, adobes y piedras, acequias, desiertos, sepulcros y momias; nación eternamente dúplice, como el Alto y el Bajo Egipto, en que la rivalidad costeña de Nazca y Chincha, Pachacámaj y Chanchán contra el Collao y el Cuzco, y luego la del Norte quiteño contra el Sur incaico, parecen revivir la de Tebaida y el Delta, y sus respectivas capitales, la de Tinis, Nequeb y Tebas, contra Buto y Menfis, Sais y Alejandría.— En la Edad Antigua de Egipto no había moneda ni hierro, y el metal predominante era el bronce, como en el Perú de los incas.— El calendario egipcio más arcaico fue lunar, como el peruano. Luego se combina con el Sol; y se divide en tres estaciones de cuatro meses cada una, cada estación con una fiesta principal (Los dos Ráymis incaicos y la Situa).— Subsisten las huellas del totemismo, pero casi siempre agnaticio y endogámico.— La organización de los *nomos* recuerda la de los ayllos.— Hay una rigorosa serie anual y ritual de faenas agrícolas, muy solemnizadas.— El fundamento del culto es la adoración del Sol y de los muertos.— El dios Huiracocha se parece bastante a Osiris y a Horus-Ra.— Hay vislumbres e intentos de monoteísmo.— En las teocracias faraónica e

incaica, los reyes son dioses e hijos del Sol, sacerdotes supremos y únicos propietarios de las tierras, son las encarnaciones mayores de la divinidad.— De aquí el matrimonio del rey con sus hermanas, para conservar la pureza de la sangre solar.— Se advierte, en la historia de las dinastías faraónicas, la vicisitud de dos grandes advocaciones solares: la de Amón y la de Atoni, como la de Huiracocha e Inti.— Los Faraones, sobre todo en la XIXa. dinastía, la del apogeo, y en la XX, tienen por corregentes a sus hijos, como algunos Hanancuzcos.— Los monarcas usan triple nombre: el privado, el de entronización o protocolario, y el relativo al culto del Sol.— Poseen también un ave sagrada tutelar, ligada al Sol, el halcón, que en Egipto es el *horus*, y en el Perú el *inti* de Manco.— El cetro o bastón faraónico es en el Perú la *capaj tauna,* el *túpaj yauri*.— Hay, como en China y el Perú, la ceremonia de inciar el Faraón el año agrícola, arando en persona la tierra.— Cada Faraón edifica una nueva ciudad, como cada Inca ha de construír un palacio nuevo.— Limitan de hecho la autoridad supremo los consejos de los Grandes y Ancianos, que en Egipto se llaman *sarú* y en el Perú constituyen el senado de los Orejones.— El cuasi feudalismo de la sexta dinastía es el régimen de los Hurin Cuzcos.— Los hijos de los reyesuelos sirios se educan en Tebas o Menfis, ya en el Imperio Moderno, como los de los curacas en el Cuzco.— Se desarrolla igual belicosidad e imperialismo en estos dos pueblos dulces, sumisos y tristes, de carácter gregario, con tan escaso brío individual.— El Huillac Umu, por su importancia y las alternativas históricas de su poder, se asemeja a lo que fueron los pontífices de Amón.— Imaginan a sus divinidades agrupadas en familias celestes, con mujeres e hijos, como se representaban sus huacas los peruanos.— El *doble* egipcio es el *huauqui* incaico.— La momificación se desarrolla en ambos países de modo paralelo y con igual

fervor.— Los tejidos son de la misma clase, por el colorido y los procedimientos.— El hieratismo domina en el arte.— La arquitectura plebeya se limita a cabañas de paja y barro.— Los templos más antiguos son de adobes y con altos cuadriláteros piramidales.— Los grandes edificios son de magníficos sillares de piedra, con puertas trapezoidales y techos planos de azoteas, y con estrechas galerías interiores, como los callejones misteriosos de Chavín y Cacha.— Las puertas de los templos miran hacia el oriente.— Presentan singular analogía los palacios pequeños y campestres del primitivo Egipto con los incaicos de la misma clase, como se ve por la descripción de los baños del Inca en Cajamarca.— Predilección por los enanos y deformes (*jumillu* cuzqueños), que danzan ante los ídolos y los monarcas.— En los pocos vestigios de literatura, abundan los apotegmas o máximas, atribuídas a los reyes, y los fragmentos de poemas épicos, inciertos en su cronología, y a veces transferidos o aplicables a varios personajes.— En uno de los coros del Ollantay se dice: *El Inca de Tampu amanece (asciende como el Sol)*, expresión de lo más genuino del ritual faraónico.— No faltan en el antiguo Perú, (Trujillo, Cajamarca, Lambayeque) extensiones de tierras que se cultivaron con artificiales anegos, como los del Nilo.— La mita, trabajo rotativo obligatorio, existió de igual manera en el Egipto y en el Perú.— En ambos imperios, todo el territorio pertenecía de derecho al soberano, el cual cuidaba de alimentar y proveer a su pueblo.— Había en Egipto cabecillas locales y gobernadores regios, que correspondían en todo a los *llajtacamayoc*, curacas y *tucuyricuj*.— Los sacrificios funerarios consistían principalmente en parientes, amigos y servidores enterrados vivos, o ahogados para este homenaje.— En los triunfos guerreros, se degollaban cautivos ante el Sol.— Los depósitos y almacenes públicos debían evitar la escacez de las cosechas y remediar la desigualdad

de los campesinos.— Entre las mayores empresas de los reyes, se rememoraban las obras de irrigación y desecación, y las defensas hidráulicas.— Los adornos suntuarios eran con frecuencia de turquesas y de cobre.— Continuos elogios oficiales a la clemencia del monarca, y efectiva severidad del régimen, cuyas crueldades y opresiones expresan las leyendas de las *piedras cansadas*, que se trasmitieron tanto en el Egipto como en el Perú incaico, a título de maldiciones populares contra los ingentes edificios y los padecimientos que contaban y suponían.

Mucho menos significativas y abundantes son las semejanzas que pueden hallarse con los imperios mesopotánicos, el babilonio y el asirio. País de mesetas y desiertos, de acequias y de adobes, ceñido al norte por grandes montañas nevadas, Mesopotamia no deja de ofrecer parecido con determinadas regiones del Perú. De los Incas se puede decir, como dijeron de la Semíramis fabulosa, que "obligaron a los ríos a cambiar de curso para fertilizar las tierras". Tuvieron los caldeos de común con los indios peruanos: la iniciativa en la metalurgia, acá y allá tan innovadora;— la cerámica excelente;— los tejidos esmerados y brillantes;— la comunidad de aldea, como base de la propiedad territorial, con división de lotes por familias, antes que la conquista elamita introdujera la propiedad individual y el testamento;— la forma de templos y palacios en pirámides, con escaleras exteriores;— el paso de la uterinidad a la agnación;— la identidad de varios instrumentos de labranza (por ejemplo, al arado caldeo es idéntico a la *tijlla* peruana) ;— la trasmigración de pueblos vencidos, en la misma escala que los mitimaes incaicos;— la pericia en la ejecución de grandes caminos;— la exacerbada crueldad en las penas y escarmientos;— el uso frecuentísimo de trofeos de cráneos. La antigua colección de Caparó Muñiz en el Cuzco, tiene un *quero* en que el Inca aparece escoltado por eunucos y abanicos de plumas,

del carácter más oriental que puede imaginarse. Como los procedimientos babilonios y asirios los heredó el imperio persa agueménide, no ha de extrañar que continúen con él las semejanzas. Sus amplias vías de comunicación;— el trasplantar en grande escala razas diversas para establecerlas como colonias en las comarcas menos seguras;— el magupal o mogbeb, jefe de los magos, que tiene las mismas atribuciones y situación que el Huillac-Umu;— las cuatro porciones del imperio, los *padgos*, que no son sino los cuatro *suyus*,— el núcleo del ejército constituído por la milicia especial de las tribus persas, *melóforos e inmortales*, que corresponden exactamente al cuerpo de los *Incas u orejones*, provistos de picas largas, adornados con zarcillos de oro en las orejas y las cabezas, tocados con rodetes de cuerdas que les ceñían encima de la frente, como los *llautos* incaicos, según se ve por los frisos de Susa, que hoy se guarda en el Louvre; —los correos de maravillosa celeridad;— las satrapías lejanas, semi-autónomas (como Chile, Umahuaca y los Mojos) y los visitadores regios llamados *ojos del gran rey*, todo eso evoca al instante las calzadas incaicas o *hatun-ñan*, los mitimaes, chasquis, gobernadores de frontera e inspectores extraordinarios del Tahuantinsuyu. Ambas son Zonas originarios de plantas y animales básicos en las respectivas culturas continentales (la Persia es la patria del trigo y del carnero, como el Perú lo es de la papa y del llama); y de sus cumbres y altiplanices descendieron sus soldados, en época ya tardía, para sujetar y recomponer los restos de añejas dominaciones, fatigadas o extintas, y ofrecer la última síntesis aborigen, severa y ecléctica, distinguida y otoñal, respetuosa de los usos, de los dinastías y de las religiones locales. Ultimas herederas de un mundo multisecular y cerrado, al cabo se desplomaron a los golpes de la civilización de Europa. Los dos casos se repiten con la lejanía de muchos siglos, pero con hermandad anímica in-

dudable. Los antiguos imperios orientales trasmitieron a su vez por herencia o imitación sus sistemas administrativos a los mongólicos posteriores. Así aquellos rasgos se presentan de igual modo en los establecimientos que dichos mongoles fundaron y dilataron hasta el Indostán, región que ya de por sí en tantas cosas parece una repetición de América. Sus leones pequeños sin melena son como nuestros pumas; sus indios dulces, soñadores, débiles y a menudo pérfidos, han creado una poesía de que la incipiente americana autóctona es como atisbo o apagada imagen. En el arte plástico, la semejanza con el yunga o costeño no es a veces tan ténue; y el estilo de Chavín por otra parte, con la indefinida multiplicación del mismo motivo animal, recuerda el indostano con su profusión monótona. Todas las cortes mongólicas, en la India, el Irán o sus anexos, se parecen a la incaica, por fastuosas, refinadas y crueles. Cuando leemos el viaje medioeval de Ruy González de Clavijo, advertimos en sus escenas un bárbaro exotismo, muy poco desemejante del que en el Perú retrataron Jerez, Estete y Pedro Pizarro, cien años más tarde. Los *chacatays* de Tamerlán no difieren mucho de los Orejones. Ni paran aquí las analogías: soberanos herederos, designados en vida del antecesor por éste y por el *Diván* de los deudos dinásticos, evidente superposición de clases; e identificados en la más alta, los sacerdotes y los maestros, *umus* y *amautas* del Perú, que corresponden a los jeques y ulemas, (el jeq-ul-islam es como el Huillac Umu);— muchas tribus privilegiadas, en que se divide la nación conquistadora y cuyos jefes constituyen el Gran Consejo;— el restringido consejo de los visires, que es el de los apus o virreyes cuzqueños;— correos o chasquis múltiples;— templos y conventos en todos los distritos;— en las provincias, administradores indígenas o *curacas*, responsables de los tributos, que se cobran en especies; de ellos, se asignan grandes pensiones a los dignatarios de la clase dominante;—

notables caminos, sorprendentes obras públicas, pontazgos;— prohibición de la mendicidad;— esclavitud personal, por la que a menudo en estos regímenes despóticos se llega a muy altos puestos, como ocurrió en el Perú con algunos *yanacuna*;— ejército de doble composición, en el Perú de Orejones y contingentes provinciales, como en el imperio de Genguis Kan y sus derivados, mongoles y de auxiliares inumerables;— jefes militares de decena, centena y millar;— algunos funcionarios alienígenas, no obstante el predominio de la nación conquistadora, como en las tumbas de Nazca se han hallado gobernadores incaicos cuyos vestidos y tocados demuestran origen chanca;— algunas corporaciones de artesanos y orfebres para alimentar el lujo señoril, como los que llevados de Chanchán trabajan en el Cuzco, y los que en la misma corte regional del Chimú se agrupaban en casas o barrios profesionales, a pesar de la infundada denegación de Beuchat;— desenfrenada poligamia en el soberano y en los magnates, como efecto del sistema netamente patriarcalista. No carecían de razón los primitivos cronistas castellanos para comparar a los indios, obedeciendo a los recuerdos de la Reconquista, con el mundo musulmán. Las semejanzas eran mayores con la porción mongólica de él. El Inca con que se encontraron era como un sultán de Samarcandia, un Tamerlán joven, pequeño y cautivo.

En cambio, son accidentales y superficialísimas las semejanzas que pueden notarse entre el mundo greco-romano y el incaico. Cuando alguien pretende comparar las instituciones latinas y el arte occidental con los productos del Tahuantinsuyu, descubre por ese mismo intento carecer de verdadera tabla de valores e ignorar el alma profunda de civilizaciones tan desemejantes. En vano sería decir que etruscos y romanos fueron como los Incas pueblos de agricultores, soldados y agoreros, arquitectos y conquistadores, pesados, severos y potentes; que el *huipe*

incaico es la misma balanza romana; que las vestales, guardianas del fuego sacro, son como las *ajllas*; que se parecen algunos espejos de bronce de las dos naciones, como se parece su sincretismo religioso en el panteón de ídolos extraños, y la apoteosis de los monarcas. Sobre tan vagas y dispersas analogías prevalece la capital consideración de haber sido el alma de la civilización clásica o mediterránea el *civismo*, la noción del Estado de Derecho, de la personalidad humana, y de su dignidad y honor, ignorada en todos los despóticos imperios orientales, y mantenida en Roma a pesar de la tiranía de los Césares. Reavivada allí por el estoicismo y realzada luego por la religión cristiana, ha venido a ser la base de nuestra mentalidad moderna. Desde sus orígenes griegos, el concepto de la libertad ha transfigurado y enlazado todas las manifestaciones, del hombre clásico y de sus legítimos sucesores, así en política y ética, como en literaturay plástica. Genera en el primer campo el concepto de *res pública* compatible con la monarquía, pero jamás con el despotismo oriental; concepto que es muy superior a los exclusivismos dinásticos y de clase; y que aun en la postrera decadencia del mundo romano iluminó a sus degenerados filiales de la Edad Media, al tipo carolingio germánico y al bizantino, a pesar de la barbarie de aquél y del orientalismos cuasi sasánida de éste. En el segundo campo, en el estético, lo clásico ario es el dinamismo y la esbeltez del arte. Sería, pues, un paralelo caricaturesco, de meras aperiencias fútiles, todo el que se estableciera entre Roma y el Cuzco. Cuanto al respecto se ha apuntado muchas veces, no pasa de pueril exornación retórica, ajena a la debida comprensión del sentido y del alcance de las series y correspondencias en la historia universal. Ya la falta de verdadera escritura en el Perú antiguo hizo su nivel muy inferior al de los imperios similares chino y faraónico, cuya analogía he procurado inculcar. Pero ha-

brá diferencias de grado y no esenciales, como ocurre entre el mundo incaico y el greco-romano. Sólo puede equipararlos el que niegue toda valoración absoluta y todo criterio primordial. No serían paradojas sino blasfemias y síntomas infalibles de desvarío. Significaría el suicidio de la inteligencia y del gusto. Lo único que racionalmente puede admitirse en este debate es la generalísima afinidad entre todas las civilizaciones finales, como en su tan diversa escala lo son la romana y la de los Incas. Por ello predominan en ambas lo mecánico, lo expeditivo y lo rápido, así en los edificios, no obstante su solidez, como en la cerámica de moldes y reminiscencias, lo estampado en el dibujo, someros frescos polícromos en las paredes (Tambo Colorado, por ejemplo), despreocupado aprovechamiento de técnicas y materiales anteriores etc. Son momentos de crepúsculo con la exaltación en el resplandor, la acelerada caducidad y la melancolía que los caracterizan.

Donde naturalmente se hallan las más fundamentales semejanzas con lo incaico es en sus contemporáneos y cuasi vecinas sociedades americanas, en las agrupaciones semi-civilizadas de la América prehispana: en el Anáhuac y entre los mayas y los muiscas. Como ya se ha observado, Méjico superaba al Tahuantinsuyu en riqueza y aparato, y en el uso de jeroglíficos, y le era inferior en extensión territorial y unificación política. También lo excedió el Perú en invención metalúrgica, pues parece que de aquí se propagaron las varias aleaciones del bronce. Son parientes próximos los mitos de Quetzalcoatl y Huiracocha. El cuatro es en ambos países número sagrado de la división celeste y la territorial. Hay invasiones periódicas, venidas de comarcas bárbaras y desérticas (chichimecas, caris); itinerarios de leyenda para la fundación de los imperios y de las metrópolis (nahuas, aztecas, ayares); jardines artificiales de oro en Texcuco y en el

Cuzco; barrios propios de oficios, como en Tenochtitlan y en Chanchán. La organización de la propiedad, así mejicana como peruana, radica en las comunidades de aldea (calpulli y ayllos), con parcelas familiares y almacenes comunes. Es semejante la distribución y regulación colectivista de los *tupus* peruanos y de los *tlalmilpa* de Méjico.— Las clases sociales se diferencian análogamente; los sacerdotes y nobles están exentos de tributo, hay en Méjico esclavos personales como nuestros *yanacuna*. Mas a pesar de las radicales identidades de origen y de raza, las evoluciones tienden a ser divergentes en las dos naciones. Si el Perú es un eco de Egipto y de la China, Méjico se aproxima mucho más a Caldea, Asiria e Indostán. Los sacrificios humanos, agravados por la antropofagia sagrada, alcanzan en Méjico una horrenda multiplicación que en el Perú no conoció. No hay recuerdo en nuestra tierra de haberse sacrificado como en Méjico y en ciertas fiestas de una vez más de setenta mil cautivos. Los comerciantes profesionales obtuvieron en Méjico mucha mayor importancia que en el Perú. Los proletarios o *tlacotlin* que alquilaban a jornal sus brazos, por carecer de tierras, no se descubren en el Perú sino de manera muy excepcional y en aisladas provincias, como en Chincha e Imbabura. Era la mejicana una sociedad más antagónica, despiadada y múltiple que la incaica, una desgarrada democracia militarista, y no una monarquía patriarcal, aunque sangrienta, como el Perú. Tuvieron siempre los aztecas la dualidad de poderes, civil y militar, que había cesado en el Perú, o nunca se había manifestado con tal relieve y entidad. El mismo gobierno superior de la confederación del Anáhuac no pasaba de una liga electiva, menos regular y coherente que la de la dinastía de los Hurincuzcos, diferentísima de la poderosa concentración de la época Hanancuzco. El inmenso imperio incaico no toleraba dentro de su propia área repúblicas independientes y enemi-

gas, como la de Tlaxcala; ni en sus tiempos de madurez tuvo que soportar rebeliones tan próximas a su capital, como las de la ciudad de Chalco a las puertas de Méjico, porque desde Túpaj Yupanqui los Incas, reprimido ya el Collao, no padecieron más alteraciones que conjuras internas de serrallo, o levantamientos y guerras en las fronteras distantes.

Si con los mayas subsisten las semejanzas religiosas (Cuculcán, manifestaciones totémicas, deformaciones de las cabezas) y paralelismo en las bases económicas (propiedad colectiva del clan, iniciación de la propiedad privada para los nobles, herencia de determinados bienes); si hay, como en el Perú, mayor división de clases que en Méjico y mayor propensión a perpetuar en las familias los honores y distinciones, se alejan en cambio los mayas del Perú incaico por la antropofagia sagrada a la mejicana y la responsabilidad penal colectiva del clan o la tribu, pues los Incas individualizaron bastante las penas. Por último en su total ausencia de la unidad política, que era el revés el indeleble sello de los Incas.

Con los muiscas de Nueva Granada hay mayor similitud, como padría suponerse por la contigüidad de los ámbitos, principalmente en lo relativo a la alimentación. Como los peruanos, tenían papas, quinua, arracachas y coca. Presentaban de igual modo gran parecido los caminos públicos, las tumbas, los sistemas de embalsamamientos, la etiqueta de los soberanos y la educación de los príncipes. Lo mismo en religión. Adoraban a Bóchica (cuya leyenda es la de Huiracocha), al Sol y a las montañas. La maligna esposa de Bóchica, Huytaca, es como el rebelde hijo Tahuacapa en el Collao. La creación de nuevo Sol y nueva Luna en Tunja se parece en sus términos al relato de Betanzos. Esta nueva creación, con prototipos de bultos y simulacros, no se diferencia de la conocida fábula de las estatuas tiahuanaquenses. El Zipá, rey-dios, es un

Inca cuyo poderío se inicia, un Hurincuzco, diremos por aproximación. Los *usaques*, aunque a veces electivos, se igualan con los orejones en insignias e importancia social. Hay también notable semejanza en las fiestas y castigos. Vinculaban como símbolo el arco iris con el sapo, según se ve así en el Titijaja como en San Agustín del Magdalena. Pero tendían a lo mejicano, en la antropofagia y el ritual sacrificatorio. En otras cosas, como en el feudalismo y el fraccionamiento político, reproducían, con alguna fidelidad, la primera época incaica. Todavía más que a los Incas se parecen los muiscas a nuestros yungas costeños, y particularmente a los chimús o mochicas, que eran en realidad sus íntimos congéneres. Por eso mantenían el régimen de filiación uterina o matrilineal, y una especie de moneda de oro, que corresponde a las hachas de cobre para regular la permuta, ya caídas en desuso bajo la dominación incaica. En casi todo, los muiscas se nos muestran como peruanos retardados. Se hallaban en la edad metalúrgica del oro, como los protonazcas.

Las enumeradas analogías y otras muchas que podrían descubrirse patentizan que el imperio de los Incas no fue la extraordinaria y excepcional maravilla que imaginan y proclaman escritores distraídos o mal informados. Como todos los seres vivientes, se origina de un proceso genético, que cuenta con antecedentes numerosos; forma parte de una serie, de un grupo histórico; entra como individuo en una especie conocida y ya clasificada. Ni es tampoco en manera alguna el paraíso comunista, según repiten en los *magazines* extranjeros los propagandistas o impresionistas de décima clase. No hay que confundir el comunismo pleno, que supone la comunidad tanto en la siembra, como en la recolección y el reparto, con el sistema de tierras colectivas concejiles, tal como se practicó en la mayor parte (y no en la totalidad) del Perú de los Incas. La comunidad de tierras dentro de aldeas o clanes, ha si-

do un sistema difundidísimo en todas las sociedades primitivas. A más de las que llevo indicadas, al tratar de las semejanzas con los imperios bárbaros patriarcales, hay que recordar que se halla en todo el norte de Africa, desde Marruecos hasta el Sudán y el Níger, y entre los libaneses, los indostanos y los de Java. Se extendió en el mundo eslavo con el célebre *mir* ruso, y la *zadruga* de Serbia. La hubo en el Japón feudal y en la antigua Germania, antes de la conquista romana y después de ella, con la *marke* de que subsisten vestigios tan notables en Suiza. La hubo igualmente entre los celtas de Irlanda y Escocia, y todavía se descubren sus uspervivencias en Italia, especialmente en Cerdeña, y en la misma España. Pero dentro de este tan difundido régimen en la historia de la humanidad hay gradaciones que van desde el verdadero comunismo en el cultivo y el reparto, hasta la particularización y la destribución de la cosecha por lotes familiares. El francés Luis Baudin expone muy bien la cuestión. En un primer período de que son tipos la zadruga yugoeslava y las mismas tierras concejiles que se conservaban en Aragón y León, es común el trabajo de los campos; y asimismo la cosecha se reparte entre todos los miembros de la comunidad, proporcionalmente a sus necesidades. Pero en el momento segundo, consultando la mayor especialización y la mayor eficacia en las faenas, los terrenos de cultivo se dividen en lotes adjudicados a los padres de familia, tomando en consideración el número de los hijos. Cada familia labra por sí su respectiva parcela, reservándose para el hogar doméstico todos o la mayor parte de los frutos. Tal era el procedimiento incaico, como el del *mir* ruso y el de Java. Debió de existir en el Perú una época en que prevalecía la primera forma, la genuina comunista porque Montesinos, en el capítulo XIX de sus *Memorias Historiales*, dice que el Inca Roja ordenó poner en común las cosechas íntegras, pero

que no le obedecieron. Si aceptamos aquel testimonio, tendremos que desde el primer soberano Hanan Cuzco se advertía ya la evolución incaica hacia el usufructo familiar precario, realizada igualmente en la Rusia zarista. Del propio modo que en ésta, los sorteos o adjudicaciones de los lotes eran anuladas, según lo testifican Acosta y Cobo, Santillán y Garcilaso. Los indios, en su tradicionalismo, propendían a atribuir dichos lotes a las mismas familias o a sus herederos; pero había alteraciones inevitables, porque el sistema de barbechos impone remudar tierras. No recibían siempre un solo campo, más o menos extenso según el número de la prole, sino con frecuencia parcela discontínuas, conforme lo apropiado a la diversidad de cultivos. Eran numerosos los ayllos que por dicha razón poseían a la vez terrenos de puna, de ladera y de valle, aun mediano muchas leguas y en diferentes provincias, como los del Collao que inviaban a una parte de sus miembros hasta las riberas costeñas del Sama, para recoger allí los productos tropicales necesarios en su consumo y que en la alta meseta no podían lograrse. En el mismo caso que observamos en otros países de suelo muy fragoso, como la Grecia continental, en que había tribus con tierras de montaña y litorales a distancia de más de una jornada.

A la manera que en el *mir* ruso, las casas y los anexos huertos de los campesinos no entraban en los sorteos anuales, y se reputaban propiedad indivisible de la familia. Es probable que se transmitieran por herencia, como ciertos bienes muebles, pues hay cronistas, como Valera y Huaman Poma, que nos hablan de testamentos, y no parecen restringirse a las clases superiores de orejones y curacas. En otros casos los hijos mayores heredaban por cabezas o estirpes, sin dividirlo con los demás hermanos. Las parcelas de sorteo (llamadas por Santillán *hojas*, en razón de su forma prolongada) no se destinaban todas a repartirse entre las diversas familias: algunas se reserva-

ban para las necesidades comunes del mismo ayllo, para socorrer viejos y enfermos. Es lo que denomina Huaman Poma el *sapri*, el bien exclusivo de la comunidad cuya existencia he señalado en la primitiva China. Para ayudarse en las obras de los riegos, caminos y andenerías y para cultivar las tierras particulares de los ausentes, había faenas comunes con la concurrencia de todos los válidos del ayllo, que hoy todavía se conservan bajo el nombre de *mingas*. La necesidad de estos trabajos cooperativos para la irrigación y para la construcción de andenes *(sucres)* fue uno de los motivos principales que mantuvieron en el Perú incaico y posterior la propiedad colectiva, de modo análogo a lo que ha ocurrido en Java y diversos países. Otra de las razones por las cuales los Incas conservaron este régimen y lo instauraron o restablecieron en ciertas comarcas, fue la comodidad de entenderse con un cuerpo solidario para las labores, los tributos y la conscripción de las mitas y del servicio militar, que es lo que determinó la propia recrudescencia o ampliación de la propiedad colectiva de aldea en los tardíos feudalismos del Japón y de Rusia, a partir del siglo XVI.

Los pastos eran comunes, y los ganados en su mayor parte correspondían al Inca o al culto. En las tierras del cultivo, al lado de las sorteable de comunidad de que acabo de hablar, había la parte destinada con toda individuación al curaca, que se trabajaba por prestación obligatoria de los mismos comuneros (hatunruna) o por los brazos de los esclavos personales del jefe, que el Inca le había concedido (yanacuna). Sobresalían las mayores porciones, que eran la del Inca y la de las huacas, labradas en primer término por los comuneros de la gleba o por los yanacunas. Las tierras del Inca servían, según Garcilaso y otros, para remediar las deficiencias de la comunidad, y para los gastos generales del soberano y del imperio. Eran las roturadas o irrigadas de nuevo, o las que

se juzgaban excedentes, o también las que el mismo Inca había expropiado a título de vencedor sobre los curacas y súbditos vencidos o insurrectos. Por eso cuentan los tratadistas españoles que al tiempo de la Conquista castellana, las reclamaban sus antiguos dueños particulares, recordando con precisión en algunas provincias a quienes habían pertenecido antes de ser incautadas por el gobierno incaico. Casi tan extensas como las propiedades del Inca eran las de la religión, principiando por las del Sol y Huiracocha, y terminando con las de los oráculos y huacas locales. Había pueblos, como Arapa, al sur de Azángaro, que con todo su distrito pertenecían a ciertos templos y sacerdotes, bien sea por el carácter religioso que predominaba en las riberas del Titijaja, bien por confiscación que castigó las porfiadas rebeldías del Collao. Así que no sin razón pudieron los españoles reconocer en la división territorial incaica la que estaban habituados a ver en Castilla: tierras *concejiles*, que eran las distribuídas en los ayllos; de *realengo*, que eran las del Inca, y de *abadengo*, que venían a ser las de las huacas. Ni faltaban tampoco las de señorío o *solariegas* con las porciones que hemos explicado apartarse para los curacas, y con las donaciones que el Inca hacía a orejones, curacas y hasta meros particulares y esclavos o yanaconas. Estas donaciones de tierras, a las que de ordinario se añadían mujeres y siervos, resultan análogas a las *mandaciones* de la remota Edad Media española. Como ellas, no solían ser hereditarias; pero hubo casos, según muchos testimonios, en que pasaban a los herederos sin dividirse por cabezas, pues quedaban como propiedad o encomienda de linaje el cuidado del hijo o pariente mayor, quien distribuía los frutos por estirpes. Así, como dicen algunos cronistas, fueron a manera de mayorazgos, aunque naturalmente revocables a voluntad del Inca. De las minas y los cocales, que por regla general estaban incluídos en el directo pa-

trimonio del monarca, se acostumbran hacer las más preciadas de estas donaciones a los orejones y curacas. Hay autor, el magistrado Matienzo, que va más allá; y afirma que en calidad de estímulo se daban en plena propiedad chacarillas de coca a los indios ocupados en tal cultivo; y por Huaman Poma se ve que los correos de chasquis, casi siempre indios nobles, poseían campos cercanos a caminos en que prestaban sus servicios. También repartía el Inca hatos de llamas entre sus gobernadores, favoritos o indios beneméritos, que podían ser aún esclavos o yanaconas. De modo que había cortos rebaños familiares, al lado de los colectivos o regios y del culto, por más que los pastales fueran siempre comunes. Por último, fuera de los terrenos de la comunidad, es muy probable que hubiera casos excepcionales de parcelas propias, por roturación de baldíos, como ocurre con igual régimen entre los cabilas de Africa y entre los Pieles Rojas. Hay de ello en Huaman Poma claros indicios (pág. 189). Véase pues como la propiedad individual precaria, que tendía a consolidarse con la herencia, siquiera en muchos casos indivisible, envolvía y penetraba ya por todos lados la organización incaica. Junto a las tierras de los ayllos, a las del culto y a las del monarca se multiplicaban las donaciones semifeudales y las asignaciones permanentes de los curacas, consecuencias ineludibles del régimen señorial, jerarquizado y militarista, que era el del imperio. Debemos imaginarnos el Tahuantinsuyu, no como la Rusia soviética de hoy, con sus crecientes granjas colectivas, sino como una Rusia zarista, en que las tierras comunes de las aldeas coexistían con las señoriales y las religiosas. El Inca era como un Zar arcaico y pagano, que no hubiera sabido escribir; y que, a más de los siervos de la corona, hubiera contado con muy numerosos esclavos personales (yanacona). Y hasta dentro de los ayllos el régimen peruano fue muchísimo menos democrático que lo

era el antiguo ruso, porque en vez del *starosta* electivo del *mir* regía la comunidad un curaca, cuyo carácter hereditario comprueban los más seguros y primitivos cronistas, no obstante los interesados asertos en las Informaciones del Virrey Toledo.

La herencia, en determinadas funciones religiosas y públicas, no es de dudar tampoco. Ya he tenido ocasión de decir que los sacerdotes del Sol salían del ayllo incaico de Tarpuntay; y que las tribus incas inferiores, como los sútij tampus, los maras, paris y chilques, suministraban por obligatoria costumbre el personal para ciertos ramos administrativos. No se puede aceptar la ingénua opinión sobre los Incas de privilegio, o sea sobre los adoptados en las tribus de orejones mediante sus méritos personales. No hay texto satisfactorio que lo autorice. Lo cual no quiere decir ciertamente que el Inca, sobre todo en los últimos tiempos, no eximiera del tributo a cualquier indio, sacándolo por ello de la clase de los de la gleba o *hatunruna*, ni que éstos y los yanaconas no alcanzaran mandos cuando aumentó la homogeneidad y centralización despótica en el gobierno. Pero otra prueba de bastante fuerza para negar la promoción de incas de privilegio, está en que un cronista nos dice que el yanacona, aunque pudiera ascender en la escala social gracias a la misma agilidad que daba la mera esclavitud como en Oriente, desligado del terruño y adscrito al servicio familiar de la corte y los magnates, no podía en manera alguna obtener ni los sacerdotes del Sol ni el gobierno superior de las provincias con el título de *tucuyrícuj*, porque para estas dignidades se requería el privilegio del nacimiento. La primera estaba reservada a la sangre incaica y la segunda era accesible tanto a los orejones o Incas, como a los curacas, aunque fueran de extraña provincia, que componían el segundo grado de la aristocracia nativa. Trimborn pretende, no sin verisimilitud, que ambas órdenes

gozaban de propiedad individual, porque a más de las donaciones cuasi feudales otorgadas por el Inca, es de suponer que el alejarse constantemente los orejones de sus ayllos, solariegos situados en derredor del Cuzco, a causa de los puestos que los retenían en las comarcas lejanas del imperio y la costumbre de que no trabajaran en oficios manuales los altos empleados, habían de acelerar la individuación de esas tierras nobiliarias, cultivadas en su mayor parte con yanaconas. La transformación estaba muy adelantada cuando llegó Pizarro; y no puede considerarse, como Raúl Porras lo insinúa, en calidad de un síntoma degenerativo (Porras, *La caída del imperio incaico)*, sino muy al contrario, como el resultado lógico del principio sobre el que se asentaba la organización incaica: guerrera, conquistadora, patriarcalista y jerárquica por forzosa consecuencia. Los Incas no eran por esencia pacífica, ni igualitarios, ni comunistas, aunque aprovecharan como base social la comunidad de aldea, y establecieran la minuciosa asistencia pública de los desvalidos mediante un sistema de socialismo de Estado, según tantos imperios primitivos, despóticos y belicosos, lo han hecho. Atribuirles una mentalidad de demócratas pacifistas o de soviéticos niveladores, es una de las más burdas y bufas adulteraciones de la historia, que la ignorancia y la inescrupulosa propaganda política de consuno han podido engendrar. No necesita el pasado incaico de tales disfraces anacrónicos para despertar interés e infundir respeto. El Inca era dueño de todas las tierras y todos los habitantes de sus dominios, no por afán de reparto papular, sino por la extrema concentración de su despotismo teocrático, como lo fueron los antiquísimos monarcas de la China y del Egipto, los reyes persas aqueménides y los sultanes de Mongolia y Turquía, sus verdaderos émulos. Con ellos se empareja y consuena, y no con los revolucionarios de nuestros días. Por eso gobernaba rodeado de

una nobleza militar y feudal, que no otra cosa eran los orejones y los curacas. Hay que repetir y subrayar tan elementales verdades de sentido común, porque se acumulan sin cesar en nuestro ambiente informes nubes de tendenciosos errores.

Son innegables las ventajas que dimanaron de la dominación incaica para los mismos siervos de la gleba, los atareados *hatunruna,* por más que sostenga lo inverso el contemporáneo Trimborn. No sólo los de las clases dominantes, sino los indios más humildes, se beneficiaron con la creación del gran estado que acabó con las permanentes contiendas locales y las rencillas intestinas, y que, asegurando la paz en el seno del imperio, trasladó de ordinario las hostilidades a fronteras prodigiosamente remotas; corrigió y quebrantó las tiranías lugareñas de clanes y curacas, sometidos ahora a un poder imparcial y equitativo por supremo; disminuyó el número de los sacrificios humanos, aunque conservara y ratificara el principio para las mayores fiestas y los funerales de los jefes; individualizó casi siempre las penas, aboliendo, salvo casos excepcionales, la responsabilidad colectiva del ayllo y la venganza de grupos; cubrió el inmenso país de grandiosos caminos, canales y edificios; columbró altos principios espirituales y éticos; y despertó en sus súbditos la orgullosa conciencia de integrar una sociedad dominadora y ejemplar que brillaba en medio de las tinieblas de hordas salvajes. A pesar de la rapidez del proceso incaico, poseen sus obras una solidez, un esmero y una elegancia de inconfundible sello gentilicio. La finura de sus tejidos, iguales en lo visible y lo interno; la distinguida cerámica de sus aríbalos, que no desmerecen del nombre griego impuesto por la arqueología moderna, y que recuerdan los vasos itálicos de Corneto; la severidad ceñuda de sus templos y de sus palacios; lo que hay a la vez de fuerte y de tierno, de hondo y de robusto, de sobrio y dulce en

su mitología y sus leyendas, nos descubren las virtudes de una cultura señorial, patriarcal y depurada. Fue un régimen de madurez, una gerontocracia, en que predominaban la experiencia y el tino. Cieza refiere que a los mandos superiores se llegaba en el tercio postrero de la edad. "Gobierno poderoso y próvido, aunque en mucha parte tiránico", lo definió exactamente el Padre Acosta. No he ocultado sus defectos de crueldad y despotismo. La coordinación degeneró en esclavitud general y la centralización en mecanismo antivital en artificio super chinesco. Los sistemas, como los hombres, sucumben por la exageración de sus cualidades. El Perú, como las construcciones del Cuzco, tiene rejas, adornos, artesanados y mobiliario españoles, pero los cimientos y los muros son incaicos; y no pocas veces padecemos por ellos. Así como en los ejércitos la sumisión y la disciplina son indispensables, pero extremándose destruyen la iniciativa y el brío individual, raíces de toda fuerza, así en los estados que abaten la personalidad por el excesivo orden del conjunto, el desplome ante un choque exterior es fácil y las deprimentes consecuencias perdurables. Destruída con la Conquista la clase directiva, la aristocracia de los Orejones, que era la armadura y nervio de la potencia incaica, los súbditos quedaron rendidos y deshechos, aventados al azar como un pobre rebaño fugitivo de llamas sin pastores. Es muy de observar que los conquistadores no hallaron resistencia o colaboración activa sino en los orejones o en los yanaconas, los dos términos extremos de la sociedad incaica. Ambos tenían alguna esponeidad y resorte, por el estímulo de la propiedad individual y por la mayor libertad de movimientos. Lo demás quedó inerte, pasivo, postrado, pulverizado, exhausto. De aquí provienen los más graves de nuestros males: la apatía, la fácil sumisión, el esperarlo todo del gobierno, el servillismo asiático y abrumador, que tanto repugna a cuantos conser-

van alguna generosidad de alma. Pero el conocimiento de los males que ha heredado la mayoría de la resolución de contrarrestar esa porción fatal de la herencia, no debe llevarnos a la injusticia de desconocer lo favorable y provechoso en la tradición incaica. La posición de todo peruano sensato ha de ser equidistante del indigenismo exclusivo y ciego y del europeismo anti-incaico. Nacionalistas, tradicionales, restauradores, los Incas escucharon y obedecieron el mandato de unidad que parece bajar de los Andes, a pesar de los eternos obstáculos físicos y la no menos perpetua diversidad de razas de este país. Venciendo la lentitud y la pusilanimidad de los hombres, construyeron un grande imperio cuyos vestigios todavía nos asombran y estimulan. No rigieron al pueblo con riendas de seda, según tan equivocadamente cantó Olmedo, poeta eximio y pensador endeble. No fue su yugo la sedosa cinta celeste del dieciochesco Florián, sino una cadena de bronce, poderosa y recia, con frecuencia manchada de sangre y de sudor. Pero con ese vínculo duro y macizo consolidaron cosas nobles y grandes. Por ellos nació la patria peruana. La Conquista española, con todos sus innegables beneficios e insuperables excelencias, nos sumó a un mayor imperio, civilizado, cristiano y universal; pero nos convirtió en provincia y en colonia, con la inferioridad y dependencia consecuentes. El paralelo con la República es mucho más aflictivo. Se palpan su incoherencia, debilidad y pequeñez parangonándola con el glorioso imperio bárbaro. De tal modo la organización de los Incas nos enseña a la vez lo que debemos evitar o curar y lo que debemos incitar y proteger. Encierra los escarmientos y los vicios, los daños y los bienes, los recuerdos y las esperanzas, los tropiezos y los ideales. Monumento de laboriosidad y paciencia, continuidad y previsión en designios seculares, no hay en él la improvisación y la alegría, la señorial franqueza, la osadia hidalga, el pródigo arran-

que, el heroico despilfarro del deslumbrante tipo español; pero nos inculca, con no menos necesarias virtudes, los tres preceptos esenciales contra las plagas indígenas: *ama sua, ama llulla, ama quella,* contra el robo, la mentira, y pereza, formas crónicas y renacientes del mal, que es por esencia siempre y dondequiera manifestación de cobardía y de ruindad.

NOTAS DE LOS EDITORES

1.—PRIMERA LECCION

(I) Añadido desde: "*Las culturas peruanas son complejas*...", hasta: "...*proceso histórico*"...
(II) Sustituye: *Claro de* por *Verdad.*
(III) Agrega: *Kaj.*
(IV) Añadido: *Así lo probó el Dr. Capitán.*
(V) Agregado desde: "*En el Brasil*...", hasta: "... *(Patagones)*".

2.—SEGUNDA LECCION

(VI) Añadido desde: "*Tiahuanaco está hoy a 3 leguas*...", hasta: "...*(Décadas de Herrera)*".
(VII) Agrega: "*y unas culturas antropomorfas de felinos en el pueblo de Belén, muy al Norte de Oruro*".
(VIII) Agregado desde: *En Talamanca y otros lugares* ...", hasta: "...*del Dios Huiracocha*".
(IX) Agrega: "*Es la teoría que, con Uhle defienden Rivet y Jijón*"...
(X) Añadido desde: *Lo mismo que Lafone-Quevedo*...", hasta: "...*un paleo-quechua por allí*".

3.—TERCERA LECCION

(XI) Sustituye: *canaycan* por *collahua*, y agrega: *bastante*.

(XII) Agrega la nota: "*Cacha está a 18 leguas al Sur del Cuzco (tierra de los Canas)*".

(XIII) Agrega la nota: *Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco (tierra quechua)*".

(XIV) Añadido desde: "*Los aymaras...*", hasta: "... *oriundez*".

(XV) Agrega la nota: "*Los atacameños llegaban hasta el norte de Cobija a principios del siglo XIX (ver D'Orbigny)*".

(XVI) Añadido desde: *El parentesco íntimo de atacameños y diaguitas...*", hasta "...(*Santiago de Chile, 1912*)".

(XVII) Sustituye: *puerto* por *paso*.

4.—CUARTA LECCION

(XVIII) Agrega la nota: "*Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco*".

5.—SEXTA LECCION

(XIX) Añadido desde: "*En la misma relación...*", hasta "...*400 años que los sujetó*".

Páginas de los ejemplares de la Revista de la Universidad Católica *con las anotaciones de puño y letra de Riva-Agüero en la versión de 1937 de las Lecciones sobre* Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispánica, *que han servido para esta edición.*

Para concluir con estos tediosos pero necesarios prólogos, explicaré el sentido del título **Civilización tradicional del Perú.** No faltará quien repute anticuado el término de **civilización** y prefiera el reciente de **cultura.** La inconsiderada repetición de esta palabra y de sus derivados **cultural** y **culturizar,** con que a diario nos menudean los mismos que ignoran la significación y proyecciones del movimiento etnológico, ha llegado a tal extremo que produce saciedad intolerable. Pero no es sólo el hastío del vocablo prodigado, lo que determina mi elección del substituto, sino la mayor amplitud en la acepción del segundo. En efecto, los ecos de la escuela de Graebner y Frobenius, difundidos por Spengler, han aplicado la denominación de **culturas** a todas las formas e instituciones sociales, aún a las más simples y rudimentarias. No extraña por eso hoy que arqueólogos e historiadores hablen con singular énfasis de las culturas de sacrificios humanos y cabezas cortadas como trofeos y usadas como vasos, y hasta de culturas antropófagas. Uno de ellos denomina **cultura adquisitiva** a la que se limita a la caza y la pesca, que es el ínfimo grado del salvajismo. Al paso que el término **cultura,** por generalizarse, ha descendido tanto, el de **civilización** se reserva, particularmente por Spengler, con cierto tono despectivo del cual no quiero participar, para el estado final de los procesos sociales, en que diversas culturas vienen a sumarse y componer el sincretismo de los últimos períodos. Nadie ha de negar que tal es desde larga fecha la situación del mundo contemporáneo; y que desde mucho antes fué la del Perú en sucesivas épocas, como intento probarlo, remontándome a la colonial y a la incaica, la cual representó a su modo la síntesis final en que las culturas andinas vinieron a desembocar y remansarse. De allí que yo prefiera, por exigencia lógica, la designación adecuada a las resultantes superiores de todo nuestro proceso histórico, que compondrán el principal objeto de mis cursos. Podemos definir, en terminología contemporánea y usual, la **cultura** como el conjunto correlativo y la interdependencia de las formas sociales originarias dentro de un grupo humano; y la **civilización,** como el conjunto de las formas sociales complejas, ya heredadas, ya inventadas reflexivamente, ya copiadas de grupos extranjeros. ✗ Apartamos de esta manera la superflua vegetación metafísica y aun mística con que se encubren tales conceptos. Aplicaremos el término exacto de **etnología** a la ciencia que estudia los orígenes

✗

y polinesio, indicado por este camino insular, y defendido por Rivet y otros muchos con abundantes argumentos antropológicos y filológicos. ¿Cuándo penetraron en América estos mongoloides mezclados con oceánicos? Desacreditadas hoy en la ciencia las teorías poligenistas, claro es que proceden del Asia. Indirectamente, hasta los oceánicos de Rivet y los del tipo cuaternario de Lagoa Santa; directamente, los más por el itsmo de Behring, que subsistió hasta el presente período geológico, y por la cadena de las islas Aleutinas, como lo ha demostrado Hrdlicka, cuyos últimos y definitivos hallazgos en Alasca son del año pasado. [redacted] que han podido en muy apartadas épocas venir también por la vía del Este, por Groenlandia e Islandia, unidas a la Tierra del Labrador, a las islas Feroe y a Escandinavia por fragmentos continentales desaparecidos a fines del cuaternario; o por una capa muy compacta de hielo, como lo sostienen los arqueólogos daneses, y en particular Birket Smith para con los esquimales, cuya lengua aparece de origen asiático pero cuyo arte en América, reproducción hasta en la plástica rupestre del cuaternario magdaleniense europeo, es mucho más antiguo de lo que pensaba el arqueólogo francés Déchelette, según se ha patentizado con investigaciones y descubrimientos modernísimos. Todo esto nos lleva a aceptar la existencia del hombre cuaternario en América, contra el cual no hay objeción ni escrúpulo de carácter religioso. Además, la desmesurada y fantástica antigüedad de los períodos glaciares y del género humano, en que tánto insistían los antropólogos de la época evolucionista y sus vulgarizadores como Le Bon, se ha reducido hoy considerablemente, porque se fundaba en deducciones astronómicas y geológicas arbitrarias. Ya en la edad cuaternaria superior podían estar diferenciadas las razas, aunque ocuparan zonas muy distintas de las actuales, conforme lo acepta Mortillet al considerar a los mongoloides esquimales como la primera colonización que nos vino de Europa. Aun refutadas definitivamente las ambiciosas hipótesis de Ameghino y convencidos de falsos ciertos descubrimientos del hombre fósil, verbigracia el de los cráneos de Colorado en los Estados Unidos, quedan otros casos en ambas Américas, en los que, si los cráneos no están siempre identificados como cuaternarios, lo están a no dudar instrumentos humanos de piedra tallada según tipos primitivos, incluso el aquelense (1). Ni faltan en algunos hallazgos restos

(handwritten margin notes: "1 Verda[illegible]"; "Kaj"; "Así lo pr[illegible] el Dr. Capa[illegible]")

(1). En el Brasil los botocudos, y en la Tierra del Fuego l[illegible] yámanas y onas están hoy mismo (con sus [illegible] sobrevivientes), en la edad paleolítica musteriense - el aque[illegible] y el musteriense corresponden a los tipos tasmanidos y [illegible] Bumerang (Fuegui[illegible] Chaqueños, Patagones).

licocefalia en los más antiguos cementerios de Moche, Nazca e Ica. El Perú, desde el principio de su vida, tiende a la armonía y a la fusión; pero necesita como toda América un estímulo externo, para la fértil diversificación con que esa armonía se realiza, que significa el avance de su cultura. Tal es la primera consecuencia que deducimos del estudio de sus más remotos comienzos.

SEGUNDA LECCION

Orígenes de la cultura de Tiahuanaco.

En mi anterior lección llegué hasta el imperio de Tiahuanaco, la más importante de las culturas serranas preincaicas. Hoy me dedicaré a explicar sus orígenes, a exponer y discutir las diversas teorías que sobre ellos se han propuesto.

Hace ya 25 años, en 1912, visité las ruinas de Tiahuanaco. Son grandiosos dólmenes y menhires, explanadas y pilastras, que no es de dudar pertenecieran a templos y palacios, estatuas monolíticas, y una gran escalinata de arenisca roja, que excavó la misión francesa de Courty y del Marques de Créqui. Las construcciones forman dos grupos principales, el llamado de la Acapana y el de Pumapuncu. Con facilidad se advierte, según lo han notado casi todos los viajeros, que han quedado inconclusas, interrumpidas por algún suceso violento: enormes bloques tallados permanecen lejos del lugar a que se destinaban. También es visible la diferencia de estilos, aunque pueden muy bien ser los más graduales efectos de una continua evolución, prescindiendo por ahora de las chulpas aymaras y del palacio incaico en que nació Manco II, el hijo de Huayna Cápac. Ciertas estatuas son naturalistas, y otras muy simbólicas y estilizadas. La comarca es una puna inclemente, altísima, a más de 3,800 metros sobre el nivel del mar. Verdad que en Europa y Asia los hombres primitivos, los paleolíticos, habitaron en ocasiones a 2,000 metros de altura, lo que en aquella zona equivale y aun supera a la destemplanza del altiplano tropical. Ha de observarse además que en los remotos tiempos a que esas edificaciones corresponden, la meseta del lago Titijaja tuvo que ofrecer temperatura menos rigorosa: el régimen de lluvias en toda

(Tiahuanaco está hoy a 3 leguas (15 kilométros) del lago Titijaja

... tomo XIX, 1927

fueron sacrificados para enterrarlos en los cimientos de aquellos edificios, según costumbre en efecto general entre las naciones bárbaras de la América prehispana. Los uros se declaran restos de un mundo antiquísimo, que pereció antes de la ruina de Tiahuanaco. Si es así, como parece, no haber logrado en tántos milenios, civilizarlos, es prueba de la escasa fuerza y comunicabilidad de aquella cultura; y si esto, aunque difícilmente, puede explicarse con la bestialidad y obstinación proverbiales de los uros, mantenidas en tan larga sucesión de siglos, todavía es más extraño que las evidentes invenciones de Tiahuanaco, cuales son el cobre, y hasta el bronce en sus postrimerías, por la aleación con el estaño, y el utensilio sencillísimo del peine, no llegaran a los protonazcas, que no vivían por cierto muy lejos de Tiahuanaco, que no trabajaron sino el oro y que no alcanzaron conocimiento de los peines hasta períodos muy posteriores. ¿Qué antigüedad en tal caso habría que conceder a estas culturas primeras de la Costa? De otro lado, un centro muchas veces milenario, como se pretende haber sido Tiahuanaco, lo natural es que irradie en otros centros menores hacia toda la periferia, o por lo menos en áreas homogéneas y accesibles. Para los indios del Altiplano y de las sierras andinas, por condiciones de clima y terreno, tenían que ser preferentes las del Sur, hacia Charcas y el Noroeste argentino, o sea el antiguo reino de Tujma que los Incas con tánta facilidad colonizaron después. Cierto que Tiahuanaco dilató su influencia en tal sentido, preferentemente (notémoslo ya) en las comarcas quechuas de Cochabamba y Mizque, donde Nordenskiold ha patentizado sus huellas. Pero son reflejos tardíos, de su edad de decadencia; y fuera de unas problemáticas murallas de Jaconta Palayani, que dice Posnansky haber descubierto en una isla de los lagos al sur del Desaguadero, no hay en la esfera meridional de Tiahuanaco, en lo explorado hasta hoy, nada que pueda considerarse como su imagen o progenie monumental, ni grandes ciudades, ni considerables edificios aislados. Por el contrario, hacia el Norte el camino es continuo, y está clarísimo: Pucará del Collao, el Huari de la región ayacuchana, que Cieza describe bajo el nombre de Huiñaque, la parte preincaica de Huánuco el Viejo, Chavín de Huántar, las otras acrópolis del Callejón de Huaylas y Huamachuco, Cuélap junto a Luya, y ya en el Ecuador, las ciudades exhumadas por Uhle y

y unas esculturas antropomorfas y de felinos en el pueblo de Belén, muy al norte de Oruro.

dial atribuido a esta raza. Descartados los nahuas por demasiado modernos, ¿cuáles serán los iniciadores de la cultura americana? ¿Los mayas, como quiere Uhle, o los chiapanecas, a que se inclinan Lothrop y el mejicano Gamio? Este arqueólogo descubrió, el año de 1910 en el valle central de Méjico (algún tiempo más tarde que los esenciales hallazgos de Uhle en nuestra costa), las tres capas o definidos estratos que ponen al cabo fuera de toda duda la superposición de los tres períodos en la historia mejicana: sobre el reciente indígena azteca, el del imperio de Teotihuacán, que corresponde al tolteca, reivindicado de las negaciones de Brinton y de las de Seler, que muy luego se desdijo de ellas; y por fin el último estrato, el de la cultura arcaica, cuyo esclarecimiento para el de los orígenes de la nuestra peruana nos interesa grandemente. El antropólogo Vaillant de Nueva York ha dilucidado en estos años, con toda precisión, que dicha época arcaica en Méjico resulta ya un compuesto de varias culturas primitivas, y que de ella no se derivan las centroamericanas, al parecer colaterales o antecesoras suyas. Hénos así de nuevo proyectados hacia la América Central propiamente dicha: al buscar el punto de partida de las primeras inmigraciones civilizadoras del Perú. Las estatuas monolíticas de hombres coronados por felinos y serpientes, que hemos dicho hallarse en los lagos de Nicaragua y asemejarse a las de Tiahuanaco, se difunden desde las islas y riberas de aquellos lagos hasta las cercanías de Copán en Honduras por el Norte, y hasta el territorio de Costa Rica por el Sur ( ) y aun podrían rastrearse en Guatemala y en los confines de Panamá. Han sido estudiadas, a partir de mediados del XIX, por Squier, el mismo que recorrió el Perú, y luego por Karl Bovallius y el mencionado Lothrop. Los postreros arqueólogos convienen en que han debido de ser sus constructores los chiapanecas, pueblo teocrático y muy inteligente, establecido hoy en el estado mejicano de Chiapas, pero cuyas raíces centroamericanas, atestiguadas por sus próximos congéneres chorotegas y cholutecos de Honduras (bahía de Amapala), se perciben por un texto del cronista dominicano de Guatemala en el siglo XVII, el Padre Antonio de Remesal, quien los dice oriundos de Nicaragua. De este modo se va aclarando el embrollado asunto de los orígenes. En el remoto pasado de Centro América se han sucedido las hegemonías de chiapanecas o

( ). En Talamanca y otros lugares, se hallan figuras de género, con cocodrilos estilizados (Ver Gijón).
Aquí están los orígenes del dios Huiracocha

establecen el foco centroamericano del maiz, por no rebasar mucho la conocida época de su cultivo los mismos primeros siglos anteriores a nuestra era, concordantes con la difusión de los chiapanecas.

Los mayores indicios actuales concurren en señalar la región centroamericana como el común núcleo de tres culturas divergentes: la **maya** y la **mejicana** hacia el Norte, y la **andina** hacia el Sur, que a su vez se subdivide en chibcha y peruana. En vista de los datos contemporáneos, no pasa de un prejuicio o espejismo el sistema que deriva todas las culturas de Centro América de las invasiones que bajan de Nuevo Méjico, Utah, Nevada y Colorado. Verdad que los pobladores solían venir de allí en oleadas, por los mismos fenómenos de desecación que observaremos en sentido inverso al tratar de la puna y el desierto de Atacama en Sud América (y además porque hemos reconocido que los indios americanos en gran mayoría provienen de esa ruta del Asia Extrema); pero hay que distinguir **edades**, y sobre todo **pobladores**, de **culturas.** En el continente norte, éstas parecen irradiar de Guatemala y Nicaragua, al paso que de otro lado ascendían a la meseta del Anáhuac las bárbaras hordas de los destructores septentrionales. Antiguas tradiciones mayas hacen venir del Suroeste a sus primeros representantes, y la geología confirma tales datos, porque en épocas anteriores mucha porción de la península del Yucatán hubo de ser inhabitable. Renace con esto la doctrina de la prioridad del Sur, propugnada por Haebler y Bancroft, y confirmada ahora por Walter Lehmann.

La invasión de dichos elementos en Sud América no exige aceptar la conquista inmediata chorotega, que carece de comprobación linguística. Los trasmisores o mediadores plásticos han podido ser los chibchas, a que pertenecían los guétaros, colindantes en Nicoya con los chorotegas mangues. Lo que parece casi seguro (1), es que una raza braquicéfala, próxima parienta de éstos y aquellos, como lo demuestran el fondo común de mitos, artes e instituciones, y el aspecto antropológico, una raza tronco, madre y educadora de quechuas, aymaras y araucanos, ha penetrado en las serranías del Perú trayendo su técnica agrícola y cerámica, cuando comenzaba a difundirse en el litoral la afín cultura protonazca, también procedente de Centro América. Por todo este análogo

(1). Es la teoría que, con Uhle, defienden Rivet y Gijón

substrato se explican las semejanzas con los mayas, en que tánto insiste Uhle; las del idioma mochica con el chibcha o muisca y varios centroamericanos; la eufonía de Naymlap y sus compañeros, en la posterior inmigración marítima a Lambayeque; el culto de Cepocatequil en las serranías de Huamachuco; las coincidencias con las míticas trinidades mayas y nahuas, y mil otros sugestivos rastros.

Cuando esta raza braquicéfala septentrional se propagó en nuestro territorio, así en la Costa como en la Sierra, se hallaban espaciados los uros por ambas regiones. En gran mayoría dolicocéfalos, bestiales sobre toda ponderación, meros cazadores y pescadores, son por la lengua los mismos puquinas, hermanos de los arahuacos del Brasil, que se extendieron desde la Guayana y las Antillas hasta la Florida. Rivet sostiene, y a mi parecer prueba, que provienen del Este amazónico. Avanzaron por la depresión de la cordillera en la cuenca del Marañón; luego ocuparon, con el nombre de changos, las costas de Tarapacá y las del norte de Chile. De modo que hasta estos míseros uros fueron forasteros e inmigrantes. Los únicos verdaderos indígenas, en el relativismo que impone el origen asiático del hombre americano, los únicos primeros ocupantes inmemoriales, serán los otros dolicocéfalos de estatura alta (al revés de uros y changos, que son muy bajos), los extintos pescadores antropófagos, cuyos vestigios ha hallado Uhle en las cavernas y muladares de nuestro litoral. Tomen debida nota los radicales indigenistas de tan importante hallazgo. Si prevaleciera la absurda doctrina que sólo supone legítimos dueños del territorio a sus autóctonos, si nada importan para la justificada posesión y dominio el largo transcurso de los siglos y los incalculables beneficios acarreados, no sólo el elemento español sería el intruso, sino que lo serían también las antiguas razas braquicéfalas americanas que trajeron la alfarería y el maíz, como nosotros trajimos el hierro y el carro, el trigo y los ganados vacuno y caballar. Los dueños del suelo serían los salvajes antropófagos, más atrasados aún que los uros, comedores de carne cruda y humana, en plena fiereza animal, desprovistos de toda cultura apreciable.

El imperio de Tiahuanaco es, en concepto de la mayoría de los arqueólogos, nó el comienzo sino la cumbre a que llegan las

culturas del Norte, Recuay, Chavín, Huánuco el Viejo y Huiñaque. Como se desprende de lo arriba expuesto sobre sus antecedentes centroamericanos, no puede asignársele fecha muy anterior a la era cristiana, en que ya florecían las primeras ciudades mayas, sus distantes hermanas primogénitas. Más que a éstas, recuerda en su potente sobriedad el arte colateral mejicano del primitivo Teotihuacán. El tiahuanaquense, con sus conocidas características, penetra en las riberas peruanas del Pacífico, se superpone al protonazca, se halla, no sin trazas de incendio, en las más profundas capas del templo viejo de Pachacámac, y muestra sus artefactos mezclados, con el desórden propio de una invasión, a los del estilo protochimu en las huacas de Moche. Recubre el Ecuador en costa y sierra, por lo menos hasta Manabí y Ambato. No alcanza que sepamos a Pasto. Al sur de Tiahuanaco, sus reflejos se ven en las tierras quechuas de Mizque y en todo el Noroeste argentino, en pleno país calchaquí, donde se descubren en gran cantidad sus signos peculiares: alfarería con adornos escalonados, dragones y serpientes de dos cabezas, pectorales y peines de cobre. Lo propio, aunque en menor grado, ocurre hasta el valle central de Chile; pero, al paso que en las serranías argentinas la penetración de Tiahuanaco se acompaña con toponimias y dialectos quechuas, tan profundos que el arqueólogo Boman ha proclamado la existencia de un imperio quechua preincaico, en Chile coincide con una toponimia claramente aymara (1) (Paposo, Aconcagua, Lampa, Ilave, Malco del Limarí, etc.). Esta singular coexistencia, y la tradición de invasiones venidas de Coquimbo que persiguen y destierran el culto de Huiracocha y alteran la civilización tiahuanaquense, me ha llevado, desde hace muchos años, a enunciar para la historia de Tiahuanaco, su construcción y destrucción, y el sucederse de los imperios en la meseta del Titijaja, una teoría según la cual la nación quechua precedió a la aymara. Bien se ve con esto que es mi hipótesis la de un imperio paleoquechua, y nó en manera alguna la atribución a los Incas de aquellos edificios y aquella técnica, proposición que sería disparatadísima, contraria a todos los datos conocidos, si se concibiera en los términos con que me la han achacado algunos, en raptos de mala fe o de inexplicable distracción y reblandecimiento. La lengua predominante en la época mayor del primitivo Tiahuanaco

(1) Lo mismo [illegible] Boman [illegible] el calchaquí es un dialecto quechua [illegible] ... el cacán de esas regiones argentinas [illegible] ... Todo ello conduce a admitir [illegible]

nas de Carangas y otros de la parte oriental en la laguna de Chucuito, lo que parece indicar el camino de Candarave o el de Omate, Carumas y el valle de Tambo, regiones todas esencialmente aymaras. Esto concuerda maravillosamente con el sentido de la emigración, revelada por Cari Apaza. El Yamqui Pachacuti Salcamayhua (por [redacted] de [redacted] raza aymara) confirma dicha invasión de caris, que bajan al Collao desde las sierras de Potosí, siempre por el mismo camino que viene del Sur, vestidos con ropas angostas o **jállaj pacha**, enemigos de los de ropas anchas o **huiracochas**. Sabe también Pachacuti que el dios Huiracocha de Tiahuanaco maldijo a los collas y a su capital Yamquisupa, dejó asolada la gran ciudad teocrática, por haber petrificado a los tiahuanaquenses, y se retiró hacia el Norte. Tradiciones múltiples señalan Pucara y Cacha como los lugares en que los invasores collas pelearon con los de vestiduras largas, que eran los que retrocedían y a quienes la imaginación popular transfiguró en amazonas, o sean mujeres guerreras. El lugar de estos combates contra el curaca aymara Zapana es Chuncara, en tierra de los canas y Ayaviri (Cieza, Segunda Parte, Cap. IV). Enojado Huiracocha se retira más al norte de Cachi; se refugia en tierra que siempre ha sido quechua, como es Urcos, y allí le erigen otro gran santuario. Es muy de reparar que en la leyenda se le vea de continuo bien acogido y adorado por los quechuas, y que infaliblemente aparezcan ahuyentados y exterminados sus servidores por los aymaras. En Santa Cruz de Cahuana, región de los soras, los huiracochas construyen edificios, caminos y templos. Más arriba, en Huiñaque de Ayacucho, hay otros edificios, que Cieza atestigua obra de los mismos huiracochas, con jeroglíficos misteriosos. Subsiste, sin fallar en lo esencial, el triple y significativo paralelismo del idioma quechua, de las tradiciones de Huiracocha y de la penetración del estilo de Tiahuanaco. Si el idioma ha desaparecido o no se arraiga, cuando menos la alfarería tiahuanaquense acompaña las huellas del dios. Tal sucede en la Costa con los yungas de Calango, que adoraban en una roca los pies de Huiracocha. Dándoles razón, la arqueología contemporánea, en el inmediato valle de Pachacamac, ha descubierto los restos de la alfarería tiahuanaquense. En la región de Quito el dios peregrinante Huiracocha tuvo sus piedras sagradas en la llanura de Callo y a media legua de Amba-

to, y hacia el Cañar, en Gonzamana. En Cundinamarca el dios Bóchica, en viajes, hechos y hasta nombre tan parecido al quechua Huiracocha, que se presenta como su lógica continuación, no carece de la consabida piedra labrada en Izá. Este vasto repliegue de los tiahuanacos es como una réplica o eco de la huida de Quetzalcoalt, desde Tula a Cholula y el Anáhuac; y de su penetración en la Mayapán yucateca y en Guatemala. Razas hermanas las cuatro, quechuas y muiscas, mayas y nahuas, presentan leyendas y destinos concordantes.

Las diferencias de los aymaras con los quechuas y los antiguos tiahuanacos se ofrecen insalvables y evidentísimas. Los aymaras son mucho más bárbaros, robustos, prolíficos y fieros que los quechuas. Los quechuas y los incas los han considerado siempre como raza lerda e inferior, indómita y temible. (Véase Huaman Poma de Ayala). De las desemejanzas entre ambas razas que consigné en escritos anteriores, no tengo que rectificar sino lo tocante a la amplitud toráxica: en vista de modernos exámenes, parece comprobado que el mayor perímetro toráxico toca a los aymaras, lo que demuestra que han vivido largo tiempo en grandes alturas, como son las de Oruro, Potosí, Lípez y la puna de Atacama. Los collas o aymaras no se vestían con las túnicas de las estatuas de Tiahuanaco, ni éstas presentan la deformación craneana **saytauma**, propia de la raza colla; se entierran en chulpas, colocando a los difuntos en cuclillas, mientras que las necrópolis de Tiahuanaco pertenecen a otra manera de enterramiento, el horizontal. La cerámica tiahuanaquense es muy distinta de la geométrica de las chulpas, que los aymaras construyen.

Todo este cúmulo de pruebas, tradiciones y conjeturas, que ya hizo a Tschudi adivinar una solución muy próxima a la que expongo, ha llevado hasta al mismo Uhle a aceptar la grande e histórica invasión venida del Sur, única manera de explicar racionalmente la súbita interrupción de los edificios y estilos de Tiahuanaco. Atribuye esta invasión a los atacameños, cuyos últimos representantes habitan las cercanías de la comarca solariega indicada por Cari en Cieza. Si fueran aymaras o progenitores de ellos, la cuestión se resuelve: ya no habría divergencias. Pero su lengua, la **cunza**, no presenta mayores analogías con el quechua ni con el aymara. Apenas hallo, entre muchas disparidades, la raíz

atacameña **tócor** o **tócol** (hoyo, hueco, profundo) que corresponde al **chinatoque** aymara y al **tojo** quechua (nicho o alhacena); la de **caichi**, piedra, que se hermana con la **cala** o **tajsi** aymara; y **capur** (grande), que se ajusta al **táquet** aymara, y al **játun** y **jápaj** quechuas. Nada de esto es bastante, ni con mucho, habiendo en lo demás tan numerosas discrepancias. Insisto en que las etimologías aisladas son ineficaces e ilusorias.

Como por otra parte la genuina alfarería de Atacama no es idéntica a la colla-chulpa, y más bien se relaciona con la de los juríes y diaguitas, (1) y como las toponimias atacameñas expresadas por Uhle se muestran en mucho fantásticas — es risible que declare atacameños los tan españoles nombres de Oquendo y Matute—, no pecará de irrespetuoso e infundado desconfiar de esta su hipótesis, iniciada por Von Buchwald y todavía inciertísima. En todo caso, pudo ser la postrera invasión, la última onda de los **caris**, la retaguardia retrasada en varias generaciones o siglos; pero nó la intrusión mayor y más catastrófica, la que destruyó Tiahuanaco y exterminó a los huiracochas isleños, referida por Cieza, pues el apellido Cari ha de ser designación quechua o aymara, harto mejor que atacameña, por el significado ostensible. Lo más verisímil es que en el momento de la ruina de Tiahuanaco, período de gran confusión y transmigraciones de pueblos, el aridecido lugar que desocuparon los aymaras, lo tomaran estos atacameños venidos del S. E., al propio tiempo que los araucanos bajaban de allí y de Copiapó al centro de Chile. De todos modos, los actuales habitantes del Collao, que hablan la lengua aymara, resultan hasta para Uhle, en buena parte siquiera, progenie de una invasión bárbara, de la que destruyó el imperio de Tiahuanaco. La repentina desaparición de éste ante la acometida de invasores feroces, se corrobora por el pasmo que acreditan las escasas tradiciones aymaras, confesión clamorosa de la ignorancia de los inmigrantes acerca de los orígenes y construcción de aquellas gigantescas moles, lo sorpresivo del descubrimiento de estos palacios y portadas por los caris, y la interrupción de las tareas edificadoras. No es razonable atribuir la creación de un imperio a los mismos que no la explican, y cuyos jefes confiesan haberlo atacado y aniquilado. Seguir sosteniendo que los aymaras son los constructores de Tiahuanaco porque viven desde antiguo en aquella región, aun-

(1). El parentesco íntimo de atacameños y diaguitas con el[...] tribus chilenas aparece muy satisfactoriamente comprobado [...] D. Ricardo Latcham (Elementos indígenas de la raza [...] en la Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiag[...]

que sus obras posteriores arquitecturales y cerámicas difieran radicalmente de las tiahuanaquenses, es como si se nos atribuyera a los criollos la edificación de las pirámides de Maranga y de Pachacámac, sólo porque moramos junto a ellas; a los yanquis, la construcción de los Mound Builders; o a los españoles cristianos, la Giralda de Sevilla.

Al paso que la cerámica geométrica aymara reviste aspecto tan distinto de la ornamentación tiahuanaquense, al paso que la arquitectura y enterramientos de las chulpas se apartan de lo megalítico (según es de ver en Sillustani y en las mismas tumbas reconocidamente collas elevadas junto a las ruinas de Tiahuanaco), y que, conformes con el itinerario de los invasores caris, esas chulpas o torres sepulcrales se presentan en los Andes chileno-argentinos (paso de San Francisco, al sur de la puna de Atacama), y se detienen al este del Altiplano, respetando aproximadamente hacia Cochabamba la separación de las lenguas, y reproduciendo en piedra el tipo de la cabaña cónica de barro, general hoy mismo en Oruro y en el Aullagas; para confirmación de todos estos reveladores datos e impugnación del aymarismo, vemos que los incas, cuya raza y lengua quechuas hemos de probar adelante, derivan todo, mitos y tradiciones, arquitectura y alfarería, de la cultura de Tiahuanaco. Es sorprendente cómo, aun el aríbalo, que es lo más característico de la alfarería incaica, cuenta con claros precedentes en Tiahuanaco. Un ejemplar, guardado en el Cuzco, luce por encima de los adornos geométricos (influencia indiscutible colla-chulpa), el estilo figurativo tiahuanaquense, entonces olvidado en el Collao y conservado en tierras quechuas.

deros se nombraban los príncipes Cium, Cumtipallec, Nofanech, Lanipatcum, Tempellac, de eufonía maya. Otros patronímicos mochicas ulteriores son Xualap, Chialap, Chanchén, Nanllún, Ulmux, Tecop, Xacmal, Jutepete, Tolloc, Chipnuc, Yecmic, Uxuel, Coxtol, etc. Desembarcó Naymlap en las bocas del río que denominaba Faquislangá [redacted]. Edificó un templo que se decía Chot. Atendamos a que Chob es una divinidad maya; y a que Cium, sucesor de Naymlap y tronco de numerosa prole, se asemeja mucho a la palabra maya **yum**, que significa padre. Los colonizadores hubieron de llegar a las sierras inmediatas de Otuzco y Contumazá, donde Chota y Sinsicab, Usquil, Monchacab, Uningambal, Guzmango y Chuquimango evocan lugares y voces de Centro América. No se trata del **mallcu** quechua o aymara: hay un inmediato Guaymango en San Salvador. Al norte de Cajamarca, entre las muy quechuas Bambamarca y Cochabamba, se estableció otra Chota, rodeada también de exótica toponimia: Nanchiod, Niepos, Tocmoche, Chancay, Chulit, Nomoyoc, Collud. Si tal sucede en la serranía cajamarquina, la propagación de la onomástica forastera es lógicamente mayor en los campos y quebradas de Trujillo y Pacasmayo: Chanchán, Cao, Nepén, Virú, Mocán, Sipán, Tinacap, Charat, Coipín, Chepén (que antes se llamaba Chepentepac), Lloc, Paiján, Cajanleque, Jequetepeque. Aquí hasta el **tepec** nahua resuena. Las localidades parecen ecos de las de Panamá, o de las de San Salvador y Guatemala. Cualquiera creería, por los nombres, que los pueblos salvadoreños de Jayaque y Tamanique son fincas rústicas de Lambayeque o Trujillo. Tuvimos una aldea de Noquique, junto a Chérrepe, hasta mediados del siglo XVI.

Al cabo de algunas generaciones, los vástagos de Naymlap cayeron en el vasallaje de sus parientes o afines chimus, que construían con gruesos adobes Chanchán, junto a Mansiche, al septentrión de los deshabitados templos primitivos y tiahuanaquenses de Moche. Los últimos curacas de Lambayeque, súbditos ya del Gran Chimu y de los Incas, se apellidaron todos Pisan, y sus nombres individuales fueron Llem, Chullum, Fellum y Pecfum. La terminación en **um** para los propios, y las en **ac**, **al** e **il** para los de lugares, son características de los mayas. Algunos de

Huanacauri). De los incas inferiores u orejones de segunda clase, salían los inspectores o visitadores del imperio. Cuando se emprendía una campaña, formaban el cuerpo principal del ejército, algo muy parecido a la guardia noble de otras monarquías, o a los melóforos e inmortales de los persas aqueménides. Sólo ellos podían recibir la investidura del huarachiqui correspondiente a la iniciación en esta orden de caballería hereditaria o milicia especial, que no era en suma sino la nación de los incas armada. Consta que el ídolo de Huanacauri, custodiado por los allcahuizas, se llevaba aún a las expediciones más lejanas, a manera de paladión. Cuando los dominios incaicos se extendieron, hubo, es cierto, altos jefes alienígenas, gobernadores de provincias o capitanes de millares, que no eran incas ni a veces quechuas, y feudatarios como el Gran Chimu y el curaca de Chincha, conducidos sobre literas de honor en el séquito imperial; pero nunca se ve que alguno de éstos luciera el privativo título de Inca, que correspondía sólo a los cuzqueños orejones, bien residieran en la capital y sus cercanías, bien en colonias de mitimaes o guarniciones de fronteras, que hubieron de multiplicarse en las épocas posteriores. Muy claro dice Cieza que eran nobles de primer grado, o sean Incas "los que vivían en la parte del Cuzco y sus descendientes". Garcilaso, a pesar de su ingenuidad y errores, atribuye el privilegio del incazgo o dignidad nobiliaria superior a concesión de Manco Cápac, pero sólo a sus primeros vasallos. Sin reparar en tal limitación y en el sello hereditario y local, hay peruanistas que equiparan los incas de privilegio a los modernos lores ingleses, creados por el Rey de Gran Bretaña en atención a sus méritos y talentos individuales. Tal paralelo es una caricatura, de falsedad clamorosa, perjudicial en alto grado porque perturba toda recta comprensión de la sociedad incaica.

No menores despropósitos se han acumulado para negar la personalidad de Manco Cápac. A no ser que profesen ciertos críticos una especie de absurdo ateísmo histórico, y expliquen los movimientos de las naciones y los combates de las tribus, por impulsos colectivos tan inconscientes que para nada requieran la existencia de jefes o conductores, habrá que reconocer que la emi-

VIII

SOBRE LAS MOMIAS DE LOS INCAS

Carta redactada por Riva-Agüero y suscrita conjuntamente con Guillermo Salinas Cossío y Carlos Morales Macedo, dirigida al Presidente de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, dándole cuenta de la comisión recibida. Se publicó en El Comercio, *Lima, 1 de abril de 1938, p. 7.*

NOMBRADOS los infrascritos por el predecesor de Ud. con motivo de las obras en el sitio del antiguo Hospital de San Andrés, para escudriñar el paradero de las momias de los soberanos Incas que constan haberse allí inhumano, cumplimos la obligación de referir brevemente nuestras búsquedas que han sido hasta hoy infructuosas, y las noticias históricas que en ellas nos guiaron.

Como antecedentes conviene recordar que los historiágrafos más copiosos y exactos de los Incas, narran la conservación de los cadáveres de éstos, y su frecuente exposición antes de la Conquista castellana, en la gran plaza del Cuzco, para banquetes y ceremonias casi diarias. Ondegardo relata que los cuerpos de los monarcas incaicos, y los de sus esposas legítimas o Coyas, cubiertos de ricas mantas y asentados en tronos bajos o tianas, se exhibían de ordinario, siempre que el tiempo lo permitía, en la plaza Mayor frente al Coricancha, y junto a ciertas hogueras encendidas desde el amanecer hasta el mediodía; y que los capitanes designados para su servicio, y los hombres y mujeres de sus cofradías o panacas genti-

licias, se ocupaban en ofrecerles sacrificios, banquetes y brindis, como si estuvieran vivos, a los que asistía a menudo el propio Inca reinante. (Colec. Romero y Urteaga, tomo 3 págs. 123 y 124). Cuando la invasión española, los indios ocultaron en diversas partes las momias imperiales tan reverenciadas, sin dejar de adorarlas y hacerles contínuos presentes. Para evitar esas idolatrías, el Corregidor del Cuzco, que era el mencionado Polo de Ondegardo, puso empeño especial en descubrirlas; y vino a hallarlas casi todas, de 1550 a 1560. En el primero de los años dichos y en el inmediato pueblo de Bimbilla o Menbille, descubrió los cuerpos de Sinchi Roja, Mayta Cápaj y Cápaj Yupanqui, dentro de unas jaulas o barretas de cobre (Sarmiento de Gamboa, *Historia General Indica*). De los otros reyes de la dinastía Hurin Cuzco, no parecieron el de Manco Cápaj ni el de Lloque Yupanqui, sino sólo sus ídolos o huauquis, sea porque esas dos momias ya no existían o porque sus servidores se las habían llevado a Vilcabamba u otros lugares recónditos. De los de la segunda dinastía o Hanan Cuzcos, fueron halladas las de Inca Roca en el pueblo de Rarapa, la de Pachacútec en Tococachi (parroquia de San Blas), las de Amaru Yupanqui y Huayna Cápaj, y las de las Coyas Mama Runtu, mujer de Inca Huiracocha y Mama Ojllo, mujer de Túpac Yupanqui. Los cadáveres de estos Incas Huiracocha y Túpac Yupanqui estaban reducidos a cenizas y encerrados en sendas tinajas, ocultas en Saquia Saquisahuana y en Calispuquiu, por haberlos quemado respectivamente Gonzalo Pizarro y Chalcochima, el General atahualpista. La identificación de los restos de Huiracocha es algo incierta, no ya sólo por lo que dice Garcilaso, propenso a inexactitudes, sino por las razones que apuntó Jiménez de la Espada, y por la indecisión entre los testimonios de Ondegardo, el del Padre Acosta y los resúmenes de los informes del Virrey Toledo en la *Historia* de

Sarmiento. También aparece incierto el descubrimiento y remisión a Lima de la momia de Yáhuar Huácac, como se verá por el texto y las correcciones marginales de la referida *Historia* de Sarmiento de Gamboa, de la cual se desprende la mera creencia o posibilidad de haberse hallado el cuerpo de Yáhuar Huácac en el pueblo de Paullu.

De Huáscar no quedó momia. Ni lo embalzamaron sus asesinos; sino que lo descuartizaron, y arrojaron los pedazos de su cuerpo al río Yanamayo; Atahualpa, enterrado en Cajamarca, fue en secreto exhumado por sus indios y llevado sin duda a Quito. De los últimos Incas, Sayri Túpac y Túpac Yupanqui, se sabe de cierto, que los sepultaron en la iglesia de Santo Domingo del Cuzco, como que fueron bautizados.

Las nueve o diez momias reales, enviadas por Ondegardo a Lima, a D. Andrés de Mendoza, Marqués de Cañete, se llevaron al Hospital de Españoles de San Andrés, fundación del nombrado Virrey. El Padre Acosta dice que allí las vieron muchos castellanos; y que cuando él escribía, ya estaban maltratadas y gastadas. Ondegardo y Garcilaso, por su lado, que las vieron en el Cuzco, las describen tan frescas como si acabaran esos Incas de morir. Del contraste se colige que permanecieron algún tiempo al descubierto en San Andrés, expuestas a la humedad y destructora neblina limeña y fueron inhumadas al cabo en unos corrales de ese Hospital, según lo repiten varios contemporáneos de la llegada y sepultura de dichos restos incaicos.

Para acertar sobre cuáles fueron precisamente aquellos corrales, pues el área del Hospital y sus anexos era en los primeros tiempos mucho mayor que después, convendría examinar planos y ducumentos vetustos, que hemos encargado a España, en especial a Sevilla y su Archivo de Indias, donde verosímilmente han de guardarse, y que

aun no han venido, muy explicable retardo por las actuales circunstancias de la antigua Metrópoli.

Es de suponer que los cuerpos de Incas y Coyas inhumados en Lima lo fueron en lugar secreto del Hospital, y despojados de sus ídolos y ofrendas, como que el motivo de su traída a nuestra ciudad y su sepultura en ella fue evitar supersticiones; pero algunas mantas ricas y otros indicios quedarían reconocibles, aunque no fueran sino las peculiaridades de la raza indígena, en un Hospital destinado a castellanos, mestizos y otras castas, con exclusión de los indios, para los cuales se reservaba el próximo de Santa Ana. No han podido tampoco enterrarse las momias incaicas en la capilla ni en los cementerios benditos que en el mismo Hospital de San Andrés servían para la generalidad de los enfermos que morían allí, porque los Incas como gentiles no habían de sepultarse en sagrado. Hemos removido por eso de preferencia los patios interiores, el lavadero, los pasadizos, y la huerta en que se construyen casas modernas. Hemos hecho perforar el suelo en otros puntos diferentes, sobre todo donde parecían existir bóvedas y subterráneos. Nuestras espectativas han sido defraudadas.

En la bóveda del pasillo que va del comedor a la sala de fiestas hallamos numerosos restos humanos, en fragmentos de huesos que al tocarlos se deshacen, por la humedad del terreno en que largo tiempo yacieron. Lo mismo ocurrió con los del patio que está al Sudoeste de la Capilla; en nuestra afanosa escrupulosidad, registramos igualmente la cripta pequeña de la propia capilla, aunque no era presumible que allí se hubieran depositado las momias incaicas por la razón de Derecho Eclesiástico apuntada arriba. En la referida cripta hay muchos restos humanos como era de suponer; los más regados por el suelo, y se ven varios cráneos. En una caja de madera, que hemos hecho reemplazar por féretro, hallamos una

osamenta que corresponde a un individuo de breve talla, a juzgar por la longitud de los huesos fémures y húmeros y con capacidad craneana e índice cefálico que permiten clasificarlo como de tipo europeo. Atendiendo a la contextura ósea y al estado de los rebordes alveolares de ambos maxilares, los tales restos corresponden a un anciano. La caja no contiene su esqueleto íntegro, pues faltan no pocos huesos menores, como casi todos los de las falanges digitales. Por los documentos adjuntos al cadáver encerrados a sus pies en una botella, que datan del año 1868, y con las debidas certificaciones auténticas, se viene en conocimiento de ser ese esqueleto el de un Obispo que, con sus vestiduras moradas, alba, guantes y el hilo sostenedor de su pectoral, fue exhumado en el inmediato pasillo y llevado a la bóveda de dicha capilla, según se lee en aquellos documentos y en los períodicos de la época. Se infiere por varias conjeturas que corresponde al Obispo de Quito D. D. José Cuero y Caicedo muerto en desgracia el año de 1815 en el Palacio Arzobispal de Lima, donde se hospedaba, y enterrado sin pompa alguna, probablemente en el mismo Hospital de San Andrés.

Nueve años desués de esta fortuita exhumación del cadáver del Obispo o sea en 1877, aparecieron numerosísimos restos humanos entre dos paredes o quinchas del Hospital, que se juzgaron provenir de mil a mil quinientos cadáveres que allí estaban hacinados. Quizá era entierro mural ordinario del establecimiento en una época, o mejor aún arbitro excepcional cuando un terremoto o una epidemia. Hubo sobre esto y las momias incaicas polémica periodística entre los estudiosos D. José Toribio Polo y D. Teodorico Olaechea, de que se reprodujo una parte tocante al imperio, en el tomo décimo de los *Documentos Literarios del Perú* compilados por O. Manuel Odriozola.

Al año siguiente, cuando debían estar vivos los ecos de esta controversia pública sobre el paradero de las mo-

mias de los Incas, ocurrió un incidente revelador de bárbara despreocupación e incultura, no sin ejemplos e imitaciones por desgracia en nuestro medio y fue que, según la asevera la Sra. viuda de Lazo, antigua profesora de partos, que aún hoy vive y que a la sazón estudiaba en ese local su oficio y según lo confirma en todo lo principal el Sr. Canónigo Barrantes, que también subsiste felizmente, descubrieron el capellán y las monjas, por indicación de alguna alumna, en el mismo patio interior contiguo a la capilla y al lavadero, en el que hemos excavado de nuevo recientemente, una bóveda pequeña que contenía momias, que por el pelo y las formas parecían de indios, cosa insólita en tal edificio, salvo si se tratara de los Incas inhumados en la mitad del siglo XVI. Sin reparar en tan racional sospecha, el Inspector de Beneficiencia de entonces ordenó su inmediato traslado al Cementerio General, sin la consulta particular e inexcusable a esta Sociedad y al Gobierno que ya poseía un Museo. Con esta prisa se ejecutó el definitivo sepelio en una fosa común o zanja. Sumergidos en el montón innumerable de muertos anónimos pueden haberse perdido así los cuerpos de los soberanos autóctonos del Perú. Apenas quedan algunas esperanzas de hallarlos en San Andrés.

Si nos llegan las noticias que hemos solicitado a España sobre la disposición primitiva del Hospital y lugar de los corrales en que se enterraron las momias traídas del Cuzco, pediremos a la Beneficiencia emprender nuevas excavaciones, ya mejor encaminadas con los datos que se logren. Entretanto, creemos de equidad que se reparen los desperfectos y perjuicios que nuestras suspendidas excavaciones de los últimos meses han irrogado a las beneméritas Madres de María Inmaculada, maestras del Servicio Doméstico y actuales ocupantes de lo que fue el histórico Hospital de San Andrés para Españoles.

IX

LAS LENGUAS INDIGENAS Y EL CASTELLANO EN EL PERU

Charla, hasta ahora inédita, dictada en la Escuela Superior de Lenguas Extranjeras *de Tokio, el 14 de diciembre de 1938.*

ENTRE las muchas satisfacciones que me proporciona día a día mi venida al Japón, es una de las mayores hablar entre vosotros mi propia lengua castellana, sintiéndome perfectamente entendido, y oir en mi mismo idioma los amables discursos que me habéis dirigido y que me conmueven por su sinceridad.

En esta Escuela Superior, no necesito entrar en preliminares filológicos, que vosotros conocéis, sobre el carácter aglutinante de todas las lenguas americanas indígenas, que se agrupan no menos que en ciento veinte familias. Ese carácter aglutinante es el mismo que distingue a la gran mayoría de las lenguas mongólicas. Debo advertir sólo que el pretendido monosilabismo del *otomi* en Méjico es una ilusión muy errónea, hoy del todo confutada. A más de aglutinantes, los idiomas americanos indígenas se caracterizan por *incorporantes* y *polisintéticos*; pero estas dos características no son, como creían Briton y su escuela de la pura originalidad americana, peculiares ni exclusivas del nuevo continente, porque tales condiciones se hallan más o menos claras en algunas

lenguas fuera de América, según podría advertirse hasta en el éuskaro o vascuense de España.

Las lenguas de América son muy parecidas entre sí en gramática, estructura o morfología. No son tampoco muy diferentes en fonética. Eso sí, se apartan mucho en vocabulario. Por ello y por su extraordinaria diseminación en dialectos, como que no bajarán de mil a mil doscientos, no puede con facilidad establecerse su vínculo de derivación de la cuna asiática, ni siquiera su orden o precedencia dentro de América misma; efectos ambos de lo muy antiguo de las emigraciones, y del aislamiento en que vivieron las diversas tribus, por las distancias en el área inmensa; por la falta de escritura en casi todas las regiones americanas; y, hasta en las poquísimas que, como Méjico, la alcanzaron, por lo tardío y defectuoso de su convencionalismo semifonético, todo lo cual explica la enorme variabilidad lingüística americana.

Viniendo ahora directamente a mi tema, al propio terreno peruano, diré que la primera lengua indígena en la serie cronológica, la primera de la cual se conservan vestigios en el Perú, así en la Costa como en la Sierra, es la *puquina*, de la cual vienen a ser no más que variedades o dialectos las de los *uros* en el altiplanicie del *Titijaja*, y las de los *changos*, indios pescadores que vivían en el litoral de Cobija y Antofagasta. La identidad de estas lenguas de los puquinas, uros y changos ha sido demostrada por los trabajos lingüísticos de los americanistas franceses Rivet y el Marqués de Créqui-Montfort. Todos aquellos pueblos citados pertenecían filológica y étnicamente a la extensa familia *arahuaca*, difundida por el norte de la América del Sur y que ocupó las Antillas hasta la península de la Florida inclusive, hacia donde la empujaba, cuando la conquista castellana, la invasión de los caribes. Qiere decir esto que la lengua *uru-puquina* en el Perú corresponde a la primera uniforme cultura,

homogénea con las regiones del Amazonas y que cubría hasta el norte de Chile. Representa una invasión antiquísima de los dolicocéfalos mongoloides, que fueron luego reemplazados en la Sierra por los dolicocéfalos y mesaticéfalos andinos, mongoloides también, que trajeron las lenguas de la familia quechua-aymara (hermanas de la araucana o mapuche de Chile): y en la Costa por los mochicas, que corresponden a otra raza braquicéfala mongoloide, la cual provenía de Centro América, pues aparece muy afin de los *guaymos* y *talamancas* de Costa Rica y de los *güetaros* y *chorrotegas*, extendidos desde Chiriquí hasta Chiapas en Méjico.

Los mochicas o peruanos costeños empleaban tres dialectos principales: el *mochica* propiamente dicho, que es la lengua de Chanchán, la capital del Gran Chimú, y que se difundía con variantes hasta el sur de Lima por lo menos; la *sec* y la *quignán*. Dichos dialectos están hoy extinguidos. El último lugar en que se habló uno de ellos fue el puerto de Eten, hasta los primeros años del presente siglo XX. Ha dejado allí herencia fonética que adultera el castellano, con su diptongo *œ*, y la consiguiente propensión a rematar en *e* muchas palabras españolas de terminación diversa. En el siglo XVII D. Fernando de la Carrera, cura de Reque, compuso el vocabulario de ese idioma, al cual le dió el nombre de *yunga*, apelativo de la Costa o *Tierra Caliente* en general. Estos mochicas vieron robustecidas sus afinidades centroamericanas con diversas emigraciones mayas y nahuas, como la de Naylamp en Lambayeque, relatada por el cronista Cabello Balboa. Hay toponimia maya en Chiclayo y Trujillo, y aún en las provincias interiores de Contumazá y Luya; y onomástica nahua, (sin duda hermana de la de los próximos siguas de Costa Rica), como el saltante *tepec* (cerro), en dos localidades de la provincia de Pacasmayo (Chepentépac y Jequetepeque).

Dejaremos de lado, como menos importantes, las otras lenguas forasteras o *ahuasimi* de la Montaña o región de los Bosques. En ella, salvo la *maynas*, dialecto del quechua, las demás pertenecen a la vasta familia *arahuaca* de que acabamos de hablar, o a la *tupiguarani*.

Llegamos a los dos andinas principales; la quechua y la aymara. Son muy próximas, no sólo en sonidos y formas gramaticales sino también en vocabulario. Hasta una cuarta parte de las palabras son comunes o presentan muy leves diferencias. Aunque Uhle lo haya negado alguna vez, puede decirse que son hermanas gemelas, como lo son por ejemplo, el *zend* y el *sánscrito*, el griego y el latín, el ruso y el polaco. Parecen derivarse de un tronco arcaico único, cuyo tipo actual más próximo subsiste en el *ájaro* o *cauquí*, que se habla todavía en unos pocos pueblos de la provincia de Huarochirí en Lima y se extendió antes por la de Canta. Lo más curioso es que las formas antiguas del quechua se hallan sobre todo en los dialectos del Norte, como en el chinchaysimi, el maynas y el quiteño; y se advierten aún en las lenguas de los Colorados y Sayapas del mismo Ecuador y en las de los Napos y Canelas de sus selvas colindantes. A mi ver y el de muchos autores, todo esto significa que el primer gran imperio andino tuvo su origen por el Norte del Perú y que se dilató luego hacia el Titijaja, de donde lo desplazaron las tribus pastoras meridionales de su misma raza, que constituyen las región étnica y filológica del aymarismo, el cual comienza propiamente en Canas y Canchis. Las infiltraciones aymaras más septentrionales se explican por ese período *colla*, que es el de invasión y anarquía subsiguientes al primer imperio, y por los transportes o colonizaciones militares (*mitimaes*) del segundo imperio, que fue el de los Incas, reconstitución o restauración de aquél.

El idioma oficial obligatorio de los Incas fue el quechua, ya en su forma moderna (*runasimi*). Tuvieron además los Incas su lengua particular o cortesana, que era prohibida para cuantos no pertenecían a la raza incaica o clanes imperiales. Esta lengua cortesana o secreta, que se ha perdido con la conquista española, no era sino el dialecto quechua propio de la comarca de Pacaritambo, solar de las tribus incaicas. Pero el quechua común subsiste, hablado por más de tres millones de personas en las serranías del Ecuador, del Perú y del sur de Bolivia, y hasta hace pocas generaciones se usaba en todo el norte de la Argentina. Tiene alguna literatura, pues los españoles y muy especialmente los misioneros recogieron las oraciones y cantares orales, y aún compusieron sermones y dramas mixtos, con elementos de procedencia española, como el célebre drama *Ollanta*. Fue naturalmente, de las lenguas indígenas, la que más influyó sobre nuestro castellano del Perú, suministrándonos muchas palabras, pues el aymara se ha recluído en una de las provincias de Puno, y en las de La Paz y Oruro en Bolivia.

Pasando al castellano hablado del Perú, me reduciré a observar, para no prolongar demasiado esta charla, que sus particularidades fonéticas son las del andalucismo en España, semejanza que le es común con las otras regiones hispano-americanas. De allí provienen la proscripción de la *c* y la *z*, sin más excepción natable que el habla cuzqueña en algunas pocas voces (doce, diecisiete); y la aspiración de la *h* por ejemplo en *jalar* (halar), *juerga* y *jijo* (plebeyismo de huelga e hijo), jeder, joz y jocear (de heder, hoz y hocear). Otros fenómenos han sido generales en todo el ámbito del idioma, como desde el siglo XVII la transformación del sonido *x* en *j*, que ha desfigurado tanto las etimologías indígenas, (Cajamarca, Jauja, Cajatambo).

La diferencia entre la *ll* y la *y* y también la *s* silbante se conservan en la Sierra, fortificadas por antecedentes indígenas. En la Costa, más españolizada, se perdieron, por seguir la dirección materna sevillana. Lo mismo puede decirse del *leísmo* y del *loísmo*.

Muchas de nuestras peculiaridades son meros arcaísmos, retenidos en nuestro medio colonial desde el tiempo de los conquistadores. Así *trebejos* por *trastos*, *catay* por *he ahí*; la segunda persona del singular con s: *hablastes*, *dijistes*; y otras muchas formas caídas en desuso en el lenguaje culto: *agora*, *arrempujar*, *naide*, *mesmo*, *dende*, *recebir*, *escrebir*, *endenantes*, *truje*, *vide*; el régimen de *entrar* a, en vez de *entrar en* etc. Igualmente se advierten cambios de letras como *alberja* en lugar de *arbeja*, *ñato* en vez de *chato*, etc. No obstante estos cambios y muchos criollismos, venidos del quechua en su mayoría, y de algún empobrecimiento de léxico y abuso de diminutivos, el castellano en el Perú se conserva bastante castizo y semejante al de la Madre Patria, con igual fidelidad que en Colombia y Méjico, superior a la de otras regiones hispano-americanas.

El castellano ha tenido en el Perú cultivadores distinguidos, desde los poetas y prosistas de la edad colonial hasta los del siglo XIX, entre los que sería imperdonable omitir a D. Felipe Pardo, Segura y Palma.

Debemos en los días presentes combatir la plaga de neologismos, no ya sólo galicismos, sino también anglicismos seudocultos, verbigracia el uso preferente, y ocioso de la voz pasiva. Más, a pesar de estos lunares, el verdadero, racional y genuíno nacionalismo lingüístico peruano, que no rechaza sino aclimata los términos indígenas, castellanizándolos, y adopta las voces nuevas de veras necesarias, puede mantener el vigor del idioma castellano en nuestras tierras, signo de lo esencial y duradero de la cultura hispano-americana.

X

RECTIFICACION NECESARIA: PROFESION DE PERUANISMO INTEGRAL

Rectificación publicada en La Prensa, *Lima, el 29 de julio de 1944, en el* Mercurio Peruano, *Lima, Nº 206, mayo de 1944, pp. 320-322 y Nº 213, diciembre de 1944, pp. 630-632, y en Afirmación del Perú, t. II.* Fragmentos de un ideario, *Lima, 1960, pp. 17-23.*

ME ha sorprendido muchísimo que un número de los últimamene llegados a Lima de *Orden Cristiano* bonaerense, reproduzca el artículo del Señor Ricardo Pattee, aparecido en la *Revista de América* de los Estados Unidos, pues el referido escritor, que preside asociaciones católicas y es Asesor Cultural de la Secretaría de Estado en Washington, y según mis noticias ha viajado por el Perú, estampa en aquel artículo las siguientes inexactas y malintencionadas frases: "José de la Riva-Agüero representa en el Perú esta posición extremista, que mira a todo lo que no es de origen español, en el estricto sentido de la palabra, como algo exótico, extraño y digno de conservarse en un museo. Nada puede ser más desafortunado que esa abdicación del interés por los indios y su incorporación progresiva a la sociedad nacional" (pág. 304 del *Orden Cristiano*, Buenos Aires).

Lo menos que merece este señor, que tales arbitrarias exclusiones y antojadizos desdenes me achaca, es decirle que no está enterado de lo que habla, y que ha si-

do víctima de burdos embusteros o crasos ignorantes. Mr. Pattee prosigue en sus cansadas exhortaciones supérfluas, como si los que nos preciamos de ser consecuentes con nuestra religión católica y nuestras hispánicas tradiciones no fuéramos precisa y necesariamente por ello partidarios de la completa asimilación de los aborígenes al revés de lo que ocurrió en distintas partes. Nosotros vamos tras la generosa y clara estela que nos trazan las bulas y cartas de los Pontífices Romanos, desde Paulo III y San Pío V, y las Leyes de Indias, dictadas por los antiguos Reyes de España, desde el testamento de Isabel la Católica y las Ordenanzas del Emperador Carlos V. Me he mantenido siempre fiel a aquellos postulados del peruanismo integral. En lo demás he variado, y creo que para mejorar; mas quienquiera que lea, con alguna lealtad y rectitud de ánimo y siquiera elemental conocimiento del idioma, cuanto he producido, tendrá que reconocer que acepto y aplaudo todo lo valedero y utilizable, y que es bastante, en la herencia indígena y en especial la incaica. Colaboré desde mi primera juventud, con asiduidad y celo, en la *Sociedad Pro-Indígena,* que hace muchos años dirigía el orador y escritor Capelo. Gasté buena parte de mis bríos estudiosos juveniles en el examen y reivindicación de los *Comentarios Reales* de Garcilaso, rehabilitándolos del descrédito en que los habían sumido sus detractores, y puse en mi tarea afectuosa vehemencia, sin detrimento de la verdad y la justicia. Después, con muy sincera admiración, quizá desbordante, compuse el *Elogio* del mismo cronista mestizo Garcilaso, el más lírico de los apologistas del régimen incaico. Recorrí, a modo de fervoroso peregrino, el Cuzco y sus épicas comarcas. Redacté mis *Paisajes Peruanos* de la Sierra, que si bien no reunidos en un tomo, aparecieron en revistas y diarios, y significan la exaltación del nacionalismo hispano-indio, extremoso a las veces, tanto que ha podido inspirar o confirmar

algunas audacias indigenistas posteriores. Sobre cómo entendía yo entonces "la imprescindible solidaridad y confraternidad de blancos, mestizos e indios" y cómo "las diversas razas del Perú componen el alma y el cuerpo de la Patria", consúltense los términos vibrantes del Epílogo de mi libro *La Historia en el Perú* (1910). Por tales tendencias mi amigo argentino Roberto Levillier, ha censurado mi desconfianza de las *Informaciones* del Virrey D. Francisco de Toledo. El ilustre mejicano D. José Vasconcelos y el inolvidable peruano Carlos Pareja me han llamado derechista indianófilo, tildándome de admirador excesivo del Imperio de los Incas. No me pesan las benévolas reconvenciones de los de mi bando. Al defender el Tahuantinsuyo, me siento en buena y familiar compañía hispana: no sólo con mi querido Garcilaso de la Vega, sino con Cieza de León y el P. Acosta, Polo de Ondegardo y Hernando de Santillán. Más de la mitad de mis escritos tratan de asuntos del Perú indio, comenzando de las civilizaciones andinas preincaicas y viniendo a la condición de los ayllos o comunidades agrícolas (*Discurso en el Colegio de Abogados*). Para mí y los que como yo piensan, la peruanidad consiste en el legítimo cruzamiento de lo español con lo indígena. La Conquista castellana trajo al Perú los elementos esencialísimos de la religión, el idioma y las letras. No lo ha de negar Mr. Pattee, que sin la colonización española los nativos habrían continuado siendo idólatras con sacrificios humanos, ignorando las escritura y mil otras invenciones primordiales y hablando sólo quechua o más obscuras lenguas. Pero la simbiosis con los indios determina en los propios criollos y los mestizos una importante idiosincrasia afectiva, que trasciende profundamente a la literatura y demás artes, según lo he indicado en mis ensayos críticos sobre la poesía de las distintas épocas del Perú, y particularmente en mi volumen *El Perú histórico y artístico* (Santander, 1921).

En ese librito escrito e impreso en España, confieso de paladina manera "la efectividad y prosperidad de la civilización incaica". Literalmente la proclamo verdadera, si bien incompleta, civilización autóctona (págs. 13 y 50). En él me detengo a explicar las hermosuras de la mitología y el folklore de los indígenas o aborígenes (págs. 17 a 48), y señalo el poderoso fermento indio que hay en el arreglo españolizado del drama quechua *Ollantay* (págs. 41 al 50), en las obras del Lunarejo (pág. 113), y en casi todo nuestro churriguerismo, en las Bellas Artes del Virreinato (Véase también el primer tomo de mis *Opúsculos*, págs. 358, 465 y sgts.).

Dejando este campo ya de las Bellas Artes y Letras, y entrando en diverso terreno, ¿quién que abrigue algún interés por nuestros ideales políticos de legítima y autónoma organización de Sud-América (pues aunque muy pocos, quedamos todavía para conservarlos, respetarlos y sostenerlos), no interpretará mi tesonero alegato en favor del Perú Grande, o sea la Confederación Perú-Boliviana, en sus tres momentos históricos (1826-1836-1880), iniciado desde una de las monografías de mis años mozos, sobre *Las Revoluciones de Arequipa y el Deán Valdivia*, y continuado en tantas ocasiones posteriores, sino como el argumento y demostración de anhelar yo y requerir para nuestra nacionalidad una base, no meramente criolla, sino además mestiza e india, provista de fronteras naturales, asentada sobre mezclas y razas homogéneas y antecedentes genuinos de todo orden, para ser algo más y mucho más que trampantojo y quimera, mezquino localismo aldeano o máscara bufa de engañosa servidumbre? Consonando con tales premisas, he estudiado y alabado en varias oportunidades la obra catequizadora y asimiladora de los misioneros peruanos y españoles. En mi curso de *Civilización Prehispánica* (Universidad Católica de Lima, 1937, pásg. 85 y 175), he deducido como conclusiones

que "el amor patrio no se reduce a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y al culto por todos lo que nos antecedieron en este suelo, a la *Comunidad de tradición territorial, y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar la arcaico"*; que "los Incas crearon la patria peruana"; que "los vestigios de su gran imperio todavía nos asombran y estimulan"; que desde el punto de vista del nacionalismo, las indagaciones sobre su historia superan en utilidad los beneficios innegables y las excelencias de la Conquista hispana, "porqué ésta nos convirtió en provincia, sumándonos a un imperio mayor, pero con la inferioridad y dependencia, consiguiente"; que "el Perú, como las construcciones del Cuzco, tiene rejas, adornos, artesanado y mobiliario españoles, pero los cimientos son de la edad de los Incas"; y que "la posición de todo peruano sensato ha de ser equidistante del indigenismo exclusivo y ciego, y del europeismo anti-incaico".

Por fin, en el prólogo a un libro del Dr. Horacio Urteaga, historiador nada sospechoso de propender al españolismo intransigente, he repetido una vez más dicho concepto conciliatorio: "Dos herencias, a la par sagradas, integran nuestro acervo espiritual; y si presentan sendos defectos, ofrecen también correspondientes virtudes y antídotos. Renegar de cualquiera de ellas sería torpe y menguado. El solar es doble, indio-español; y en calidad de tal lo acatamos y veneramos. Predicar odios y exclusivismos de raza en el Perú es tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. No puede significar entre nosotros sino un frenesí de inconscientes o un señuelo de logreros. La convivencia y entrecruzamiento de diferentes razas ha constituido dondequiera, y muy especialmente en nuestro país, el proceso esencial de la civilización" (*Por la Verdad, la Tradición y la Patria. Opúsculos* T. I, Lima, 1937, págs. 233 y 234).

Es absurdo y aún parece mentira chistosa, que a quien ha escrito lo anteriormente citado se atrevan a presentarlo como a un necio europeista intolerante, y no ya como a un hispano o hisponófilo (que todos los buenos peruanos, algo inteligentes y lógicos, lo somos, en alma y cultura, en la porción capital principalísima), sino a un peninsularista risiblemente exótico, fanático y cerril, enemigo y despreciador de sus compatriotas y hermanos. Esas son las caricaturescas deformaciones de la realidad, cuando se reflejan en entendimientos confusos, alterados por noticias paupérrimas y aviesas. ¿Quién se las habrá suministrado tan torcidas al buen Mr. Pattee, que hasta en Lima estuvo? De seguro que no habrían sido mis amigos, ni tampoco adversarios decentes, de los que tantas veces han solido rendirme justicia. Mr. Pattee ha cometido el desacierto de buscar muy abajo sus guías, quizá en las esferas de los ruines demagogos pseudo pensantes, donde sólo bullen la ignorancia y la malevolencia. Sistema peligroso, principalmente si al generalizarse, continúa aplicándose a otros, porque frustrará de seguro la comprensión y la armonía que todos ansiamos, pero que ha de ser recíproca. Mi caso particular carece de importancia: mi personalidad es muy humilde y mis escritos de muy escasa difusión, porque ni aun los pongo en venta. No pretendo por eso que me hubiera leído de antemano; pero ya que se le antojó nombrarme y juzgarme, debió enterarse bien al fallar dogmático, orondo, y solemne, y sin duda habría obtenido medios, visitando el Perú como lo hizo, de leerme en castellano, o de hacerse traducir algunas páginas mías, pero por gente honrada, que no lo embaucase. Así se habría ahorrado los gruesos despropósitos nacidos de su inaudita ligereza. En resolución, y

para terminar dándole un consejo caritativo, le rogaré abstenerse en lo futuro de escribir sobre lo que no sabe ni puede colegir racionalmente.

INDICE ONOMASTICO

INDICE GENERAL

Este V tomo de las Obras Completas de
Don José de la Riva-Agüero y Osma se
terminó de imprimir el 29 de Diciembre,
festividad de David, rey y profeta, del
año del Señor de mil novecientos
sesenta y seis, a los quince días de
la muerte de D. Víctor Andrés
Belaúnde, Director de la Co-
misión Editora, fundador
y animador permanente del
Instituto Riva-Agüero, en
los Talleres Gráficos
P. L. Villanueva, en
Yauli, 1440-50.

LAUS DEO

VII—*Estudios de Historia Peruana: La Emancipación y la República.* Prólogo de José A. de la Puente Candamo.

VIII—*Estudios de Genealogía Peruana.*

IX—*Paisajes Peruanos.* Estudio Preliminar de Raúl Porras Barrenechea.

X—*Por la Verdad, la Tradición y la Patria.* Prólogo de Pedro M. Benvenutto Murrieta.

XI—*Ensayos Jurídicos y Filosóficos.*

XII—*Escritos Políticos*

XIII—*Discursos Académicos.*

XIV—*Epistolario.*

XV—*Epistolario.*

XVI—*Diario e Impresiones de Viaje.*

XVII—*Antología de estudios sobre Riva-Agüero y su obra.*

XVIII—*Indices.*

